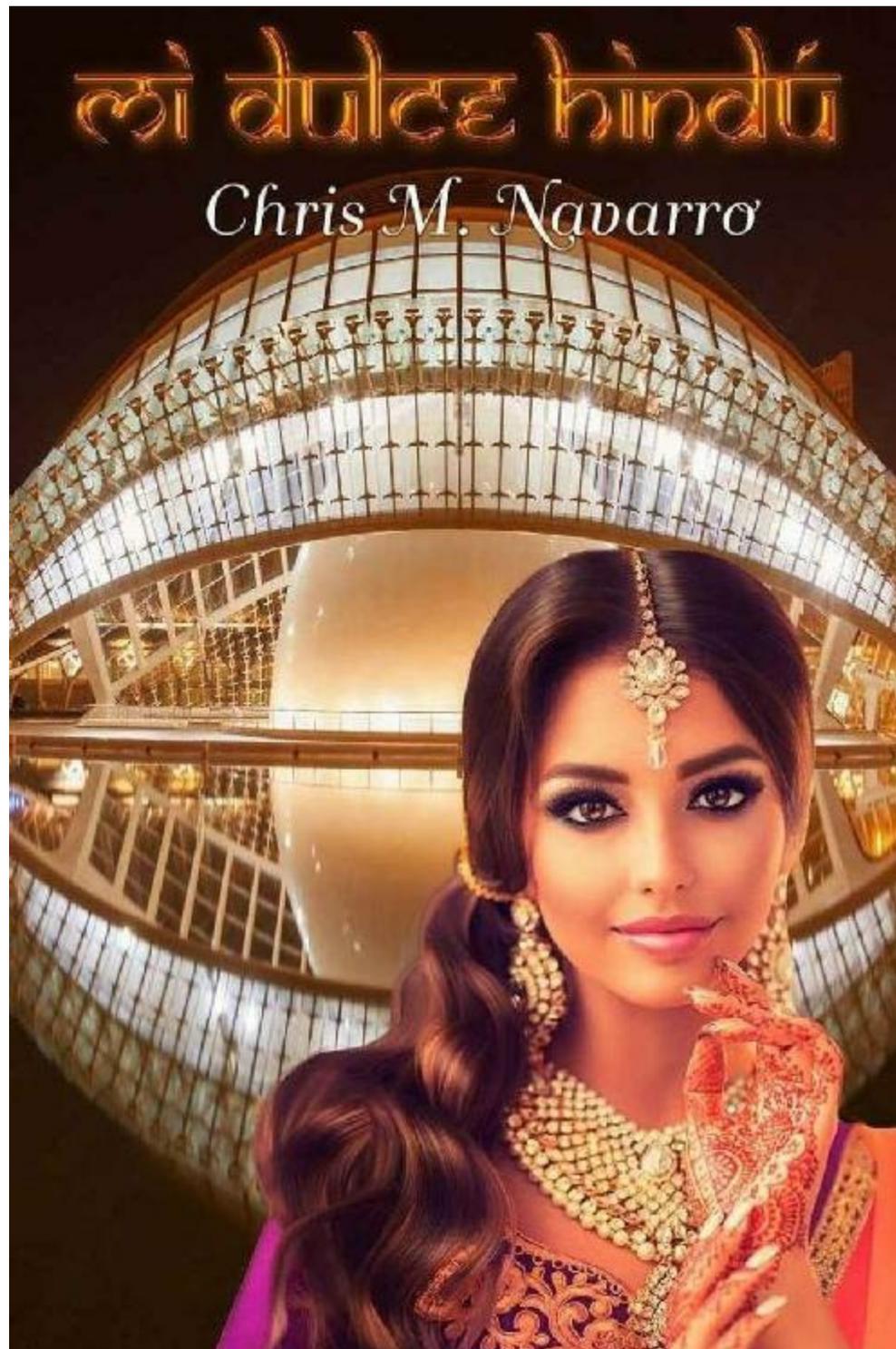


ਲਾਂ ਵੀਪੋਟਏ ਹਿੰਦੀਪੁ

Chris M. Navarro





MI DULCE HINDÚ

Chris M. Navarro

Copyright 2010 Chris M. Navarro

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, copiada o transmitida en ninguna manera ni por ningún medio, ya sea electrónico, óptico, reprográfico, de grabación o de fotocopia, o cualquier medio por aparecer, sin el permiso expreso, escrito y previo del autor.

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada: Antía Eiras.

Registrada en SafeCreative

Autor: Chris M. Navarro

Título: Mi dulce hindú

Primera Edición

Dedicado a mis lectoras cero, porque ellas son las que me animan cada día para que siga escribiendo, las que me aprietan para que no las deje a medias durante muchos días, quienes me ayudan con la corrección de erratas o incoherencias y siempre están ahí, dándome su apoyo y amor incondicional. Gracias chicas!!

Os quiero!!

ÍNDICE:

[1.UNA VIDA EN UN PAÍS LEJANO.](#)

[2.MADRES IMPOSIBLES.](#)

[3.UNA LLAMADA INESPERADA.](#)

[4.EL PERDÓN.](#)

[5.DESVELANDO SECRETOS.](#)

6.SI HAY QUE IR A MALAS, ASÍ SERÁ.

7.TREGUA.

8.AMIGOS.

9.INJURIAS.

10.QUERÍA VERTE.

11.CAMBIO DE ESTILO MOMENTÁNEO.

12.SENSACIONES.

13.SENSACIONES II

14.HÁBLAME DE TI.

15.PRIMER SÁBADO JUNTOS.

16.HERMANOS.

17.UNA PACIENTE TOCAPELOTAS.

18.CAMBIO IDEOLÓGICO.

19.EL CONVENIO.

20.MIEDOS.

21.VIENTO EN POPA.

22.COGIENDO CONFIANZA.

23.DESAPARECIDA.

24.BHADRAK.

25.BUSCANDO SOLUCIONES.

[26.DE NUEVO EN AGRA.](#)

[27.¿DÓNDE ESTÁ LALI?](#)

[28.OSCURIDAD.](#)

[29.UNA BAZA BAJO LA MANGA.](#)

[30.SORPRESAS.](#)

[31.EL ENCUENTRO.](#)

[32.VIAJE A AGRA.](#)

[33.RUTINA.](#)

[34.MARIDO INFIEL.](#)

[35.OTRA VEZ YO.](#)

[36.DE NUEVO EN ESPAÑA.](#)

[37.MUJERES.](#)

[38.LA CONSULTA.](#)

[39.UN MENSAJE DESAFORTUNADO.](#)

[40.TE AMO MÁS QUE A MI VIDA.](#)

[EPÍLOGO](#)

[Sobre el autor](#)

[Sígueme en](#)

[Otras novelas de Chris M. Navarro](#)

1.UNA VIDA EN UN PAÍS LEJANO.

—Lali, ¿te vienes a tomar café y a fumar un cigarro? —me preguntó Anahí, con mirada cómplice.

—Sabes que yo no fumo —dije, levantando un momento la mirada de la máquina.

—Sí, pero puedes acompañarnos, ya lo sabes —insinuó, guiñándome un ojo.

Como todos los días sobre la misma hora, Anahí y Claudia dejaban de trabajar durante quince minutos para salir a la calle a tomarse un café, que previamente habían pedido en el bar de la esquina, y a fumarse un cigarro. El camarero ya sabía a la hora a la que tenía que tener listos los dos cafés con leche para llevar, y aunque en alguna ocasión habían sido tres, pues yo había aceptado la invitación, me parecía una tontería perder el tiempo con una cosa que ni siquiera me gustaba. Además, las pocas veces que lo había hecho aprovechaban para preguntarme por mi vida privada, y aunque había cogido confianza en algunas cosas con ellas, era algo de lo que no me gustaba hablar, así que prefería no dar ocasión.

—Sabes que no va a aceptar, Lali es dura de pelar —dijo Claudia, acercándose a mi máquina con el bolso ya colgado.

—Vamos, quince minutos no te van a suponer una gran pérdida. ¿Qué vas a coser, ocho jerséis? Te invito a cenar el viernes y ya los has recuperado.

—No hace falta, en serio —dije yo, evitando ahora mirarla porque sabía que los ojos marrón verdoso de Anahí acabarían convenciéndome.

Trabajábamos a destajo, y para mí cada minuto contaba. Tenía que mantener yo sola a mi hija, por mucho que mi hermano Bhadrak insistiera en ayudarme con su crianza, y cada céntimo que ganara, para mí era muy importante.

—No insistas, no la vas a convencer —dijo Claudia, que estaba ansiosa por salir a fumar.

—Está bien, si viene Mercedes ya sabes, le dices que volvemos enseguida, ¿vale? —Todos los días Anahí me hacía la misma advertencia. No es que a la

jefa le importara mucho que perdieran el tiempo fumando, sabía que si no trabajaban era problema de ellas, eso que no ganarían, pero aun así ella se sentía más tranquila haciendo ver que su ausencia sería corta.

—Claro, no te preocupes por eso —contesté, a sabiendas de que la jefa no llegaría hasta una hora más tarde.

Normalmente llegaba sobre las once de la mañana. Llevaba a sus hijos al colegio, hacía las compras necesarias, las llevaba a casa, la ponía en orden, y entonces era cuando aparecía por el taller. Una vez allí, se ponía en su máquina y trabajaba como cualquier empleada, porque el taller no le daba demasiadas ganancias y necesitaba coser para poder sacarse su sueldo como la que más.

Quince minutos más tarde estaban de vuelta. Las miré con cariño, ya que durante los dieciséis meses que llevaba trabajando allí habían sido las únicas mujeres con las que había hecho una pequeña amistad, aunque siempre evitara hablar de mi vida privada, y seguí cosiendo jerséis como todos los días.

Llevaba un año y medio viviendo en España, empezaba a acostumbrarme a algunas de las costumbres del país, pero todavía me sentía una extranjera en un lugar extraño, y aunque mi cuñada Laura me había ayudado siempre, criar a mi hija sola me estaba costando más de lo que en un principio pensé.

Lo que más me costó fue dejar a Carmen tan pronto en la guardería. Tuve suerte de que a Mercedes no le importó que estuviera embarazada cuando me contrató, pero después de las dieciséis semanas de baja, que como no tengo un sueldo fijo fueron gratuitas, y que si las cogí fue porque mi hermano insistió en que no podía ponerme a trabajar recién parida y en que él se ocuparía de todos los gastos hasta que me incorporara al trabajo; una vez volví al taller tuve que dejar a mi bebé y la separación fue muy dolorosa. Por un momento pensé que si me hubiera quedado en Agra habría podido criar a mi hija porque no habría necesitado salir de casa para trabajar pero, ¿a cambio de qué? Mi marido me habría estado echando en cara toda la vida que era una inútil que no sabía concebir varón, no habría soportado sus menosprecios hacia nuestra bebé, y la tristeza me habría convertido en una madre amargada, habría acabado creyendo que era cierto todo lo que él decía y eso habría acarreado que yo misma aborreciera a mi propia hija.

No, había hecho lo correcto viniéndome a España con Bhadrak, le estaría agradecida por eso toda la vida, y aunque pasara gran parte del día separada de mi pequeña, cuando la recogía de la guardería vivía por y para ella, y la felicidad que me daba compensaba que todavía no hubiera conocido el amor, que tuviera que echarle muchas horas a la máquina para salir adelante y que tuviera a mi familia tan lejos.

—Te he dicho miles de veces que trabajes solo por las mañanas, que si no te llega para pasar el mes solo has de decirlo y yo te ayudaré. Lali, sabes que

podemos hacerlo y no soporto ver que vas apurada cuando yo te podría ayudar

—me decía Bhadrak una y otra vez.

—Y yo siempre te contesto que así me siento realizada, que no necesito tu ayuda aunque te la agradezco en el alma y que quiero valerme por mí misma.

El piso que pude alquilar gracias a Bhadrak, pues mi contrato era de formación, sin un sueldo base porque trabajaba a destajo; tenía solo dos habitaciones en sesenta metros cuadrados, pero me sentía a gusto. Era todo exterior, le entraba el sol toda la mañana y en invierno apenas necesitaba encender la calefacción. Lo único malo es que estaba lejos de mi hermano, pero aun así, tanto él como su mujer solían venir a vernos varias veces por semana. En el fondo sabía que Bhadrak lo hacía para ver si realmente estaba bien, aunque no he de negar que le encantaba venir a ver a su sobrina y que a mí me fascinaban sus visitas, sobre todo cuando venía con Laura, porque también traían a la pequeña Helena, quien a sus tres meses te deleitaba con sus sonrisas a la mínima que le decías algo, y cuando lo hacía por algo que le hubiera chapurreado Carmen, hacía que nos cayera la baba a todos.

Ese día, como todos los demás, pues mi vida consistía en una rutina diaria a la que me había acostumbrado y en la que me sentía cómoda; cuando salí del trabajo fui a recoger a Carmen, dimos una vuelta pese a que hacía muchísimo frío, y llegamos a casa listas para el baño. Me encantaba meterme en la bañera con mi hija. Desde que se mantuvo sentada empecé a bañarme con ella, algo que jamás habría podido hacer en Agra, y que sabía que si se lo contaba a mis padres se escandalizarían, pero me daba igual. Empecé a hacerlo porque viviendo sola con ella había días en los que no sabía cuándo sacar un hueco

para ducharme sin miedo de que le pasara algo mientras no la tenía conmigo, y me gustó tanto que se había convertido en una costumbre que solía hacer varias veces a la semana, excepto los días en los que tenía el período. Y si no lo hacía más era por el remordimiento de conciencia que sentía después por el agua que habíamos gastado, pero me auto-convencía pensando en que como nos metíamos en el agua juntas, gastaba la misma que si nos hubiésemos duchado por separado.

Estábamos sumergidas en el agua cuando sonó el timbre. Sabía que serían Bhadrak y Laura, pues la poca gente con la que me relacionaba no sabía dónde vivía, y pensé que los tenía muy mal acostumbrados puesto que venían siempre sin avisar y a veces me pillaban así, a remojo, y me tocaba sacar a Carmen a toda prisa porque todavía me parecía muy pequeña como para dejarla sola.

Salimos de la bañera, la sequé a ella para que no tuviera frío y la envolví en una manta, y a continuación me sequé yo todo lo que pude antes de contestar.

Para cuando llegaron arriba ya había vestido a Carmen y me había colocado yo un albornoz.

—¿Sabés que existe una cosa que se llama móvil y que sirve para avisar a las personas de que les vas a hacer una visita? —me quejé cuando entraron por la puerta.

Helena venía dormida y Laura lo único que hizo fue ponerse un dedo en los labios para que no hiciera mucho ruido.

—¿Dónde está la princesita de la casa? —preguntó mi hermano, ignorando mi reproche.

—En el parque, nos has pillado en la bañera y a duras penas me ha dado tiempo a vestirla. Bhadrak, esta costumbre se tiene que acabar —dije, ahora con un tono más suave, pues no podía quitarle los ojos de encima a mi preciosa sobrina.

—¿La puedo dejar en la cuna de Carmen? —preguntó Laura.

—Claro, ve a dejarla. Mientras me quedaré yo aquí intentando que mi hermano me haga caso.

—A ver, ¿cuál es el problema? Si tardas en contestar, nos esperamos y ya está. No pasa nada –resolvió Bhadrak entrando al comedor para coger a Carmen en brazos.

—Hermano, ¿y si no hubiera estado en casa? –le pregunté mientras caminaba tras él.

—¿Tú? Eso me gustaría a mí, llegar un día y encontrarme la casa vacía. Ay mi niña bonitaaaaa –Empezó a hacerle carantoñas a su sobrina, provocando en ella grititos y carcajadas que le daban a entender lo que se alegraba de ver a su tío.

—Pues si llegáis a venir hace una hora no estábamos en casa –informé, intentando que creyese que no estaba recluida, como estaba suponiendo.

—Lo sé, pero ¿a estas horas y con el frío que hace? ¿Quién quiere más a su tíoooo? –volvió a preguntarle a mi hija, ignorando con ello lo que yo le decía.

—Podría haber quedado con mis compañeras de trabajo –mentí, pese a que si no lo hacía era porque yo no quería, pues me lo habían propuesto tantas veces como que saliera con ellas a tomar café.

—Eso estaría muy bien, pero imagino que de ser así no te habrías ido con Carmen, ¿no?

—¿A dónde no se puede ir con Carmen? –preguntó Laura, que volvía de dejar a su hija en la cuna.

—Dice que podríamos haber llegado y encontrarnos la casa vacía porque se hubiese ido con las amigas –le explicó Bhadrak.

—Eso sería fabuloso, Lali. ¿Por qué no lo haces? ¿Acaso no te lo han propuesto?

—Aaaarrrggghhh síii, muchas veces, y podría haber aceptado –Me sentí acorralada, solo quería que mi familia supiese que debían dejar esa costumbre

de presentarse sin avisar y la conversación se estaba desviando hacia un lugar del que huía y que yo misma me había buscado.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó Laura, quien siempre lo veía todo muy fácil.

—Porque tengo una hija pequeña.

—Mec, ¡¡error!! Eso no es problema —dijo mi cuñada frunciendo la nariz

—. Sabes que podrías dejárnosla a nosotros y salir con quién quisieras. Es más, deberías hacerlo. ¿Si no cómo vas a conocer al amor de tu vida? Porque no creo que lo conozcas en el supermercado.

—Eso no me preocupa, me da igual.

—Vamos Lali, que estás hablando con nosotros. No nos hagas más tontos de lo que somos, ¿cuál es el verdadero problema?

—Ninguno, no hay ningún problema. De verdad.

—Sigo sin creerte —insistió Laura.

—Bhadrak, ayúdame —le imploré a mi hermano, quien escuchaba divertido la conversación.

—¿Yo? —preguntó abriendo mucho los ojos dando a entender que él no podía hacer nada.

—Lali, si tú lo dices intentaré creerte. No quiero que te enfades ¿vale? —

Laura me acarició la mejilla y me miró compasiva—. Solo queremos lo mejor para ti, y nos duele ver que con lo joven que eres no salgas de las cuatro paredes de tu trabajo y de tu casa. Vamos, ¡si te cuento lo que estaba haciendo yo a tu edad!

—No me lo quiero ni imaginar —Puse los ojos en blanco, pensando en lo peor.

—No pienses mal, cuñadita. Estaba estudiando, lo que cualquier chica de

veinte años que quiere tener un futuro como dios manda, está haciendo para conseguirlo. ¿Y tú? Trabajas casi diez horas diarias y cuando sales de trabajar recoges a tu hija y te metes en casa.

—Laura, mi vida no es como la de cualquier chica española. No me puedes comparar.

—Lo sé, cariño, pero aun así me duele que no te des cuenta de que podría serlo. Te lo hemos dicho muchas veces, y te lo mereces.

—No podría, Laura, dejad de insistir en eso, os lo pido por favor. Además, mi trabajo no está mal, tengo una jefa estupenda y unas buenas compañeras,

¿acaso ellas también deberían estar haciendo otra cosa?

—No pero Lali, tu jefa tiene su propia empresa de confección y tus compañeras seguro que ya estudiaron lo que quisieron cuando tuvieron la ocasión, y si no lo hicieron seguramente sería porque o no quisieron, o no pudieron, pero tú sí que podrías si quisieras.

—Mi compañera Anahí estudió filología y no ha conseguido encontrar trabajo de lo suyo ni aprobar una oposición, así que se cansó y decidió buscar un trabajo que le diera para vivir. ¿De qué sirve estudiar una carrera si luego no vas a poder dedicarte a ello?

—Pero cariño, muchas veces me has dicho que te gustaría ser como yo.

Sabes que si estudiaras periodismo yo podría meterte en *El informal de Guti*.

—¿Cómo lo hago? ¿Acepto que no solo me paguéis la universidad sino que además nos mantengáis a mí y a mi hija durante el tiempo que dure la carrera? Ni pensarlo. Además, sabes que apenas tengo los estudios primarios, no es tan fácil como me lo pintas.

—Laura, deja a Lali que es una cabezota. Ya se dará ella cuenta de lo que está perdiendo –dijo mi hermano, haciendo que me enojara aún más.

—¿Vais a venir a echarme en cara que mi vida es una mierda? Porque para eso me habría quedado en Agra –exploté.

—Nooo, cariñooo —Laura me abrazó mientras las lágrimas salían de mis ojos por más que intentara contenerlas y mi hermano dejó a Carmen en el suelo e hizo lo mismo, fundiéndonos así en un reconfortante abrazo de tres, mientras se me iba pasando el enfado.

—Sabes que queremos lo mejor para ti. Si tú eres feliz así, no volveremos a decirte nada, ¿de acuerdo? —Mi hermano me levantó la barbilla y secó mis lágrimas mirándome con sus bondadosos ojos negros.

Carmen tiró de mi pantalón y sonreí al ver a mi pequeña poniéndose de pie sujetándose con el camal. Por mi niña lo hacía todo, y si tenía que pasar mi juventud criándola, lo haría gustosa. Era evidente que mi vida no se asemejaba a la de cualquier chica española, y si yo lo tenía más que asumido, mi hermano y mi cuñada tendrían que hacerlo también.

2.MADRES IMPOSIBLES.

—Izan, vendrás mañana a comer, ¿verdad?

—Claro, ¿cuándo me he perdido yo el cumpleaños de mi hermana favorita?

—Ejem, si no fuera porque soy la única que tienes me sentiría halagada, pero viendo tu predisposición hacia las mujeres, creo que he de contentarme con que al menos a mí no me critiques —renegó Esther, quien siempre que podía aprovechaba para demostrarme cuánto desaprobaba mi actitud de no querer saber nada del género femenino y de alejarme de las relaciones sentimentales cuanto podía.

—A ti no te criticaría nunca porque tú eres una mujer ejemplar —Y no se lo decía por decir. Mi hermana era la mujer más entregada a todos que había conocido en mi vida. Buena persona, esposa y madre, siempre dispuesta a ayudar a los demás, divertida y encantadora. Todo lo contrario a nuestra madre, que por no ayudar no lo hacía ni con sus hijos, y quien siempre había vivido por y para ella. Por eso Esther era tan distinta. Nos había hecho tanto daño su actitud durante toda nuestra vida, que ella tenía muy claro que haría lo imposible por no ser igual con sus hijos, y así lo demostraba con Pablo y con Jorge cada día.

—Ay, gracias cariño. Lo dicho, te espero mañana. No vengas tarde.

—Tranquila que antes de las dos estaré aquí —bromeé.

—Izan, por favor, no vengas tan tarde.

—Que es broooma. Sobre las doce o así ¿vale? Antes tengo que pasar por la clínica a ver a una señora.

—Está bien, me parece buena hora.

Me despedí de mi hermana y salí de su casa de la mano de Amanda, mi pequeña de tres años.

—¿Te lo has pasado bien en casa de la tía, cariño? —le pregunté de camino al coche. Me dolía que Esther tuviera que recogerla del colegio todos los días porque mi trabajo no era compatible con el horario escolar, pero cuando iba a por ella tras mi jornada laboral, intentaba ser solo suyo, y a su corta edad ya me deleitaba con conversaciones que me dejaban fascinado.

—Sí, papi, aunque Jorge *ma* hecho rabiarse un poco.

—Es que como te quejas tanto, él se divierte y por eso lo hace. Cielo,

intenta que no te afecte cuando se meta contigo y verás cómo se aburrirá y dejará de hacerlo, ¿vale?

—Pero es que no *puerooooo*.

—Inténtalo. ¿Vale, mi amor?

—Vaaaaale.

—Y en el cole, ¿has aprendido muchas cosas hoy?

—Síiiii, hoy hemos *esturiaro* la seta.

—¿La seta? —pregunté algo confuso—. Cuéntame, ¿para qué sirve una seta, para comer?

—Noooo papi, jajajaja, la seta de *sapato*.

—Aaaah, ¡¡la zeta!! A ver, pronuncia conmigo za, za, za, zaaaa...

—Zzzzzzzz... ¡sa!

—Nooo, di conmigo: zaaaa paaa tooo.

—Zaaa paaa tooo.

—Muy bieeeeeen. Ahora todo seguido.

— *Sapato*.

—Noooo.

Así, conversando sobre cómo había ido el día, llegamos a mi apartamento.

Estaba muy cansado. No es que mi trabajo fuera demasiado agotador físicamente, pero había días en que sí lo era psicológicamente, y hoy había sido uno de ellos. Había venido Beatriz Acuña, una paciente que llevaba tres años acudiendo a la consulta intentando quedarse embarazada y por más tratamientos de fertilidad e inseminaciones que le practicábamos, no lo conseguía. Las analíticas habían salido bien, le habíamos hecho una prueba para ver la permeabilidad de las trompas y así de paso, quizás si había algún atasco se podría solucionar para conseguir que se quedara embarazada. Salió limpio. Como el nivel de reserva ovárica estaba bien, le di el tratamiento para prepararla para su primera inseminación, que no cuajó. Ya llevaba tres inseminaciones fallidas pese a que era una mujer joven sin ningún problema.

El siguiente paso era programar una in vitro, esperábamos que así engendrara, pero ella estaba empezando a desilusionarse.

Me parecía tan injusto que ella que deseaba tanto ser madre no lo consiguiera, y sin embargo, casi todos los días llegaran mujeres queriendo deshacerse de sus bebés... A menudo me veía en la obligación de convencer a esas mujeres de que tuvieran a sus hijos, de que una vez les vieran la cara sus pensamientos cambiarían, pero si ni yo mismo creía mis palabras, sabía que sería imposible transmitírselo a ellas. Luego llegaba la segunda parte, cuando

les decía que la clínica Vilanova no se dedicaba a interrumpir embarazos sino a crearlos, y muy amablemente las invitaba a salir de la consulta, con una nueva decepción hacia el género femenino que hacía que tuviera menos ganas de compartir mi vida con alguien que no fuera mi pequeña.

No es que no estuviera a favor del aborto, entendía que había mujeres que realmente no podían tener a sus hijos, porque su situación era precaria, porque no tenían edad ni ayuda familiar para llevar a cabo la educación y la crianza de un bebé... Había mujeres que si la clínica se hubiese dedicado a eso, las habría ayudado gustosamente. A ellas, les recomendaba la clínica de mi amigo Dani, compañero de universidad, donde podrían interrumpir su embarazo por un precio no demasiado elevado si decían que iban de mi parte. Pero cuando llegaba una mujer entre veinte y treinta años, diciendo que ser madre le destrozaría sus sueños, le ataría demasiado, le estropearía el cuerpo o que no se veía responsable como para la crianza; eso me consumía. Me daban ganas de decirles: «No te ves responsable para criar un hijo pero sí lo has sido para procrearlo ¿no? Ah, no, espera, que has sido una irresponsable al no haber puesto medios para que esto no pasara». Cuántas veces he tenido que morderme la lengua para no decirles a esas mujeres que ya tenían edad como para saber lo que se hacían, que si no querían ver interrumpidos sus sueños que hubiesen sido más responsables, que no sabían la suerte que tenían de poder tener hijos cuando había mujeres estériles o parejas en las que era él quien no podía engendrar y se veían obligadas a gastar un dinero que sacaban de donde no lo había con tal de conseguir el sueño de ser madres. ¡Hasta me hacía daño de tanto morderla para que no se me escapara alguna de esas impertinencias que estaba seguro de que no querían escuchar, y que de todos modos bien poco les habría importado!

Entonces miraba la foto de mi pequeña, pensaba en cómo había sido mi vida desde el día en el que le vi la cara por primera vez, y simplemente me compadecía de ellas, porque si al final se salían con la suya y no llegaban a ser madres, nunca conocerían ese amor incondicional y por encima de todo que se siente por un hijo. «Ellas se lo pierden», pensaba, igual que se lo estaba perdiendo la madre de Amanda, la principal responsable de que en ese momento sintiera tanto odio hacia el género femenino.

Me daba cuenta de lo hipócrita que era cuando criticaba a las mujeres que se

habían quedado embarazadas “sin querer”, cuando yo había pasado por lo mismo. La diferencia estaba en que yo asumí lo que había hecho y acepté el futuro que tal acto conllevaría, y eso que tuve que pasar por mucho hasta conseguir la paz que hoy en día tenía.

Llegamos a casa, le preparé la bañera a Amanda y mientras permanecía en el agua, la observé jugando con los patitos de goma mientras pensaba en mi hermana. Esther era tan distinta al resto de mujeres. Manolo, mi cuñado, había tenido mucha suerte con ella, algo que yo nunca tendría ni pensaba que me hiciera falta, pues esa niña que ahora me miraba apretando el patito y riéndose con el ruido agudo del pito que llevaba en su interior, cubría todas mis necesidades.

Nos levantamos temprano, como todos los días, ya que aunque fuera sábado, Amanda estaba acostumbrada a madrugar y no hacía falta que la despertara. Como hasta las diez no tenía que estar en la clínica, desayunamos tranquilamente en casa mientras veíamos Bob Esponja y salimos con tiempo suficiente para aparcar y estar un rato en el parque que había justo enfrente.

—Papi, ¿me llevas ya a la *luroteca*, porfiiii? —me pidió mi pequeña, tirando del camal de mi pantalón. Le encantaba ir los sábados por la mañana a la clínica, donde habíamos dispuesto una sala para que las madres que fueran con hijos pequeños pudieran dejarlos allí mientras eran asistidas. Ruth, la hija de la mujer de mi padre, se encargaba de cuidarlos por un módico precio, y nosotros estábamos tranquilos porque las madres estaban a gusto y los niños se lo pasaban muy bien. Tanto, que Amanda estaba deseando que tuviera que ir un sábado para poder pasar un rato allí.

—Está bien, vamos cariño.

Una hora y media más tarde, estábamos de camino a casa de mi hermana para celebrar su treinta y cuatro cumpleaños. Me llevaba solo seis años pero había sido toda una madraza para mí el tiempo en el que mi padre tenía que estar viajando continuamente a congresos sobre fertilidad, y nuestra madre nos ignoraba excusándose con que éramos demasiado pegajosos y que necesitaba su espacio.

Mi padre, cuando llegaba de sus viajes, la escuchaba y nos echaba sermones sobre que teníamos que aprender a hacer las cosas solos, que no podíamos depender de nuestra madre para todo. Pero cuando un día llegó antes de lo previsto y se encontró a mi hermana, con nueve años, cocinando unos espaguetis, y a mí en la bañera, con el agua helada y llorando sin parar, mientras mi madre permanecía tumbada en la cama, con los auriculares puestos y soplándose las uñas recién pintadas; se dio cuenta de que no conocía a la mujer con la que llevaba quince años casado. Le había hecho creer que

estábamos encima de ella continuamente, que no la dejábamos respirar, que se pasaba el día atendiéndonos y que no daba abasto, cuando en realidad nunca había sentido el instinto maternal que debería y hacía lo mínimo por nosotros, que era levantarnos de la cama por las mañanas, llevarnos al colegio y recogernos, y eso cuando no quedaba con alguna amiga para tomar café a mediodía y se olvidaba de nosotros. La suerte que siempre tuvo fue que el colegio la llamaba a ella. Si alguna vez hubiesen llamado a mi padre se le habría acabado el chollo mucho antes.

Mi padre le quiso dar una oportunidad después de aquel día. No había tiempo para discusiones, sobre todo porque nunca le había gustado hacerlo delante de sus hijos. Le pidió a Esther que dejara la cena y se fuera a hacer los deberes que tenía sin terminar, me sacó rápidamente de la bañera porque de lo contrario acabaría cogiendo una pulmonía, e instó a mi madre para que fuera a la cocina y siguiera ella con los espaguetis bajo la amenaza de que si no hacía, se iría esa misma noche con sus hijos y no nos vería nunca más a ninguno de los tres (y sé, que eso le dolió solo respecto a lo que a él se refería, pues era muy cómodo ser la esposa de un importante ginecólogo y no tener que trabajar para salir adelante). Pero no duró mucho más con nosotros. Esther ya era mayor y desde aquel día no le dio miedo contarle a nuestro padre las desatenciones que sufríamos por parte de nuestra madre, y mi padre decidió separarse de ella y pedir la custodia. En un principio ella fue reacia, sobre todo porque temía tener que pasarle una manutención por los hijos que no quería, pero en cuanto escuchó de su boca que no pensaba pedirle nada, excepto que se alejara de nuestras vidas, cambió de parecer y estoy seguro de que se sintió aliviada. Desde entonces, pudo tener la vida que quería, menos costosa pero al fin y al cabo sin ataduras, y aunque nos llamó de vez en cuando, nunca cumplió con su régimen de visitas. No digo que no nos viera,

pero solo cuando a ella le apetecía, o se sentía culpable por no cumplir con su faceta maternal. Entonces nos recogía el sábado, nos llevaba a comer a algún sitio barato y nos dejaba en casa pronto, cansada de estar con unos niños que no le daban la conversación que deseaba.

Llegamos a casa de mi hermana y nos recibió su alocada amiga Anahí.

Esther había tratado de emparejarnos tiempo atrás hasta que un día me tuve que enfadar con ella pidiéndole que dejara de insistir, puesto que yo no estaba disponible ni para ella ni para ninguna otra mujer. Reconocía que la chica era muy guapa, pero sabía que ni era la mujer que me haría cambiar de opinión respecto a mi vida sentimental, ni la veía cuidando de Amanda. A ella le

gustaba mucho salir de fiesta, beber y fumar sin miedo al mañana, y eso no era lo que yo quería que mi hija aprendiera.

Me miró de arriba abajo y abrió mucho los ojos.

—¡Wauu, cada día estás más guapo! —exclamó sin ningún pudor.

—Ejem, ¿dónde dejo esto? —pregunté, ignorando su comentario al tiempo que le mostraba la bolsa con el regalo de mi hermana.

—Venid, los estamos dejando en la habitación de Jorge.

La acompañé hasta la habitación de mi sobrino y dejé que Amanda corriera en busca de sus primos.

—Hacía mucho que no te veía —comentó Anahí.

—Ya.

—Vaya, chaval, sigues igual de monosilábico que siempre. A ti hay que sacarte las palabras con sacacorchos.

—Lo siento Anahí, ya sabes cómo soy. ¿Y mi hermana?

—En la cocina —contestó, moviendo el brazo en la dirección hacia la que debía ir.

—Gracias —Pasé por su lado finalizando la escueta conversación que habíamos tenido y me dirigí en busca de Esther.

Cuando pasé por el comedor, vi que había varias mujeres sentadas en los sofás tomando algo mientras conversaban. Intenté pasar de largo pero Amanda, que estaba jugando en la alfombra con Pablo y con Jorge, me llamó y me vi obligado a entrar.

—Papi, mira qué *tore* le han *regalaro* a Pablo.

—Está muy chula, ¿sabes cómo se juega? —le pregunté porque dudaba que ella supiera jugar al Jenga.

—Hay que ir sacando piezas sin que se caiga la torre —explicó Pablo, el hijo mayor de mi hermana.

—Correcto.

—Ya *o* sabía —protestó Amanda.

—Claro, cariño.

Noté cómo me miraban las chicas, pero como no las conocía traté de ignorarlas mientras permanecía con los niños.

—Tío, ¿quieres jugar?

—Sí, claro, pero antes déjame que vaya a saludar a la mamá, ¿vale?

—Vale, te esperamos —contestó mi sobrino.

Me levanté del suelo, miré a las mujeres, las saludé por educación con un simple hola, y salí de allí con la cabeza agachada pensando que así ninguna se

atrevería a intentar entablar una conversación conmigo. Eran dos mujeres además de Anahí, y ambas parecían extranjeras. La rubia, me dio la sensación de que fuera rumana, por el acento que había escuchado en ella; y la morena parecía india o árabe, por sus rasgos marcados, su piel tostada y su indumentaria. Llevaba una camisa verde oliva que pude apreciar, aunque

estaba sentada, que le llegaba hasta las rodillas, con ribetes en las mangas azules, rodeados de pedrería dorada. Sus pantalones parecían bombachos, demasiado finos para la época en la que estábamos, del mismo color que la camisa. El pelo lo llevaba recogido en una trenza que le caía por el pecho hasta la cintura.

Se la veía mucho más joven que las demás, y no pude evitar preguntarme qué hacía en casa de mi hermana.

—Hola cariño —me saludó Esther cuando me vio entrar en la cocina.

—Hola, veo que estás bien acompañada —susurré señalando hacia atrás.

—Sí, Anahí me preguntó si podía invitar a sus compañeras de trabajo y como yo siempre estoy dispuesta a hacer amigos, ¡pues aquí están! —exclamó risueña.

—Ya veo, ya. ¿Qué estás preparando? —Señalé la olla que estaba en el fuego porque no me apetecía seguir hablando de aquellas mujeres. De hecho, solo pensar que tendría que compartir la mesa con ellas hacía que se me cogiera un nudo en el estómago.

—Ah, es un caldo típico del país de Claudia, la chica rubia que has visto en el comedor. Se llama “sarmale”.

—Ajá.

—¿No me preguntas de dónde es?

—No.

—Vamos Izan, no seas tan borde.

—¿Borde porque no me interese saber de dónde es una mujer que ni conozco ni pretendo conocer?

—Es un ser humano, y como tal podrías interesarte por él.

—Por ella, mejor dicho.

—Me refería a “él” como “ser humano” —recalcó Esther, haciendo las comillas con los dedos índice y corazón de sus dos manos.

—Está bien cansina, ¿de dónde es?

—De Sighisoaha, una región de Rumania.

—Muy bien, pues ya lo sé —dije, levantando las manos en señal de “ya te has salido con lo que querías”.

—Es muy guapa, ¿te has fijado?

—Esther, por favor, ¿no lo conseguiste con Anahí y ahora vuelves al ataque con su colega?

—Ay, tete, es que me duele verte tan solo.

—¿Por qué? ¡Si yo estoy fenomenal!

—Papiiii, te estamos *esperanro* para jugar —gritó Amanda entrando en la cocina.

—Ya voy, princesa —le contesté dejando que me cogiera de la mano y me llevara tras ella.

—Sí, vete, otra vez salvado por la campana —Escuché a mi hermana decir mientras salía.

Después de jugar dos partidas al Jenga con mi hija y mis sobrinos bajo la atenta mirada de las cuatro mujeres, ya que mi hermana se había unido, quienes disimulaban hablando entre ellas, por fin sonó el timbre y aproveché para salir de allí.

—Yo voy —dije al ver que mi hermana hacía por levantarse de su sitio.

Esperé en la puerta mientras subían mi padre y su esposa porque no me apetecía volver a estar solo ante el peligro. No me habían dicho nada, y mi hermana, que había dado por hecho que nos habríamos presentado antes de que llegara ella, no lo hizo, pero estar allí me ponía nervioso y si podía

aprovechar para estar unos minutos fuera, pues los aprovecharía.

—Hola papá, hola Almudena, ¿y Ruth? —les saludé cuando entraron.

—Ha quedado con sus amigos, ya sabes que tiene una edad en la que estar con la familia es lo más aburrido del mundo —contestó Almudena, poniendo los ojos en blanco.

—La entiendo.

Volvimos a entrar en el salón, esta vez amparado por la presencia de mi padre, el único hombre que había llegado hasta el momento. Faltaba por llegar Manolo, y maldije a mi hermana porque me hubiera hecho llegar tan pronto.

Cuando Esther fue a presentar a sus amigas, Anahí aprovechó para decirle que a mí no me las había presentado y ella me miró con cara recriminatoria porque había estado junto a las chicas y no les había dirigido la palabra.

Una hora después, estábamos todos sentados a la mesa comiendo la sopa que había preparado mi hermana y el picoteo que había sacado para el centro.

Aunque mi conversación se centraba en mi padre y mi cuñado, no pude evitar fijarme en que la chica que me habían presentado como Lali agachaba la cabeza y apenas hablaba. Hasta que de pronto mi hermana la increpó para que hablara preguntándole por su vida.

—Lali es muy reservada, apenas sabemos nada de ella y eso que llevamos casi un año y medio trabajando juntas —se adelantó Anahí, quien al parecer aunque supiera poco de ella, la conocía lo suficiente como para adivinar que a la joven no le apetecería contestar a la pregunta de mi hermana.

—¿Y eso por qué? ¡No nos estarás ocultando que eres una yihadista o algo así! —quiso bromear mi hermana, pero en lugar de verlo como lo que era ella se tensó y la miró asustada.

—No, yo soy hindú, no soy musulmana. Y aunque lo fuera... tampoco sería eso —dijo la aludida, con un hilillo de voz.

—Tranquila cariño, solo era una broma. ¿Cuántos años tienes? —preguntó

Esther, intentando suavizar la situación.

—Veinte —contestó mirando hacia el plato.

—Vaya, ya le has sacado más que nosotras —bromeó Claudia, con su peculiar acento rumano.

—Solo había que preguntar, ¿verdad Lali? —Esther guiñó el ojo a su invitada y ella trató de sonreír sin conseguirlo.

—Ellas sí sabían mi edad, no es que haya estado muda todo el tiempo... Y

también saben cosas de mí, aunque yo no las cuente —dijo la joven, todavía cabizbaja. Anahí y Claudia se miraron y soltaron una carcajada, haciendo que la hindú se ruborizara todavía más.

—Entonces, puestos a preguntar... —Empezó a decir Anahí poniéndose una mano en la barbilla como si estuviera pensando qué quería saber de ella—.

¿Tienes novio?

Lali la miró entrecerrando los ojos. Estaba claro que no quería hablar de su vida pero por educación se veía en la obligación de contestar, y se palpaba su malestar.

—No, no tengo.

—Deja, deja, es muy joven para eso. Ya tendrá tiempo de tener novio, casarse, tener hijos... Ahora que disfrute de la vida, que la juventud pasa en un visto y no visto —opinó Manolo.

—¿Ah, sí? Pues perdona que te diga pero nosotros llevamos juntos desde los quince años —le recriminó mi hermana.

—Y muy a gusto, mi vida, y muy a gusto —habló mi cuñado, asintiendo con la cabeza.

—Pues yo no sé qué hará en su tiempo libre, pero con nosotras no quiere salir de marcha nunca —dijo Claudia.

—Eso será porque seguro que tiene unas amigas mejores —bromeó

Manolo.

—Ja ja —rio irónicamente Anahí.

—En realidad yo... —Empezó a hablar Lali, para sorpresa de todos, ya que nadie esperaba que fuera a decir nada más sobre ella—. Tengo una hija de un año. Se llama Carmen.

Todos nos quedamos mirándola estupefactos, aunque yo más bien fue enojado al toparme de nuevo con una joven que había sido tan inconsciente como para quedarse embarazada tan joven y encima estar celebrando el cumpleaños de alguien a quien no conocía en lugar de estar con su hija.

—¿Y dónde está la pequeña ahora? —le preguntó mi hermana.

—Se la han quedado mi hermano y mi cuñada.

—Qué bien, ¿no? Así tú puedes estar libre y vivir la vida sin que tu hija te moleste —opiné mirándola con desprecio.

—No, en realidad yo...

—Déjame que adivine: tuviste a tu hija por error y para ti es un estorbo que no te deja vivir de acuerdo a la edad que tienes, así que aprovechas la mínima ocasión para dejarla donde sea y poder hacer lo que te dé la gana.

—No, yo... —Lali empezó a llorar y se levantó corriendo para salir del salón.

—Pero, ¿a ti qué te pasa? —preguntó Anahí mirándome con el ceño fruncido—. No la conoces, no deberías haberle hablado así.

—Créeme, conozco a las mujeres que son como ella. Se quedan embarazadas porque son unas inconscientes y luego no saben cuidar de sus hijos.

—Izan, no todas las mujeres son como Sheila —intervino mi hermana, quien noté que se sentía avergonzada por mi comportamiento. Me daba igual, no soportaba a las mujeres como Lali y empezaba a sentirme incómodo allí.

—¿Ah, no? Deberías venir más a menudo a la clínica. Entonces sabrías la cantidad de mujeres que se presentan cada día pretendiendo deshacerse de sus bebés.

Al ver que la joven hindú no volvía, Claudia fue en su busca. Unos segundos después se escuchó cómo la hindú gritaba, aunque desde el salón no entendimos lo que dijo.

—Deberías disculparte con la chica, Izan —expresó mi hermana, mirándome con cara reprobatoria.

—No tengo por qué disculparme cuando solo he dicho la verdad —sostuve, levantándome de la mesa dispuesto a irme.

Me dirigí a la habitación en la que estaba jugando mi hija con sus primos, ya que ellos habían terminado de comer hacía rato, y le dije que nos marchábamos. Mi hermana, que me escuchó desde el salón, no tardó en venir a nuestro encuentro.

—Izan, por favor, no te vayas —suplicó.

—Lo siento Esther, pero deberías informarte mejor de las personas a las que invitas a tu cumpleaños. Lo siento mucho por ti pero no me siento a gusto con ese tipo de mujeres y lo sabes muy bien.

—Izan, Anahí me contó que Lali nunca quiere quedar con ellas, que les parece que es una niña recluida en su casa sin vida social y que les costó dios y ayuda convencerla para que viniera.

—Eso me da igual. El caso es que está aquí sin su hija, y eso demuestra la clase de madre que es. Seguramente se quedaría embarazada por una inconsciencia, como Sheila, y ahora se le hace grande cuidar de su hija.

—Te recuerdo que en la inconsciencia de Sheila no solo tuvo ella la culpa —me reprochó mi hermana.

—Lo sé, no hace falta que me lo digas, pero yo creí que tomaba la píldora.

—Ya, también te creíste que era mayor de edad y luego mira lo que pasó.

—¿Me estás echando en cara algo, hermana? —pregunté a punto de explotar, porque la situación se me estaba empezando a hacer insostenible.

—No cariño. Lo que quiero decir es que no se puede opinar sobre una persona si no conoces su situación, y que tú no estás libre de pecado. ¿Me entiendes ahora?

—Claro que sí hermana, claro como el agua. Me marché de aquí. Lo siento.

—Izan, por favor...

Dejé a mi hermana con la palabra en la boca. Cogí a Amanda de la mano, la llevé a la entrada para ponerle la chaqueta, y cuando Esther llegó junto a nosotros lo único que le dije fue:

—Despídeme de papá y de Almudena por mí. No me apetece volver a entrar ahí.

—Izan...

Me sabía muy mal lo que estaba haciendo, pero en ese momento me ardía la sangre en mi interior y era incapaz de seguir allí. Si no me iba, acabaría haciendo o diciendo algo peor de lo que había dicho ya.

3.UNA LLAMADA INESPERADA

Hacía tiempo que no me sentía tan mal por culpa de un hombre. Cuando esa semana Anahí me propuso ir al cumpleaños de su amiga Esther, me negué en rotundo, como siempre que me proponían algo. Mi vida era demasiado complicada solo teniendo que cuidar de mi hija siendo tan joven como para estar pensando en salir por ahí, y mucho menos sin mi pequeña. Pero tanto insistieron, que entre ellas y mi cuñada consiguieron convencerme de que me haría bien desconectar un día.

—Necesitas hacer algo sin Carmen —fueron las palabras de Laura.

—Lo hago todos los días —rehusé.

—Me refiero a algo que no sea trabajar.

Ya bastante mal me sentía teniendo que dejar a Carmen en la guardería todas las mañanas porque necesitaba trabajar para salir adelante, como para separarme de ella cuando no estuviera en el taller. Vivía para ella y no necesitaba más. Carmen me hacía feliz, me llenaba ver su dulce carita sonriente libre de miedos y calumnias. Por eso, cada día me decía a mí misma que había hecho bien huyendo de mi marido y de mi país. De haber seguido con Rajiv, mis labores serían las de la casa y las compras diarias, tendría a mi hija conmigo, pero viviría en un continuo calvario porque mi marido nunca habría dejado de recriminarme que no hubiera tenido un varón, y de pedirles dinero a mis padres porque según él yo no valía nada. Y eso en el mejor de los casos, porque estaba segura de que en cuanto se hubiera enterado de que llevaba una niña en mi seno, habría hecho lo imposible para que la abortara.

En España vivíamos seguras, tranquilas, y no me importaba estar sola con mi hija. Era muy joven, ya tendría tiempo de conocer a alguien algún día, año... No tenía prisa, y después de la experiencia con Rajiv, ni siquiera me apetecía volver a soportar las impertinencias de ningún hombre. Sé que solo escucharme decir eso resultaba extraño en mí, con lo sumisa que había sido hacia mi marido, pero después de un año trabajando con Anahí y Claudia se me habían pegado ciertas formas de hablar, aunque mi actitud todavía distara mucho de ser como ellas.

Por eso cuando el hermano de Esther me habló así, me sentí como cuando estaba en Agra, a expensas de mi marido. Menospreciada, juzgada, infravalorada... Todo el tiempo vivido con Rajiv me vino a la mente, volví a sentirme miserable, y cuando Claudia vino en mi busca solo pude gritarle por la rabia que sentí en ese momento.

—¡Por vuestra culpa! ¡No debí venir! ¡No debí dejarme convencer!

—Ey, chica, tranquila, ¿vale? Ese tío no sabe lo que está diciendo —intentó tranquilizarme la rumana, una vez entró en el baño.

—Sí que lo sabe, y tiene razón. Yo no debería estar aquí, debería estar cuidando de mi hija y no perdiendo el tiempo —sollocé, en ese momento

bajando el tono puesto que de pronto me sentí más avergonzada todavía por el numerito que estaba montando. Me limpié las lágrimas con el bajo de la camisa, mientras Claudia me miraba compasiva.

—Lali, ¿cuántos años tienes? ¿Veinte? Créeme, no he visto jamás a una mujer tan joven y tan responsable como lo eres tú. A tu edad las chicas están saliendo de fiesta, emborrachándose y enrollándose con el primer tío bueno que se les ponga por delante...

—Yo no soy como las demás —la interrumpí.

—Lo sé. Anahí y yo lo sabemos, y por eso te apreciamos y queremos formar parte de tu vida, que confíes en nosotras y nos dejes ser tus amigas.

—Yo... Lo siento.

—¿Por qué? Tú no has hecho nada malo, cielo.

—Siento haberte gritado, y siento haber fastidiado el cumpleaños de tu amiga.

—Uy, no te preocupes, es amiga de Anahí —Claudia me guiñó un ojo y yo traté de sonreír.

De pronto escuché la voz del hombre que me había insultado hacía unos minutos y mi cuerpo empezó a temblar. Me pareció que estaba discutiendo con su hermana.

—Si alguien ha jodido la fiesta es ese gilipollas de ahí afuera —susurró Claudia, señalando con el dedo hacia donde se suponía que venían las voces.

—Me da mucha vergüenza. Claudia, me quiero ir de aquí. Me... ¿me llevarías a casa de mi hermano, por favor?

—De eso nada preciosa, tu hermano ha accedido a quedarse con tu hija todo el día y tú has de aprovecharte de ello. Si no quieres estar aquí me parece bien, pero ahora mismo tú, yo, y Anahí si quiere, nos largamos a otro sitio más divertido.

—No, de verdad, prefiero irme a casa. Por favor —insistí, viendo cómo la

rumana torcía el morro.

—Chica, no sé si decirte que eres una mujer dura de pelar o terca como

una mula —Esta vez sí reí ante el comentario de mi compañera. Aunque no entendiera qué quería decir, su acento me resultaba muy curioso y su pelo rubio y ojos azul cielo le daban un aspecto angelical que hacía contraste con su personalidad. En cuanto la oías hablar el ángel desaparecía, y eso me resultaba curioso.

Permanecimos unos minutos en el baño hasta que dejamos de oír las voces.

Entonces, salí con la cabeza agachada y entré en el comedor, acompañada de Claudia, que me llevaba agarrada de la cintura porque me temblaban las piernas por los nervios.

—Yo, si... siento lo que ha pasado —musité al ver que todas las cabezas se giraban hacia nosotras.

Pude advertir que el hermano de Esther no estaba, y eso me alivió.

—No cielo, yo siento que mi hermano se haya comportado así —dijo la cumpleañera, levantándose de la mesa para venir hasta mí—. Tuvo una mala experiencia y desde entonces cree que todas las mujeres son iguales, no se lo tengas en cuenta —Trató de animarme.

—No importa, tenía razón. Debería estar con mi hija. Por eso, me voy a marchar. Siento las molestias —No podía levantar la cabeza para hablar de tan abochornada que me sentía.

—Noo, no te vayas mujer. No me hagas ese feo en mi cumpleaños.

—El que se tenía que ir ya se fue, ahora nos toca seguir con la fiesta —

intervino Anahí, desde su sitio—. Con perdón hacia el padre de la criatura, claro —Esta vez miró al padre de Esther, y solté una breve carcajada ante su desparpajo. Llamar criatura a su hijo era un eufemismo saliendo de su boca, pues en ese momento sabía muy bien lo que mi compañera estaría pensando de él.

—Venga, mujer, siéntate en tu sitio y termina de comer —me alentó Esther.

No sabía qué hacer. Por un lado, lo que más deseaba era volver con mi hija; por otro, no quería hacerles el feo a la familia que me había acogido en su casa, y saber que todos estaban esperando a que tomara una decisión me avergonzaba todavía más. Al final regresé a mi sitio y seguí comiendo en silencio, mientras escuchaba las ocurrencias de Anahí y veía corretear por la casa a los hijos de Esther.

Le mandé un whatsapp a mi hermano preguntándole cómo estaba Carmen y no tardó en contestar que estaba de maravilla, que disfrutara y que no me preocupara por nada. A los pocos segundos recibí otro de Laura.

«Cariño, desconecta. Tu hija está mejor que quiere, así que disfruta de tu día y no te preocupes por nada»

«Gracias», contesté. Si ella supiera...

Lo que tenía muy claro era que no volvería a separarme de Carmen por nada ni nadie. Estaba allí, intentaba hacer caso a lo que mi cuñada me había dicho, pero no lo conseguía. Las palabras de Izan retumbaban en mi cabeza como un continuo eco y solo quería que el cumpleaños terminase y salir de allí.

Pasé el resto de la semana igual que todos los días desde que llegué a España: de casa a la guardería, de la guardería al trabajo, otra vez a la guardería y a casa. Carmen lo era todo para mí, y no pensaba permitir que nadie volviera a ponerlo en duda.

Un día, recibí una llamada que me alegró sobremanera.

—¡Hola amiga! —gritó Nandita en cuanto descolgué.

—Nandita, qué alegría escucharte. ¿Cómo estás? ¿Cómo te va todo? ¿Tu matrimonio bien?

—Sí Lali, estoy muy feliz con Gopan. Me trata como a una reina y aunque sea mucho más mayor que yo, intentamos que no se note. Me encanta escucharle

hablar, sabe muchas cosas, y me enseña sus conocimientos a modo de cuento cuando nos vamos a la cama por las noches.

—Oh, Nandita, ¡no sabes cuánto me alegra! ¿Y qué tal todo por allí?

—Igual que siempre amiga. Hay que tener cuidado cuando sales a la calle, pero Gopan se ha asegurado de que siempre me acompañe alguien cuando voy a hacer las compras para la casa. Además, por desgracia Harshad fue hablando de mí a sus conocidos y me he encontrado alguna cosa desagradable como...

—Mi amiga calló y temí qué me pudiera decir.

—¿Como qué, Nandita?

—Un día cuando salimos a la calle alguien había escrito una palabra muy fea en la fachada. Gopan tardó todo un día en conseguir que la pintura tapara el escrito.

—¿Qué ponía?

—Me da vergüenza decírtelo, Lali, es muy humillante. Pero imagínatelo, tú eres de las pocas personas que sabe dónde estuve. Bueno, tú y todos los que Harshad se ha encargado de que lo sepan.

—¡Será hijo de puta! —exclamé.

—¡Lali, pero qué dices! —gritó mi amiga, escandalizada por mi comentario.

—Perdona Nandita, aquí he aprendido ciertas expresiones que son muy adecuadas para según qué casos, como el de ese sinvergüenza, por ejemplo.

—Pero Lali, ¿quién eres y qué has hecho con mi vieja amiga?

—Jajajaja —Hacía tiempo que no reía, y me vino bien.

—Lali, y tú, ¿cómo estás? ¿Cómo está Carmen?

—Carmen está creciendo sana y preciosa, gracias a los dioses, y sobre todo a

Brahma.

—¿Y tú cómo estás? ¿Cómo vives en un país tan diferente al nuestro?

—A veces es muy duro. Aquí nuestras creencias les parecen extrañas, como a mí me lo parece que solo crean en un dios y que no crean en la reencarnación, o aún más, que haya quien no crea en nada. Pero la verdad es que no aspiro a integrarme por completo. Vivo mi vida cerca de mi hermano y de Laura y sobre todo con Carmen. Ellos son todo lo que necesito.

—¿Pero no has pensado en volver a casarte? Me da pena que estés tan sola.

Además, si has de vivir allí para siempre, deberías integrarte ¿no crees?

—No estoy sola, y te recuerdo que yo ya estoy casada. No podría casarme aunque quisiera, pero no es el caso —No hice caso a su último comentario porque todavía me resultaba difícil asumir ciertas cosas del país en el que vivía, y no sabía si algún día acabaría acostumbrándome.

—Lali, no puedes criar a tu hija tú sola, aunque tengas la ayuda de Bhadrak.

—Sí que puedo, llevo más de un año trabajando y saliendo adelante. El amor no cabe en nuestras vidas, Nandita. Ni estaba en Agra, ni lo estará aquí.

Solo somos mujeres que nos dejamos hacer. A veces sale bien, como te ha pasado a ti, y otras no tanto, como fue mi caso. Mi oportunidad de ser feliz con un marido ya pasó. Ahora he de vivir la vida que Brahma me ha deparado y aspirar a que en otra vida me salgan mejor las cosas. Pero amiga, no creas que no soy feliz ¿eh? Carmen me llena totalmente y no necesito nada más.

—Ay Lali, no sé qué decirte. Aunque te parezca mentira yo creo que estoy enamorada de mi marido. Nunca pensé que pasaría. En un principio fue solo el acuerdo que me libró de ser menospreciada por todos; pero a medida que pasan los días, creo que no podría vivir sin Gopan. Es un hombre dulce, cariñoso, me cuida, me respeta. Vamos, que es como tu hermano jajaja.

—Mi hermano es único jajaja —Reí con ella—. Pero me alegro mucho por ti. No tengas pena de mí, ¿de acuerdo? Estoy bien, te lo aseguro.

—Está bien, Lali. Te echo mucho de menos.

—Y yo a ti.

Nos despedimos tras media hora de conversación que me vino muy bien porque realmente añoraba a mi amiga más que a nada. Mis padres siempre habían sido buenos conmigo, pero en el fondo no podía evitar reprocharles

que me hubiesen casado con Rajiv y que hubiesen obligado a Bhadrak a comprometerse con Kamna solo por pagar una supuesta deuda que mi esposo les exigía por mí. Los echaba de menos, pero en España me sentía libre, aunque no llegara a alcanzar la independencia total, pues mi cultura me había hecho creer que las mujeres no valíamos para nada sin un hombre al lado.

Trataba de convencerme a mí misma cada día de que eso no era así, de que yo podía con todo, y trataba de molestar a mi hermano lo menos posible, pese a que él me llamaba continuamente y se ofrecía a ayudarme cuanto podía.

No había hecho más que colgar cuando el móvil volvió a sonar. Era Laura.

—Hola guapa, ¿cómo estás?

—Bien, Laura, ¿y tú?

—Muy bien, aquí con tu sobrina dándole de mamar. Oye, te llamo para recordarte que mañana tenemos cita en el ginecólogo.

—Laura, ya te dije que no me hacía falta ir. Estoy bien.

—De eso nada, monada. Desde que tuviste a Carmen no has ido, y has de hacerte una revisión para comprobar que todo esté en su sitio.

—¿Y dónde va a estar si no? Ni siquiera tengo relaciones sexuales.

—Lo sé, cielo, pero tuviste una hija y hay que hacerlo. Te recojo mañana a las nueve.

Laura me colgó antes de que pudiera replicarle. Me sabía mal que se gastara dinero en una consulta privada cuando pensaba que no hacía falta, pero ante la

terca de mi cuñada no podía hacer nada, así que respiré hondo, cogí a Carmen, y lo dispuse todo para darnos un relajante baño. Me moría de vergüenza al pensar que un hombre me viera mis partes íntimas, y eso que ya me lo habían visto todo cuando tuve a mi hija. Ojalá fuera una mujer.

4.EL PERDÓN

Salí del piso de mi hermana sabiendo que no había hecho bien en irme. Mi padre estaba allí y muy pocas veces lo veía fuera de la clínica. Pero me agobié de tal manera que no podía seguir en la misma mesa que esa mujer que no sabía ser madre. Me vino a la cabeza Sheila y todo lo que me había hecho.

Miré a Amanda y quise tranquilizarme, ella no tenía la culpa de que su madre no la quisiera, y no importaba porque para compensarlo ya estaba yo.

Conmigo mi hija tenía suficiente, no nos hacía falta ninguna mujer extraña que no la quisiera como se merecía. Pensé en Anahí y sus locuras, ¿cómo pretendía mi hermana que siquiera me planteara tener una simple cita con ella? Jamás sería la mujer adecuada para cuidar a mi hija, para amarla y ser como una madre para ella, de eso estaba seguro.

No tardé en recibir un mensaje de mi padre reprochándome que me hubiese ido. Lo leí y tiré el móvil en el asiento del copiloto.

—¿Te has puesto el cinturón? —le pregunté a Amanda, quien a su corta edad insistía en hacer cosas ella sola para sentirse mayor.

—Sí, papi, pero yo quería estar más rato con los *pimos* —me contestó, con el morro torcido.

Me sentí culpable, ella no tenía culpa de nada, pero ya no había vuelta atrás.

—Lo siento cariño, pero es que me he acordado de que tenemos algo que hacer, mejor que estar en casa de la tía.

—¿Sí? ¿El qué, papi?

—Pues ir a un sitio más chulo.

—¡Más chulooo! —gritó, ahora más contenta. Me resultaba increíble ver la facilidad con la que pasaba del llanto a la risa o al revés.

—Sí, cariño, ya lo verás. Es una sorpresa.

Como había metido la pata con mi pequeña, esa tarde tocaba compensarla, así que la llevé a la feria y dejé que se subiera en todas las atracciones que quiso. Al final, se olvidó del cumpleaños de su tía y de lo bien que se lo había estado pasando con sus primos, y conseguí que disfrutara de forma que a mí me hizo olvidar lo que había pasado hacía unas horas.

Por la noche, por fin cogí el móvil y me disculpé con mi padre. Como ya esperaba, sus palabras fueron las mismas que me había dicho mi hermana.

«Izan, no todas las mujeres son como Sheila. Deberías dejar hablar antes de juzgar, o callarte cuando no estés de acuerdo en algo. Has jodido a tu hermana y creo que se merece una disculpa»

Tenía razón, pero no sería ese día. Pese a las horas divertidas en la feria, todavía estaba caliente por lo que había pasado, sobre todo porque Esther no me hubiese defendido. Aunque pensara que yo no tenía razón era su hermano y debería haberme apoyado.

Al día siguiente, cuando salí a tomar café después de atender a la paciente de las diez de la mañana, llamé a mi hermana.

—Esther, siento haber sido tan gilipollas.

—¡Y de los más grandes! —exclamó ella, todavía enojada.

—Lo siento, sabes cómo me pongo cuando se trata de mujeres que no saben cuidar de sus hijos.

—Izan, te entiendo, pero no conoces a Lali y deberías haber preguntado antes de hablarle como lo hiciste.

—Lo sé, pero creo que de haberlo hecho habría sido peor.

—¿Peor? Creo que no hay nada que pudieses haber hecho que fuera peor de lo que ya fue. La pobre quiso irse a su casa, menos mal que la convencí para que se quedara.

—Debería haberse ido a cuidar de su hija.

—¡Izan, por el amor de dios! Su hija estaba bien cuidada con su hermano y su cuñada. Según me contó Anahí, la chica no sale más que para ir al trabajo.

—Bueno Esther, eso no me importa ¿vale? Déjalo estar ya. ¿Aceptas mis disculpas o no?

—Está bien, las acepto. Pero creo que deberías disculparte también con ella.

—Ni pensarlo. Además, no tengo modo de hacerlo así que...

—Le puedo pedir a Anahí su teléfono.

—¡Que no, joder!

—De acuerdo, allá tú y tu conciencia.

¿Mi conciencia? Mi conciencia estaba bien tranquila. Ayudaba diariamente a las mujeres que querían ser madres, pero serlo de verdad. Ni siquiera me pareció que esa joven hindú estuviese casada y eso afirmaba mi convicción de que se había quedado embarazada siendo una niña y que para ella su hija solo era un estorbo, una forma de joder su juventud. ¿Que no salía para nada? No me lo podía creer, con tan solo veinte años que dijo que tenía. ¡Pero si era una cría!

Dos semanas después, las cosas habían vuelto a su cauce y mi hermana parecía que por fin me había perdonado que le fastidiara su fiesta de cumpleaños.

Un día, cuando llegué a la clínica y eché un vistazo a las visitas que tenía esa mañana, algo llamó mi atención. Lali Singh. ¿Cuántas mujeres habría en España que se llamaran Lali y que tuvieran un apellido tan extraño? Esperé algo nervioso a que llegara la hora de la paciente y cuando la vi entrar en la consulta, el mundo cayó a mis pies. Mierda, tenía que ver a la mujer con la que había “discutido”, y algo me decía al mirarla a los ojos, que a ella tampoco le

había hecho mucha gracia darse cuenta de que yo sería su ginecólogo.

—Laura, vámonos de aquí, por favor –susurró a la mujer que la acompañaba, aunque pude entender perfectamente lo que decía. La mujer llevaba un carro de bebé, pero ella iba sin su hija.

—¿Por qué? Ya te dije ayer que necesitas esta revisión, ya estamos aquí,

¿qué es lo que pasa ahora? –le preguntó la mujer, pues no entendía por qué la joven se comportaba así. La bebé empezó a llorar y la chica la sacó del carro y la meció en sus brazos para intentar tranquilizarla.

—No quiero que me vea él.

Me levanté de mi asiento y me acerqué hasta ella, le tendí la mano e hice como si nunca nos hubiésemos visto.

—Buenos días, Lali. Soy el doctor Izan Vilanova, y estaré encantado de atenderte, si tú quieres –Traté de ser amable porque mi profesión me obligaba a ello, pero además porque después de la charla con mi hermana, algo hizo que me apeteciera saber más de ella. Aunque eso no quitaba que siguiera pensando lo mismo.

—Vamos, Lali, deja que el doctor te vea –expresó la mujer rubia, acariciando a su hija, que ya estaba durmiéndose en sus brazos.

—Vale –musitó la joven, no muy convencida.

Le pregunté el motivo de su visita y como su acompañante notó lo nerviosa que estaba, fue ella quien habló:

—Hola, soy Laura, su cuñada. He conseguido traerla para que le haga una revisión ya que desde que tuvo a su hija hace un año, no se ha hecho ninguna.

—Muy bien, le haré de paso una citología. Ven, pasa por aquí –Hice que se levantara y me siguiera hasta donde tenía el potro.

Laura dejó a su bebé en el carro y se acercó para darle la mano a su cuñada.

—Tranquila, ¿vale? Todo va a ir bien —Le aseguré.

Hice que se desnudara de cintura para abajo, sugiriéndole que se dejara la larga falda de estampados en tonos camel y beige que llevaba. Noté cierto alivio al darse cuenta de que no tendría que quitársela y una vez subida al potro y con la falda recogida en su cintura, hice que colocara los pies en las sujeciones y la exploré, primero metiendo dos dedos dentro de ella. La sentí rígida por los nervios, pero sorprendentemente apretada. No debía de haber tenido relaciones sexuales en mucho tiempo, cosa que me sorprendió y causó curiosidad.

—Ahora vas a notar un poco de frío —la avisé, porque supuse que nunca habría tenido dentro de ella un espéculo.

Noté cómo se encogía al sentir el aparato dentro de ella y vi cómo su cuñada le apretaba la mano.

—Tranquila, esto es todo lo que vas a sentir —le aseguré.

Después de comprobar que estaba todo correcto, le hice una citología para asegurarme de que todo estaba bien. No se lo pregunté pero me dio la sensación, por su actitud en el potro, de que nunca antes se la habían hecho.

Una vez la joven se puso la ropa que le faltaba y se sentó delante de mí, le comenté que estaba todo bien y que la esperaba en un par de semanas para ver el resultado de la citología. Normalmente solo citábamos a las pacientes en caso de que viésemos algo raro en las pruebas, pero en ese momento lo único que pasó por mi cabeza fue volverla a ver, y qué mejor modo de hacerlo que diciéndole que tenía que volver a por el resultado.

—¿Cómo estás? ¿A que no ha sido nada? —le pregunté, intentando quitarle importancia a la tensión que había entre nosotros.

—No —susurró ella.

—Y no quería venir. Anda que... —la recriminó su cuñada—. Hay que obligarla a hacer cualquier cosa que no sea trabajar o cuidar de su hija. Doctor Vilanova, ¿verdad que porque salga alguna vez con las compañeras de

trabajo o intente hacerse alguna amiga de verdad, su hija no va a dejar de quererla?

Me quedé inmóvil ante tal declaración, no sabía qué decir, sobre todo al ver que la joven agachaba la cabeza ruborizada porque su cuñada estuviese contando cosas que seguro ella no habría contado a nadie.

—Desde que llegó a España se ha recluido en su casa y ni su hermano ni yo conseguimos que viva un poco. ¡Pero si solo tiene veinte años! Debería estar comiéndose el mundo, disfrutando de la vida, pero no hay forma de convencerla.

—Lali, ¿es eso cierto? —le pregunté a la joven, sintiéndome más gilipollas de lo que jamás me había sentido.

—Sí, pero... co... como me dijo el otro día, es lo que debo hacer.

¿Verdad?

Ese habría sido el momento adecuado para pedir perdón, meter el rabo entre las piernas y aceptar que la había juzgado erróneamente, pero algo hizo que las palabras no salieran de mi boca, y lo único que pude hacer fue asentir.

—¿Cómo? ¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó Laura, confusa.

—Su cuñada y yo nos conocimos hace un par de semanas en el cumpleaños de mi hermana.

—Vaya, ¡así que eres el hermano de la amiga de Anahí! —exclamó la rubia, al parecer sin saber lo que había pasado allí. Me pareció un detalle que Lali no hubiese acudido a su familia en busca de apoyo por lo que yo le había dicho, y me pregunté si realmente la joven pensaba que yo tenía razón en cuanto a lo que le dije en la comida. Desde luego, si lo que decía su cuñada era verdad, me había pasado, pero no quería reconocerlo delante de ella. Sería mejor que hablara con Lali a solas, de algún modo. Ahora que había venido a mi consulta tenía sus datos, ya no necesitaba que nadie me diera su teléfono, así que la llamaría e intentaría disculparme con ella, y a ser posible, saber más de su

vida, pues me estaba empezando a intrigar más de lo que jamás habría pensado.

—Sí —admití, observando la mirada de reojo que me echó Lali—. Te veo en dos semanas, ¿de acuerdo? Coge cita en el mostrador.

—Vale —asintió ella.

—Pero por favor, doctor, dígame que salga un poco. Vamos, convénczala de que no hace mal con ello.

—Ya hablaré yo con ella, ¿de acuerdo?

Laura me miró abriendo mucho los ojos y me guiñó un ojo. Me sorprendió su actitud, pero más aún la cara aterrorizada que me mostró Lali.

—Tranquila, no me como a nadie —le dije, antes de que ambas mujeres salieran de la consulta con la bebé, que dormía plácidamente en su carro.

Pasé el resto del día pensando en ella. No sabía por qué, no lo entendía. Era una mujer demasiado joven para mí pero, ¿qué coño pensaba? Noo, no podía ser que estuviese pensando en ella de esa manera. Lo que pasaba es que me sentía tremendamente culpable por cómo la había tratado y necesitaba disculparme. No tenía claro si Laura tenía razón en que debiera salir o no. Eso habría sido contradecirme, ¿no? Pero, por otro lado, tenía razón. Una cosa era que Lali aprovechara cualquier momento para desatender a su hija y otra que no hiciese otra cosa que trabajar y cuidar de ella.

Había visto una tristeza en sus ojos que me causó curiosidad, tal vez empatía, y necesitaba averiguar qué le pasaba. ¿Por qué no podía quitármela de la cabeza? Debía hablar con ella cuanto antes, así, lo solucionaría y seguiría con mi vida sin ese sentimiento de culpa que me estaba martirizando.

Busqué su ficha, apunté su número de teléfono en un papel y decidí que por la noche, cuando estuviera tranquilo en mi casa, la llamaría.

Las horas se me hicieron eternas. No conseguía quitarme sus ojos oscuros de la cabeza, y cada minuto que pasaba entendía menos qué me estaba pasando.

Al fin llegó la noche, y una vez Amanda estuvo en la cama, me decidí a llamarla.

—¿Diga? —contestó ella, extrañada. Parecía como si la hubiese despertado, cuando apenas eran las nueve y media de la noche, y eso me hizo sentir peor.

—¿Lali? Soy Izan, el hermano de Esther, o tu ginecólogo, como prefieras.

—¿Izan? —preguntó sorprendida, y calló.

Yo también me quedé callado durante un par de segundos que parecieron una eternidad. Por un momento me sentí idiota y no supe qué decir.

—Lali, te llamaba porque quería pedirte disculpas por mi comportamiento del otro día. ¿Te gustaría quedar conmigo para tomar café y lo hablamos? Me comporté como un gilipollas y necesito que me perdones.

—Le perdono —susurró ella, somnolienta.

—Entonces, ¿te gustaría que te recogiera mañana después del trabajo? ¿A qué hora sales?

—No, está bien. Acepto sus disculpas. Gracias —Supe que estaba a punto de colgar y hablé para que no lo hiciese.

—Lali, por favor, me gustaría poder decírtelo en persona.

—No hace falta, de verdad. Cuando salgo del trabajo tengo que ir corriendo a recoger a mi hija a la guardería. No tengo tiempo.

—Pues te llevo yo a por tu hija y así matamos dos pájaros de un tiro.

—¿Qué?

—Que así nos ayudamos los dos. Yo te llevo para que llegues más rápido y tú dejas que me disculpe en persona —Me di cuenta de que estaba dando por hecho que la joven no tenía coche, tal vez le pareciera prepotente por mi parte, pero necesitaba verla y fue lo único que se me ocurrió.

—No, no se preocupe que está cerca del trabajo. Acepto sus disculpas.

Gracias –Y me colgó.

Joder, me había colgado. Era la primera vez que una mujer me hacía eso, y una extraña sonrisa se dibujó en mis labios.

Al menos le había podido pedir perdón y mi conciencia estaba más tranquila, pero mi cabeza no dejaba de pensar en esa joven de apenas veinte años que vivía solo para trabajar y criar a su hija. ¿Acaso le habría pasado como a mí y el padre no había querido saber de su hija? O, ¿y si estaba dando por hecho que estaba sola y en realidad sí tenía un marido? No llevaba alianza pero eso hoy en día no era motivo alguno para que no pudiera tener una pareja y que conviviera con él. Sin embargo, la había sentido tan apretada pese a haber tenido un parto, que me hacía pensar que no tenía relaciones sexuales, y en cierto modo me gustó.

Debía dejar de pensar en una mujer a la que le llevaba ocho años y que era tan diferente a mí en cuanto a cultura. Debía seguir mi vida como hasta ese momento, donde la única mujer que cabía era mi hija.

No pude evitar pensar que teníamos algo en común: los dos vivíamos por y para nuestras hijas.

5.DESVELANDO SECRETOS

Me desperté extrañamente aliviada. Miré el móvil para comprobar que la noche anterior había recibido una llamada, porque no estaba segura de si había sido un sueño. Una sonrisa se dibujó en mi cara cuando recordé a Izan pidiéndome disculpas. Era un hombre muy guapo, rubio, con unos ojos azules enormes que cuando me miraron estando yo sentada en el potro para decirme que me preparara para sentir frío, me helaron el corazón, cosa que hizo que no sintiera lo que entraba dentro de mí.

Sí, tenía una mirada penetrante que estaba segura de que enamoraría a cualquiera, pero yo no podía dejarme llevar por esas cosas. Además, ¿en qué estaba pensando? Ese hombre no se fijaría en mí ni aunque fuera la única

mujer en la tierra. Me había llamado porque se sentía culpable, me hizo sentir mal y se dio cuenta de que no tenía razón, ¿o sí? Eso era algo que todavía me preguntaba. Tenía razón cuando me dijo que debería estar cuidando de mi hija.

Las formas, eso sí que no fueron correctas. Acepté sus disculpas porque en realidad no pensé que tuviera nada que perdonar, a pesar de lo mal que me hizo sentir. ¿Acaso no me sentía peor cuando vivía con Rajiv? Él se encargaba de hacerme sentir como si no valiese nada cada día. Por un comentario fuera de lugar y mal dicho de un desconocido no me iba a morir. ¿O sí?

Preguntas y más preguntas se amontonaban en mi cabeza y la que más me atormentaba era la de si había hecho mal en rechazar su invitación. Sería una manera de volverle a ver pero, ¿para qué? ¿Qué necesidad tenía yo de quedar con un hombre al que no le importaba más que su conciencia, y perder por ello el tiempo que debería emplear estando con mi hija? Aunque, me había dicho que me podría llevar a la guardería, ¿o lo había soñado? No, había hecho bien y debía quitarme a ese hombre de la cabeza.

Me vestí con un conjunto en tonos celestes y amarillos, de camisa recta larga y pantalones de lino. Desde que estaba en España era el segundo invierno que vivía y empezaba a darme cuenta de que mi ropa no era muy adecuada para esa estación, pero como todavía no me veía llevando vaqueros y jerséis de lana, lo solucionaba poniéndome camisetas de cuello alto bajo mis largas blusas y leotardos bajo los finos pantalones. Mi cuñada me había regalado un abrigo de color rojo, y con eso, una bufanda y unos buenos guantes, de momento estaba aguantando el frío al que no estaba acostumbrada.

Como todas las mañanas, a la hora del almuerzo, Anahí me preguntó si quería bajar con ellas a tomar café. Yo, como de costumbre, rechacé la invitación.

—Anda, Lali, hazlo por nosotras. Queremos saber de ti, que ya va siendo hora, ¿no crees? —me preguntó mientras Claudia me miraba invitándome con los ojos.

—Está bien, iré.

Me levanté de mi silla y cogí el bolso y el abrigo. Pensaba que estaba perdiendo dinero cada vez que me levantaba de la máquina pero por una vez,

esas dos mujeres hicieron que no me sintiera tan culpable. Ya era hora de empezar a darles un poco de confianza a las que habían sido mis compañeras durante más de un año.

—Cuéntanos, amiga, ¿dónde está el padre de la criatura? —Para empezar, esa era la última pregunta que pensé que me haría Anahí, y sentí cómo todo mi cuerpo empezaba a sudar.

—¿Serás bestia? —la recriminó Claudia.

—Digo yo, que ya va siendo hora de que nos cuente su vida ¿no? Ella lo sabe prácticamente todo de mí. Sin ir más lejos, te cuento que el sábado me lié con un tío que estaba de toma pan y moja.

—Eso es porque eres una cotorra que no callas ni en la máquina trabajando. Pero Lali es más reservada —Y mirándome a mí, añadió—: Chica, puedes contarnos lo que quieras, no hace falta que nos des explicaciones de algo tan personal.

Las miré a las dos, que tenían la vista fija en mí, e intenté tranquilizarme.

No había nada de malo en hablarles un poco de mi vida, y aunque había evitado este tipo de conversaciones durante el tiempo que llevábamos trabajando juntas, tenían derecho a saber cómo era la mujer con la que compartían la mayor parte del día.

—Mi marido está en Agra. Huí de allí gracias a mi hermano.

—Un momento, ¿has dicho que huiste? —preguntó Anahí, escandalizada.

—Sí. Mi marido me menospreciaba y estaba segura de que si se enteraba de que llevaba una hija en mi vientre habría hecho que abortara. Además, les pedía dinero a mis padres continuamente y me cansé de consentirlo.

—¿Cómo que les pedía dinero? ¿Por qué? —Esta vez fue Claudia quien preguntó.

—Porque decía que yo no valía nada y que le tenían que pagar por mantenerme. Allí los padres pagan una dote al marido por casarse con sus

hijas.

—Aquí antiguamente también nos iban haciendo una dote para cuando nos fuéramos a casar, pero se trataba de sábanas, vajillas... cosas para la casa.

Pero, ¿dinero? No lo entiendo.

—En mi país las mujeres no valemos más de lo que nuestros padres pueden pagar por nosotras para que un hombre nos acepte como esposas. Somos mera mercancía con la que negocian las familias, y cuanto más mayor eres menos vales. Por eso a mí me casaron tan joven.

—¿Quieres decir que estás casada? —preguntó la rumana, con su peculiar acento.

—¿Pues no acaba de hablar del padre de Carmen como su marido, *soboba*?

—la increpó Anahí.

—Es que me parece tan fuerte, siendo tan joven. Yo tengo treinta y no pienso todavía en casarme.

—Ni yo que tengo treinta y tres, hay que vivir la vida, y eso es lo que vas a hacer a partir de ahora —Anahí me apuntó con el dedo como una maestra que le está dando la lección a su alumna mientras afirmaba con la cabeza.

—Chicas, yo... He bajado a almorzar con vosotras, pero mi vida está bien como está. Gracias de todos modos —les aseguré, para que se quitaran esas ideas de la cabeza.

Anahí cogió el cigarro que se estaba fumando Claudia y le dio una calada.

La rumana la miró con el ceño fruncido mientras esperaba a que se lo devolviera. Yo, por supuesto, me escandalicé al ver que las babas de una pasaban a la otra.

—¿Por qué no te compras tu propio tabaco? —la regañó, cosa que me pareció curioso, pues la rumana no se quejaba de que pusiera sus labios sobre lo que

antes había estado en los suyos, sino de que se lo consumiera.

—Porque lo estoy dejando. Hija, que solo le he dado una calada.

—Ya, ya, dice que lo está dejando —La señaló con el dedo mientras me miraba a mí negando con la cabeza—. Anda, fúmate uno entero, que la conversación lo merece —dijo, sacando su paquete de tabaco para ofrecerle un cigarro. Anahí lo aceptó gustosa y se lo encendió con el de su compañera, que todavía tenía en su mano.

Yo las miraba alucinada. No conseguía acostumbrarme a cosas como que bebieran del mismo botellín de cerveza, que chuparan el mismo cigarro, o esa costumbre que tenían de darse besos en cualquier lugar.

Les hablé del tiempo que pasé con Rajiv, de cómo me trataba, de lo que

tuvieron que hacer mis padres para poder pagarle, y de cómo volví con mi hermano. No les conté que había intentado suicidarme porque para ese día ya tenían bastante, además de que era algo demasiado personal, delicado; algo que seguramente jamás contaría a nadie.

A mediodía sonó mi móvil, y como el número que vi no lo tenía registrado, lo cogí sin pensar.

—Hola Lali, ¿te has pensado mejor mi proposición de ayer? —me sorprendió Izan, haciendo que me atragantara con mi propia saliva.

—Hola, no he pensado nada doctor —¿Por qué le llamaba así?

—Me gustaría recogerte en el trabajo y hablar contigo. Creo que te debo una disculpa como Dios manda.

«¿Dios? ¿Cuál de todos?», pensé, recordando que aquí tenían la absurda creencia de que solo había uno.

—Ya te dije que no hacía falta —¡Y ahora le tuteaba! «Lali, ¡aclárate!», me gritó mi subconsciente.

—Te voy a ver de todos modos dentro de dos semanas, y me gustaría que

vinieras sola a la consulta. De lo contrario, no pararé hasta que me dejes disculparme en persona.

—¿Quién es ahora el terco? —se me escapó.

—Jajajaja, vaya, veo que nos parecemos en algo más.

—¿Algo más? ¿A qué te refieres? —Sí, lo mejor sería que le tuteara.

—Accede a quedar conmigo y te lo digo.

—No hace falta. Agradezco... —De pronto no sabía cómo continuar.

—Vamos, solo un café.

—No, lo siento —Y le volví a colgar.

Me quedé con el teléfono en la mano durante unos segundos, petrificada en el sitio sin saber qué pensar. Claudia, al ver mi estado se acercó a mí, movió la palma de la mano por delante de mis ojos para que reaccionara, y entonces fue cuando volví a la realidad.

—¿Quién te ha llamado para que te hayas quedado así? —me preguntó la rumana.

—Izan.

—¿Izan, el gilipollas? —gritó.

—Quiere disculparse. El otro día estuve en su consulta y...

—Espera, espera, espera. ¿Has estado con él después del día X? ¿Cómo?

¿Cuándo? ¿Por qué?

—Ayer, ¿recuerdas que llegué tarde porque fui al ginecólogo?

—¡¡Noooooo!! —gritó Anahí, que no se había levantado de su máquina hasta ese momento, pero que no había dejado de estar con la oreja alerta—.

¡¡No puede ser que fueras a su consulta!! ¡Me muero jajajaja!

—Sí, pero yo no lo sabía. Fue mi cuñada la que insistió en que debía ir y yo no tenía ni idea de que sería él mi médico.

—¿Sabías a qué clínica ibas? —preguntó Anahí.

—No, simplemente me dejé llevar.

—Ay nena, debes empezar a fijarte más en todo, a saber dónde te llevan y a desenvolverte por ti misma. Si no, te pasarán cosas como esta. Dime, ¿fue muy vergonzoso? ¿Cómo se comportó?

—Fue horrible. Saber que él me ha visto... ahí —Me señalé la entrepierna porque me daba vergüenza nombrarlo—, que me ha metido la mano... ¡Ay, por Brahma, quería morir!

—Bueno, si te sirve de consuelo, yo quisiera que me tocara ahí, pero de otro modo jajaja. Al menos ya te has llevado más que yo —soltó Anahí, como si tal cosa.

—Pero mira que eres burra —la recriminó Claudia—. La chica tan abochornada y tú insinuando que debería estar contenta porque le ha tocado el pitorro.

—¿Quién es la burra ahora? —preguntó Anahí mirándome a mí pero señalando a su compañera.

—Ejem, ejem —carraspeó Mercedes, ya que las tres estábamos fuera de nuestras máquinas, sin trabajar.

Me sentí fatal. Nunca me había llamado la atención la jefa, pero al parecer a mis compañeras no les afectó tanto. Volvieron a su sitio riéndose y sin dejar de mirarme y yo, como vi a Mercedes con los brazos en jarras, agaché la cabeza y seguí cosiendo en mi rematadora, sin hacer caso a los cuchicheos que entre ellas se decían.

—¿Y qué es lo que quiere? —me preguntó Anahí, en voz baja, una vez la jefa se hubo marchado a su despacho, pues ese día le tocaba hacer las cuentas del mes

y por eso no estaba con nosotras en su máquina.

Traté de hacer como si no la hubiese escuchado, pero entonces mi compañera lo repitió casi gritando, y aunque no levanté la vista de la máquina, me ruboricé porque no quería responder a esa pregunta. Además, temía que Mercedes la escuchara y volviera a entrar.

—Quiere recogerme y pedirme disculpas en persona —contesté, porque conociendo a mi compañera no iba a parar hasta que lo hiciera.

—¿Y qué le has dicho? —Esta vez fue Claudia quien preguntó.

—Que no, que acepto sus disculpas pero que no quiero verle.

—¿Por qué? ¡Es un buen partido! —exclamó Anahí.

—Chica, pues porque es un gilipollas. No sé cómo no te has dado cuenta aún —le contestó Claudia.

—Yo no busco eso —susurré.

—Nena, no seas boba. Izan jamás ha mostrado el mínimo interés en mí, así que si quiere verte es por algo, maja —explicó Anahí, sin hacer caso a su compañera—. Yo sé por lo que ha pasado y os puedo asegurar que su comportamiento del otro día, aunque no fue adecuado, sí fue justificado.

—¡No me digas que le defiendes! —exclamó la rumana, disgustada.

—Me da igual. No quiero nada ni con Izan ni con ningún hombre. Y

tampoco creo que sea eso lo que él quiere de mí —aseguré, pretendiendo que la conversación finalizara ahí.

Las dos se miraron entre ellas, vi por el rabillo del ojo cómo Anahí puso los suyos en blanco, y ambas siguieron trabajando. Algo me decía que aunque se hubiesen callado, más tarde seguirían hablando de lo mismo. Les había proporcionado carne fresca y tenían que aprovecharlo, y pensar en eso hizo que emitiera una breve carcajada que hizo que Anahí me mirara con los ojos muy abiertos y exclamara:

—¡Pero si te encanta tenernos así! ¡Serás *zorróna*!

—Chica, yo quedaría con él, pero no hoy —declaró Claudia desde su sitio

—. Le citaré un sábado, iré con Carmen y me pondrá bien guapa. Así veré que eres buena madre y que además estás bien buena.

Ahora fui yo quien puso los ojos en blanco. Estas mujeres eran increíbles, y conseguían sacarme una sonrisa aún en mis peores días.

Esa tarde, cuando recogí a Carmen de la guardería y la llevé a pasear, no podía evitar sentirme un poquito más feliz. Hablar con mis compañeras me había ayudado, era un desahogo que hasta el momento no pensé que me vendría tan bien; y saber que había un hombre posiblemente interesado en mí, aunque no fuera lo que yo buscaba, hacía que me sintiera aún mejor. Hasta el momento no había podido quitarme de la cabeza las duras palabras que Rajiv siempre me decía, no me consideraba importante para nadie excepto para mi familia. Pero si Anahí tenía razón, aunque Izan no buscara nada conmigo, si solo el hecho de querer verme significaba algún mínimo interés, sería porque yo no era tan despreciable como había creído ser los últimos años.

Aun así, tenía mucho miedo. No quería ni pensaba empezar una relación

con nadie porque me aterraba estar con un hombre, me horrorizaba meterme en la cama con alguien, que me tocara y que a la mañana siguiente me hiciera sentir insignificante. Estar sola me hacía superarme cada día, saber que podía salir adelante por mí misma me convencía de que valía la pena, de que no necesitaba a nadie, y así no tenía que aguantar que nadie me menospreciara.

6.SI HAY QUE IR A MALAS, ASÍ

SERÁ

No me podía creer que me hubiera vuelto a colgar el teléfono. Esa chiquilla había despertado una ternura en mí que me descolocaba. Me quedé mirando el móvil durante unos segundos hasta que la recepcionista me avisó de que la siguiente paciente ya había llegado. Sería mejor que me quitara a la joven hindú de la cabeza, porque ni yo mismo sabía qué pretendía con ella.

Tenía claro que no quería empezar nada con nadie. Seguía pensando que con mi hija tenía bastante, pero no me comprendía cada vez que cogía el teléfono e intentaba quedar con esa mujer. Necesitaba verla pero, ¿realmente lo único que pretendía era disculparme? Por supuesto que sí, las mujeres no estaban en mis planes, y menos una jovencita que había sido madre siendo una cría a saber por qué. ¡Con la de medios que había para no quedarse embarazada! ¿Y yo precisamente decía eso? Era el menos indicado para juzgar a nadie, cuando a mí me había pasado lo mismo. Al menos ella cumplía como madre, aunque para ello se estuviera perdiendo su juventud.

La mañana pasó lenta. Tenía ganas de llegar a casa, jugar con Amanda y leer un buen libro. Con eso tenía suficiente. La tranquilidad era lo que más apreciaba, pero esa noche algo perturbaría la paz que habitaba en mi casa.

—¿Qué coño quieres? —fue como contesté a la llamada de Sheila.

—Vaya, buenas noches ¿eh? Quiero ver a mi hija.

—No tienes derecho a pedir nada.

—Claro que lo tengo, soy su madre.

—No desde el día en el que dijiste que preferías abortar a tenerla —Sabía que aunque nuestras conversaciones siempre empezaran así, no tenía nada que hacer. Si ella decidía contratar a un abogado, podría quedarse con parte de la custodia de su hija, porque alegaría que cuando decidió no tenerla y no hacerse cargo de ella era menor de edad y no sabía lo que hacía. Al final, muy a mi pesar, el día que le daba la neura de querer verla, que por fortuna era en contadísimas ocasiones, no podía negarme a que lo hiciera.

—Vamos Izan, sabes que a malas no conseguirás nada —declaró, sabiendo que tenía las de ganar.

—Tú fuiste la primera que empezó a malas. ¿Sabes cuánto he tardado en recuperar mi reputación? ¡Me jodiste bien jodido!

—Lo sé Izan, pero era una cría. Te he pedido que intentes ponerte en mi lugar

miles de veces, pero jamás lo harás.

—Claro que no, me llevaste ante un juez y mentiste solo para salirte con la tuya.

—Te declararon inocente, ¿no? ¡Al final no pasó nada! Tuve a mi hija y te la entregué, hice lo que tú querías.

—Porque no tenías más remedio.

—Sí que lo tenía, podía haber abortado, pero no lo hice por ti.

—Ya, por mí. ¡Ja! No seas tan cínica.

—¿Entonces por qué si no?

—Mira, déjalo estar porque esta conversación siempre nos lleva al mismo sitio. Te permito que vengas a verla mañana a las siete, en el parque de siempre, una hora.

—No puedes hacer eso, quiero llevármela a mi casa, bañarla y darle de cenar.

—No, Amanda es muy pequeña para que tenga que salir de noche a las tantas. Al día siguiente tiene colegio y tiene que acostarse temprano.

—Pues entonces me la quedaré a dormir y yo la llevaré a la escuela.

—Eso ni de coña. ¡Pero si ni siquiera te conoce!

—¡Izan, por favor! —gritó, con un tono amenazante.

—Mañana, a las siete, una hora —Fue todo lo que dije antes de colgarle.

No soportaba ver a esa mujer y cada vez que sabía que iba a ocurrir, la malaleche me sobrepasaba. Me ponía de malhumor y se me quitaban las ganas de todo. Esa mujer me había jodido la vida y sabía que por lo único que quería ver a mi hija era para seguir jodiéndomela.

No dormí bien y al día siguiente las horas pasaron más rápidas de lo que

hubiese deseado. Cuando recogí a Amanda, no pude evitar acordarme de la joven hindú.

—He intentado pedirle perdón en persona a Lali, pero ella se niega a verme — le comenté a mi hermana, antes de marcharme de su casa.

—¿Cómo has podido localizarla? Pensé que me lo dirías para hacerlo por medio de Anahí.

—Resulta que ahora es mi paciente.

—Jajajaja, ¡no me lo puedo creer! —se carcajeó Esther—. El mundo este qué impredecible es.

—Ya te digo. Pero bueno, solo quería que lo supieras. Metí la pata y he intentado arreglarlo. Por lo menos me ha perdonado por teléfono.

—¿Y qué querías? La pobre debe de pensar que eres un cretino, y con razón.

—No te pases, hermanita.

—¿Que no? Sabes que tengo razón.

Le di un beso sin decir nada más. No me apetecía seguir conversando acerca de lo gilipollas que era. Aunque me hubiera gustado pasar la tarde allí en lugar de llevar a Amanda al parque en el que había quedado con su madre, sabía que no podía hacerlo. Cuanto antes pasara la hora que habíamos acordado, antes podría irme a mi casa con mi hija y volver a la tranquilidad.

A las siete y diez minutos llegó Sheila con un pantalón vaquero ajustado negro que le marcaba la entrepierna, un top blanco que hacía que se le viera el ombligo, pese a que estábamos en febrero y hacía mucho frío, y una chaqueta bomber abierta de tonos fucsias, amarillo fosforescente y negra. Aunque no hubiese querido verla, la chaqueta era tan llamativa que no habría tenido más remedio. Llevaba el pelo recogido en una coleta años ochenta y la cara exageradamente pintada.

—Hola Izan.

Levanté la cabeza a modo de saludo, y cuando se acercó para darme dos besos le hice la cobra y miré hacia donde estaba Amanda jugando.

—Cariño, ven un momento —la llamé.

Cuando la niña nos vio, corrió hasta mí sin reconocer a su madre.

—Hola, cuqui —la saludo Sheila.

—Hola —contestó Amanda, mirándola sin saber quién era.

—Soy Sheila, tu mami. ¿No te acuerdas de mí?

—¿Tú eres mi mamá? —preguntó mi hija con el ceño fruncido.

—Eso dice —No pude evitar esbozar yo.

Sheila me miró con los ojos bizcos y yo me regocijé en mi interior al ver que su propia hija no sabía quién era. En realidad, era penoso, pero lo tenía bien merecido porque siempre había pasado de ella. La veía de tanto en tanto y tan poco rato que Amanda no llegaba a saber quién era en realidad. Y eso gracias a que yo lo permitía, porque en el fondo me daba muchísima pena que mi niña no tuviera ningún tipo de contacto con su madre, mal que me pesase tener que ver a esa mala persona.

—Cuqui —empezó a hablarle, poniéndose de cuclillas—. ¿te gustaría que la mami jugara contigo a algo? ¿A qué estabas jugando?

—¿En serio eres mi *marre*?

—Sí, te lo prometo. ¿Jugamos?

—Mi papá *dise* que no puedo jugar con mayores que no *conosca*.

—Cariño, se pronuncia “dice”, ce, ce, ce, ceee —la corregí.

—Da igual, está muy graciosa hablando así —opinó Sheila. Me dieron ganas de decirle que por muy graciosa que estuviese en el colegio estaban empezando a aprender las letras por los sonidos y que si no las pronunciaba bien no sabría

identificarlas, pero me contuve. Cuantas menos palabras le dedicara a la mujer que tanto odiaba, mejor—. Pero yo no soy una desconocida, cuqui, yo soy tu mamá.

Amanda me miró sin acabar de creerlo y Sheila levantó las manos pidiéndome ayuda. Si se pensaba que le iba a echar una mano la llevaba clara.

Aun así, como no quería que se pasase la hora de aquella forma, dije:

—Puedes ir a jugar con ella.

—Podrías decirle que soy su madre, no puedo creer que no sepa quién soy

—protestó.

—Eso será por las muchas veces que te has molestado en querer saber de ella.

—Pero es mi hija.

—No Sheila, la pariste, pero renunciaste a ella y con ello perdiste tu derecho a llamarte madre.

—¿Jugamos o qué? —nos interrumpió Amanda.

—Sí cuqui, vamos a jugar.

—Vale, pero me llamo Amanda, no cuqui —refunfuñó mi pequeña.

Me senté en un banco desde el que pudiera ver a madre e hija jugando al escondite y no dejé de mirar el reloj hasta que pasó una hora. Me di cuenta de que durante ese tiempo me había fumado cinco cigarros, demasiados en comparación a lo que solía fumar en todo un día, no más de esos.

Las llamé con la mano para que se acercaran.

—Ya es la hora —anuncié.

—Me ha sabido a poco, quiero verla mañana también.

—Sheila, no me toques las narices —Amanda se rió con mi comentario y yo la miré sonriendo, tratando de disimular que en realidad me habría gustado decirle algo peor.

—Izan, la niña no me conoce, y ya va siendo hora de que lo haga.

—¿Sí? ¿Acaso te has preocupado por ella los últimos años? Porque ya tiene casi cuatro.

—Era una cría y lo sabes.

—Y lo sigues siendo.

—No Izan, he madurado y quiero demostrártelo.

—A mí no tienes que demostrarme nada... Y a mi hija tampoco.

—¿Acaso prefieres que vayamos a malas?

—Si es necesario así será, pero de momento no la vas a ver más.

Cogí a Amanda de la mano y me dispuse a irme de allí.

—Hablaré con mi abogado. Esto no quedará así —Escuché que decía.

—Hazlo —susurré, sin darme la vuelta.

Por el camino, Amanda tenía preguntas que hacerme, como ya suponía.

Pero lo que más me llamó la atención fue cuando me dijo:

—Papi, esa mujer es muy rara. *Parese* una niña.

—Lo es —afirmé.

—¿De *verrá* es mi mamá? Yo creía que no tenía *marre*.

—Sí que lo es cariño, pero no nos hace falta.

Amanda no dijo nada más. No sé si en la cabeza de mi pequeña quedaban dudas, pero en ese momento no me apetecía comprobarlo. Solo quería llegar a casa, darme una ducha, cenar tranquilamente con mi hija y volver a mi tranquila vida.

Llegó el fin de semana y mis colegas de la universidad empezaron a hablar por el grupo de whatsapp como hacían todas las semanas, planeando qué harían esos días. Una vez más me mencionaron y añadieron en sus planes, pero como desde hacía casi cinco años, yo no contesté. Apenas hablaba por el grupo desde que Jacobo decidió casarse con la que había sido el amor de mi vida y planeó su despedida de soltero. Esa noche cometí la mayor equivocación de mi vida, despechado como estaba con Mar, porque hubiera preferido casarse con mi amigo; y con mi colega, porque no hubiese tenido en cuenta lo que yo sentía por ella. Traté de hacerles ver que no me importaba, que si ellos eran felices juntos yo no me pondría en su camino, pero desde entonces mi relación con el grupo dejó de ser lo que era, y aunque cada semana trataran de hacer ver que yo seguía ahí, mis breves comentarios, indirectas o indiferencia, les demostraba todo lo contrario. Solo había quedado alguna vez con Daniel, quien se había convertido en mi mejor amigo después de que Jacobo pasara a un segundo, o más bien, último plano; y si lo hacía era porque necesitaba desahogarme, bien por tener a alguien con quien hablar; bien por echar un polvo con la primera que se me cruzase. Eso sí, desde lo de Sheila, me cercioraba bien de pedir el DNI a la mujer en cuestión, aunque más de una vez me hubiera llevado un aspaviento por ello. Me daba igual, no pensaba volver a

cometer la misma estupidez una segunda vez. Ya había quedado bastante escarmentado con la primera.

Miré a Amanda mientras dormía y me pregunté si de verdad esa noche había cometido un error. Gracias a eso la tenía a ella, lo que más quería en el mundo, pero lo que pasó después marcó mi vida y jamás podría perdonarle a Sheila lo que me hizo. ¿Quería hablar con su abogado? Genial, que lo hiciera.

Si teníamos de ir a malas lo haríamos, pero no pensaba consentir que ella se saliera con la suya, no después de lo que me hizo y de no haber querido saber de su hija durante cuatro años.

7.TREGUA.

Pasaron las dos semanas y tuve que volver a la consulta. Durante esos días me había estado debatiendo entre si debía ir acompañada de Laura o no. Por un lado, necesitaba su apoyo ante el hombre que había querido verme a solas, cosa que era lo último que yo deseaba. Por otro, quería hacer caso a Anahí y empezar a desenvolvérmelas por mí misma. Estaba cansada de depender de mi hermano y mi cuñada para todo. Aunque viviera sola y sufragara yo todos mis gastos, Bhadrak siempre estaba ahí vigilando que fuera todo bien, y en el fondo sabía que si quería sentirme realmente independiente, debía dejar de hacerlo, por mucho que le costara dejar de preocuparse por su hermana pequeña.

Por fin, cuando Laura me llamó para recordarme que al día siguiente tenía la cita con el ginecólogo (como si hubiera podido olvidarme de ello), tuve muy claro lo que quería hacer, aunque eso me excitaba de tal manera que llevaba noches sin poder dormir.

—Pero si no voy contigo, ¿cómo vas a pagar la consulta? —preguntó Laura, desconcertada porque rehusara a que me acompañara. La primera consulta la había pagado ella y yo había dejado que lo hiciera porque había ido casi obligada, pero no podía consentir que siguiera pagando cosas que no eran de ella.

—Laura, yo lo pagaré. No te preocupes.

—¡Pero si la consulta cuesta casi tanto como una semana de tu trabajo! —

exclamó ella, sin dejarse convencer.

—No importa, tengo dinero ahorrado —mentí. Ir al ginecólogo iba a hacer que pasara el resto del mes agobiada, pero era mi problema y ella no tenía por qué saberlo.

—¿De verdad? Cuando se entere tu hermano van a saltar chispas.

—Dile que ha sido idea mía.

—Y tanto que ha sido idea tuya. Bhadrak se enfadará conmigo Lali, sabes lo protector que es.

—Si se enfada le dices que me llame y yo hablaré con él. ¿No os dais cuenta de que me agota que estéis siempre pendientes de mí? Tengo veinte años ya, no soy ninguna niña.

—Sabes que para él siempre serás su niña.

—Pues ya va siendo hora de que se dé cuenta de que dejé de serlo hace mucho tiempo.

Esa noche no recibí ninguna llamada de ningún hermano enojado, así que pensé que Laura habría sabido llevar a su marido por el buen camino.

Amanecí con los nervios a flor de piel. Apenas había podido pegar ojo y me sentía muy cansada. Llevé a Carmen a la guardería como de costumbre y cogí el autobús que me dejaba más cerca de la clínica.

Cuando entré en recepción e hice saber que estaba allí, las piernas me empezaron a temblar. Saber que iba a ver a Izan a solas podía conmigo, pero si quería demostrar que era una mujer adulta e independiente debía empezar por afrontar mis miedos y aprender a luchar contra ellos.

Una mujer de unos sesenta años salió de su consulta, mencionó mi nombre y cuando yo levanté la mano me dijo que podía pasar.

Entré con la cabeza agachada, prefería no mirarle a la cara, aunque sabía que no podría estar así todo el tiempo que durara la consulta.

—Buenos días Lali, me alegro de que hayas podido venir sola.

Me dieron ganas de contestarle un «¿Y por qué no iba a poder?», pero me contuve. Me molestaba que todo el mundo supusiera que era una mujer débil, aunque yo no hiciera nada por demostrar que no era así. Me senté en la silla que había frente a él antes de que mis piernas terminaran por hacerme caer al suelo, y levanté la mirada.

—Lali, ¿me permites que te haga una pregunta?

—Claro –contesté, descolocada porque no esperaba que mi médico me pidiera permiso para eso.

—¿Cuánto hace que no mantienes relaciones sexuales? –De pronto mi cara empezó a arder al tiempo que un sudor frío me impregnaba todo el cuerpo.

—¿Qué importancia tiene eso? –pregunté, porque me daba mucha vergüenza hablar de ese tema con él.

—Soy ginecólogo, son preguntas necesarias.

—Entonces ¿por qué me has pedido permiso?

—Tienes razón, me has pillado. Es que como te veo tan joven... Tienes una hija de un año y cuando te exploré me pareció que...

Vi cómo se afrentaba y eso me causó gracia. Tal vez no había motivo alguno para no ser sincera y contestar a su pregunta antes de que los dos nos pusiéramos colorados pero, ¿por qué se ponía así? Él era el médico, estaba en su derecho a preguntar lo que quisiera siempre que tuviera que ver con mi vagina, y esa pregunta, por embarazosa que fuera, lo tenía.

—¿Ha salido mal la citología? –pregunté preocupada, pues tal vez ese era el motivo de la cuestión.

—No, no. Está bien, no te preocupes. Perdona la pregunta, no tenía derecho a hacerla.

—No me he acostado con nadie desde que me quedé embarazada, si es eso lo que querías saber –dije al fin, aunque en cierta manera mentí ya que con Rajiv había seguido manteniendo relaciones, por mal que me pesase, hasta que me fui de Agra.

Su rostro denotaba asombro y de pronto su mirada se dulcificó. Como permanecíamos en silencio, me dediqué a observar la consulta, ya que la primera vez que fui estaba tan nerviosa, que si me hubiesen preguntado cómo era, no habría sabido qué decir.

Las paredes eran lisas, pintadas en un tono rosa pastel que denotaba fácilmente que las pacientes que entraban allí eran todo mujeres. También había pósters por las paredes de bebés, del aparato reproductor femenino, y en el lateral derecho pude darme cuenta de que estaba el título universitario de Izan.

—Lali, me he cogido media hora para salir a almorzar. ¿Qué te parece si te invito a un café?

—Lo siento, pero no me gusta el café.

—Bueno, pues a lo que te guste. ¿Tregua?

—¿Cómo dices?

—Que me dejes invitarte a tomar algo mientras me disculpo contigo y charlamos. ¿Qué te parece?

—Yo, ya te dije que...

—Por favor, no me hagas que te lo suplique más. Hace una eternidad que no le pido nada a ninguna mujer que no sea mi hija y créeme, es muy bochornoso verse rechazado una y otra vez —Su mirada era tan dulce que no pude negarme más. Sus ojos azules habían pasado de hacerme sentir frío a reconfortarme, y de repente tuve ganas de pasar un rato con él. No estaría mal tener un amigo con quien hablar.

—Está bien, acepto.

—¡¡Bien!! —exclamó contento como un niño, al tiempo que se levantaba de su sillón con el resultado de mi citología todavía en la mano—. Toma, esto es para ti. Te lo repetiré dentro de tres años a no ser que tengas alguna molestia.

Pero como está todo bien, no creo.

—Gracias.

Salimos de la consulta y creí notar encima de nosotros los ojos de la señora que hacía escasos minutos me había llamado y de la recepcionista cuando pasamos por su lado. Había un hombre apoyado sobre el mostrador ojeando

unos informes que me resultó familiar. Izan se acercó hasta él, sin darle importancia al hecho de que yo fuera a su lado, y le saludó.

—Hola papá, salgo un momento. Me he cogido media hora libre.

—Está bien, Izan —Me miró y frunció el ceño pensativo—. ¿Tú eres...?

—Ella es Lali, papá. Y sí, antes de que digas nada, ya me he disculpado con ella, ya sabe lo gilipollas que puedo llegar a ser, y ahora mismo íbamos a salir a tomar algo para compensar de algún modo el mal rato que le hice pasar.

—Pues creo que debería pedirse lo más caro que tengan hijo, porque...

—Ya, ya, lo he pillado. Te veo luego, papá.

—No te retrases, a las once en punto tiene cita Beatriz Acuña.

—Tranquilo, aquí estaré.

—Lali, un placer volver a verte —dijo Arturo, el padre de Izan, acercándose a mí para darme dos besos.

Me moría de vergüenza cada vez que alguien trataba de besarme en medio de la calle o delante de desconocidos. No conseguía acostumbrarme a que aquí se besara la gente cada vez que se veían, y dos besos nada menos. Aun así, estaba tratando de integrarme y aunque no me había acostumbrado a devolverlos, dejaba que me los dieran.

—Gracias, igualmente —musité.

Salimos de la clínica en silencio y seguí a Izan hasta la cafetería que había justo en la esquina de la calle. Había mesas en la terraza, cubiertas por sombrillas negras que resguardaban del sol y del frío.

—¿Fumas? —me preguntó de repente.

—No.

—¿Te importa que nos quedemos aquí fuera para que pueda fumar yo? No hace

demasiado frío.

—No, no me importa.

Nos sentamos en la terraza y me agarré las piernas, cubiertas por la falda hasta los pies que llevaba, balanceándome hacia adelante y atrás. En realidad yo sí sentía mucho frío, ya que mi ropa fina no era muy adecuada como para estar mucho rato en la calle, pero preferí no decir nada, ya que lo que más deseaba era acabar con aquello cuanto antes.

—Lali, no estés nerviosa, soy yo quien debería estarlo. Te juzgué mal y te pido disculpas por ello, pero es que durante los últimos años las mujeres que

he conocido, las mujeres que han formado parte de mi vida... —Se interrumpió él mismo para sacar un cigarro de su americana. Lo encendió, tiró el humo hacia un lado, y me miró fijamente a los ojos, haciendo que mi corazón se acelerara—. Perdona. Como te decía, las mujeres que me han rodeado no se puede decir que fueran un ejemplo de maternidad, y no puedo con eso.

—Te entiendo —susurré, intentando que se sintiera más cómodo, aunque yo me estuviera poniendo cada vez más nerviosa. No esperaba que me hablara de su vida, y estaba tan sorprendida que no sabía cómo comportarme.

Llegó una camarera y nos preguntó qué íbamos a tomar. Él pidió un café largo y me miró interrogante para que yo dijera lo que quería.

—Un té negro, por favor.

En cuanto la camarera se fue, Izan siguió hablando.

—Empezando por mi propia madre y terminando por la madre de mi hija, la verdad es que no he tenido buenos ejemplos a excepción de mi hermana.

Ella sí que cuida a sus hijos y se preocupa por ellos.

—Yo no podría no preocuparme por mi hija, ella lo es todo para mí —dije, sintiéndome poco a poco más cómoda.

—Lo sé. ¿Te acuerdas de que te dije que teníamos algo en común, además de la terquedad que ya hemos comprobado que ambos tenemos?

—¡Serás tú! —se me escapó, risueña. Él sonrió y un cosquilleo se removió en mi interior. Tenía una sonrisa preciosa, lástima que no la mostrase a menudo. La camarera llegó con nuestro pedido, lo dejó sobre la mesa, y cuando volvió a irse, añadí—. Sí, me acuerdo.

—El día del cumpleaños de mi hermana, quisieron advertirme de que estaba haciendo mal porque más o menos todos sabían que no sueles salir a menudo. Luego, tu cuñada me lo confirmó y me sentí un cretino porque te había tratado muy mal sin razón. Ahí fue cuando me di cuenta de que somos iguales: los dos vivimos por y para nuestras hijas.

—Vaya, no lo había pensado. ¿La mamá de Amanda... —No sabía cómo preguntarle por ella, pero ya que estábamos hablando del tema, me sentí con derecho a hacerlo. Le di un sorbo a mi té, y terminé de formular la pregunta—, no se preocupa por ella?

—Sheila se quedó embarazada demasiado joven y de un hombre a quien no conocía. Si por ella hubiese sido habría abortado, pero conseguí que no lo hiciese.

—Oh, eso es muy triste. Una niña tan bonita sin madre...

—Me tiene a mí, que hago de padre y madre. ¿Y tú? ¿Dónde está el padre de tu hija? —me preguntó, tras darle un sorbo a su café y apagar el cigarro que ya había consumido.

—En Agra —contesté de mala gana. No me apetecía hablarle de él tan pronto. Sabía que me lo había ganado por preguntar, pero ya les había hablado de mi vida a mis compañeras, y no quería que de momento nadie más lo supiera.

—¿Está allí trabajando? ¿Vendrá a vivir contigo algún día? ¿Has pensado volver tú a tu país? Perdona, cuando me embalo no hay quién me pare.

—Izan, preferiría no hablar de eso ahora.

—¿Ahora? Umm, interesante. Eso quiere decir que habrá un después.

—Jajaja, eres increíble. Me refería a que no es un tema del que me guste hablar, ni ahora ni nunca.

—Nunca digas nunca, muñeca —bromeó—. Lali, me siento a gusto hablando contigo, no sé si es por lo que tenemos en común o qué, te juro que no busco nada más que una amistad con alguien con quien pueda llevarme bien y hablar, no sé, ¿de niñas, tal vez? Pero lo que me pasa contigo hacía mucho que no me pasaba, y creo que he de aprovecharlo.

—Yo también empiezo a estar a gusto. Tal vez podríamos ser amigos, si es que no te parezco demasiado joven.

—¿Me estás llamando viejo? Solo te llevo ocho años, y sí, me encantaría poder ser tu amigo. Hace mucho que no me siento así de bien hablando con alguien y me gustaría que pudiéramos hacerlo de vez en cuando.

—Izan, lo que pasa es que yo ahora no debería estar aquí. Debería estar yendo ya hacia mi trabajo porque el tiempo que no estoy allí estoy perdiendo dinero. Y hablando de dinero, ¡no he pagado la consulta! —grité, acordándome de repente.

—No te preocupes por eso, la consulta de hoy es gratuita en compensación por el mal rato que te hice pasar en el cumpleaños de mi hermana, ¿te parece bien?

—No sé, yo...

—Correcto pues.

—¡No he dicho que sí!

—Pero yo no pienso aceptar un no por respuesta así que no puedes hacer nada al respecto. Si no te quiero cobrar no te cobro, ¿qué vas a hacer para evitarlo?

—Nada, eres imposible —dije poniendo los ojos en blanco. En realidad, me salvaba el mes no tener que pagarle—. Pero en serio, me tengo que ir ya a trabajar.

—De acuerdo. Podríamos quedar alguna tarde con las niñas para llevarlas al parque. ¿Te gustaría?

—Mi hija es demasiado pequeña todavía para parques, pero podría quedar algún día y entretenerla de algún modo. Ella con tal de estar en la calle es feliz.

—Pues eso está hecho. Toma —Sacó una tarjeta de su billetera y me la tendió—. Te he llamado un par de veces desde mi móvil pero estoy seguro de que no lo has guardado, así que toma nota y si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme, aunque sea para preguntarme qué dosis de *Apiretal* le tienes que dar a tu bebé. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias por todo, Izan.

—Gracias a ti por perdonarme y no guardarme rencor —Me levanté de mi sitio, y antes de que me marchara, me cogió del brazo, me acercó hasta él y me plantó dos besos en las mejillas que hicieron que mi cuerpo temblara—

Gracias también por dejarme ser tu amigo.

8.AMIGOS

Volví a la consulta como un hombre nuevo. Me sentía tranquilo, feliz, y con una nueva expectativa. Había conocido a alguien con quien compartía lo más importante de mi vida, ambos estábamos criando a nuestras hijas solos, y aunque me hubiera gustado saber que Lali estaba felizmente casada y que criaba a su hija junto con su padre, el hecho de que ella no hubiese querido hablar del tema me hacía suponer que las cosas no estaban bien. El padre de su hija estaba muy lejos, ella era demasiado joven para estar sola, y algo en mi interior me dijo que debía ayudarla de algún modo. Tal vez empezando por ser su amigo sería una buena forma de hacerlo. Si estaba sola en un país tan diferente al de ella, necesitaría a alguien con quien hablar de vez en cuando, y si era así, yo pensaba estar ahí siempre que me necesitase.

Sabía que estaba haciendo suposiciones que tal vez no eran correctas.

Seguramente ella habría hecho amigas en el tiempo que llevaba en España,

tenía una cuñada que al parecer la ayudaba y unas compañeras de trabajo que la apoyaban. Pero aunque tuviera todo eso, yo quería formar parte de su vida, quería que conociera a Amanda y que me presentara a su pequeña, que las niñas jugaran juntas en el parque mientras nos contábamos nuestro día a día.

Sí, volví al trabajo con una expectativa nueva en mi vida. Aunque ella ya tuviera amigas, para mí ella iba a ser la primera en mucho tiempo, y por primera vez desde hacía cinco años, me di cuenta de que lo necesitaba.

Recibí a Beatriz Acuña con una sonrisa en la cara y un optimismo que intenté transmitirle a ella. Lo próximo que debíamos hacerle era una in vitro, y la animé para que pensara que esta vez saldría bien y podría quedarse embarazada de su bebé. El marido la miraba con dulzura, acariciando su mano mientras me escuchaban.

—Beatriz, cuando te baje el período has de tomarte la misma medicación de siempre, el Menopur y el Gonal, pero esta vez aumentaremos la dosis.

Vamos a subirla a trescientos miligramos. El día que empieces nos llamas y coges cita para cinco días después. Ya sabes que aquí tienes prioridad y que saben que han de hacerte un hueco aunque no lo haya. Te haré una ecografía vaginal para medir los ovarios, el endometrio y los folículos. ¿De acuerdo?

—Sí, doctor Vilanova.

—Muy bien, cielo. No debéis perder la esperanza, y eso va por los dos —
añadí, mirando al marido que trataba de sonreír sin conseguirlo.

—La verdad es que después de tanto tiempo, una empieza a acostumbrarse a que nunca pasará. Pero no vamos a dejar de intentarlo hasta que usted nos diga que no puede hacer más conmigo.

—Ya verás cómo antes de que eso ocurra conseguiremos que engendres a tu bebé.

—Ojalá, Dios le oiga —dijo el marido.

Pasé el día centrado en mis pacientes, pero sin dejar de pensar en mi nueva

amiga. Y si me sentía feliz por ello, cuando vi el resultado positivo de la prueba de embarazo de una de mis pacientes que llevaba dos años intentando quedarse en cinta, hizo que el día fuera perfecto.

Sí, iba a ser un gran día. Recogería a mi hija de casa de mi hermana, le contaría lo que había hablado con Lali, y la llevaría al parque como de costumbre.

Esther se alegró más de lo que imaginaba cuando le dije que a partir de ahora tenía una nueva amiga. Ella, como de costumbre, trató de hacerme ver que necesitaba algo más que eso, llegando a insinuar que tal vez la joven podría llegar a ser la mujer de mi vida. Tuve que pararle los pies, por supuesto. Lali era buena para ser mi amiga, pero demasiado joven como para algo más. Ya había tenido una muy mala experiencia con Sheila, y tenía muy claro que si algún día llegaba a enamorarme de alguien, tendría que tener los pies bien puestos sobre la tierra.

De camino al parque, me pregunté si Lali no los tendría. Desde luego, para vivir en un país con una cultura tan diferente a la suya, trabajar y mantener a su hija ella sola, debía de tener la cabeza muy bien amueblada. No obstante, debía quitarme eso de la cabeza. Quería ser su amigo, nada más.

Pero si pensaba que en ese día sería todo bueno, me di cuenta de que no iba a ser así cuando vi aparecer por el parque a Sheila. Se fue directa hacia su hija, ignorando que yo estaba allí, y como me cabreó que hubiese pasado por alto mi advertencia de la última vez, me dirigí hacia ella a grandes zancadas y encolerizado.

—¡Te dije que no podías venir a verla! —le grité, sin pensar en la gente que había a nuestro alrededor.

—Y yo te dije que quería ver más a mi hija. No tienes derecho a impedir que lo haga, y suerte has tenido de que haya esperado unos días para hacerlo.

—Sabes que sí tengo derecho a eso y más. Te quiero fuera de su vida, como has hecho hasta ahora.

—Y yo me quiero dentro. Lucha contra eso, pero no creas que ganarás. En

breve te llamará mi abogada.

—Me da igual que hayas buscado una abogada, tú renunciaste a ella y eso no hay quién lo rebata.

—Papi, me *cairo* –sollozó Amanda, mostrándome la pierna con el *legging* manchado en la rodilla.

—Oh, cariño, tranquila. No ha sido nada –la consolé, cerciorándome de que no se veía sangre por dentro. Aun así, le subí el pantalón y comprobé que solo tenía un rasguño.

—¿Otra *ves* ha *veniro* mi *marre* a verme?

—Sí, cuqui. Quiero verte a menudo, ¿qué te parece? –Me mordí la lengua aguantando las ganas que tenía de gritarle. Delante de Amanda no quería montar un numerito. Había tenido suerte de que cuando me encaré a su madre ella se había ido a jugar, pero con mi hija en medio tenía que contenerme.

—¡Que no me llamo cuqui! –gritó la niña.

—Perdona cariño, tan solo es una palabra de afecto. Sé que te llamas Amanda.

—¿Afecto? ¿Eso qué es? –preguntó mi hija.

—Amor –contestó Sheila.

—Ya, ¡las narices! –exclamé yo, haciendo que la joven me mirase con ira.

—Pues sí, mal que te pese. Quiero a mi hija y voy a hacer lo que sea para que ella lo sepa.

—Tú lo que quieres es tocarme los huevos a mí –diserté, ya sin cuidado de que Amanda estuviera delante.

—¿Qué *güevos* papi?

—Los de las tortillas que te hago, vida mía –le contesté, avergonzado porque me hubiese dejado llevar por la ira.

—¿Es que va a venir Sheila a *senar* a casa?

—Cenar, cariño, se pronuncia con la ce. Y no, no va a venir Sheila con nosotros a ningún sitio.

—Oye, ¿te apetece que te invite a un helado? —dijo la madre, ignorando que yo no deseaba que estuviese allí.

—¿Un helado en pleno invierno? ¿Estás loca o qué? —Y se lo preguntaba yo, que veía cómo vestía enseñando ombligo nuevamente como si estuviésemos en verano. Esta vez llevaba una chaqueta de piel negra que no llamaba tanto la atención, pero el top rosa chillón que llevaba debajo daba a entender que le gustaba enseñar su cuerpo.

—Síiiii, *quero* papi.

—Ni pensarlo —espeté—. No quiero que mañana amanezcas con una bronquitis de caballo.

—Eres un aguafiestas, ¿lo sabías? —dijo Sheila, mirándome con odio.

—Amanda, es tarde y mañana hay cole. Despídete de Sheila que nos vamos ya.

—¿Ya? Pero si apenas son las siete y media —reprobó Sheila.

—La visita se ha terminado —le gruñí.

—Jo papi, *quero* jugar un poco más —refunfuñó Amanda.

—Lo siento cariño, nos vamos —La cogí de la mano y sin despedirme de su madre, empecé a caminar hacia mi coche.

Una vez más, mientras le daba la espalda, Sheila tuvo que decir la última palabra.

—Si no quieres que la vea, cambia de parque, porque pienso venir cada vez que me dé la gana.

Gruñí pero traté de que no se diera cuenta. Por supuesto que pensaba cambiar de parque. Si se había pensado que podía presentarse cada vez que se le antojara lo llevaba claro.

—Papi, hoy no he *poriro* jugar con Sheila —expresó mi niña, de camino a casa.

—No importa cariño. No sé qué es lo que pretende pero cuanto menos la veamos mejor —¿Qué hacía yo diciéndole esas cosas a mi hija?

—¿Por qué papi? Mis amigas del cole tienen a sus mamás y las ven *toros* los días. ¿Por qué no *puero* ver yo a la mía?

Mierda, mi hija se hacía mayor y empezaba a darse cuenta de todo. Hasta ahora, ella no se había preocupado porque no tuviera una madre. Había sido así desde el día que nació, y las pocas veces que la había visto siendo tan pequeña, no había hecho que llegara a darse cuenta de quién era. Estaba acostumbrada a su vida conmigo y no se planteaba nada más. Pero ver a Sheila tan seguido y decirle que era su madre no me estaba beneficiando en nada.

Debería cambiar de parque y rezar porque no volviéramos a verla. Así, Amanda se olvidaría de ella y seguiríamos con nuestras vidas como hasta ahora.

Algo me decía que la tranquilidad no duraría mucho. Había visto la maldad que podía llegar a tener esa mujer y cuando se proponía algo luchaba hasta conseguirlo. La primera vez le salió mal porque el juez falló a mi favor, ella no quería a su hija y después de que me declarasen inocente solo tuve que

esperar a que naciera y quedármela conmigo. Pero ahora era diferente, ahora quería luchar por la niña y no podía evitar sentir miedo. Me horrorizaba que quisiese pedir su custodia, aunque fuese compartida. Me había acostumbrado a tener a mi hija siempre conmigo y solo la idea de que esa mujer la tuviera me causaba dolor de estómago.

Intenté tranquilizarme por el bien de Amanda. Me tomé una tila e hice la cena para los dos.

Después de que mi pequeña se durmiera, miré el reloj y como vi que tan solo

eran las nueve, cogí el móvil y mis dedos empezaron a escribir sin que mi cabeza les diera permiso.

«Hola Lali, me hace muy feliz saber que vamos a ser amigos. Por cierto, si todavía no has guardado mi número, hazlo. Soy Izan»

En ese momento, pensar en Lali era lo único que me relajaba. ¿Qué problemas tendría ella para que su mirada se mostrara siempre tan triste? A su edad, yo todavía estaba estudiando la carrera, saliendo de fiesta todos los fines de semana y algún que otro día entre semana, emborrachándome y durmiendo hasta las tantas, sin ninguna obligación más que estudiar y ser un buen hijo en casa. Pero ella... ¿Desearía estudiar una carrera y por tener que trabajar para cuidar a su hija no podía hacerlo? ¿Le apetecería salir a bailar pero no lo hacía por su responsabilidad con su bebé? Necesitaba saber de ella, estaba impaciente porque hablásemos, y cuando recibí su respuesta, inesperadamente mi corazón empezó a latir con más fuerza.

«A mí también me gusta ser tu amiga. Nunca he tenido un amigo, a excepción de mi hermano»

«En realidad yo tampoco he tenido nunca una amiga. Tuve compañeras en la universidad, pero ninguna llegó a ser nada»

Me quedé un rato pensando si debía continuar con la conversación que acababa de empezar. Por fin, decidí que si íbamos a ser amigos, y yo quería saberlo todo de ella, estaría bien empezar por contarle cosas de mí.

«La única que llegó a ser algo fue Mar, con quien estuve saliendo cinco años durante la carrera, y llegamos incluso a comprometernos»

«¿Qué pasó? Es la madre de Amanda? Me has dicho hoy q su madre se llama Sheila, no?»

«Sí, su madre se llama Sheila» Respiré hondo, y empecé a escribirle otro mensaje: «Mar, unos meses antes de la boda me dijo que se había enamorado de Jacobo, otro compañero de universidad y a quien yo consideraba mi mejor amigo. Poco después se casó con él»

«Vaya, qué triste »

«Sí, pero eso ya es agua pasada. Dime, ¿qué estabas haciendo antes de recibir mi mensaje?»

«Acabo de acostar a Carmen e iba a acostarme yo también»

«Carmen, bonito nombre. Hasta ahora no me habías dicho cómo se llama tu hija»

«Gracias, Amanda también es muy bonito»

«Te acuestas muy temprano, ¿no?»

«Sí. Es que acabo muy cansada y como no me gusta nada de lo que hacen en la televisión...»

«Si quieres dormir, hablamos otro día», escribí, suplicando porque me dijera que no le importaba seguir chateando conmigo. Unos segundos más tarde, llegó su respuesta:

«No importa, estoy ya acostada»

De pronto, imaginarla en la cama hizo que mi tercera pierna se elevara sin pedir permiso. Traté de quitarme esa imagen de la cabeza pero no podía dejar de pensar en Lali vestida con un largo camisón, como las faldas que acostumbraba llevar, rosa pálido, de seda, marcando su delgada figura, con sus cabellos negros sueltos acariciando su espalda mientras sus delicadas manos se dedicaban a escribirme.

Moví la cabeza a ambos lados y me dirigí al cuarto de baño para lavarme la cara con agua bien fría, a ver si así conseguía pensar en otra cosa. Mientras lo hacía, el móvil volvió a sonar.

«Sigues ahí?»

«Sí. Perdona, he tenido que ir a lavarme la cara porque estaba pensando en cosas que no debía». ¿Por qué le escribía eso? Definitivamente, se me estaba yendo la pinza con esta mujer.

«En qué pensabas?»

«En ti en la cama». ¡¡Mierda!! ¿Pero qué...?»

Tardó casi siete minutos en contestar, minutos durante los cuales me recriminé a mí mismo por lo que le había escrito, pues estaba seguro de que la había asustado y ya no querría seguir hablando conmigo, y mucho menos ser mi amiga.

«No sé qué decirte», fue lo que escribió.

«No hace falta que digas nada. Ni yo mismo sé por qué he pensado en eso.

Olvidalo, ¿vale?»

«Okey» ¡Bien! Respiré aliviado. Por suerte, no se lo había tomado a mal, y

la conversación continuaba. De hecho, fue ella quien envió el siguiente mensaje: «Tu trabajo debe de ser fascinante. Háblame de él»

Bien, no había otra cosa que me gustase más, aparte de hablar de Amanda, que hacerlo sobre mi trabajo.

«Sí que lo es, sobre todo cuando conseguimos que mujeres que llevan tiempo intentando quedarse embarazadas, lo consigan. Llevar el seguimiento de los embarazos es alucinante, por más que vea a mujeres encinta cada día, siempre me emociona ver las ecografías de sus bebés, cómo van creciendo dentro de ellas, cómo se van formando los órganos... Es maravilloso»

«Ya imagino. Veo que te hace feliz, en parte me das un poco de envidia»

«Tu trabajo no te gusta?», pregunté, aprovechando para saber si en realidad le gustaría poder hacer otra cosa.

«No me disgusta, pero estar todo el día cosiendo en una máquina no es que sea demasiado interesante. Al menos tengo buenas compañeras»

«Imagino, por la edad que tienes, que no has estudiado una carrera. Ha sido por haber tenido a Carmen?», me atreví a preguntar, con miedo a que por no

querer hablar de eso, cortara la conversación.

«No. Aunque no la hubiese tenido a ella, en mi país jamás habría podido estudiar nada»

«Pero ahora estás aquí»

«Ya es tarde»

«Preciosa, nunca es tarde para nada, mientras se esté vivo»

«Para mí sí». Y unos segundos más tarde, antes de que yo pudiera pensar en qué decirle a eso, volvió a escribir: «Izan, me gusta hablar contigo, pero mañana tengo que madrugar y estoy muy cansada. Buenas noches»

«Buenas noches», me despedí, mirando el móvil y releendo la conversación que acabábamos de tener.

9.INJURIAS.

Me quedé mirando el móvil y releendo la conversación que acababa de tener. Me gustaba tener un amigo, pero su comentario sobre que me estaba imaginando en la cama me puso muy nerviosa. Nunca me habían dicho algo así, y no sabía cómo tomármelo.

Por lo menos esa conversación había hecho que me olvidara de lo que me había pasado esa tarde.

Cuando llegué a casa tras recoger a Carmen de la guardería, Bhadrak me estaba esperando en el patio, moviéndose de un lado a otro, cosa que me dio a entender que algo había pasado. Lo primero que le pregunté fue si Laura o Helena estaban bien, aunque me imaginaba que de haberles pasado algo me habrían llamado por teléfono antes.

Su cara era un poema, e hizo que me alterara yo, pues hacía mucho que no veía a mi hermano así.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, con un nudo en la garganta.

—Vamos a casa, allí te lo cuento.

Subimos a mi pequeño piso, dejé a Carmen en la manta que tenía dispuesta en el suelo del comedor rodeada de todos sus juguetes, y me dirigí a la cocina, donde Bhadrak estaba preparando té para los dos.

—¿Me lo vas a contar ya o me vas a tener en ascuas toda la tarde?

—Rajiv. Rajiv es lo que pasa.

—¿Rajiv? ¿A qué te refieres? —Cada vez entendía menos.

—He hablado con madre y me ha contado que tu marido va diciendo por ahí que eres una mala esposa y que le dejaste porque querías ser libre.

—¿Cómo? —me quedé petrificada—. ¿Y qué nos importa lo que diga?

—¿Y tú me lo preguntas? La gente está hablando mal de la familia. Dicen que me fui con una española y dejé a Kamna plantada, y que tú te viniste a España conmigo porque querías vivir tu vida sin él. Él nunca reconocerá lo que hizo mal, y nuestros padres se están viendo afectados por las habladurías.

—Oh. Yo, no sé qué decirte, hermano. Lo siento mucho.

—Tú no has de sentir nada, es ese malnacido el que ha de sentirlo. Le dije que se alejara de mi familia y sí que lo está cumpliendo, pero dejando la reputación de los Singh por los suelos.

—¿Qué podemos hacer? —le pregunté, posando mi mano sobre su hombro intentando que se tranquilizase.

—Nada hermana, aquí no podemos hacer nada.

—¿Entonces?

—Lo siento Lali, creí que debías saberlo, pero estoy empezando a arrepentirme de haber venido. No quiero que te preocupes, ¿vale?

—No, Bhadrak. Has hecho bien, no has de pasar por esto tú solo. Sobre todo porque toda la culpa la tengo yo.

—No pienses eso por nada del mundo, Lali. Fui yo quien te convenció para que dejaras a tu marido y tu país, te viniste aquí por mí y aunque sé que hice bien, también sé que la culpa de todo la tengo yo.

—Bhadrak, yo ya estaba convencida cuando viniste a por mí. Si no me hubiese venido contigo, Rajiv no habría dejado que Carmen naciese.

Los dos nos miramos con tristeza y nos dimos un abrazo que duró unos minutos, hasta que fue interrumpido por un grito de mi hija que pedía atención.

—Carmen es lo más importante, por ella lo hicimos y por eso me siento bien. No te preocupes, hermano. Siento que nuestros padres lo estén pasando mal, pero si no podemos hacer nada, será mejor que tratemos de olvidarlo.

—Es difícil olvidar que tu familia está siendo injuriada —declaró Bhadrak, apretando los dientes.

—Lo sé.

Fuimos al comedor con nuestros tés porque los gritos de mi pequeña empezaban a ser más fuertes y nos sentamos con ella en la manta para que viera que no estaba sola.

No podía evitar sentirme mal por lo que me acababa de contar, pero en cierta manera me daba igual porque sabía que la tranquilidad en la que vivía, aunque tuviera que trabajar muchas horas para salir adelante, lo compensaba todo.

Hablamos de Laura y de Helena, de cómo estaba llevando haber vuelto al trabajo tras sus cuatro meses de baja y de lo que le estaba costando asumir que mi sobrina se quedara al cuidado de Marta, la mujer de su padre. Aunque todavía le costase aceptar que su madre ya no estaba en este mundo, sabía que estaría mejor cuidada con su madrastra que en una guardería.

Marta y su padre se habían jubilado hacía poco, y podían dedicarle tiempo a la pequeña mientras Laura trabajaba. Era la mejor opción y aunque le doliera,

porque ella hubiese preferido que eso lo hiciera su propia madre, tenía que aceptarlo. Veía a su padre feliz con Marta y ella empezaba a quererla, aunque jamás sustituiría a su madre.

Por otro lado, mi hermano seguía escribiendo historias de amor basadas en países que no eran el suyo, sobre las diferentes culturas y el modo en el que vivía la gente, pero para no tener que separarse de su familia había sustituido sus continuos viajes por la opción a la que solía recurrir cualquier escritor sin recursos: internet.

Cuando Bhadrak se fue, me dieron ganas de llamar a mis padres para ver cómo estaban pero, ¿qué les iba a decir si me contaban lo que estaba haciendo Rajiv? Sería mejor que esperase unos días a ver si así el sentimiento de culpa se había menguado, porque en ese momento me sentía demasiado mal y no habría mejorado con la conversación. Estaba segura de que mi madre habría intentado hacerme sentir bien, pero en el fondo yo sabía que si no me hubiese ido eso no habría pasado así que, ¿quién tenía la culpa si no yo?

Al día siguiente, cuando entré en el taller, Anahí me miró de arriba abajo y gritó:

—¡¡Tú has follado!!

—¿Qué? ¡¡No!!! —me escandalicé. ¿Cómo podía pensar eso de mí?

—Entonces, ¿a qué se debe esa cara? De repente te brillan los ojos y tienes más color en el cutis, y eso que contigo eso es difícil, que mira que eres morena *jodía*.

—Por favor, Anahí, te juro que no he hecho eso.

—Deja tranquila a la pobre chica, ¿no ves cómo la estás poniendo? —la recriminó Claudia—. Si así fuera sabes que no nos lo contaría de todos modos.

—Pero que no, que no he hecho eso. ¿Cómo podéis siquiera suponerlo?

—Pues algo te ha pasado, a mí no me engañas —susurró Anahí, volviendo a su

máquina por si por un casual a la jefa se le ocurría llegar al taller antes de lo previsto.

—Bueno, yo... —No sabía si contarles mi conversación con el ginecólogo, pero prefería hacerlo antes de que pensarán algo tan malo de mí

—. Anoche estuve hablando con Izan.

—¡Con Izan! —gritó de nuevo mi compañera—. Claudia, aquí hay tomate, te lo digo yo.

Claudia afirmó con la cabeza y yo me puse roja, morada y verde, todo a la vez.

—Ya veo, parece que al gilipollas le gustan las jovencitas —dijo Claudia, para empeorar las cosas.

—No tiene ese tipo de interés en mí, solo somos amigos. Y no lo llames así. Ya se disculpó —le reproché.

—¿Amigos un hombre y una mujer? ¿Cuándo se ha visto eso? —Anahí me miraba con los ojos muy abiertos, y yo cada vez me sentía peor. Estaba claro que no debía haber empezado esa conversación. Claudia simplemente puso los ojos en blanco ante mi comentario y no dijo nada más—. Te digo yo que cuando una amistad entre un hombre y una mujer dura, es o porque alguno de los dos está interesado en el otro, o porque uno de ellos es gay. Y que yo sepa, ni Izan ni tú sois homosexuales.

—No, ¡por todos los dioses! —La conversación estaba yendo de mal en peor, y pedí a Brahma que mis compañeras me dejaran tranquila.

—Jajajaja, ya lo sé. Tu hija no es adoptada, eso está claro —declaró Anahí.

Me senté en mi silla y me dispuse a empezar mi trabajo. Esperaba que si las desatendía se cansasen del tema y cambiaran la conversación.

—Tú ignóranos, pero esto nos lo tienes que contar luego en el café más detalladamente.

No contesté. Ese día no pensaba bajar con ellas, ya había perdido mucho tiempo la mañana anterior por haber tenido que ir a la consulta de Izan y tenía que recuperar las horas.

De pronto, mi móvil vibró en el bolsillo de mi pantalón bombacho.

Acostumbraba a tenerlo cerca por si le pasaba algo a Carmen y me llamaban de la guardería, por eso me aseguraba de llevar siempre faldas o pantalones que tuviesen bolsillos, pero no solía sacarlo a no ser que fuera necesario.

Como la vibración fue breve, supe que se trataba de un mensaje, y me sorprendió ya que tanto Bhadrak como Laura sabían que no podían interrumpirme mientras trabajaba a no ser que fuera una urgencia. Ellos no podían ser.

La curiosidad me venció y lo saqué del bolsillo para ver de quién se trataba. No pude evitar sonreír cuando leí el mensaje.

«Hola preciosa, cómo has amanecido hoy? Yo pensando en ti»

—Y dice que son solo amigos, ¡ja! Me juego lo que quieras a que el culpable de esa cara sonriente es un rubio de ojos azules que yo me sé —dijo Anahí, que estaba en todo.

Sin hacerle caso, volví a meter el móvil en el bolsillo y seguí trabajando.

Ahora, mi cabeza solo podía pensar en si debía contestarle. Tal vez no sería mala idea al fin y al cabo parar un rato a la hora del almuerzo, así podría hablar con él. No sabía qué hacer, las visitas al ginecólogo habían hecho que perdiera casi dos mañanas y ese mes necesitaba ganar un poco más que de

costumbre porque me venía la factura del agua. Por otro lado, si hubiese sido yo quien le hubiera mandado un mensaje como ese a él, estaría esperando una respuesta, y al no recibirla pensaría que el receptor era un maleducado.

Como mis padres me habían enseñado bien, salí de la máquina, me excusé diciendo que iba al baño, no sin dejar de ver las miradas cómplices entre mis compañeras, y una vez sentada en la taza del wáter, me dispuse a contestar.

Antes de hacerlo, releí su mensaje y un cosquilleo que no había sentido nunca antes, se instaló en mi estómago sin pretender irse, al menos de momento. Me decía que pensaba en mí, y lo cierto es que yo desde que me había levantado no había hecho otra cosa que pensar en él. Me gustaba saber que alguien estaba pendiente de mí, pero era un hombre, y hasta el momento nunca había tenido confianza con ninguno, y ni mucho menos entraba en mis planes hacer una amistad con alguien del género masculino.

«Hola, yo también he pensado en ti», contesté, mordiéndome los labios por mi osadía. ¿Cómo se me ocurría decirle eso? Iba a pensar algo que no era. Fue como si mis dedos teclearan en la pantalla lo que mi cabeza estaba pensando, sin pararme a analizar si era lo correcto o no.

«Me alegro, porque me gustó mucho hablar contigo anoche. ¿Te gustaría que esta tarde lleváramos a las nenas al parque juntos?»

¿Cómo? ¿Ya? Me había propuesto hacerlo algún día, pero no me había planteado que fuera tan pronto. Había pasado muchos nervios tomando té con él en la calle y todavía no entendía cómo me había atrevido a hacerlo. En mi país no se me habría ocurrido salir con un hombre a solas ni a la vuelta de la esquina. Estaba mal visto, sobre todo si no era tu propio marido o un familiar.

Aquí estaba intentando integrarme tal y como me había dicho Anahí que hiciera, como Laura insistía continuamente, pero aun así me costaba. Era todo tan distinto...

«Hace demasiado frío por las tardes como para estar en el parque con mi hija. Mejor el fin de semana por la mañana», le escribí.

No tardó en contestar: «Qué pena, me habría gustado verte hoy»

Miré la pantalla y releí unas diez veces su mensaje. ¿Qué debía contestarle a eso, que a mí también me habría gustado verle? Me pareció que las cosas iban muy rápido, aunque de una amistad se tratase, y decidí que lo mejor sería que se lo dijera.

«Izan, dame tiempo para acostumbrarme a esta nueva amistad, ¿vale? Todo esto es demasiado para mí»

«Tranquila, solo pretendo ser tu amigo. Perdóname si te he hecho sentir incómoda»

«No, no ha sido eso», ¿de verdad que no? ¿Entonces por qué me sentía como si fuera culpable de algo?

«Menos mal, no querría haber vuelto a meter la pata contigo. ¿Mejor el sábado por la mañana? No sé si tendré que venir a la consulta, pero podríamos vernos después. ¿Te invito a comer?»

«No hace falta. El sábado me parece bien, pero un rato, en el parque»

No contestó a eso, y como escuché pasos que venían hacia el baño, me levanté, guardé el móvil, y justo en el momento en el que Claudia empezaba a tocar la puerta con sus nudillos, salí de allí.

—¡Ya creíamos que se te había tragado la taza del wáter! —exclamó la rumana.

—Es que estoy un poco indispuesta —me justifiqué, un poco avergonzada por lo que realmente había estado haciendo.

De camino hacia mi máquina, el móvil volvió a vibrar.

«Está bien, dime un parque y allí estaré»

Sonreí al comprobar que no le había sentado mal mi comentario y lo guardé, me senté en la máquina y me puse a trabajar. Ese día no volvería a levantarme de mi silla excepto para comer a mediodía, y lo haría en mi sitio, como siempre, lo más rápido que pudiera. Tenía mucho que adelantar si quería que ese mes todas las facturas quedaran cubiertas.

—¿En serio que no nos vas a acompañar a tomar café y nos vas a contar tu relación con Izan con pelos y señales? —preguntó Anahí, haciéndose la ofendida.

—Otro día, Anahí. Tengo que trabajar.

—¡¡Mala amiga!! —exclamó, girándose muy teatralmente mientras que Claudia

la esperaba en la puerta con el cigarro ya en la boca y moviendo la cabeza a un lado y otro en señal de desaprobación— Bueno, si viene Mercedes ya sabes.

—Síiii, le diré que volvéis enseguida —afirmé poniendo los ojos en blanco.

Una vez me quedé sola, paré un momento, saqué el móvil del bolsillo, y releí de nuevo la conversación. Tal vez Anahí tenía razón y esta relación de amistad hacía que mi cara cambiase. Si se me veía más feliz, eso era buena señal, tanto por Carmen, como por mi hermano, que siempre andaba preocupándose por mí.

Sonreí, guardé el móvil y seguí trabajando. Ese día iba a ser largo y debía aprovechar las horas al máximo.

10. QUERÍA VERTE.

Me quedé decepcionado ante su negativa. Me habría gustado ver a Lali y hablar más con ella. Los mensajes me sabían a poco y no podría volver a escribirle hasta que terminara de pasar consulta, pues ya tenía todo el día completo. Le había escrito en un momento en el que salí a tomar café, con la esperanza de que me dijera que sí a la invitación de esa tarde, pero tenía razón.

Yo llevaba a mi hija al parque un rato todas las tardes porque me encantaba ver la cara de felicidad que tenía mientras jugaba en los columpios, y como no paraba, no llegaba a sentir el frío que sin embargo a mí sí se me calaba hasta los huesos por estar quieto en el sitio. Si Lali hubiese venido con Carmen, que tenía poco más de un año, se habría congelado. Ya me había dado cuenta la mañana anterior tomando café, puesto que sus ropas, aunque las solventara poniéndose capas debajo, eran muy finas, más adecuadas para primavera que para invierno, y si la niña no andaba aún, tenerla en el carro sin hacer nada solo haría que cogiera un buen resfriado.

Tenía razón la joven, pero en el fondo me sentía molesto porque me hubiese rechazado. ¿Qué importaba eso? Solo era una amiga, podría hablar con ella por teléfono o verla otro día. No había prisa, y me había pedido que fuéramos despacio. ¿Despacio? ¿Desde cuándo una relación de amistad tenía que ir

despacio? ¿Acaso se habría pensado que pretendía algo más de ella?

Mierda, ¿cómo no iba a hacerlo después del comentario fatídico de la noche pasada! A nadie más que a mí se le podía haber ocurrido la estúpida idea de escribirle que la estaba imaginando en la cama. Eso era un fallo que seguramente me costaría solucionar, ya que la joven creería que tenía unas intenciones que no eran, por más que los dos nos dijéramos que solo buscábamos amistad. Entonces, ¿será que ella buscaba algo más? Estaba casi seguro de que no era el caso. La veía demasiado tímida, inexperta pese a que tenía una hija.

Eso me llevó a pensar cómo es que no había tenido relaciones sexuales desde que se quedó embarazada de Carmen. ¿Habría sido víctima de una violación? Tenía entendido que en la India violaban a mujeres continuamente y ellas no podían hacer nada al respecto. ¿Le habría pasado algo así a ella y por eso se mostraba tan asustadiza conmigo?

Debía hablar con ella y aclarar bien las cosas, no quería que se confundiera y eso la alejara de mí. Quería ayudarla, protegerla, y si pensaba que buscaba sexo con ella se alejaría y acabaría perdiéndola antes de empezar.

Por la noche, como todo esto me tenía intranquilo, en lugar de escribirle decidí llamarla.

—Hola preciosa, ¿cómo te ha ido el día? —«Mal Izan, empiezas muy mal», me dije, «Si la llamas preciosa la vas a espantar»

—Hola Izan, acabo de dormir a Carmen y ahora iba a cenar algo —contestó, al parecer sin darle importancia a mi comentario desafortunado. ¿Quién sabe?

Igual no le había molestado.

—¿Qué vas a cenar?

—Avial con arroz Basmati.

—¿Avial? ¿Eso qué es?

—Oh, son verduras cocinadas con leche de coco.

—Vaya, suena bien. Tendrás que invitarme algún día a cenar —Se hizo el silencio al otro lado de la línea, y temí haber vuelto a traspasar el límite. Tras varios segundos de incómodo silencio, añadí—: Lali, como amigos. No quiero que pienses mal de nada de lo que te diga, ¿vale?

—Vale.

—Me preocupa ocasionar malentendidos continuamente. Cada vez que te digo algo y tardas en contestar creo que te he molestado, y créeme, no sé cómo comportarme contigo para que entiendas que solo pretendo ser tu amigo.

—Lo sé, no te preocupes. Para mí todo esto es muy extraño, solo el hecho de tutearte ya me parece una ofensa hacia ti, pero entiendo que aquí es lo normal y he de integrarme. Aun así, yo nunca he salido a la calle con ningún hombre que no fuera mi hermano o mi marido y...

—Un momento, ¿has dicho marido? ¿Estás casada?

—Sí, ¡no! Digo... Sí, lo estoy.

—¡Maldita sea! —exclamé molesto. Eso lo cambiaba todo.

—¿Te has enfadado conmigo porque estoy casada? —escuché a Lali desde el otro lado, y por su tono de voz me di cuenta de que se le había formado un nudo en la garganta.

—No estoy enfadado sino preocupado. No quiero que tu marido se moleste porque tengas un amigo, y eso hace que piense en si estoy haciendo mal llamándote tanto y queriendo saber de ti.

—Te dije que mi marido está en Agra.

—Me dijiste que el padre de tu hija estaba en Agra, pero no que fuera tu marido.

—Izan, da lo mismo. Yo ya no tengo nada que ver con él.

—¿Le dejaste?

—Sí.

—Pero sigues casada con él —declaré.

—Sí.

—Entonces, ¿seguimos siendo amigos?

—Por supuesto, pero dame tiempo para que me acostumbre, por favor.

—Te lo daré. ¿Te importa que aunque no nos veamos te llame de vez en cuando?

—No, no me importa. Me gusta que me llames.

—Genial, porque a mí me gusta hablar contigo. Dime, ¿has podido recuperar el tiempo perdido en el trabajo?

Y así, cambiando de tema y hablando sobre nuestros trabajos, sobre expectativas de futuro y sobre todo, sobre nuestras hijas, pasamos casi dos horas hablando, durante las cuales Lali cenó, le sugerí que pusiera un programa en la televisión, lo estuvimos debatiendo, nos metimos en la cama y seguimos hablando hasta que noté que el sueño la vencía y le di las buenas noches.

Pasamos casi tres semanas sin dejar de hablar por teléfono. Al final no llegamos a vernos el sábado que habíamos quedado porque mi consulta duró más de lo que esperaba, y luego cada vez que le proponía que nos viéramos, surgía algo por lo que teníamos que anular la cita. Estaba seguro de que Lali me evitaba a conciencia y no conseguía entender por qué tenía tanto miedo de que nos viéramos a solas.

Llegó marzo y además de que los días empezaban a alargarse, el frío empezaba a irse y yo cada vez tenía más ganas de verla. Sabía que solo quería hacerlo por ponerle cara a esa voz que se había convertido en mi fiel consejera, pero cada vez que ella me rechazaba poniendo cualquier excusa era como si me clavara una puñalada. No estaba acostumbrado a que me hiciera eso una mujer pero

claro, tenía que diferenciar entre una mujer con la que quisiera acostarme y una con la que solo pretendía crear una bonita amistad.

A finales de marzo, una tarde que me sentía frustrado porque la in vitro que le habíamos practicado a Beatriz Acuña no había salido bien y la joven empezaba a perder la esperanza, me di cuenta de que necesitaba desahogarme con alguien, en persona, y quién mejor que la que se había convertido en mi mejor amiga. Llamé a mi hermana, le pedí el teléfono de Anahí y me aseguré

de que me prometía que no le diría a Lali que la había llamado para pedirle la dirección del taller de confección en el que trabajaban. Como la amiga de mi hermana me había dicho la hora a la que acababan, me presenté allí después de recoger a Amanda (hay que decir que esperaba que la estrategia de llevar a mi hija conmigo funcionara, y con ella presente, Lali no se enojara demasiado conmigo).

—Hola —la saludé en cuanto la vi salir.

—Hola —Noté que estaba asustada, y por un momento me arrepentí de lo que había hecho. Acto seguido salieron Anahí y Claudia entre risas, y la primera de ellas me guiñó el ojo cuando pasó por mi lado.

—Cuidadito con mi amiga, ¿eh? —advirtió, haciendo que la mirase con una mezcla de enfado y alegría. Después de todo, estaba allí gracias a ella, y no podía tenerle en cuenta un comentario que sabía de sobra que había dicho sin ninguna mala intención.

—Sabes que conmigo está en buenas manos —respondí.

—Ni que lo digas —soltó ella sonriente y sacándome la lengua. Me giré hacia Lali y me centré en ella, que era por quién estaba allí.

—Ya sabes, si Mahoma no va a la montaña... —comenté mirando a mi amiga, ignorando a las dos mujeres que ya se alejaban de nosotros.

—¿Cómo... dices? —Al parecer o no se sabía el refrán o la había pillado tan por sorpresa que la había dejado petrificada, y me sentí como un estúpido.

—Lali, necesitaba verte, hablar contigo en persona. Hoy necesito una amiga.

—Podías haberme llamado, como siempre.

—Quería verte, ¿tan malo es?

—No pero, tengo que ir a por mi hija.

—Perfecto, vamos.

—No Izan, no puedo irme contigo... a solas —Lali miró a mi hija y me di cuenta de que no las había presentado, aunque ambos nos habíamos mandado fotos de nuestras niñas por whatsapp.

—Esta es Amanda. Cariño, ella es Lali —le dije a mi pequeña.

—¿Otra *marre*? —pregunto ella, como si fuera normal tener más de una.

—No cariño, Lali es solo una amiga del papá.

—¡Pues hola! —la saludó mi hija, contenta.

—Hola Amanda, ¿cómo estás? —le preguntó Lali, entablando conversación con ella, supuse que para evitarme a mí.

—Muy bien, ¿y tú? —Mi niña siempre tan bien educada. Estaba orgulloso de ella, y eso se me notaba a la legua.

—Bien.

—Lali, ¿me dejas que te lleve a por Carmen? —le pregunté, temiendo la respuesta.

—No puedo, ya lo sabes.

—Pero es que no entiendo por qué. ¿De qué tienes miedo? ¿Crees que te voy a hacer algo con mi hija delante? —Esta última pregunta la formulé bajando el volumen de la voz, para que solo ella la escuchara.

—No, no es eso. Pero si mi hermano me ve...

—¿Qué pasaría? ¿Tan grave es que un amigo lleve a una mujer en el coche para que llegue antes al sitio y así poder pasar un rato juntos? Todavía es de día, no tienes excusa.

La joven agachó la cabeza, dedicándose a observar a Amanda. Por fin, subió los ojos hasta mi rostro, y asintió con la cabeza.

—Está bien, llévame —susurró.

Anduvimos hasta mi coche, Lali hablando con Amanda sobre cosas del colegio, y supuse que lo hacía para convencerse de que no iba sola conmigo.

Trataba de ponerme en su lugar, entender su cultura, sus creencias, su forma de comportarse, pero me negaba a que se mostrara tan distante siempre conmigo.

Por teléfono hablábamos de todo, o casi todo, ya que hasta el momento no habíamos tocado temas personales. Pero en persona parecía como si no me conociese, como si las semanas que llevábamos tratándonos no hubiesen existido, y eso me exasperaba.

Me negué en rotundo cuando quiso sentarse detrás, junto a Amanda. Ella puso mala cara al ver que tendría que ir delante, a mi lado, pero accedió sin decir nada. Me indicó dónde estaba la guardería y la acompañamos a recoger a Carmen.

Salió a recibirnos una mujer que tendría unos cuarenta años, y en cuanto vio a Lali le anunció que enseguida le sacaría a su hija. Pocos minutos después la mujer apareció con una niña morena, con el pelo por encima de los hombros negro azabache y muy liso, y unos ojos enormes, como los de su madre, que le sonreían feliz por estar con ella.

—Ella es Carmen —expresó Lali, con su hija en brazos.

La metió en el carro y no supe si pudo escuchar cuando le dije «Es preciosa», pues todavía quedaban niños por recoger en la guardería y se escuchaba mucho griterío dentro.

—Gracias por traerme —dijo la joven, una vez en la calle.

—No hay que darlas. ¿Vamos a tomar algo a algún sitio?

—Izan, estoy muy cansada —Eso me sonó a excusa, y por un momento me mordí la lengua porque empezaba a perder la paciencia con ella.

—Pues iremos a un sitio en el que las sillas sean tan cómodas que puedas descansar. ¿Qué me dices? No puedes negarte.

—Vale, pero solo un rato.

Paseamos por la calle hasta que encontramos una terraza cerca de un parque donde Amanda podría jugar y nosotros podríamos tomar algo, sentados en la terraza mientras la controlábamos. Pronto anoecería y estaba seguro de que mi cita sorpresa llegaría a su fin.

—Atáaaaa, atáaaaa —empezó a balbucear la bebé de mi amiga.

—Quiere salir del carro —explicó la madre, ya que solo ella podía entenderla.

—Pues sácala.

—No, hace poco que ha empezado a andar y no quiero tener que estar detrás de ella. Querías hablar ¿no? ¿Qué te ha pasado? —Cogió a su hija y la colocó entre sus piernas, sentada sobre el pantalón ancho de algodón color ciruela que llevaba.

—Esta tarde ha venido Beatriz Acuña a la consulta tras la in vitro que le practicamos. El resultado de la prueba de embarazo ha salido negativo —Como ya le había hablado de mi paciente por teléfono, no necesité darle más explicaciones.

—Oh, cuánto lo siento. ¿Y ahora qué hay que hacer? —me preguntó, moviendo sus piernas para darle juego a la niña y que no protestase por no estar correteando por el suelo.

—Le programaremos otra in vitro dentro de unos meses y rezaremos porque esta vez salga bien. Oye, tú podrías ayudarme. Con la de dioses que vosotros

tenéis, alguno la ayudará, ¿no?

—Lo haré, pero si en el karma está que no haya de tener hijos, los dioses no podrán hacer nada. Quizás esa mujer en otra vida hizo algo malo como matar a su propio hijo, abortar o cualquier cosa por lo que en esta vida esté siendo castigada.

Por un momento me dieron ganas de rebatirle. No creía en esas cosas y me negaba a admitir que mi paciente no engendrarse por un motivo así. Pero había ido hasta allí con la intención de verla y pasar un rato juntos, desahogarme; si no me gustaban sus contestaciones lo tendría que asumir, aunque no creyésemos en las mismas cosas.

—Quién sabe —Fue lo único que dije—. ¿Y tú? Cuéntame ¿cómo te ha ido el día?

Cambiando de tema, conseguí pasar con ella media hora durante la cual me contó que sus compañeras insistían en que ese fin de semana saliera con ellas porque era el cumpleaños de Anahí. Ella, por supuesto, se negaba en rotundo porque no entraba en sus planes cualquier cosa que tuviera que hacer sin su hija.

—Lali, eres la madre más entregada que he conocido hasta ahora, más que mi hermana incluso, que ya es decir. Pero eres muy joven y te estás perdiendo cosas que no deberías. Sé que porque salgas una noche con tus amigas no vas a dejar de ser buena madre y Carmen te querrá al día siguiente a lo mejor incluso más.

—¿Más? —preguntó, incrédula.

—Claro, porque te habrá echado de menos y te recibirá con mucha alegría.

—No sé, Izan. No me veo saliendo con las chicas.

—¿No te gusta bailar?

—Me encanta, pero no creo que aquí pongan el tipo de música que yo bailo.

—Si te gusta bailar, cualquier tipo debería bastarte.

—Además, yo no bebo alcohol, y por lo que me cuentan ellas lo consumen mucho los fines de semana. Me veo fuera de lugar.

—Eso no tiene nada que ver. Hay mucha gente que no bebe y disfruta de la fiesta como el que más. Vamos, ámate y dale esa alegría a la loca de Anahí –

Vi cómo sonreía ante la forma de llamar a su compañera y me gustó.

—Es que...

—Ni es que ni nada, sal con ellas el fin de semana, pásalo bien, y vuelve a por tu hija el domingo. Estoy seguro de que a tu cuñada le encantará la idea.

—Uff, ni te imaginas cuánto.

Antes de lo que me hubiese gustado, Lali usó de excusa para tener que irse que Carmen estaba empezando a ponerse pesada porque quería bajar al suelo (que sí era cierto), y me ofrecí a llevarlas a su casa. A pesar de que se resistió a mi invitación alegando que no tenía la silla de Carmen para el coche (como ya esperaba que hiciese), al final conseguí convencerla diciéndole que pusiera a su hija en la silla de Amanda y yo me haría cargo de la multa si teníamos la mala pata de que nos parase la policía. Coloqué un par de cojines que solía llevar en los asientos de atrás de manera que pareciese que mi hija estaba sentada sobre un alzador y le coloqué el cinturón guiñándole el ojo a mi

amiga. No tenía excusa para rechazar mi invitación, y de esa manera pude saber dónde vivían la joven hindú y su preciosa hija.

Por la noche, sin meditarlo siquiera unos segundos, mis dedos teclearon en la pantalla de mi móvil para decirle a Anahí lo que mi mente no había dejado de pensar desde el momento en el que Lali me comentó lo del cumpleaños.

«Hola guapa, me ha dicho Lali que el sábado celebras tu cumpleaños y quería decirte que he conseguido convencerla para que vaya. Solo te pido una cosa a cambio»

«Waw, qué milagro. ¿Qué quieres a cambio, guapo?», contestó enseguida como ya suponía, pues la había visto en línea.

«Que me digas dónde estaréis. Imagino que sabes cómo se resiste a verme en persona y me gustaría que pareciera algo casual»

«Vaya, Izan enamorado? ¡Parece increíble!»

«No es lo que tú piensas. Solo somos amigos»

«Ya, ya. Si tú lo dices... pero creo que no te lo crees ni tú»

Le contesté con el emoticono del triunfo, ese que parece que echa humo por la nariz, dándole a entender mi frustración ante lo que pensaba.

No importaba, al menos había conseguido sacar a Lali de su agujero, y tener la certeza de que la vería esa noche. Me pregunté por qué no había llamado a Esther en lugar de a Anahí. Como ella era la cumpleañera fue en la que primero pensé, pero de haber llamado a mi hermana me habría ahorrado ese comentario, ¿o no? El siguiente paso era llamarla y proponerle a mi cuñado que se quedara de niñero ese sábado por la noche, ya que estaba seguro de que Esther iría al cumpleaños de su amiga.

11.CAMBIO DE ESTILO

MOMENTÁNEO.

Cuando salí del patio y me encontré allí a Izan con su hija, mi cuerpo empezó a sudar pese al frío que hacía en la calle. Se había presentado allí sin avisar, y cuando Anahí salió y le guiñó el ojo, adiviné quién había sido su cómplice. El comentario que le soltó hizo que mis piernas temblaran todavía más.

—Cuidadito con mi amiga, ¿eh? —Creí morir cuando lo dejó caer, así, de forma descuidada como solía ser ella, jovial y bromista a toda hora.

Y por si fuera poco, cuando Izan le dijo que con él estaba en buenas manos ya creí que me temblaban hasta las pestañas. Sus miradas cómplices me ruborizaban, sobre todo porque yo era la protagonista de ellas, y me hubiese gustado que en ese momento la tierra me tragase.

Al final, acepté que me llevara a por Carmen e incluso volver a tomar algo

con él. Por lo menos, esta vez no estábamos solos, o eso trataba de creer yo, pues la presencia de nuestras hijas hacía que me sintiera menos culpable. Si hubiese sido una chica española de veinte años, lo que estaba haciendo sería algo de lo más normal, pero la forma en la que yo había sido educada distaba mucho de serlo, y por más que lo intentaba, no conseguía estar tranquila.

Hablamos de todo un poco, Izan me contó el motivo por el que esa tarde se sentía mal, y pude ver en sus ojos cómo se metía en la piel de sus pacientes y la empatía que lo caracterizaba.

Cuando me dejó en casa, me pregunté por qué habría insistido tanto en que fuera al cumpleaños de Anahí. Había pasado de echarme en cara que desatendiera a mi hija a incitarme a que lo hiciera, y eso me tenía desconcertada. Sin embargo, sabía que Laura se alegraría cuando le pidiera que cuidasen de Carmen el sábado porque pensaba salir, y ese fue uno de los motivos por los que al final acepté.

Aun así, antes de confirmarle nada a mi compañera, debía hablar con mi hermano para saber qué le parecía lo que pensaba hacer y si podía contar con ellos.

—¡Por fin vas a salir de tu cueva! —Fueron las palabras de Bhadrak cuando se lo conté—. Ya era hora, hermana. Te vendrá bien.

—Entonces, ¿no te molesta que salga yo sola con mis compañeras? —

pregunté sin acabar de creerlo.

—Es que no vas a salir sola, Lali. Vas a salir con tus amigas, te lo vas a pasar bien, vas a desconectar de tu rutina diaria, y sé que te hará bien.

—Gracias, Bhadrak.

Antes de meterme en la cama, le escribí un mensaje a Izan.

«A mi hermano le parece bien lo del cumpleaños»

«Lo dudabas?», contestó enseguida.

«Temí que se preocupara porque no nos acompañara un hombre». Todavía no me acababa de creer que aquí las mujeres hicieran su vida sin contar con un hombre para que las protegiera.

«Bueno, si ese es el problema podría acompañaros yo »

Reí ante su sugerencia. Estaba claro que ese hombre pretendía entrar en mi vida, aunque solo fuera como un amigo, y por más que yo intentara marcar distancias, siempre se las apañaría para acortarlas.

«No hace falta, pero gracias»

«De nada preciosa. Que duermas bien»

¿Por qué cada vez que leía la palabra preciosa en uno de sus mensajes todo mi cuerpo se echaba a temblar? Nunca nadie en mi vida me había llamado así, ni siquiera alguno de mis hermanos, y me provocaba una extraña y gratificante sensación que seguramente no debería tener en cuenta.

Pero lo tenía. Tenía en cuenta cada palabra que Izan me decía, y cada vez me preocupaba menos que entrara en mi vida, y más que de repente un día dejara de estarlo. ¿Y si al final se cansaba de hablar conmigo? ¿Y si se daba cuenta de que no teníamos tanto en común como él pensaba y dejaba de escribirme? ¿Y si se daba cuenta del pánico que sentía al estar con él a solas y decidía que era una cría con la que estaba perdiendo el tiempo?

Todas esas cuestiones, tenía que quitármelas de la cabeza, porque pensar demasiado en él estaba haciendo que me confundiera, y tal vez aunque no quisiera y me negara a aceptarlo, estaba empezando a sentir algo más que una amistad, justo lo que él desde el principio me había afirmado que sería lo nuestro.

A la mañana siguiente esperé a bajar a tomar café con mis compañeras para decirles que iría con ellas al cumpleaños. Anahí no había dejado de echarme miraditas toda la mañana, pero agradecí que no comentara nada acerca de la visita inesperada del día anterior. Yo no le dije que suponía que Izan habría sabido dónde trabajaba gracias a ella, y ella se cuidó de hacer algún comentario desafortunado que conociéndome como empezaba a

hacerlo, sabía que me habría sentado mal.

—¡Genial amiga, me encanta que por fin hayas decidido venirte con nosotras! —exclamó la cumpleañera, de un modo que me dio la sensación de que ya sabía que iría. ¿Cómo podía ser posible?—. ¿Qué has pensado ponerte para la ocasión?

—¿Te refieres a cómo iré vestida? —pregunté extrañada.

—Sí, cielo. ¿No pensarás ponerte esa ropa ancha que normalmente llevas?

—Sí, es la única que tengo —Y gracias a que había encontrado una tienda en internet en la que podía comprar ropa de mi estilo, ya que en ninguna tienda física había encontrado ropa adecuada para mí aquí.

—De eso nada, bonita. El sábado por la mañana iré a tu casa y veremos qué podemos hacer al respecto.

—Anahí, voy a ir a tu cumpleaños, pero vestiré a mi manera.

—Lali, ¿no te das cuenta de que así parece que lleves un cartel en la frente que ponga “inaccesible”?

—Eso no me importa. No voy en busca de nada, solo voy por ti y porque me han convencido.

—Vaya, gracias por lo que me toca, pero me gustaría pensar que vienes pensando en pasarlo bien.

—Niña, deja a la chica en paz y que vista como le dé la gana —la regañó Claudia.

—Bueno, bueno, de todos modos el sábado por la mañana pienso ir a tu casa, así que o me das la dirección o se la pido a Mercedes.

—Anahí, por favor, no me hagas tener que ser grosera contigo —espeté, empezando a enojarme.

—Vaya con la hindú, pero si cuando se cabrea saca las uñas —alucinó Anahí.

—Yo creo que todavía no las ha sacado, así que colega, déjala en paz y que vista como quiera —volvió a recriminarle Claudia.

Como ya imaginaba, aprovecharon los siguientes diez minutos que nos quedaban para preguntarme sobre la “cita” inesperada del día anterior. Yo les conté lo justo, que me había llevado a recoger a Carmen y habíamos tomado un refresco en una terraza. Para no variar, Anahí me soltó indirectas sobre nuestra posible relación y una vez más, fingió tenerme envidia pues le habría gustado ser la “afortunada” a ella. Por suerte, acabaron sus cigarros (que Anahí había olvidado que quería dejar) y cafés, y volvimos al trabajo, dejando el tema durante lo que quedó del día.

Quedaban dos días para el sábado, y mis conversaciones vía whatsapp con Izan cada vez iban aumentando. Me escribía cada vez que tenía un rato libre y yo, que no podía entretenerme demasiado cuando estaba en la máquina, le contestaba cuando iba al baño o una vez en casa. Nos daban las tantas de la

noche charlando y empezaba a repercutir en mi trabajo al día siguiente, pues llegaba cansada y con mucho sueño.

Anahí bromeaba e insinuaba cosas que podría haber estado haciendo por la noche para llegar así al taller, sobre todo porque mi cara delataba una felicidad que hasta entonces no había existido.

Sí, me encantaba hablar con Izan, y a pesar de que Bhadrak me había vuelto a comentar las injurias que Rajiv iba diciendo de nosotros en Agra, mi nuevo amigo hacía que eso no me afectara tanto. Después de todo, mi marido ya no podía hacerme nada, solo tenía que convencer a mis padres para que no se tomaran tan mal sus comentarios. Esperaba que al final, la gente se diera cuenta del tipo de persona que era Rajiv, y acabaran por no creer sus parloteos.

Llegó el sábado y como me había anunciado, Anahí se presentó en mi casa por la mañana. Me sorprendió porque yo no le había dado la dirección y le había pedido a Mercedes que tampoco lo hiciese ella, pero ya estaba allí y era su cumpleaños, no debía enfadarla en un día tan especial.

Abrí la puerta y la vi aparecer cargada de perchas con ropa y una bolsa enorme llena de cajas.

—Ayúdame cielo, que no veas cómo voy.

—¿Qué traes ahí? —le pregunté, cogiendo un puñado de perchas de su antebrazo.

—Tu salvación para esta noche —Anahí entró en mi casa y empezó a buscar el comedor.

—Primera puerta a la izquierda —le indiqué.

Carmen estaba en su manta, como de costumbre, haciendo ruidos con sus juguetes.

—Vaya, por fin conozco a la princesita de la casa —advirtió mi compañera, soltándolo todo sobre el sofá y dirigiéndose hacia donde estaba mi pequeña—.

¡No me habías dicho que fuera tan guapa!

Sentí alegría ante su comentario, a todas las madres nos gusta que halaguen a nuestros hijos; pero pronto reaccioné y me di cuenta del motivo por el que mi compañera de trabajo y amiga estaba allí.

—Anahí, no me pienso vestir con nada que no sea mío.

—Eso ya lo veremos. Ay la cosita guapaaaa –le decía a Carmen.

Anahí se levantó del suelo, cogió una de las perchas y me mostró lo que había colgado. Era un vestido de tirantes azul eléctrico, de talle recto y al parecer bastante corto.

—Ni lo sueñes si crees que me voy a poner eso –observé, estirando las palmas hacia delante indicándole que quitara eso de mi vista.

—Vale, demasiado llamativo. Vamos a ver... —siguió la valenciana, rebuscando entre las perchas—. Mira, este pantalón vaquero con este top estoy segura de que te quedaría genial.

—Anahí, por favor, déjalo estar.

De pronto, sonó el timbre, y me pregunté quién sería esta vez. Fui a contestar dejando a Anahí haciendo conjuntos sobre el sofá con la ropa que había llevado a mi casa. Como de costumbre, eran Bhadrak y Laura, que venían sin avisar.

Esperé en la puerta a que subieran las escaleras y al ver a mi sobrina que llegaba despierta, me olvidé de que tenía a una chica intentando cambiar mi estilo en mi comedor. Lo primero que hice fue coger en brazos a Helena y besuquearla, mientras mi hermano fingía quejarse de que le hiciera más caso a su hija que a él.

—Calla, que si hubiera estado aquí con Carmen tú habrías hecho lo mismo.

—¿Dónde está mi niña?

—En el comedor, en su mantita.

Laura me dio dos besos y me felicitó porque esa noche por fin hubiese decidido salir. Entramos todos en el comedor y les presenté a Anahí, indicándoles lo que estaba haciendo de manera que daba a entender que no me parecía bien.

—¿Por qué no? Lali, ya es hora de que empieces a vestir como una occidental, ¿no te parece? —Como ya imaginaba, mi cuñada se pondría a favor de Anahí.

—¿Qué tiene de malo mi ropa? —protesté.

—Para empezar, es demasiado ancha, así no enseñas tu bonita figura —

alegó Anahí.

—Es que no quiero enseñarla. No quiero ir provocando por ahí y que me pase algo por culpa de eso —expliqué.

—¿Qué te ha de pasar, cariño? —preguntó Anahí, algo confusa.

—Pues que me violen, por ejemplo.

—Jajajaja —rio mi colega—. Créeme, por ir con vaqueros nadie te va a violar. Y si te ha de pasar algo así, será lleves la ropa que lleves.

Laura se acercó hasta mí, pasó un brazo por mis hombros, y miró la ropa que mostraba Anahí.

—Lali, tienes que darte cuenta de que ya no estás en la India. No te voy a negar que aquí no se den casos de violación, por desgracia, pero no es como en tu país. Aquí las mujeres pueden vestir como quieran, la ropa no influye en eso.

—¿Me quieres decir que tiene la misma posibilidad de ser violada una mujer que marque su cuerpo que una que no lo haga? —pregunté, cada vez más indignada.

—No te va a pasar nada, cariño. Anahí cuidará de ti, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —contestó mi compañera.

—Hermano, ¿tú qué opinas?

—Que ellas tienen razón. Lali, va siendo hora de que te des cuenta de que ahora vives en Europa, ya no tienes que temer nada. Cosas ocurren en todos los sitios, pero sabemos que aquí menos. Aquí puedes hacer cosas como salir con un hombre si quieres, libremente y sin pensar en nada que no sea tu bienestar. Además, ¿acaso no estás yendo tú sola al trabajo todos los días? Si no te ha pasado nada yendo a cumplir con tus obligaciones, tampoco te pasará porque salgas a divertirme.

—Sí, pero al trabajo voy bien tapada.

—Al trabajo puedes ir como quieras, pero esta noche te vas a poner guapa porque es mi cumpleaños y quiero que lo hagas por mí —insistió Anahí.

—Está bieeeeeen. Accedo a probarme lo que has traído, pero si no me gusta o no veo que me quede bien, no me lo pondré.

—Vale, por algo se empieza.

—Vamos a ver qué tenemos por aquí —observó Laura, curioseando la ropa que había sobre el sofá.

Cogimos la ropa, la llevamos a mi habitación, y dejamos a Bhadrak al cargo de las niñas. Me probé el pantalón vaquero que me había mostrado Anahí, que era azul claro, con un top rojo de seda que me quedaba por encima del ombligo.

—Ni pensarlo, no pienso ir así.

Lo siguiente fue un conjunto de falda de tubo verde botella con una blusa verde pistacho de volantes en la delantera. Eso sí que me gustó, pero fue Laura la que lo reprobó.

—Demasiado formal. Ni que fueras a vender enciclopedias —fue lo que dijo al respecto.

Me probé un vestido ceñido, de color burdeos, de tirantes finos y un corte en el lateral que me llegaba hasta casi las bragas.

—No me voy a poner esto por nada del mundo —objeté.

Después de una hora, me había probado cinco vestidos, y un montón de conjuntos de pantalón y camisetas, unas con colores demasiado llamativos, otras me marcaban demasiado los pechos, otras parecían un chándal... Todas tenían un pero. Al final, conseguí que me gustase un pantalón vaquero negro ceñido hasta los pies, porque marcaba mi figura pero era discreto. El problema, que no había nada para arriba que me gustase.

—Un momento, quedaros aquí —dijo Laura, saliendo a toda prisa de la habitación.

—¿Dónde vas? —le grité.

—Esperadme, enseguida vuelvo.

Anahí recogió toda la ropa que había tirada sobre la cama y yo la ayudé a colocarla de nuevo sobre sus perchas.

—No me puedo creer que no te guste este vestido. No sabes lo que yo ligo cada vez que me lo pongo —advirtió mi compañera, mostrándome el vestido burdeos que yo había desechado.

Puse los ojos en blanco y la ignoré. Regresamos al salón, donde mi hermano jugaba con Carmen y la pequeña Helena dormía plácidamente en su carro, y nos sentamos junto a ellos en la manta.

Laura no tardó en llegar. Venía con una bolsa de Stradivarius y una sonrisa en el rostro.

—Mira lo que te he comprado. No me negarás que no es preciosa —Me mostró una camiseta de brillo dorado, con manga de medio hombro, ancha de arriba y más estrecha conforme llegaba a la cintura, y con un escote en forma de pico que a simple vista no se veía demasiado exagerado—. Pruébatela con el pantalón.

Anahí se levantó del suelo y fue directa a la bolsa que había traído con cajas y que hasta el momento no había sacado.

—Laura, ¡estos zapatos le quedarán ideal! —exclamó sacando un zapato dorado, con tacón de aguja, de una de las cajas.

—¿Qué dices? —grité—. Yo no sé andar con eso.

—Pues te los pones ya y vas aprendiendo. Tienes todo el día para practicar.

—Sí, y para que se me coja un dolor de pies tremendo y ya no pueda salir esta noche. ¿Es eso lo que quieres? —refunfuñé.

Anahí se puso la mano en la barbilla y la cabeza de medio lado, pensativa.

Al cabo de unos segundos, añadió:

—Está bien, será mejor que te los pruebes con la ropa y los dejemos para esta noche. Si acabas con dolor de pies siempre puedes recurrir...—se interrumpió para sacar otro zapato de otra caja—, a estas bailarinas.

—Anahí, yo tengo zapatos.

—No lo niego, pero demasiado sosos para una noche de fiesta sin freno.

—Qué miedo me das —dije, suspirando mientras cogía la ropa y las bailarinas y volvía a mi habitación.

La verdad es que el conjunto quedaba perfecto. La camiseta era cómoda y no marcaba demasiado, pese a que puesta era más corta de lo que me había parecido.

—Está bien, me lo pondré todo. Pero Laura, la camiseta te la puedes quedar tú, sabes que yo no me visto así y no creo que me la ponga más.

—De eso nada, la he comprado para ti y estoy segura de que esta será la primera vez que te la pongas, pero no la última —espetó.

Miré a mi compañera y a mi cuñada, ambas mirándome de arriba abajo y diciéndose con la mirada lo bien que me quedaba el conjunto, y antes de que diera una traspié decidí quitarme esos zapatos de la muerte. Si esa noche no

acababa en urgencias, ya podía ponerme lo que fuera que lo aguantaría.

12.SENSACIONES.

Los días se me estaban haciendo eternos. Deseaba que llegara el sábado para poder pasar un rato con mi amiga, sin temores por su parte ya que estaríamos rodeados de gente, ella se sentiría arropada con sus amigas y yo podría disfrutar de ella en un ambiente sin niñas, que aunque sabía que le costaría aceptar, pues no había madre más entregada, también debía entender que de vez en cuando una salida con sus compañeras le haría bien. Era demasiado joven como para no disfrutar un poco de la vida, ya me había demostrado la clase de madre que era, y aunque me estuviera contradiciendo, me había dado cuenta del amor que Lali le profesaba a su hija y por nada del mundo volvería a pensar mal de ella.

El viernes por la tarde recibí una llamada inesperada. Hasta el momento no había vuelto a tener noticias de Sheila. Cambiar de parque había surtido efecto, y me extrañó, si tantas ganas tenía de ver a su hija más a menudo, que no me llamara o escribiera reprochándome no poder hacerlo.

—¿Diga?

—Buenas tardes, ¿el señor Izan Vilanova? —me preguntó una voz femenina, al otro lado del aparato.

—Soy yo, ¿quién es?

—Soy Sara López, la abogada de Sheila Sánchez. Quería hablar con usted para concertar una cita y plantearle la posibilidad de llevar a cabo un convenio regulador que establezca un régimen de visitas para la madre de su hija.

—De eso nada, Sheila no tiene derecho a ningún acuerdo, renunció a su hija cuando nació.

—Lo sé, pero en su defensa diré que era menor de edad y no sabía lo que hacía.

—Lo sabía muy bien, ¿le ha contado que quiso abortar?

—Señor Vilanova, le recuerdo nuevamente que era menor de edad y no tenía plena conciencia de sus actos.

—Eso es una gilipollez. Si tuvo la capacidad de seducirme y conseguir que me la follara en el baño de una discoteca, también debería haberla tenido para asumir las consecuencias. ¿Le ha contado también lo que me hizo?

—No sé a qué se refiere, pero respecto a lo que me dice, usted también debería haberse cerciorado de que no se estaba acostando con una menor. Ella podría haberle denunciado.

—Y lo hizo, vaya si lo hizo.

—Eso no me lo ha contado, pero no es el caso. Si usted se niega a quedar conmigo y hablar pacíficamente tendré que recurrir a la vía judicial y emprenderé un proceso contencioso, y será peor para usted.

—Por mí puede recurrir al demonio si hace falta, pero ya le digo que no pienso firmar ningún convenio que me separe de mi hija. ¿Lo entiende? —Me estaba alterando demasiado y el volumen de mi voz cada vez iba en aumento.

—¿Qué pasa papi? —preguntó Amanda, que me había escuchado desde su habitación y le extrañaba oírme hablar así.

—Nada, cariño. Vuelve a tu habitación a jugar.

—Señor Vilanova, no le cuesta nada quedar conmigo y hablar. Le aseguro que de esa manera ganaremos tiempo todos —dijo la abogada, una vez se cercioró de que volvía a estar solo.

—Yo no tengo prisa de nada, así que para mí no significa perder el tiempo cualquier cosa que suponga tener lejos a la madre de mi hija.

—Usted no lo entiende, ella es su madre y la ley del menor ampara el derecho a disfrutar de ambos progenitores. Serían los días que usted estipulase.

Le aseguro que yo voy a ser una simple mediadora, no haremos nada que le perjudique.

—Que no hará nada que me perjudique dice —hablé para mis adentros—.

Mire señorita, esa mujer renunció a su propia hija, así que déjeme en paz

¿vale? Buenas tardes —Colgué el teléfono e intenté tranquilizarme. En contadas ocasiones llegaba a encolerizarme de esa manera, y casi siempre tenía que ver con la dichosa Sheila.

Me senté en el sofá y me cogí la cabeza con las manos. No quería que Amanda me viera así. La escuché jugando en su cuarto y pensé que no se había dado cuenta de nada.

Cuando estuve más tranquilo, fui a su habitación y le dije que era la hora del baño. Duchando a mi hija me centraría en ella y trataría de olvidar la conversación telefónica que acababa de tener.

Esa noche, escribí a Lali para ver cómo estaba. Me hubiese gustado contarle lo que me estaba pasando, pero no quise preocuparla con mis problemas, así que pensé que lo mejor sería olvidarlo y hablar con ella de cómo le había ido el día y como siempre, de nuestras hijas. Así, conseguí relajarme por completo y cuando me fui a dormir, ya no me acordaba ni de Sheila, ni de la abogada.

Llegó el sábado y le dije a mi hermana que iría a comer a su casa. Pasaría la tarde con mis sobrinos y dejaría a Amanda con Manolo. Como ya imaginaba Esther iba al cumpleaños de su amiga y me sabía mal dejar a mi cuñado solo con los tres críos, pero me aseguró que no le importaba y que jugaría con ellos hasta que cayeran rendidos.

Llamé a mi amigo Dani. Sabía que no me costaría mucho convencerlo para salir ese sábado, eran tan pocas las veces que quedábamos que siempre era una sorpresa para él que accediera a una noche de fiesta. Quedé con él para cenar en mi piso. Allí tomaríamos unas cervezas viendo el partido de fútbol que televisaban y después nos dirigiríamos a la discoteca en la que sabía que estarían las chicas.

—Menuda cabrona está hecha la Sheila. Desde el principio que no ha dejado de joderme —expuso mi amigo cuando le conté la llamada de la abogada.

—No sé qué pretende, pero estoy seguro de que su hija le importa una mierda. Solo quiere joderme a mí.

—No consiguió que te declarasen culpable y eso le supuso una buena discusión con su padre. Seguramente querrá vengarse de ello.

—Sí pero, ¿por qué ahora? No lo entiendo.

—No lo sé, amigo, pero yo de ti me iría buscando un buen abogado.

—¿En serio crees que me hará falta?

—Sí, colega. Si no quedas con su abogada y llegáis a un acuerdo, ella recurrirá a la vía judicial y si te niegas podrías ir a la cárcel.

—¿Qué dices? No sería capaz.

—¿Acaso no lo intentó ya una vez?

—¿Crees que es posible que esa sea su intención? ¿Que como sabía que me negaría a quedar con su abogada, esta me llevaría por la vía de lo contencioso para que acabe en la cárcel si no cedo?

—Conociéndola, no me extrañaría.

Me mordí la lengua con tanta rabia que sentí el sabor de la sangre en mi boca. Eso no me podía estar pasando, ya había sufrido por culpa de esa mujer, ella era la causante de que no pensara en enamorarme porque juzgaba a las mujeres a priori y tenía miedo de ellas, de sus tretas, artimañas, engaños. No podía estar viviendo otra vez una situación en la que pudiera verme en la cárcel. Estaba claro que esta vez era por algo muy diferente, y empecé a plantearme si no sería lo mejor llamar a su abogada y quedar con ella pacíficamente. Por el bien de mi hija, debía hacer las cosas correctamente, y si esa era la forma de hacerlo, no tenía otra opción.

Cogí mi móvil, busqué entre las llamadas la que había recibido la tarde del

viernes, y guardé el número entre los contactos, con la idea de telefonarle el lunes a primera hora.

Le mandé un whatsapp a mi hermana para asegurarme de que ya estaban en la discoteca.

—Vaya, tío, hacía mucho que no te veía así por una mujer. Concretamente desde...

—No es lo que te piensas —le interrumpí, antes de que mencionara a Mar.

Prefería no escuchar su nombre, era algo que tenía clavado ahí, y que no conseguía superar. Mi novia y mi amigo, casados; sobre todo ahora que había leído en el grupo que estaba embarazada. Escribí un simple «enhorabuena»

para que Jacobo se diera por felicitado, y en el fondo sabía que debería haberle llamado, o tal vez a ella, pero me jodía pensar que ese bebé debería haber sido mío y en la vida que podríamos haber tenido juntos, así que como podréis imaginar, no lo hice.

—Pues para no ser lo que pienso no has dejado de hablar de ella en toda la noche.

—Porque es una buena amiga.

—Entonces, si solo es eso, ¿por qué tanta insistencia en ir adónde está ella?

Podríamos ir a cualquier otro sitio —Tenía razón, pero si me había molestado en convencerla para que fuera al cumpleaños de su compañera y había dejado a Amanda con mi cuñado era precisamente para verla, y no pensaba ir a ningún sitio en el que ella no estuviera.

—Es complicado. Como ya te he dicho, ella se niega a quedar conmigo a solas, por sus creencias, ya sabes. Esta es la única manera de poder estar con ella sin que tema que la juzguen o que yo le pueda hacer algo.

—¿Acaso ella cree que podrías hacerle algo malo? —preguntó mi amigo, sorprendido.

—Quiero pensar que no, pero en su país los hombres no valoran demasiado a las mujeres, abusan de ellas, y creo que ella tiene eso tan metido en la cabeza, que es incapaz de relajarse cuando está conmigo y darse cuenta de que yo nunca le haría nada malo.

—Pues lo tienes crudo, colega —opinó Dani, dándome una palmada en la espalda.

Llegamos a la discoteca sobre la una de la madrugada. Esther hacía veinte minutos que me había dicho que ya estaban allí, y fue lo que nos costó llegar hasta Dance City. Entré con mi amigo y fuimos directos a una barra. Quería

que pareciese que nos habíamos encontrado allí por casualidad, y si nada más entrar me iba directo hacia ella se notaría que no era así. Además, necesitaba tomar algo antes de asumir que cabía la posibilidad de que cuando me viera se asustara y decidiera irse a su casa. Por supuesto, ya había hablado de eso con Esther, y me había asegurado que no la dejaría marchar por nada del mundo.

Tenía muy claro que mi hermana trataba de hacer de Celestina. ¿Por qué todo el mundo pensaba que había segundas intenciones en mis pretensiones? Tan solo quería ser su amigo, pero todos los que lo sabían lo ponían en duda, otra cosa por la que Lali podría llegar a espantarse y acabar no queriendo saber de mí.

Las vi en medio de la pista, sus compañeras bailando, y ella mirándolas y sonriendo, aunque no se uniera a la diversión con sus colegas. Estaba claro que se sentía perdida, era la primera vez que salía de fiesta desde que había venido a España y no estaba en su salsa como las demás.

Estaba impresionante. Llevaba una camiseta dorada que marcaba su cintura y un pantalón vaquero negro ajustado que por primera vez me dejó ver la delgadez y largura de sus piernas. Estaba claro que Anahí había tenido mucho que ver en su cambio de estilo, y por primera vez pensé que debía darle las gracias. No es que su forma de vestir no me gustase, pero estaba claro que la ropa que llevaba esa noche marcaba más su figura y por un segundo tuve que quitarme un mal pensamiento de la cabeza. Solo quería amistad, daba igual como vistiese. Me pregunté cómo habrían conseguido convencerla para que se pusiera esa ropa.

La observé durante un rato, hablando con mi amigo sin quitarle los ojos de encima, hasta que Dani llamó mi atención:

—Pues para decir que solo sois amigos, la miras de una forma que no es muy normal.

—¿Qué dices, nano? —espeté, contradiciéndole.

—Que la mirada que veo en tus ojos es la de un hombre enamorado.

—¡No digas tonterías! Apenas la he visto un par de veces.

—Lo que tú digas, colega. Si quieres mentirte a ti mismo, hazlo, pero vamos con ellas y por lo menos la observas de cerca y así de paso me acerco yo a la de rojo, que está bastante buena. Hace mucho que no la veía, vamos a tener que quedar más a menudo con tu hermanita.

—¿Quién, a Anahí?

—Sí nano, espero que se acuerde de mí. Vamos a comprobarlo y así hablas con “tu amiga” todo lo que quieras. Al menos, mientras, yo haré algo

productivo.

Puse los ojos en blanco ante tal observación y con mi cubata en la mano, nos dirigimos a donde estaban.

Los ojos de sorpresa de Lali cuando me vio hablaron por sí mismos. No supe si se alegraba de verme o no, porque su cara de pánico, como ya esperaba, me echó atrás desde el preciso momento en el que la saludé. Como la vi tan azorada, después de darle dos besos saludé a las demás, y le pregunté a mi hermana cómo se lo estaba pasando mi dulce hindú.

—No lo sé Izan, no parece muy animada. Hemos intentado que se tome algo con alcohol pero se niega, y no la veo muy integrada que digamos.

—Es normal, entiende que es la primera vez que sale y que se siente irresponsable por no estar con su hija —observé.

Después de darle besos a todas las chicas, y de que Anahí fingiera sorpresa al verme, me acerqué a mi amiga y le pregunté cómo estaba.

—Bien, ¿cómo es que estás aquí? —me preguntó.

—Por lo mismo que tú. He quedado con un amigo —Y al decir eso me di cuenta de que no se lo había presentado—, y hemos venido a divertirnos un rato. Espera.

Cogí a Dani del brazo, quien ya había entablado una conversación sobre a saber qué con Anahí, y lo llevé hasta donde estaba Lali. Una vez hecha la presentación, Dani nos dejó solos.

—¿Y Amanda? ¿Dónde está?

—Con mi cuñado.

—Vaya, has salido a pesar de que tu hermana no estaría con tu hija — declaró, sorprendida.

—Mi cuñado se las sabe arreglar con las fieras, casi te diría que mejor que Esther —mentí, pues no había nadie como mi hermana para cuidar de los niños, pero en ese momento me pareció lo más oportuno.

—Curioso, para ser un hombre.

—¿Qué quieres decir? —En ese momento, no sé por qué, me sentí ofendido.

—Porque cuidar de los hijos es más cosa de mujeres.

—Entonces ¿crees que yo no estoy cuidando bien de mi hija?

—Bueno, estás aquí, ¿no?

—Tú también, y eres madre —En el mismo momento en el que hablé, me arrepentí de lo que estaba diciendo. Su rostro enmudeció y me dio la sensación de que sus ojos se tornaron vidriosos—. Perdona, no quería decir eso, pero me ha molestado que pusieras en duda mi capacidad para criar a mi

hija. La quiero

más que a nada, ¿sabes?

—Claro Izan, perdóname. Yo tampoco quería ofenderte —Me pareció ver que su semblante volvía a ser el de antes y sonreí.

—Vamos, baila conmigo —sugerí, moviéndome al compás de *Vente pa ca*, de Ricky Martin, que estaba sonando en ese momento.

—Me da mucha vergüenza.

—No seas boba, ¿por qué te va a dar vergüenza bailar con un amigo?

—«¡Como si no lo supiera!», pensé.

—Nunca he bailado con un hombre.

—¿Ni con tu marido?

—Con mi marido las cosas nunca fueron como deberían haber sido —Se sinceró.

—Pues olvídale, ahora estás conmigo y has empezado una vida nueva.

Vamos, ven —Le cogí los brazos y los coloqué sobre mis hombros. Su cara era de pánico absoluto, pero me dio igual. Mientras se dejara hacer, pensaba aprovecharlo.

Acerqué su cintura a mi cuerpo y empecé a menear las caderas de manera que rozábamos nuestros cuerpos. Un escalofrío recorrió mi cuerpo de arriba abajo cuando sus manos rozaron mi cuello, y cuando por fin conseguí que sonriera, la sensación fue maravillosa. Hacía tiempo que no sentía algo así. El leve roce de su cuerpo con el mío provocaba tantas sensaciones juntas que no quería separarme de ella. Sentía júbilo, cariño, tranquilidad, paz... amor.

Demasiado para lo que pretendía.

Me separé de ella como si me hubiera dado una descarga eléctrica. La miré

asustado y en sus ojos vi preocupación. Sin poder decir nada, me alejé de allí y salí a la calle.

Me encendí un cigarro mientras me preguntaba qué me había pasado. Había ido allí para verla ya que de normal ella rechazaba mis invitaciones, me apetecía hablar con ella, hacer algo divertido como lo era bailar, conocerla un poco más escuchando su voz mientras la miraba a la cara... Lo que no me esperaba era que sentir su contacto me fuera a despertar algo que llevaba años dormido.

Estaba perdido. No quería tener una relación con ninguna mujer, no pensaba enamorarme. Eso no estaba en mis planes. Las únicas mujeres a las que quería en mi vida eran a Amanda y a Esther. Pero no podía dejar de pensar en Lali.

Me di cuenta de lo que acababa de hacer y me sentí un capullo integral.

Seguramente Lali estaría preguntándose qué había hecho mal para que me fuera de esa manera, y le debía una explicación pero, ¿qué le iba a decir?

Me acabé el cigarro y volví a entrar a la discoteca. Lo mejor sería volver con ella y actuar como si no hubiese pasado nada. Solo esperaba que no se hubiese enfadado conmigo y tener que darle las menos explicaciones posibles, porque si ni yo mismo sabía contestarme a las preguntas que me hacía, ¿cómo iba a responderle a ella?

Lali seguía con las chicas, inmóvil, seguramente pensando en su hija, o eso era lo que yo quería creer. Que no le hubiese afectado verme allí y que todo siguiera igual que siempre.

Bailé con mi hermana, con Claudia y con otra chica que me habían presentado como Fani, y que resultó ser otra compañera de universidad de Esther. Anahí, seguía hablando y bailando con mi amigo Dani, quien la había acaparado de tal manera que no dejaba que nadie se les acercase. Imaginé que la valenciana no estaría a disgusto con él; conociéndola, de no haber sido así haría rato que lo habría mandado a tomar el aire.

Sonreí a Lali, y sin que mi cabeza pudiera pensar y ser racional, mis pies se acercaron a ella y mis manos acariciaron la suave piel de sus brazos. Noté

cómo se le erizaba el vello y volví a tener esa sensación placentera que había tenido antes. ¿Qué debía hacer, alejarme o seguir adelante? En ese momento no pude pensar demasiado, necesitaba tocarla y ella no me lo estaba impidiendo, pese a que su cara siguiera denotando cierto pánico.

—¿Te molesta que te toque? —pregunté, pues no quería molestarla.

—No. ¿Por qué te has ido antes? —Mierda, me lo temía.

—No lo sé, Lali. He sentido algo que... no sé cómo explicártelo.

—Tranquilo, creo que te entiendo. Yo también he sentido algo, pero me aterra Izan. Yo... —No dejé que continuara. Conforme había estado hablando me había ido acercando más a ella y ahora nuestras cabezas estaban a escasos milímetros. Así, me fue fácil dejar mis labios sobre los suyos y darle un suave beso, con tanto miedo a que me rechazara como ella a que se lo diera, de eso estaba seguro. Pero no pasó nada.

Nos miramos, sonreímos, y no dijimos nada. Estaba sonando *Lost on you*, de LP, y agarrándola de la cintura, bailé con ella, dándome cuenta de que empezaba a soltarse, e incluso empezaba a sonreír, cosa que hacía que las sensaciones fueran aumentando cada vez más. ¿Hasta dónde nos llevaría esta no cita que yo mismo había planeado? Ni lo sabía ni quería pensar en ello en ese momento. Solo quería dejarme llevar, pasarlo bien con mi amiga y que

ella se sintiera lo más a gusto posible cuando estuviera conmigo. ¡Quién sabe lo que la joven habría tenido que pasar con su ex marido! No lo sabía, pero tenía muy claro que lo averiguaría. Quería saberlo todo de ella, y no dejaría de llamarla y de intentar quedar con ella hasta que lo consiguiera. Tenía que conseguir que venciera sus miedos, sus tabús, las creencias que estaban impidiendo que se soltara conmigo. Como amigos o no, esto tenía que seguir adelante, y haría todo lo posible porque así fuera.

13.SENSACIONES II.

Cuando Izan me besó, todo mi cuerpo empezó a temblar. Qué digo temblar, eso ya lo estaba haciendo desde el momento en el que le vi en la discoteca con una camisa azul oscuro y unos pantalones negros que le marcaban el trasero como

nunca me había fijado antes. ¿En qué estaba pensando? No podía creer que mis ojos se fueran hacia esa parte de su cuerpo, eso no era propio de mí.

Me di cuenta de que su forma de vestir era mucho más informal que las veces que le había visto en la consulta, y supuse que vestiría allí así para causar más respeto.

No me lo esperaba, pero un cosquilleo recorrió mi estómago cuando lo vi aparecer. El pelo también lo llevaba distinto. A diferencia de cómo le había visto las otras veces, con toda su rubia melena peinada hacia atrás engominada; esa noche le caía por la cara, de forma natural, y me pareció que estaba más guapo que nunca.

Lo cierto es que no me lo estaba pasando demasiado bien. Las chicas no paraban de ir a la barra a por chupitos insistiendo en que yo me bebiera alguno, pero como no pensaba hacerlo, veía que ellas cada vez estaban más risueñas, mientras que yo seguía pensando que no debía estar allí.

—Mira cielo, si te tomas un par de estos, ya verás cómo te olvidas de todos tus problemas, te lo digo yo —comentó Anahí, ofreciéndome un chupito de Vodka rojo. Como negué con la cabeza, añadió—: Vale, más para mí —Y se lo bebió de un trago.

Esther me cayó muy bien, y no porque fuera la hermana de mi amigo, sino porque era realmente agradable. Ya me pareció buena persona el día de su cumpleaños, pero esa noche, que pude estar más tiempo con ella, me pareció un ser humano maravilloso. Había estado pendiente de mí durante toda la cena, instándome a que probara todo tipo de Sushi, pues habíamos ido a un restaurante japonés, el preferido de la cumpleañera; y preguntándome cómo me sentía todo el tiempo. Por un momento se me pasó por la cabeza si Izan no le habría dicho que me cuidara, y al hacerlo, pronuncié una leve carcajada que hizo que Claudia, que justo en ese momento me estaba mirando, soltase:

—Parece que la hindú está pensando en su enamorado.

Me quedé perpleja, arrepintiéndome de haber pensado en Izan, pues aunque solo fuera mi amigo, sabía que en parte tenía razón. Estaba pensando en él, eso

no podía negarlo, pero nunca se lo diría a ellas, y menos delante de su hermana. De hacerlo, habría sido la conversación de la noche, y me negaba a ser el centro de atención.

—¿Qué dices? —Y mirando al resto de chicas, añadí—: ¿Está loca la rumana o qué?

Todas empezaron a reírse y Anahí le soltó a su compañera un «¡¡Toma ya!!

Te lo has buscado, bonita», que si pensaba que la otra se iba a molestar por ello, ocurrió todo lo contrario, uniéndose a las carcajadas de todas.

Claudia me guiñó un ojo y yo sonreí, sin entender qué les parecía tan gracioso. Yo solo pretendía demostrarles que podía defenderme, que no era la joven débil que estaba segura que pensaban de mí, que también sabía atacar; pero por suerte, porque en realidad no tenía ganas de discutir, y menos por una tontería así, se lo tomaron más que bien y me sentí satisfecha conmigo misma.

En Dance City, parecía que cada una fuera a su aire. En mi país estaba acostumbrada a bailar con las amigas al mismo ritmo, hacer coreografías divertidas para pasar un buen rato con música animada. Incluso se unían los hombres, llegando a hacer batallas entre hombres y mujeres, aunque en contadas ocasiones. Aquí, sin embargo, me pareció que solo se ponían de acuerdo para ir a la barra a consumir, porque el resto del tiempo estaban bailando cada una por su lado, aunque de vez en cuando se mirasen o se juntasen un par de ellas para bailar de forma exageradamente erótica, y así llamar la atención de los hombres. ¿Qué se proponían? Por menos de eso en Agra habrían sido injuriadas e incluso violadas sin poder protestar por ello.

Aquí, bailaban, bebían, chillaban y nadie les decía nada, y pensar en eso, de pronto hizo que me sintiera segura. Bhadrak tenía razón, aquí era todo muy diferente, y lo mejor sería que empezara a integrarme y a no tener tanto miedo por todo lo que tuviera que ver con los hombres. Con Rajiv lo había pasado muy mal, pero él estaba en la otra punta del mapa y por mucho que fuera diciendo de mí en Agra, ya nada me podía hacer. Tenía a mi hija, la estaba criando sana y sin que le faltase de nada, y no podía pedirle nada más a la vida.

Bueno, o eso pensaba hasta que Izan puso sus labios sobre los míos.

Hacía un rato habíamos bailado juntos y había sentido algo que no supe entender. Fue un colosal regocijo que me vino inesperadamente cuando Izan cogió mis manos y las colocó sobre sus hombros. Fue como si jamás hubiese sido más feliz que en ese momento. Recordaba el nacimiento de Carmen como lo mejor que me había pasado en la vida, ella lo era todo para mí, pero lo que sentí en ese momento fue diferente. Mi cuerpo temblaba, mi corazón latía

fuerte bajo mi pecho, y mi cabeza dejó de pensar en que ese hombre no podía ser bueno para mí. Me dejé llevar, baile con él, le sonreí... Y de repente, me soltó como si le hubiesen dado una descarga eléctrica y se fue.

Me quedé desconcertada, y Fani, una amiga de Anahí que había conocido esa noche, creo que se dio cuenta de mi estado porque se acercó hasta mí y bailoteó delante incitándome a que hiciera lo mismo.

—Voy al baño –le dije.

—Vale, te acompaño.

Fuimos juntas al baño de la discoteca y nos pusimos a la cola. En realidad yo no tenía ganas de hacer nada, solo había sido una excusa para huir de las chicas y estar un rato sola, pero me supo mal decirle a Fani que no viniese conmigo.

—¿En tu país también soléis ir las mujeres juntas al baño? –me preguntó, posando su cansada cabeza sobre mi hombro y mirándome con ojos de cordero degollado. Desde luego, Fani ya había bebido bastante esa noche.

—¿Cómo dices?

—Aquí los tíos se preguntan por qué las mujeres vamos siempre juntas al baño, ¿en tu país también?

—Eh, no. En la India los hombres no se preguntan nada de las mujeres.

—¿En seriooooooooo? Pero si aquí todavía después de veintiún siglos después de Cristo... porque si me pongo a contar los de antes... a ver, serían...

—Fani empezó a hacer como que contaba con los dedos y yo me pregunté qué necesidad tenía de saber cuántos años llevábamos en el mundo—. En fin, que no me acuerdo, leches. El caso es que los tíos todavía intentan entendernos, sin conseguirlo. ¿Te lo puedes creer? ¡Con lo sencillas que somos! No me lo explico.

—Mira Fani, hay mucha cola, yo me aguanto —dije, pensando en que había sido peor el remedio que la enfermedad, frase que había aprendido de mi cuñada cuando se enfurecía porque había intentado arreglar o hacer algo por bien y había sido peor que si no lo hubiese hecho. A veces admiraba a Bhadrak por la paciencia que tenía con ella, pero luego, me daba cuenta de lo buena persona que era Laura y me sentía orgullosa de que mi hermano la hubiese encontrado.

—Vale, pues volvamos. Yo solo venía para acompañarte. Oye, ¿quieres que salgamos a la calle?

—No, fuera hace frío —contesté.

—Me refiero a hacer pipí. Orinas y volvemos a entrar —explicó. Pero, ¿es que todas estaban igual de locas? Me contaron que Fani, Esther y Anahí habían estudiado juntas la carrera de filología inglesa, y porque a Esther la veía centrada, que de no ser así, me habría preguntado qué les enseñaron en esa universidad.

—¡Ni pensarlo! —exclamé, horrorizada.

—Bueno, como tú quieras.

Una vez junto al resto de las chicas, me percaté de que Anahí no había dejado de hablar con el amigo de Izan, pero yo seguía sin saber dónde estaba él. Y no me quedé tranquila hasta que le volví a ver aparecer. Para entonces, ya estaba decidida a aceptar que ya no estaba en Agra, que aquí las cosas eran muy diferentes, y por eso cuando Izan me volvió a coger de la cintura para bailar, ni me negué, ni me asusté, ni me disgustó. Todo lo contrario. Estar tan cerca de él, poder aspirar su suave perfume, sentir el calor de su aliento sobre mi

cuello, no solo me gustó sino que me impresionó.

Y ese beso... Rajiv me había besado en alguna ocasión, aunque no demasiadas veces y casi nunca mientras hacíamos el amor, o más bien, él se desahogaba y yo me dejaba hacer. Pero nunca sentí nada cuando lo hacía. Para mí él era el hombre que me despreciaba, que les obligaba a mis padres a sacar dinero de donde no tenían justificándolo con que yo era una inútil; todo lo que hacía en casa estaba mal, pero si no cumplía con mis tareas la discusión era más grave y sus ataques a mi integridad más agresivos.

Pero el beso de Izan... Me erizó cada poro de mi piel, me sentí viva, respetada, fue tan dulce y delicado que apenas me pareció un susurro; me sentí cuidada y venerada. Era como si pensase que Izan me protegería siempre, y sentí ganas de contarle todo sobre mí. Sobre mi pasado, sobre mi presente, y lo que era mejor, sobre lo que el futuro podría depararnos porque, ese beso significaría algo, ¿no? Me dijo que había sentido algo que no esperaba, y a mí justo me pasó lo mismo. No podía ser una casualidad, los dioses se debían de haber aliado para que dos personas que solo vivían para sus hijas, se conociesen y se enamorasen.

¿Enamorarse? ¿En serio estaba mi mente llegando a tanto?

Debía quitarme esas tonterías de la cabeza. Un hombre como Izan jamás se enamoraría de mí, simplemente me tenía cariño, y eso fue lo que me transmitió ese beso. Me dijo que había sentido algo, pero seguramente sería un amor fraternal, porque era más joven que él y me veía débil, y eso le producía ternura y ganas de protegerme. No podía ser que un español, con sus características, que podría tener a la mujer que quisiera, se fijara en mí

precisamente. Seríamos amigos, y eso para mí ya era mucho. Soltarme y dar rienda suelta a nuestra amistad, sin pensar en qué diría la gente ni en que me pudiera hacer daño, porque estaba segura de que con él nada malo me podía pasar.

Pensando en todo esto, mientras bailábamos *Lost on you*, de LP, me fui sintiendo cada vez más a gusto y empecé a pasármelo bien. Es más, nunca me lo había pasado tan bien y estaba deseando que llegara el día siguiente para contárselo a Bhadrak y a Laura. O mejor no, mejor que se detuviera el tiempo

y me quedara allí, bailando toda la noche con mi amigo.

Vi acercarse a un hombre alto, moreno y de ojos oscuros, acompañado de una mujer bajita, de pelo negro tan largo como el mío, y ojos oscuros. La mujer tenía la piel muy tostada, incluso más que la mía.

El hombre le dio una palmada en la espalda a Izan, haciendo que se sobresaltara, pues no lo esperaba.

—Hola, amigo —le dijo el recién llegado. La mirada que le echó Izan me dio a entender que muy amigos no eran, un atisbo que no denotaba demasiada alegría por verle.

—Hola, ¿qué hacéis aquí? —preguntó Izan, soltándome para poder hablar con ellos. Miró a la mujer con los ojos encogidos, y esta giró la cabeza hacia el hombre con el que iba, esquivando a mi amigo.

—Dani nos dijo que vendríais, y como hace tanto tiempo que no nos vemos...

—Hola Izan —saludó la mujer, mirándole con tristeza en los ojos.

Izan contestó un escueto «Hola» y le dio dos besos. El hombre le brindó la mano y ambos se dieron un apretón, que por parte de Izan me pareció forzado.

Entonces, por fin mi amigo reaccionó y se dio cuenta de que yo estaba allí.

—Lali, ellos son Jacobo y Mar —Me pareció recordar el nombre de ella entre las conversaciones que habíamos tenido: tenía delante de mí a la mujer que lo había enamorado en sus años universitarios, y curiosamente, me recordaba a mí. Ahora entendía la actitud de Izan. Seguramente seguiría enamorado de ella y le dolía verla con otro hombre. Estaba deseando poder estar con él en un sitio donde la música no estuviera a todo volumen y tuviéramos que hablar casi a gritos para poder entendernos—. Ella es Lali, una amiga —les dijo a la pareja, haciendo que por primera vez me doliera escuchar la palabra “amiga”. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué me sentía así? En lugar de estar feliz porque tenía un amigo con el que contar, de pronto, al ver a esa mujer y la reacción de Izan, sentí otras emociones que hasta el momento nunca había

sentido: rabia, ira, enfado... Al día siguiente tendría que hablarlo con Laura, para que con su voz de la experiencia, me explicara qué me estaba pasando.

—¿Cómo te va, nano? —preguntó Jacobo.

—De maravilla, no me puedo quejar —contestó él, por compromiso, pues estaba claro que no le era grata la presencia de aquella pareja.

—Nosotros estamos muy emocionados con el embarazo de Mar, pero imagino que eso ya lo sabes por los whatsapps, si es que lees alguno —Esto último lo dijo con retintín, y empecé a notar el ambiente cada vez más tenso entre ellos.

—A veces. Estoy demasiado ocupado como para estar leyendo los miles de mensajes que mandáis cada día. Hay gente que trabaja, ¿sabes?

—Todos trabajamos Izan —Fue la primera vez que escuché la voz de la mujer —, pero hay que intentar sacar tiempo para los amigos.

—Y lo hago, con los que son amigos de verdad —¡Toma puñalada! Quise irme de allí, y a punto estuve de hacerlo. A mí no me incumbían los problemas que tuviesen entre ellos, pero pensé que si quería saberlo todo de Izan y ser su amiga para poder ayudarle con consejos o acciones, debía quedarme.

Recordaba los whatsapps de los primeros días y sabía que ellos eran Mar, su compañera de universidad, con quien había estado comprometido; y Jacobo, a quien consideraba su mejor amigo hasta que le quitó la novia.

—Izan, ¿hasta cuándo piensas seguir en este plan? Eras muy amigos —Mar intentó coger del brazo a Izan pero este rehusó su agarre antes de que llegara siquiera a tocarle.

—No lo sé, Mar. Por cierto, enhorabuena. Sé que debí llamarte pero ya sabes, voy muy liado entre el trabajo y Amanda.

—¿Cómo está Amanda? —preguntó Mar. Ahora Jacobo se había quedado de espectador, como yo, tras el golpe duro que Izan le acababa de dar.

—Muy bien, gracias por preguntar —contestó Izan, muy seco.

Me preguntaba qué habría visto Mar en ese hombre que no tuviera Izan. Mi amigo era mucho más guapo, y hasta el momento me parecía una persona agradable, con quien se podía hablar, con mucha empatía y muy protector.

—Izan, me gustaría que quedáramos algún día para tomarnos una cerveza

—sugirió Jacobo—. Como dice Mar, tenemos que solucionar nuestros problemas, esto no puede seguir así.

—Yo no tengo ningún problema, no tengo nada que solucionar.

—Sí que lo tienes, de no ser así nuestra amistad no estaría afectada. Sabes que no pudimos hacer nada contra lo que sentíamos. Has de entenderlo de una

vez —declaró Jacobo, mientras Mar miraba a Izan todavía con tristeza.

—Además —dijo Mar—, tú ya no sientes nada por mí. ¿Por qué no puede volver a ser todo como antes entre vosotros?

—¿Tú qué coño sabrás lo que yo siento o dejo de sentir? —habló Izan, con cólera en los ojos. En ese momento sí me sentí fuera de lugar.

—Yo —empecé a decir—, voy al baño un momento.

Izan me miró preocupado, me dio la sensación de que se había dado cuenta de que su comentario no había estado acertado, pero me dijo un simple «Vale»

y yo me fui de allí, con ganas de llorar y sin entender por qué.

Conseguí que las chicas no se dieran cuenta de que me ausentaba y me dirigí al baño, y no porque tuviera ganas de hacer nada, sino porque necesitaba estar sola. Esa noche estaba viviendo demasiadas emociones juntas y no sabía por dónde tomar todo lo que estaba sintiendo.

14.HÁBLAME DE TI.

Ver a Mar y a Jacobo en aquella discoteca era lo último que me esperaba.

Estaba hablando con ellos, contra mi voluntad, y no me quitaba de la cabeza

las cuatro cosas bien dichas que pensaba decirle a Dani en cuanto tuviera ocasión.

Pero el tío estaba desaparecido, imaginaba con quién, y hasta que volviera tendría que aguantar la ira que estaba luchando por no salir a flote. Por eso, cuando Mar aseguró que no sentía nada por ella, no es que en ese momento le reprochara que ella no sabía lo que yo sentía porque siguiera enamorado, sino que me dio tanta rabia que dieran las cosas por hecho, cuando jamás me habían preguntado cómo me sentó que empezaran a salir juntos, cómo me sentí cuando Mar me dejó por mi amigo; que exploté de aquella manera.

Mar, simplemente llegó un día y me dijo que quería dejar nuestra relación porque se había enamorado de mi amigo. Lo soltó en mitad de un café que nos estábamos tomando en la Plaza de la Virgen, un domingo de fallas que habíamos salido para ver juntos la *Mascletá* y comer por ahí, y esperó al último momento para cortar conmigo y largarse sin dejarme decir nada al respecto. A los pocos días me enteré de que estaba saliendo con Jacobo y me cabreeé con él porque no hubiera tenido la delicadeza, si no de preguntarme qué me parecía que saliera con ella, por lo menos de decirme que lo iba a hacer; así no habría tenido que sentir la vergüenza cuando me enteré por los demás colegas y se dieron cuenta de que yo no lo sabía. Mar, la mujer con la que estaba haciendo unos planes de boda premeditados, pues ella es colombiana y había venido a España para estudiar, y en cuanto acabara la carrera tenía dos opciones: o volverse a su país, o buscar trabajo aquí, cosa que no conseguiría mientras tuviera un NIE de estudiante. Contrayendo matrimonio, su documentación pasaría a ser “casada con un español” y ya podrían contratarla en cualquier empresa. Más tarde, pediría la nacionalidad para poder opositar.

Porque lo que teníamos claro, es que estábamos enamorados y que no pensaba volver a su país a no ser que fuera para visitar a la familia. Pero lo que yo no sabía es que al final sería otro quien acabara casándose con ella.

Había estado muy enamorado, pero en ese momento sabía que no era así, y al ver cómo Lali se fue, me sentí culpable de lo que pudiera haber pensado.

Aun así, no pude ir tras ella porque Mar seguía hablando y aunque hubiera preferido seguir a mi amiga, quería dejar esa conversación zanjada.

—Izan, han pasado muchos años.

—Los años no lo curan todo ¿sabes? Me jodisteis la vida. He intentado ser amable con vosotros, fui a la despedida de soltero y a vuestra boda por los buenos años de amistad que habíamos pasado. ¿Qué más queréis de mí?

—Yo quiero poder volver a contar con mi hermano —dijo Jacobo.

—No, Jacobo. Tú dejaste de ser mi hermano el día que empezaste a salir con esta mujer. Y ahora, tengo que dejaros. Cuidaros —A punto estuve de decirles que me alegraba de verles pero hubiera sido un cumplido incierto y no me gustaba mentir. Fui al baño de señoras en busca de Lali y como no la vi en la cola que sobresalía por la puerta pensé que estaría dentro, así que me apoyé sobre el pilar que había frente al wáter, y empecé a pensar en qué decirle a mi amiga para explicarle lo que había escuchado.

Esperé un buen rato pero como no salía del baño, empecé a impacientarme.

Me acerqué a una chica que salió, y cuando me vio se le abrieron mucho los ojos, sonriendo con una boca exageradamente grande y abierta.

—Hola, disculpa —empecé a decir.

—Disculpado guapetón. ¿Cómo te llamas? —Vaya, al parecer la joven se había pensado lo que no era.

—¿Has visto a una chica morena, de rasgos indios, vestida con una camiseta dorada? —pregunté, porque era lo que necesitaba saber y no quería que la chica se hiciera falsas ilusiones conmigo.

—Yo soy Yaiza, ¿y tú, bombón? —la mujer no se daba por aludida, y me estaba poniendo de los nervios.

—Me llamo Izan. Oye, ¿has visto a una chica así o no?

—¿Así cómo? Cuando te miro a los ojos no consigo escucharte. ¿Te han dicho alguna vez que son preciosos? —La joven, había bebido tanto que no era capaz de centrarse en lo que le decía, así que la dejé donde estaba y me acerqué a la puerta, con la idea de asaltar a la siguiente mujer que saliera de allí.

Nadie la había visto, así que volví con las chicas, con la esperanza de que nos hubiésemos cruzado por el camino y ella llevara allí todo el tiempo, pero tampoco estaba.

Empecé a recorrer toda la discoteca, metiéndome entre la gente y preguntándome dónde se habría metido. Cada vez estaba más nervioso, Lali no podía haber salido de allí, era demasiado miedosa como para salir a la calle sola. Entonces, ¿dónde estaba?

La busqué por los reservados, aunque me parecía improbable que estuviese en uno de ellos porque no podía haber conocido a alguien en tan poco tiempo,

pero sobre todo porque ella sería incapaz de ir a liarse con un hombre allí o en cualquier otro sitio. Si apenas había conseguido que accediera a tomar algo conmigo un par de veces, no iba a hacer algo tan fuera de su educación. A quienes encontré enrollándose fueron a Dani y a Anahí. En un principio pensé en dejarles en paz, pero todavía estaba enojado por el reciente encuentro y no pude evitar irme cara a Dani, darle unos toques con un dedo en la espalda a Anahí, que estaba sentada encima de él, para que dejara de comerse su boca, y cuando mi amigo me miró, fue cuando le grité:

—¿Avisaste a Jacobo de que vendríamos aquí para tenderme una emboscada?

—Izan, no te enfades. Me preocupa que estéis enfadados. Ya ha pasado mucho tiempo —Anahí bajó al suelo y se quedó detrás de mí, para que hablara con su ligue sin molestar. Dani se levantó del sofá para poder estar a mi altura.

—Todos decís lo mismo joder, pero quiero que me dejéis en paz. Si no soy capaz de perdonarles, no lo haré, pase el tiempo que pase. Estoy harto de que intercedáis en mi vida, no tenías derecho, Dani.

—Solo lo he hecho por bien, nano. Entiéndeme.

—No, entiéndeme tú a mí. ¡Por tu culpa he perdido a Lali y no sé dónde cojones se ha metido!

—¿Qué dices? ¿Cómo que la has perdido? —intercedió Anahí, que me había

escuchado, pues no trataba de disimular lo cabreado que estaba.

—Me ha dicho que iba al baño y ni está allí, ni la encuentro por ningún sitio. Me estoy volviendo loco buscándola.

—Vamos, voy a avisar a las chicas y entre todos la encontraremos. No te preocupes –trató de tranquilizarme Anahí.

—Respecto a ti, ya hablaremos más tarde –Apunté con el dedo a Dani. Él afirmó con la cabeza y los tres salimos del reservado, en busca de Lali.

Diez minutos después, que me parecieron tres horas, la encontré tumbada en uno de los reservados. Me acerqué hasta ella corriendo, pues me preocupaba su estado, pero pronto comprobé que se había quedado dormida.

La desperté con cuidado y cuando me miró, comprobé que sus ojos estaban vidriosos e hinchados.

—Vamos, preciosa, te llevaré a casa.

No dijo nada, todavía estaba aturdida. Me colgué su bolso en un hombro, la cogí en brazos y salí con ella de allí. Me dirigí a la salida, esperando encontrarme por el camino a alguna de las chicas o a mi amigo para explicarles que la iba a llevar a su casa, pero no vi más que a Jacobo y a Mar

tomando algo en una barra, y como no me vieron, pasé de ellos y salí de la discoteca.

Metí a Lali en mi coche y le puse el cinturón. Después cogí un cojín de los que tenía en los asientos traseros y lo coloqué en la ventana, para apoyar su cabeza sobre él. Una vez sentado en mi sitio, saqué el móvil de mi bolsillo y les mandé el mismo mensaje a Dani y a Esther:

«He encontrado a Lali. La llevo a su casa»

No esperé a que contestaran. Arranqué el coche y circulé en dirección a la casa de Lali. Cuando llegamos, tuve que despertarla para que me dijera el número de su puerta, pero estaba profundamente dormida y no había forma de conseguirlo. Miré el móvil para ver si tenía algún mensaje que no hubiese

escuchado y vi que tenía uno de Dani en el que me contestaba con un «Ok», y otro de mi hermana en el que me preguntaba si Lali estaba bien.

«Profundamente dormida. Estoy en su patio y no consigo despertarla para que me diga el número de su puerta. ¿Por casualidad sigues con Anahí?», le escribí a Esther.

«Sí, espera»

«Hola guapo, qué pasa?», me preguntaba Anahí desde su móvil.

«¿Sabes en qué puerta vive Lali?»

Tardó unos segundos en contestar, durante los cuales me dediqué a observar a Lali mientras dormía. Estaba preciosa. Se la veía relajada, tranquila, tan en paz que me dio envidia y al mismo tiempo sentí un deseo irrefrenable de meterme en la cama con ella. No penséis mal, sería solo para dormir, pero en ese momento estar en la misma cama que ella me haría olvidar la llamada de la abogada Sara López y el encuentro con las personas que más quería hace cinco años, y que hoy en día prefería lejos de mi vida.

«Creo que es la 7, pero no estoy segura. Sé que he subido al cuarto piso, y que solo hay dos puertas por rellano, pero tengo memoria de pez y ahora no recuerdo si era la 7 o la 8», escribió Anahí.

Vaya qué bien. Me tocaba probar en las dos puertas y rezar para que no me oyeran los habitantes de la casa en la que no vivía Lali. Y todo eso con ella en brazos, porque tal y como estaba, era imposible que fuera por su propio pie.

Busqué las llaves de su casa en su bolso. No me gustaba hacerlo, pero no había otro remedio. Una vez las encontré, la cogí en brazos, cerré el coche, y empecé a probar con las llaves que estaba seguro de que no eran la de la puerta de su casa. Cuando por fin conseguí abrir el patio y entramos, me di cuenta de que la finca no tenía ascensor. «¿Cómo puede vivir aquí con una niña tan

pequeña? Es imposible que ella sola pueda subir con el carro y su hija todos los días», pensé. En el cuarto piso, decidí probar suerte primero con la puerta

siete, que era la que más le sonaba a Anahí, y cuando la puerta se abrió respiré hondo, aliviado.

Empecé a buscar en su diminuto piso dónde estaba su habitación, y una vez allí, destapé la cama como pude y dejé caer a mi dulce hindú sobre su lecho. Le quité los zapatos y la tapé. Se removió y me pareció escuchar un gemido de placer. ¿Con qué estaría soñando? ¿O tal vez debía preguntarme con quién?

Me senté en el borde de la cama y la miré durante un rato. Era muy bonita, y cada segundo que pasaba tenía más ganas de saber de ella. Como sabía que no podía quedarme allí toda la noche, busqué por el piso donde pudiera encontrar un papel y un bolígrafo para dejarle una nota. El piso solo tenía dos habitaciones, la suya y la de su hija. La cocina era diminuta y solo tenía un cuarto de baño en el pasillo. Entré en el comedor en busca de mi objetivo y vi que tan solo tenía un sofá de dos plazas de color rojo, una televisión que no tendría ni veinte pulgadas colocada sobre un pequeño mueble de madera blanco, y una mesa cuadrada con cuatro sillas. Hacía tiempo que no veía una vivienda tan austera. Por fin, encontré en la cocina una especie de libreta para la lista de la compra con un bolígrafo pegado a la nevera. Lo despegue y escribí: «Soy Izan, te he traído yo a casa. He dejado las llaves sobre la mesa del comedor. Besos»

Antes de irme, no pude evitar volver a pasar por su habitación. Dormía tan plácidamente que sin pensarlo, me acerqué hasta ella y besé su frente, me senté a su lado de nuevo y volví a observar cómo respiraba profundamente, y sin darme cuenta, dejé caer el cuerpo a su lado.

De pronto sentí todo mi cuerpo moverse de manera brusca y sin que yo hiciese nada. Lali me estaba zarandeando para que despertara. Cuando abrí los ojos, el sol entraba por la ventana y mi amiga me miraba entre enfadada y asustada.

—¿Se puede saber qué haces en mi casa? —gritó.

—Te traje anoche. Te quedaste dormida en la discoteca y no conseguí despertarte.

—¿Y tenías que acostarte conmigo? ¿No habremos...?

—¡¡No!! ¿Por quién me tomas? ¡Yo nunca te haría algo así, y menos estando dormida!

—Nunca digas nunca, ¿recuerdas?

—Lali, te dejé una nota en la cocina. Puedes ir a comprobarlo.

—La he visto, pero no entiendo qué haces en mi cama.

—Por favor, créeme, ¿cómo puedes pensar eso de mí?

—En mí país los hombres hacen lo que quieren con las mujeres, ¿cómo no lo voy a pensar?

—Porque yo no soy así, ni estás en la India. Aquí lo normal es que los hombres respetemos a las mujeres.

—Ya, eso díselo a Anahí, que casi todos los fines de semana acaba en la cama con un hombre. ¡Ay, por todos los dioses, que yo acabo de hacer lo mismo! – sollozó.

—Lali, para empezar, lo que Anahí hace con su cuerpo es porque quiere, nadie le obliga a hacer nada. Y en segundo lugar, nosotros solo hemos dormido juntos. Joder, vine a verte por última vez, me senté y caí rendido. No me di ni cuenta. Te juro que la intención era irme a mi casa –insistí.

—Está bien, te creo. Pero vete, por favor.

—Ya que estoy, podría llevarte a recoger a tu hija. Porque supongo que es lo primero que pensabas hacer hoy, ¿no?

—Sí, pero no. Será mejor que te vayas.

—Lali, ¿somos amigos o no?

—Sí.

—Entonces, déjame llevarte a por tu hija.

—Está bien, si tanto insistes...

—Insisto y además, no pensaba aceptar un no por respuesta, iba a quedarme aquí hasta que accedieras.

Vi cómo ponía los ojos en blanco y salía de la habitación. Me incorporé, me retoqué la ropa que había quedado arrugada por dormir con ella, y comprobé que no llevaba el pelo demasiado despeinado.

—Si necesitas algo... —dijo Lali, que acababa de entrar de nuevo en la habitación.

—No te preocupes, te dejo que te vistas. Esperaré en el comedor.

—Vale. Si quieres, en la cocina hay algo de comer.

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no me acompañas a por Amanda después de que recojas a Carmen y vamos a desayunar juntos?

Esperaba que me contestara un no rotundo. En lugar de eso, se quedó pensativa durante unos segundos, y dijo:

—Está bien.

Me sorprendió de tal manera que en cuestión de un segundo, la agarré de la cintura y la elevé en el aire, dándole vueltas mientras le decía lo feliz que me hacía.

—Para, para. Me vas a marear —se quejó.

La dejé en el suelo y la insté a que se cambiase de ropa, pues como no había querido desnudarla la noche anterior, todavía llevaba los vaqueros y la camiseta dorada, y antes de que me alentara a que saliera de la habitación, hice mutis por el foro y caminé hasta el comedor, donde la esperé sentado en el sofá. Cogí el móvil y miré si tenía mensajes. Tenía uno de mi hermana en el que me preguntaba cómo había acabado la noche con Lali. Le contesté que estaba bien, que había pasado la noche “sin querer” con ella, y que ahora la iba a llevar a por su hija. También la avisé de que después de eso pasaríamos

a por Amanda, para que la tuviera lista cuando llegara.

«Amanda quiere quedarse a comer con los primos»

«Dile que hoy no puede ser, que vamos a ir al parque con Lali y con Carmen», le escribí.

«Vaya, por lo que veo la cosa marcha bien» escribió, seguido de un emoticono en el que me guiñaba un ojo y me sacaba la lengua.

«Sigues pensando lo que no es, pero sí, la cosa va bien»

Lali apareció diez minutos más tarde, con la cara lavada sin maquillaje, una camisa recta azul eléctrico, con dibujos típicos de su tierra en colores rosa y lila de diferentes tonalidades en cuello, mangas y bajo, y pequeñas motas en tonos rosas por el cuerpo. Abajo llevaba unos leggins negros y unas bailarinas del mismo color. Se había recogido el pelo en una trenza que colgaba sobre su hombro derecho y me pareció que estaba realmente bella.

—¿Vamos? —preguntó.

—Vamos.

Me dijo la dirección de su hermano y la llevé hasta su casa. Me pidió que esperara en el coche y así lo hice. Saqué el móvil y me dediqué a mirar el Facebook, emails y Twitter. Unos minutos más tarde, escuché que alguien tocaba con los nudillos en la ventana del coche, y cuando me giré, vi a Lali con Carmen en brazos, acompañada de la mujer que había ido con ella a la consulta, quien sujetaba el carro de su bebé, y un hombre que se parecía mucho a ella, que supuse sería su hermano, llevando el carro que imaginé sería de su sobrina. Salí del coche y me di cuenta de que me observaban meticulosamente.

—Izan, este es mi hermano Bhadrak —Lo señaló—. Le he contado que vamos a ir a por tu hija y a tomar algo y quería conocerte. A mi cuñada ya la conoces.

Di dos besos a la mujer y estreché la mano de su hermano, un poco

nervioso por la situación. Entendí que necesitaría darme el visto bueno, y me

preocupó hacer algo que no le agradase e hiciera que Lali diera un paso atrás en la relación.

—Encantado —dije con voz firme.

—Igualmente. Gracias por conseguir que mi hermana empiece a ser persona —dijo Bhadrak, sorprendiéndome gratamente.

—No hay que darlas —No supe qué más decir. No sabía si le sentaría bien que le explicara que pretendía ser amigo de su hermana, por si eso le parecía poco, o si por el contrario, pensar que pretendía algo más sería lo que le hubiese molestado. Con ellos, tenía que andar con pies de plomo, y si ni yo mismo entendía lo que mi cuerpo y cabeza estaban empezando a sentir cuando estaba junto a Lali, mucho menos podría explicarlo sin meter la pata.

—Claro que sí —afirmó Laura—. Llevamos meses intentando que Lali empiece a relacionarse con la gente, y tú lo has conseguido. Así que, enhorabuena.

—Vaya, veo que es todo un honor —sonreí, mientras miraba a la joven que estaba empezando a ponerse colorada.

—Izan, por lo que me cuenta mi hermana, veo que eres un buen hombre, y solo te pido que no le hagas daño —declaró Bhadrak—. Ya tuve que enfrentarme a un hombre por ella y no me gustaría tener que volver a hacerlo.

Esto último me intimidó e hizo pensar, pero intenté quitarlo de mi mente y simplemente afirmé con la cabeza dándole a entender que conmigo estaba en buenas manos. Pero, ¿lo estaba? Por un momento me pregunté si no me estaría metiendo en camisa de once varas, pero como lo que me apetecía en ese momento era estar junto a ella, decidí que pasara lo que pasara, lo haría con mucho cuidado, siempre intentando no hacer daño a mi amiga.

—Solo queremos que sea feliz, que supere sus miedos y se abra al mundo

—explicó Laura—. Entiendo que para ti pueda resultar embarazoso que te digamos todo esto, incluso que hayamos bajado con ella, pero ten en cuenta que Lali no es como cualquier chica española.

—Lo sé. No os preocupéis por eso —admití.

Lali estaba de mera espectadora mientras hablábamos de ella, y como noté que cada vez estaba más incómoda con la situación, me despedí de la pareja diciendo que mi hermana me estaba esperando para que recogiera a mi hija.

Bhadrak plegó el carro de Carmen y yo abrí el maletero para que lo metiera. Me alegré al pensar que Amanda ya no llevaba carro; de lo contrario, no habríamos podido meterlos los dos. De pronto caí en que lo que no tenía

eran sillas en el coche para las dos niñas, ya habían ido en una ocasión así y me daba miedo tentar más a la suerte y que nos parara la policía.

—Oh, ohhh —canturreé.

—¿Qué pasa? —preguntó Lali, preocupada.

—Que no he caído en la cuenta de que me falta una silla y no sé si será buena idea lo de volver a colocar a Amanda sobre los cojines —Me sabía fatal decir eso, porque significaba la posibilidad de anular el desayuno, pero ¿qué podía hacer?

—Oh, no te preocupes —dijo Bhadrak—. La silla de Carmen la tengo en mi coche porque Lali no tiene vehículo. Si me acompañas al garaje, la puedes coger.

—Gracias.

Acompañé a Bhadrak hasta dentro de su finca, donde desde el ascensor accedí a su plaza. No hablamos pero no dejé de darme cuenta de que me observaba, seguramente preguntándose si sería buena compañía para su hermana. En su coche, sacó la silla, y cuando me la dio, fue cuando volvió a hablar.

—Izan, mi hermana ha sufrido mucho. No sé cuál es tu intención con ella, si solo quieres ser su amigo, como ella afirma, o si pretendes algo más; pero por favor, sea lo que sea, no hagas que sufra, ¿de acuerdo?

—No es mi intención. Mira, he de serte sincero. Quiero ser su amigo, pero

estoy empezando a sentir algo que no entraba en mis planes y no sé cómo afrontarlo. Sé que ella es especial y no sé cómo hacer para que no me tenga miedo. Sea lo que sea que pase entre nosotros, iré despacio, sin prisa, y haciéndole ver que puede contar conmigo para lo que necesite.

—Me alegra oír eso —Bhadrak me dio una palmada en la espalda y se encaminó hacia el ascensor.

Sus palabras se asentaron en mi cabeza como un eco que no dejaba de sonar. «Mi hermana ha sufrido mucho». ¿Qué le habría pasado, tan joven, como para que tuviera tanto miedo a los hombres? Cada vez tenía más ganas de averiguarlo, y tenía muy claro que ese sería mi primer objetivo con ella. De lo contrario, nunca sabría a qué aferrarme, y no podría convencerla de que yo nunca le haría daño.

Llegamos a casa de mi hermana y Lali se quedó en el coche mientras subía a por Amanda. Después de varias miraditas picaronas y algún que otro comentario de Esther acerca de la “relación” entre Lali y yo, bajé con mi hija, contándole que íbamos a ir al parque con unas amigas.

—Hola Lila —saludó mi pequeña, cuando entró al coche.

—Lali, cariño, se llama Lali —la corregí.

—Lalilalilalilalilaaaa —canturreó Amanda.

—Hola Amanda, ¿cómo estás? —preguntó Lali.

—Muy bien porque mi papi me ha dicho que vamos a ir a un parque muuuuy chulo. ¿*Camen* ya *puere* jugar en el parque?

—Ya sabe andar, pero no sé si fiarme.

—Fíate, yo la *cuiro*, que para eso soy mayor.

—Sí, fíate de Amanda —bromeé yo.

Llegamos a un parque que había cerca de mi casa, y cuando Amanda bajó del coche y vio dónde estábamos, como ya esperaba, protestó.

—Pero si este es el mismo de *siempeee*.

—Si no le llego a decir que íbamos a otro no la hubiera sacado de casa de mi hermana, te lo aseguro —le expliqué a Lali.

—Oh, pero podíamos haber ido a otro si quieres, yo no sé ni dónde estoy — admitió ella.

—No, luego sabrás por qué hemos venido a este.

—Jopeeeee —renegó mi hija, todavía decepcionada.

Mientras Lali sacaba a su hija del coche, pregunté a Amanda si no se lo pasaba bien allí siempre que iba. Cuando ella, a regañadientes, admitió que sí, me di por contento prometiéndome a mí mismo que la compensaría por la treta.

Lali metió a Carmen en su carro y mientras Amanda corría a tirarse por el tobogán, nos sentamos en una terraza desde donde se la podía controlar.

—¿No te da miedo perderla de vista? —preguntó Lali.

—Créeme, aunque no te lo parezca, no le quito ojo —Noté que ponía cara de alivio y sonreí.

Llegó la camarera y le pedimos dos desayunos, uno de café con leche y otro de té rojo con leche, ambos acompañados de tostadas con tomate. De pronto, Carmen empezó a llorar y su madre la sacó del carro y la acurrucó entre sus brazos para que se le pasara.

—Aaaam, aaaam —balbuceó la pequeña.

—Creo que tiene hambre —explicó, y acto seguido, sacó un pecho por encima de la camisa y su hija se le enganchó desesperada por tan rico manjar.

Me quedé de piedra, ensimismado y alucinando porque precisamente ella, que tenía tantos tabús, de repente hiciera eso, pero me pareció lo más bonito que había visto jamás—. ¿Te molesta? —me preguntó con tanta dulzura que por un

momento me pareció una ensoñación.

—No, qué va, para nada. Me parece maravilloso que con la edad de Carmen todavía sigas amamantándola. Ni te imaginas lo que tengo que luchar con algunas madres para que por lo menos le den a sus hijos el pecho durante los primeros meses de su vida.

—Yo este es el momento del día que más disfruto. Esta conexión con mi hija me colma tanto que a veces desearía que el tiempo se parara y Carmen se quedara así de pequeña toda la vida.

—Ya imagino, sobre todo porque crecen tan rápido, ¿verdad? Parece que fue ayer cuando nació Amanda y mira, por ahí va ella sola. Es increíble —dije, observando cómo se columpiaba mi hija. Había aprendido hacía muy poco, y para mí era un alivio poder sentarme a tomar algo mientras ella jugaba con las amigas que cada día hacía en el parque.

—Lo es. El tiempo debería pasar más despacio.

Unos minutos más tarde, Carmen quedó satisfecha, dormida sobre el pecho de su madre. Lali lo metió rápidamente dentro de su camisa, pero dejó a la pequeña, que tenía envuelta en una manta, sobre ella. No hacía demasiado frío, y el sol pegaba con fuerza; una mañana de primavera espléndida y con buena compañía, no podía pedirle más a la vida en ese momento.

—Si no hubiese huido de mi marido, él no habría permitido que Carmen naciese —confesó de pronto, dejándome horrorizado.

—¿Cómo dices? ¿Pero qué clase de marido tenías? —En cuanto hice esta última pregunta me arrepentí, pero me había enfurecido tanto esa confesión que no lo podía entender.

—Mi marido ansiaba un hijo varón. Empezó repudiándome porque a mis dieciséis años no engendraba, y por eso pedía dinero a mis padres para pagar mi dote. No era una buena mujer para él y debía cobrar por ello.

—¡Será hijo de puta! —escupí, apretando los dientes. Saqué el paquete de tabaco y encendí un cigarro.

—Cuando por fin conseguí quedarme embarazada, sus ataques siguieron, esta vez porque estaba convencido de que no llevaba en mi vientre un varón, y antes de que pudiera hacerle nada a mi bebé, decidí venirme con Bhadrak.

—Uff, lo siento muchísimo Lali. No tenía ni idea —susurré, sin que la saliva llegase a mi garganta.

—Es normal, Izan. No sé por qué, desde anoche tenía la necesidad de contártelo. Supongo que si hemos de ser amigos, es mejor que lo sepamos todo el uno del otro. Háblame de ti. ¿Quién es la madre de Amanda?

Respiré hondo, la miré con dulzura, y pensé que era hora de contar algo que solo mi familia y amigos más allegados sabían. Le di una calada al cigarro, expulsé el humo, y empecé a hablar:

—La noche de la despedida de soltero de Jacobo yo estaba destrozado.

Como no quería asumir lo mucho que me dolía que se fuera a casar con la que había sido el amor de mi vida, decidí refugiarme en el alcohol. Sheila apareció de entre un grupo de amigas que se pusieron a bailar con nosotros y me sedujo. Iba vestida como cualquier chica que sale una noche de fiesta, muy maquillada, y su forma de hablar y de comportarse me pareció, o los efectos del alcohol hicieron que me pareciese, de una mujer adulta. El caso es que me sedujo, me llevó al baño y me la tiré allí mismo, sin miramientos ni nada más en la cabeza que no fuera descargar la furia que sentía en ella —Noté cómo Lali me miraba horrorizada y me pregunté si debía seguir. Ya había empezado, así que lo mejor sería que continuase—. No me acuerdo de nada de lo que hablé con ella esa noche, pero al parecer le conté que era ginecólogo y dónde estaba la clínica. El caso es que dos meses después me llegó una orden judicial en la que se me acusaba de violación a una menor.

Dejé de hablar y observé el rostro asustado de Lali. De pronto, el miedo a que ella creyese algo que no era me invadió, dejándome la garganta seca. Di un sorbo a mi café con leche y continué:

—Lali, yo no violé a esa chica, y el jurado así lo vio. Como Sheila era menor, les contó a sus padres que yo la había violado para que no le recriminaran que se hubiese acostado con un desconocido y además, sin usar protección. Yo sé

que tuve parte de culpa en eso, pero como te decía, estaba demasiado borracho como para darme cuenta de lo que hacía.

—Entonces, si no sabías lo que hacías, pudiste haberla violado —Me quedé helado cuando escuché esas palabras de la boca de Lali.

—Preciosa, te aseguro que yo jamás en la vida haría algo así, por muy borracho que estuviera. Además, por suerte un amigo mío y una de sus amigas que también fueron a enrollarse nos vieron y declararon a mi favor. No había pruebas y aunque me podía haber caído una buena porque ella era menor, mis amigos testificaron que las chicas nos habían dicho que tenían veinte años.

¡Uno no va por ahí pidiendo el carnet a mujeres que parecen adultas! —Volví a darle otro sorbo a mi café dándole por terminado, y decidí que en cuanto viera a la camarera le pediría una cerveza: la conversación me estaba dejando seco

—. Luego ella quiso abortar... —Respiré hondo y apagué el cigarro—. Me hice la prueba de paternidad para demostrar que el bebé era mío y conseguí que el juez la obligara a tener a su hija y dármele a mí.

—No puedo creer que una mujer sea capaz de abandonar a su bebé. Bueno, no la abandonó... Ya me entiendes.

—Te entiendo Lali, pero no todas las mujeres tienen tan asumido su rol maternal como tú. Ella no la quería y yo sí. Me cedió su custodia cuando nació y alguna vez intenté que la viera. No quería nada con esa mujer, había puesto mi credibilidad, mi honra y mi honor en duda; y casi pierdo mi trabajo por ello. Pero me daba pena que mi hija no conociese a su madre e intentaba que la viera. Ahora... —Vi pasar a la camarera y le pedí la cerveza. Le pregunté a Lali si quería tomar algo más y me dijo que no.

Tragué saliva y apreté los dientes al recordar lo que tocaba contar ahora, la parte de mi vida que no me dejaba tranquilo y que quería que terminara cuanto antes.

—¿Qué pasa, Izan? —preguntó, viendo que había callado.

—Ahora intenta conocer a su hija, dice que ha madurado y que tiene derecho a verla, y yo la quiero lo más lejos de mí y de Amanda como sea posible.

—¡Pero es su madre! —exclamó, haciendo que se sorprendiera la camarera que llegaba con la cerveza.

—¿Has escuchado algo de lo que te he contado? —pregunté algo más nervioso de lo que debería—. Perdona, Lali, es que estoy jodido. Me acusó de violación, quiso abortar a su hija, me la dio sin pensárselo dos veces. ¿En serio crees que tiene derecho a algo?

—Bueno, sé que hizo mal, pero no deja de ser su madre. Si la quiere de verdad...

—No la quiere, Lali. Lo que quiere es joderme la vida a mí.

Nos quedamos un rato mirando hacia donde estaba Amanda. Me encantaba verla tan independiente y pasárselo bien. Carmen refunfuñó dando muestras de que se había despertado y Lali la animó dándole mimos. La colocó en el carro y le sacó un peluche con botones de colores de debajo de la cesta. La niña empezó a gritar de alegría cuando lo cogió y empezó a apretar los colores, mostrando que además tenía sonidos y luces muy llamativas.

—Izan, en cuanto a lo de anoche...

—Siento lo que dije, te aseguro que no siento nada por Mar. Hace años que superé eso —expliqué.

—Me refería al beso, Izan.

15.PRIMER SÁBADO JUNTOS.

—Vente —dijo Izan, justo cuando esperaba una explicación a algo que me había dejado tan desconcertada.

—¿Cómo? ¿A dónde?

Estaba en una nube. Cuando esa mañana vi a Izan junto a mí, mi primera reacción fue sentirme protegida, feliz; pero eso duró poco. La sola idea de que

me hubiese hecho el amor mientras dormía me asfixiaba y hasta que no se despertara no me quitaría esa duda de la cabeza. Solo recordaba haberme sentido eufórica cuando Izan me besó, y pasar de ese estado a una tristeza tan profunda, hizo que empezara a vagar por la discoteca hasta que encontré un sitio en el que me pude desahogar y soltar todo lo que llevaba dentro. Mi cabeza estaba llena de dudas. Por un lado, no podía olvidar lo mal que lo había pasado con Rajiv, y aunque tenía a mi hermano como ejemplo de que todos los hombres no eran iguales, no podía evitar sentir miedo. Por otro lado, cuando estaba con Izan era como si me convirtiese en otra persona, como si mi pasado no hubiese existido y lo que estaba viviendo aquí fuera una nueva vida. Y ese beso... No me lo quitaba de la cabeza y me torturaba pensando que Izan pudiese seguir enamorado de su primer amor.

Lo próximo fue despertarme en mi piso con Izan a mi lado. Me levanté de la cama de un salto como si mi amigo quemara, sintiéndome culpable de que un hombre estuviera en mi lecho. Recorrí mi pequeño piso en busca de pruebas que me hicieran entender qué había pasado la noche anterior para que Izan estuviese allí. Sabía que no había bebido así que no podía ser que hubiera acabado borracha y que por eso no recordara nada. En la cocina vi la nota que Izan me había dejado y me pregunté por qué si pensaba irse, todavía seguía allí.

Solo había una forma de averiguarlo y era preguntárselo directamente a él. Volví a mi habitación y empecé a moverlo bruscamente para que se despertara. Tras dudar sobre si habíamos llegado a hacer algo y creer su palabra cuando me dijo que no, me sentí más tranquila, pero aun así, había un hombre en mi cama que no era mi marido y eso no lo podía consentir.

Entonces, ¿por qué si estaba tan enfadada con él accedí a pasar la mañana juntos? Pues porque en realidad no quería separarme de Izan; quería hablar con él, que me contara su vida, hablarle yo de la mía... Es decir, empezar la

relación de amistad que él me llevaba pidiendo desde hacía semanas y que yo no me había atrevido a empezar porque en mi cabeza no entraba ir por ahí sola con un hombre. Pero estaba en España, y ya era hora de empezar a comportarme acorde al lugar en el que había decidido pasar el resto de mi vida, y no solo porque empezara a darme cuenta de que a veces la gente me miraba como si fuera un bicho raro cuando me escandalizaba de ciertas cosas

que aquí eran normales, sino porque me apetecía. Ya había estado bastante tiempo encerrada en casa y era hora de empezar una nueva vida, junto a Izan, junto a mi familia, y junto a mis compañeras de trabajo, que tanto habían insistido en que me abriera a ellas.

Le hablé a mi amigo del infierno que había tenido que pasar junto a mi marido y él me contó el suyo y francamente, de todo lo imaginable, lo que le había pasado a él era lo último que podía haber pensado. Una mujer que no quisiera a su hija no entraba dentro de mis creencias, y mucho menos que alguien, que no había sido violada, lo fingiera para que sus padres no le echaran una buena reprimenda por haber hecho lo que no debía. ¿Cómo se le ocurrió a esa mujer seducir a un hombre, acostarse con él sin estar casada, y encima negarlo? No lo podía entender, pero aunque en un principio, y por costumbre, dudé de la palabra de Izan, sus ojos me dijeron que no mentía y sentí lástima por él, porque había sido juzgado por un hecho atroz que no había cometido y por si fuera poco, había estado a punto de perder a su hija solo porque una mala mujer no quería tenerla. Me alegraba que al final todo hubiera salido bien, pero al mismo tiempo no compartía la opinión de Izan de que la madre de su hija no tuviera derecho a tenerla. Tal vez la joven no había sido lo suficientemente madura como para saber lo que hacía cuando se quedó embarazada y ahora quisiera recuperar el tiempo perdido. Aun así, preferí no seguir con ese tema, y saqué en conversación otra cuestión que me inquietaba: el beso.

—Amanda, vente que nos vamos ya –gritó Izan a su hija para que viniera con nosotros.

—Jo papi, he *estaro* muy poco rato –protestó la niña, una vez llegó hasta donde estábamos, acalorada.

—Tú nunca tienes bastante –espetó mi amigo.

—¿A *dónre* vamos? –preguntó Amanda.

—A casa.

—¿A casa? ¿Qué casa? –Ahora era yo la que no estaba de acuerdo en marcharme de allí. ¿Qué era lo que pretendía?

—A la mía. Te voy a hacer de comer mi famosa lasaña con verduras —
contestó Izan, dando por hecho que yo haría lo que él propusiese.

—Un momento. Me has pedido salir a desayunar y ya lo hemos hecho.

Nadie ha hablado de ir a comer a tu casa.

—Bueno, pues lo hablamos ahora. ¿Te apetece probar mi famosa, exquisita y maravillosa lasaña con verduras? —preguntó, mirándome con tal sonrisa que estuve a punto de derretirme allí mismo.

—Izan, tengo cosas que hacer en casa —alegué.

—No he visto en tu diminuto piso nada que tengas que hacer que no pueda esperar a mañana —insinuó.

En realidad, cuando subí a por Carmen, quedé con Laura en que esa tarde se pasarían por casa y les contaría cómo había ido la noche. Ella estaba ansiosa porque se lo contase todo y yo me moría de ganas de contarle lo del beso, algo de lo cual Izan había evitado hablar.

—Vamos Lali, concédenos a mi hija y a mí poder pasar este día con vosotras — insistió.

De nuevo mi cuerpo me pidió seguir con él, y olvidé lo que mi cabeza me estaba advirtiendo: que cuanto más tiempo pasara con ese hombre, más necesitaría, pues cada vez me sentía más a gusto y me estaba empezando a crear dependencia.

—Está bien, supongo que podré limpiar la casa mañana.

—¡Esa es mi chica! —exclamó, alegremente.

—Papi, ¿tú chica no soy yo? —La niña lo miró y puso morritos mientras esperaba a que su padre le contestase.

—Tú eres mi princesita y eso nadie lo va a cambiar. ¿No te gusta que Lali y Carmen sean nuestras amigas? —De nuevo la palabra “amiga” me sonó a poco,

aunque un hormigueo recorrió mis tripas haciéndome sentir más viva que nunca.

—Síiii, me gusta que tengas amigas papi —contestó Amanda.

—Esperadme aquí —dijo Izan, mientras se dirigía al interior de la cafetería para pagar la cuenta.

Durante unos segundos pude observar a Amanda. No sabía cómo era su madre, pero desde luego la niña había sacado todos los rasgos del padre.

Rubia, ojos azules, el pequeño hoyuelo en las mejillas cuando sonreía que lo hacía tan sexy... Era una niña preciosa y sentí lástima de que su propia madre hubiera pretendido no tenerla. Igual Izan tenía razón y esa mujer no se mereciese una niña así, pero saber que Amanda se estaba criando sin ella me

daba muchísima pena. Pero, ¿acaso no estaba haciendo yo lo mismo? Le había negado a mi hija criarse con su padre. Por un instante me pregunté si al final, cuando Rajiv hubiese visto a su hija, no se hubiera encariñado tanto con ella que hubiera olvidado que quería un varón.

No, tenía muy claro que mi marido me hubiese hecho abortar en cuanto hubiese sabido que esperaba una niña, y lo que más quería en el mundo no estaría en mi vida.

Izan salió de la cafetería y empezamos a caminar. Ahora entendía por qué habíamos ido a ese parque, Izan pensaba llevarme a comer a su piso desde el principio. Sentí regocijo y una sensación placentera que me hizo sonreír. Me gustaba que mi amigo quisiera estar conmigo. Al fin y al cabo, ¿qué le podía aportar yo a su vida? Seguramente tendría amigos, e incluso alguna otra amiga con la que pasar el día. Pero ese sábado me había elegido a mí, y eso me congratulaba.

En cuestión de cinco minutos llegamos a su casa. La finca se veía bastante nueva y por los grandes balcones que tenía, pensé que los pisos serían espaciosos. Y no me equivocaba. Se trataba de una urbanización con parque infantil y piscina en su interior, y solo la entrada a la finca ya era más grande que todo mi piso. Subimos en el ascensor hasta la novena planta y salimos a un

rellano también muy espacioso, con un gran ventanal que permitía la entrada del sol y proporcionaba una luz natural muy agradable.

Izan abrió la puerta y Amanda corrió hacia su habitación. Entré con el carro de Carmen y me quedé maravillada al ver el recibidor. La pared que enfrentaba con la puerta de la calle estaba forrada con un espejo. No había nada más, pero solo eso conseguía crear un efecto de doble espacio que me dejó alucinada. Imaginé lo que debió pensar al ver mi casa, ¡aquello era enorme!

—Deja el carro aquí si quieres —sugirió Izan—. Porque imagino que no tendrás a Carmen ahí metida todo el rato ¿verdad?

—No, claro —reaccioné al escuchar sus palabras.

Saqué a Carmen del carro y la sostuve en mis brazos porque me daba miedo que empezara a corretear por la vivienda y rompiera algo.

Seguí a Izan hasta la primera puerta, prácticamente toda de cristal de color verde, que hacía contraste con el minúsculo marco blanco de madera. El comedor era de estilo minimalista, todo blanco excepto el enorme sofá verde oscuro que rodeaba la zona destinada al salón, y el panel japonés de seis bandas, dos de cada color: blanca, verde pistacho y verde botella, que tapaban

las puertas de acceso al enorme balcón.

—Deja a Carmen en el suelo, le diré a Amanda que le traiga algo para que se entreteng...— Pero no había terminado de hablar cuando la mencionada apareció con tantas muñecas que no le cabían en los brazos.

—Papi, ¿*puero* jugar con Carmen en el *comeror*?

—Claro cariño pero, ¿no prefieres enseñarle tu habitación?

—Sí, mejor en la habitación —opiné—. No quiero que te coja algo y lo rompa
—Aunque no es que tuviera demasiadas cosas a las que poder acceder.

Aun así, la televisión estaba en un mueble demasiado cercano al suelo y temí que se quisiera subir en él y acabara la tele en tierra.

—No te preocupes por eso, sé lo que es tener una niña de poco más de un año. Recuerda que te llevo ventaja –bromeó.

Sonreí y seguí maravillándome ante el piso que tenía delante de mí.

Amanda cogió a Carmen de la mano y se la llevó a su habitación. Me gustó ver cómo a una niña tan pequeña no le importaba jugar con una que todavía era un bebé. Seguramente Amanda la vería como un juguete más con el que jugar, y si mi hija se lo pasaba bien, con eso me daba por contenta.

—Izan, tu casa es preciosa –dije admirada.

—Gracias, y eso que no has visto lo mejor. Ven –Me cogió de la mano y noté una descarga eléctrica que me llegó desde la punta de los dedos de la que me tenía agarrada, hasta el extremo de la otra.

Entramos en la cocina y me quedé con la boca abierta. Era casi tan grande como el comedor, con la armariada en negro, una isleta en el centro y una mesa de cristal transparente con cuatro sillas de metacrilato del mismo color en el lado derecho. El suelo era gris perla, del mismo tono que el mármol; y del techo colgaban dos grandes lámparas plateadas encima de la mesa, y otra sobre la isleta. Era una cocina de ensueño, de las que te da pena ensuciar, pero al mismo tiempo acogedora pese a que predominaban los tonos gris y negro.

Un estor blanco con motas negras y grises tapaban la puerta por la que imaginé que se accedería a la galería.

—Ponte cómoda, yo mientras sacaré algo de picar –explicó, abriendo uno de los armarios.

Me senté en una silla y observé lo que hacía.

—No quiero ni pensar lo que habrás sentido al ver mi piso, solo esta cocina ya es casi tan grande como toda mi casa –declaré.

—La verdad –Izan se giró hacia mí y ver su cara fue como un choque de placer y terror a la vez. Cada segundo que pasaba con él me parecía más

interesante ese hombre, más guapo, más... ¿pero en qué pensaba? Debía dejar

de pensar en eso, ni siquiera había querido hablar del beso, cosa que me hacía imaginar que prefería olvidar el tema. Izan no estaba interesado en mí como mujer, solo quería ser mi amigo, y ese beso solo había significado eso: una muestra de cariño entre dos amigos. Mucho me decía a mí misma pero algo hacía que en el fondo sintiera todo lo contrario. Ese beso no fue como cualquier pico entre amigos que yo hubiese visto antes. Fue un beso dulce, delicado, lento, premeditado, pensado y analizado. No podía no haber significado nada, sobre todo porque recordaba que Izan me había dicho que había empezado a sentir algo, que no lo entendía pero que no lo podía evitar.

Igual que yo —. No sé cómo puedes vivir allí —Escucharle hablar, hizo que saliera de mi ensimismamiento y reaccionara.

—Hombre, no es tan grande ni tan nuevo y moderno como este, pero vivo bien. No me quejo.

—¿Cómo haces para subir con el carro y tu hija? —preguntó, dándome a entender que ya se lo había planteado antes.

—A pulso, mira —Hice músculo con el brazo derecho y lo mostré para hacerle ver lo fuerte que estaba.

—Lali, es una locura que vivas en un cuarto piso sin ascensor teniendo un bebé. ¿Cómo no acabas destrozada? Y más después de estar trabajando todo el día. No me quiero ni imaginar lo agotada que debes de acabar.

—En realidad el carro no lo subo. Llegué a un acuerdo con los vecinos. Yo limpio la escalera un día a la semana y a cambio me permiten dejar el carro de Carmen en el cuarto de la limpieza.

—¿No tienes miedo de que te lo roben?

—No, porque solo yo tengo la llave del cuarto.

—Me da pena que tengas que realizar trabajo gratuitamente solo porque te ves obligada a vivir allí.

—Nadie me obliga a nada. Encontré ese piso yo sola, me gustó y me siento

orgullosa de poder desenvolverme por mí misma.

—Te admiro Lali. Eres tan joven y responsable, que a veces creo que eres más madura que mujeres que conozco que son mucho más mayores que tú.

—Gracias. Necesitaba hacerlo. Izan, yo siempre he vivido a la expensa de alguien. Primero de mis padres, luego de mi marido, y después de mi hermano. Necesitaba convencerme a mí misma de que no necesitaba tener a un hombre a mi lado para salir adelante.

—¿No has pensado en rehacer tu vida? Conocer a un hombre,

enamorarte... Tienes toda una vida por delante, no querrás estar siempre sola,

¿no? —Izan puso unas papas en un plato y unas aceitunas en otro y las dejó sobre la mesa—. ¿Qué te apetece beber? —Se acercó a la nevera y la abrió—.

Tengo cerveza, Shandi, Coca-cola, refresco de piña y coco...

—Eso último está bien, gracias.

—¿Qué me dices? ¿Crees que volverás a enamorarte algún día? —preguntó mientras me servía el refresco en un vaso. Abrió un botellín de cerveza y me miró expectante.

—Creo que eso no se busca, o eso dicen. Nunca me he enamorado, no lo puedo saber, así que a tu respuesta, sea lo que sea para mí será la primera vez.

—Vaya, espero que algún día sepas lo que es estar enamorado de otra persona. Acabe bien o mal, el tiempo que pasas con la persona amada es maravilloso, algo que todo el mundo en algún momento de su vida ha de conocer.

—Estuviste muy enamorado de Mar, ¿verdad? —saqué el tema, porque necesitaba saber qué era lo que seguía sintiendo por ella, aunque en la cafetería me hubiese dicho que ya no sentía nada. La reacción que tuvo en la discoteca cuando la vio junto a su amigo me daba a entender que aún le quedaba algo por superar, algo que le dolía.

—Sí, lo estuve, pero de eso ya hace mucho. Luego pasó lo de Sheila y fue

como si el universo se hubiera aliado para joderme la vida, pero con el tiempo todo acaba pasando y se queda en el olvido.

—No me pareció que hubieses olvidado lo que te hicieron. Te vi incómodo con ellos. ¿Seguro que no sientes nada por ella? —insistí.

—Te lo aseguro. Mar forma parte de mi pasado, aunque no haya conseguido perdonar el daño que me hicieron. Supongo que si me hubiera enamorado de otra mujer la cosa hubiese sido diferente. Seguramente ese amor haría que olvidara todo el rencor que sentía hacia ellos. Pero no es el caso. Pasó lo de Sheila y me dije a mí mismo que jamás volvería a confiar en una mujer, que jamás volvería a sentir algo, y me centré en el trabajo para poder sobrellevar la soledad —Le miré con una mezcla de tristeza por lo que había tenido que pasar, y decepción al darme cuenta de que todo lo que se había metido en mi cabeza, haciéndome creer que Izan pudiera llegar a sentir algo por mí; debía sacarlo cuanto antes. Se ve que se dio cuenta porque a continuación dijo algo que me hizo temblar—. Hasta que te conocí a ti, Lali.

—¿Qué... qué qui... quieres decir? —balbuceé, con el corazón a mil por hora.

—Que has llegado a mi vida como el agua fresca en la cara por las mañanas — Me encantaba cuando bromeaba, y al ver mi ceño fruncido en señal de que necesitaba que se explicara mejor, se acercó a mí, se sentó en la silla que había a mi lado, e inclinando el cuerpo ligeramente, subió mi barbilla con una mano y habló—: ¿Qué ocurre cuando te levantas de la cama temprano y te echas agua fría en la cara? —Arrugué una ceja y fue él mismo quien se contestó

—. Que te despiertas, ¿verdad? Pues eso hiciste tú. Me despertaste.

—¿Cómo hice yo eso?

—Cuando pensaba que todas las mujeres eran iguales, llegaste tú y me diste una lección porque tú no eres como todas las demás —Cada vez que decía una palabra nueva, mi corazón se aceleraba más. ¿Me iba a dar un infarto o qué?

Ay, por Brahma, esa sensación yo no la había vivido jamás. Solo se me aceleraba el corazón cuando estaba en mi casa de Agra y llegaba Rajiv, pero por el miedo que le tenía. Sin embargo, la forma en la que estaba latiendo en

ese momento era muy diferente. Era placentera, pese a que me sintiera cada vez más atacada—. Lali, no he contestado a la pregunta que me has hecho en el parque porque prefería hablar de eso en un sitio más íntimo, aquí, ¿me entiendes? —Asentí con la cabeza. Había soltado mi barbilla y aunque no estaba acostumbrada a que un hombre me tocara, anhelé ese leve contacto—. Te besé porque necesitaba hacerlo. No te voy a negar que cuando me di cuenta de lo que estaba empezando a sentir por ti me asusté y por eso huí de tu lado. Sentí una descarga eléctrica cuando te toqué que solo podía significar una cosa, y esa cosa es de lo que llevo años huyendo. Luego comprendí que no podía luchar contra mi instinto y por eso volví, además de porque necesitaba estar contigo, porque necesitaba volver a tocarte y saber lo que sentiría al tener mis labios sobre los tuyos.

Me quedé paralizada ante tal confesión. Era justo lo que yo sentía, tenía los mismos temores que yo, y también había deseado ese beso desde que le vi entrar en la discoteca. No supe qué decir, y como me quedé callada, Izan se levantó de su silla y volvió a abrir la nevera para sacar la verdura que iba a poner en su famosa lasaña. Sacó la pasta de un armario y la puso a cocer mientras troceaba la verdura.

—Izan yo... —No podía dejarle así, debía explicarle el efecto que él provocaba en mí—. También sentí lo mismo. Me da tanto miedo esto...

Mi amigo dejó la verdura y volvió a acercarse a mí. Esta vez se puso de cuclillas en el suelo y me miró con dulzura.

—Mi dulce hindú, me temo que debemos afrontar nuestros miedos y admitir que entre nosotros hay algo más que una amistad.

—¿Hasta dónde nos llevará esto?

—No lo sé, pero pienso dejarme llevar hasta dónde el universo tenga previsto para nosotros. ¿Y tú? —Abrí mucho los ojos al darme cuenta de que cada vez que se refería al destino, hablaba como si la fuerza del universo fuera la que decidiera por nosotros.

—Izan, ¿tú no crees en los dioses, digo, en vuestro Dios?

—Uff, no sé qué decirte a eso. Antes sí era creyente, porque mi padre lo es, pero cuando pasó lo de mi madre pensé que si Dios existiera, no permitiría que una mujer tratase así a sus hijos. Y luego ves las noticias en televisión, madres que matan a sus hijos... Francamente, creo que si Dios existiera, eso no lo debería de permitir.

—Dios dio al hombre la capacidad del libre albedrío, él no puede hacer nada ante la mala praxis de los humanos —Entonces me di cuenta de lo que me había dicho y reaccioné—: ¿Tu madre? ¿Qué te hizo? Me has contado que te hizo daño pero en realidad no me has hablado de ella.

—Más bien deberías preguntar qué es lo que no hizo, que fue criarnos y educarnos como una buena madre.

—Oh —Cada vez sentía más lástima por el calvario que había tenido que vivir Izan, hasta el punto en el que pensé que había padecido más que yo. Al menos yo había tenido unos buenos padres, que aunque me casaron con un mal hombre, lo hicieron con buena intención, pues no sabían cómo era la familia Kaur, empezando por mi marido y terminando por el que fue el prometido de Nandita. Pensar en mi amiga hizo que me sintiera feliz. Ella había encontrado a un buen hombre, que la respetaba y la trataba como a una igual, y eso me llenaba de gozo.

—Mi madre no nos quería ni a mi hermana ni a mí. Tuvo hijos porque mi padre quiso, pero le molestaba todo lo que hacíamos; nos descuidaba y cuando llegaba mi padre cansado de trabajar, lo martirizaba contándole la faena que le habíamos dado. Hasta que mi padre se dio cuenta de cómo era y decidió separarse de ella.

—¿Tienes contacto con ella? —pregunté, cada vez más turbada.

—El justo y necesario. Me manda un whatsapp en mi cumpleaños y en Navidad y viene a la consulta cuando tiene algún problema económico para que se lo solucionemos.

—¿Y lo hacéis?

—Claro, es mi madre. No es que no la quiera, Lali, creo que eso nunca se

llega a perder, por mal que te traten. Por eso cuando la veo mal porque ha malgastado el dinero que gana en tonterías y tiene un pago que no puede afrontar, la ayudo. A mí no me supone nada y por lo menos mi conciencia se queda tranquila.

—Eres muy buena persona, Izan.

—Gracias, intento serlo, aunque haya quien opine lo contrario.

—¿Quién puede opinar algo así de ti?

—¿No viste cómo me miraban Jacobo y Mar anoche? Para ellos soy yo el culpable de que hayamos dejado de ser amigos, y eso me convierte en el demonio, pero me da igual. No quiero saber nada de ellos –dijo entre dientes.

Se acercó a la olla en la que había metido la pasta y la fue sacando y dejando escurrir en una bandeja.

—¿Necesitas que te ayude? –pregunté, acercándome a la isleta en la que él estaba terminando de trocear las verduras.

—No, gracias. Hoy tú eres mi invitada, así que mejor ve a ver qué están haciendo las enanas, no vayan a dismantelar la habitación –Me encantaba cuando bromeaba. Asentí con la cabeza y me dispuse a salir de la cocina, pero antes de hacerlo, añadí:

—Izan, no creo que Jacobo y Mar piensen que eres mala persona, y mucho menos el demonio. Creo que eres tú el que lo piensa así porque sabes que si no fuera por lo que todavía sientes por ellos, podríais haber vuelto a ser amigos –

Y dicho esto, salí de allí, seguramente dejando a Izan pensativo.

Busqué la habitación de Amanda guiándome por las voces de las niñas, y cuando llegué me apoyé sobre el marco de la blanca puerta, y las observé.

Amanda pretendía enseñar a jugar a Carmen con las muñecas, mientras mi hija daba golpes en el suelo con una de ellas. Entré en la habitación y la regañé:

—Cariño, eso no se le hace a las muñecas.

—Da igual, Lila, esa ya no la quiero —explicó Amanda.

—Aun así, Carmen debe aprender a no maltratar los juguetes.

—Eso sí es verdad —afirmó la niña.

Volví a mi punto de apoyo y pensé que si iba a quedarme allí lo que restaba de día, debía avisar a Laura de que no estaría en casa.

Fui al recibidor, porque había dejado mi bolso colgado del carro de Carmen, y saqué el móvil, en busca del mini grupo que tenía con mi hermano y mi cuñada.

«Voy a comer en casa de Izan, no creo que esté esta tarde en casa»

Bhadrak: «Ten cuidado. Espero que luego os lleve a casa»

Yo: «Seguro que sí, hermano. Izan parece un caballero»

Bhadrak: «No lo será mucho cuando ha pasado la noche contigo». Me quedé muerta ante el comentario de mi hermano.

Laura: «No le echas la culpa a él, seguramente caería rendido. Ella es la que se quedó dormida en una discoteca, ¿cómo pudiste hacerlo?»

Yo: «No lo sé, no lo recuerdo. Ah, y gracias por los ánimos»

Laura: «Sabes que te lo decimos con cariño y que en realidad nos alegra que empieces a tener vida social. ¿Qué te va a hacer de comer?»

Yo: «Está preparando lasaña. Dice que es famosa, ya os contaré »

Laura: «Vaya, ¿acepta un par de invitados más?»

Yo: «Jajajaja, creo que prefiere que estemos solos»

Bhadrak: «Mmmmm, no sé qué pensar al respecto»

Yo: «Tranquilo hermano, tengo la situación controlada»

Laura: «Te creo hija, te creo. No hay nadie en el mundo más responsable que tú. Diviértete». Mi cuñada me sacó la lengua y sonreí. Era única. La quería tanto que no imaginaba mi vida sin ella, siempre tan optimista aunque todavía, después de más de dos años, a veces le daban bajones recordando a su madre.

Me contaba que la echaba tanto de menos que a veces le costaba respirar, y la entendía. Yo también echaba de menos a la mía, porque no la tenía en mi vida diaria; pero por lo menos yo podía hablar con ella siempre que quisiera.

Yo: «Lo haré»

Laura: «Wauuuu, qué milagro. Creo que voy a tener que felicitar de nuevo a Izan. Por cierto, me debes una charla explicativa de todo lo que pasó anoche»

Bhadrak: «Grrrrrrhhhh»

Yo: «Claro que sí, cuñada. Además me muero de ganas de pasar un rato con mi sobrinita. ¿Os espero mañana a comer? Porque vengáis un día sin sorpresas, más que nada jaja»

Laura: «Jaja, qué graciosa se ha vuelto la niña. Eso por descontado, allí estaremos»

Bhadrak: «Te quiero, hermana. Pásalo bien, pero vuelve a tu casa sana y salva»

Laura: «¡Qué cansino es!»

Yo: «Jajaja, yo también os quiero»

Con una sonrisa en la cara, porque adoraba a mi familia y porque en todo el tiempo que habíamos estado hablando no me había quitado de la cabeza las palabras de Izan, volví a dejar el móvil en el bolso y regresé a la cocina.

16.HERMANOS.

Me quedé pensativo cuando Lali me dijo que si me sentía culpable por haber

roto mi amistad con Jacobo era porque aún sentía algo. Estaba convencido de que no era así, pero mi dulce hindú me dio que pensar. Parecía mentira que una chica tan joven fuera tan sabia porque tenía toda la razón, solo que lo que sentía no era amor hacia Mar, como ella creía, sino rabia, ira, rencor. Hasta que no superara eso no podríamos volver a ser amigos, y en ese momento no tenía ni idea de cómo superarlo ni de si quería hacerlo.

Comimos la lasaña en el comedor y salimos a la terraza a tomar el té, que había comprado pensando en Lali por si algún día conseguía que estuviera allí.

Yo no era muy de tés, pero ese día haría una excepción por ella.

En el balcón, seguimos contándonos fragmentos de nuestra vida.

Estábamos a gusto juntos y eso se notaba. Como Carmen apenas había probado la lasaña porque no era un plato al que estuviera acostumbrada, después de que Lali se tomara su té entró al comedor para darle el pecho y yo me quedé fumándome un cigarro, pues por eso habíamos salido: detestaba el olor del tabaco en casa.

Pasamos el resto de la tarde charlando sentados en el sofá de mi comedor, con la televisión encendida para que creara ambiente pero sin atenderla. Las niñas siguieron jugando en la habitación de Amanda y Lali no volvió a decir que se tenía que ir hasta que su hija entró en el comedor bostezando y se dio cuenta de que eran casi las nueve de la noche. Se nos había pasado el tiempo volando y ambos nos prometimos que repetiríamos la experiencia. Claro que no iba a conseguir hacerlo al día siguiente, pero aun así, como me había sabido a poco, lo intenté.

—Mañana quiero pasar el día con mi hermano, me muero de ganas de ver a mi sobrina —dijo al respecto.

—No pasa nada, intentaré aguantar un día sin verte —bromeé.

—¿Cómo que un día? —preguntó, confusa.

—Después de esto no me irás a negar la posibilidad de verte a menudo,

¿no?

—Bueno, no sé —Se puso una mano en la boca, pensativa, hasta que añadió

—: ¿Cuándo has pensado que volvamos a vernos?

—¿Te gustaría que te recogiera el lunes en el trabajo y te lleve a por

Carmen a la guardería?

—Izan, me sabe mal que hagas eso, ya sabes que está cerca —rehusó.

—Lo sé, pero tu casa no. Te recojo del trabajo, vamos a por Carmen y te llevo a tu casa. No hay más que hablar.

—Estoy acostumbrada a ir hasta mi casa dando un paseo pero está bien, me alegrará verte —contestó, haciéndome ver el cambio que estaba empezando a dar y el bien que nos había hecho pasar ese día juntos. Lali había dejado de temerme, eso ya era un paso adelante muy importante, y ambos habíamos reconocido que sentíamos algo, aunque tuviéramos miedo a empezar una relación.

Sí, estaba contento porque habíamos avanzado mucho, más de lo que esa mañana había imaginado que llegaríamos, y pensé que esto me haría bien. Con Lali me sentía tranquilo, y eso hacía mucho tiempo que no me pasaba con nadie.

—Espera, antes de irnos vamos a immortalizar este momento, coge a las niñas mientras voy a por mi móvil —la insté.

Había puesto el móvil a cargar cuando llegué esa mañana a mi piso y lo había ignorado durante todo el día porque no quería que nada perturbara el mágico momento que estábamos viviendo. Lo desenchufé del cargador y volví al comedor, donde las tres mujeres me esperaban, Lali confusa, Carmen con cara de sueño, y Amanda triste porque se iban las invitadas.

—A ver, ahora os quiero a todas con una enorme sonrisa —dije, sabiendo que con Carmen lo tendría difícil.

Hice que se sentaran en el sofá, colocando a las niñas entre nosotros, y enfoqué la cámara del móvil.

—Muy bien, ahora todas a decir saaalchichaaaaaasssss.

Las chicas repitieron conmigo y le di al botón.

—Muy bien, ahora sí os podéis ir.

Guardé el móvil en el bolsillo del pantalón y le imperé a Amanda a que se pusiera la chaqueta.

—¿A *dónre* vamos ahora papi? –me preguntó mi hija.

—A llevar a Lali y a Carmen a su casa.

—¿Voy a poder jugar en su habitación como ha hecho ella en la mía?

—No, cariño, es tarde. Solo vamos a llevarlas a casa.

—Joooo –protestó.

—¿Ves? Es cosa de familia, ella tampoco se cansa de estar contigo –le dije a Lali, mientras me ponía mi abrigo. Noté que se sonrojaba y me gustó lo que

sentí. Sí, estábamos empezando algo muy bonito, y no quise pensar en cuánto duraría esa magia que pareciera envolvernos cuando estábamos juntos.

Llevamos a Lali y a su pequeña a su casa y la ayudé cargando yo a Carmen por las escaleras. Había dejado el carro en el cuarto de la limpieza pero aunque protestó diciendo que lo hacía todos los días y estaba acostumbrada, quise quitarle ese peso de encima. Amanda se quejó porque estaba cansada pero le dije que debíamos ayudar a las personas que nos necesitaban, y que en ese momento era Lali quien precisaba ayuda, y se sintió importante de saber que estaba haciendo algo bueno.

Después de volver a casa, darnos una ducha y comernos una pizza mediterránea, pensé que era hora de ver si tenía algún mensaje importante en el móvil. Amanda ya se había quedado dormida en el sofá viendo *Mascotas* y

era el momento de tranquilidad en casa.

Aparte de uno de mi hermana en el que me preguntaba cómo iba la comida, tenía unos cuantos de Dani, en los que me contaba que se había enamorado de Anahí. ¡Él y sus flechazos! No conocía a nadie más enamorado que él, y eso que las mujeres le rompían el corazón constantemente. Me contaba que Anahí lo reconoció enseguida y que en cuanto le dijo que había cambiado mucho y que estaba más musculado, supo que podría tirarle los tejos; había pasado la noche en su piso y habían desayunado juntos, quedando en que volverían a verse algún día. Por lo poco que conocía a Anahí, ese algún día significaba nunca, y me dio pena por mi amigo. Al menos estaba contento por la noche que había pasado con ella, y pensé que lo que le tuviera que pasar después era problema suyo. Todavía me dolía la encerrona que me había hecho la pasada noche y hasta que no hablara con él en persona, no se me pasaría el calentón.

Después, volví a mirar el mensaje de mi hermana y le contesté:

«Ha ido fenomenal, mañana te cuento»

«¿Mañana?», escribió ella.

«Claro, me invitas a comer, verdad?»

«Por supuesto tete, tienes mucho que contarme»

Una vez en la cama, abrí la foto que nos habíamos hecho y me deleité observando la preciosa sonrisa de mi dulce hindú.

El domingo amanecí relajada por primera vez en los casi dos años que llevaba en España. Tener a Izan en mi vida suponía un cambio en todo, pero lo más importante, era el cambio de actitud a lo que me tendría que acostumbrar.

Si quería dejar entrar a un español en mi vida, tendría que adaptarme a la forma de vida del país en el que vivía, dejar a un lado mis creencias y ser

como todos esperaban que fuese.

Había pasado el día más feliz de mi vida junto a Izan, y eso que solo habíamos hablado, hablado y hablado hasta que me di cuenta de lo tardísimo que era. A

esa hora yo ya habría acostado a Carmen, y posiblemente me habría metido en la cama yo también. Pero por primera vez no tenía prisa, al día siguiente no tenía que madrugar y no había nada en ningún otro lugar que me hiciera desear estar más de lo que lo estaba allí.

El domingo me desperté a las diez de la mañana porque Carmen vino a la cama reclamando el desayuno. La metí conmigo y le saqué el pecho. Sabía que tenía que limpiar el patio antes de que mi hermano y su familia vinieran a casa, pero tenía tiempo de sobra, así que disfruté del calorcito que me daba mi hija pegada a mi cuerpo y cerré los ojos pensando en mi “amigo”.

Media hora después, dejé de hacerme la remolona en la cama y me levanté.

Me preparé un té rojo con leche, vestí a Carmen y me puse la ropa de faena.

Una vez desayunada y aseada, toqué a casa de la señora Hortensia, la anciana que vivía puerta con puerta, y le dejé a Carmen para que permaneciera allí mientras limpiaba el patio.

—Ay, qué haría yo sin usted —dije, como cada semana cuando se la dejaba.

No me cansaba de agradecerle a esa viejecita que hiciese tanto por mí; incluso alguna vez se había quedado a Carmen para que yo fuera a comprar alguna necesidad que me había surgido de repente.

—Deja a la niña y no cargues con ella para una tontería —me decía. O—: No la saques con el frío que hace, ni que ella te tuviera que ayudar. Total si no es molestia, así me hace compañía. Es tan linda, la *condená*.

Había llegado a querer a esa mujer, aunque como con el resto del mundo, no había llegado a intimar, por más que siempre me ofreciera entrar a tomar algo con ella cuando iba a recoger a mi hija. Me sabía mal molestar, hacer gasto cuando no había necesidad, y no me daba cuenta de que lo que la mujer en realidad necesitaba era compañía.

Una vez terminé la faena, recogí a Carmen dándole de nuevo las gracias a la señora Hortensia, entré en mi piso y me puse un vestido hasta los pies de color turquesa con dibujos de cachemir en negro.

Esperé la llegada de mi hermano y de Laura preparando Aloo Tikki (croquetas de patatas indias que había conseguido comprar en el mercado central) con una alegría inmensa, deseando contarles todo sobre mi sábado con Izan y el beso que nos dimos en el cumpleaños de Anahí. Les abrí la puerta con una sonrisa en la cara que mostraba felicidad, pero enmudecí cuando vi el rostro de mi hermano.

—¿Qué ha pasado? ¿Nuestros padres están bien? —pregunté alarmada.

—Sí, Lali, no te preocupes —fue Laura quien contestó, pues Bhadrak estaba demasiado cargado de ira como para hacerlo—: Acaba de hablar con tu padre, Rajiv ha vuelto a hacer de las suyas.

Bhadrak se acercó hasta mí y me besó en la mejilla, cogió a Carmen en brazos, que acababa de llegar a la puerta correteando por el minúsculo pasillo al escuchar a sus tíos, y la llevó al comedor. Helena dormía en los brazos de su madre y la conduje hasta la habitación de mi hija para que la dejara en la cuna.

Subí la valla, que como mi hija ya era mayor solía dejar bajada para que pudiera venir a mi cama siempre que quisiese, y volvimos al comedor junto con Bhadrak.

—Hermano, tranquilízate. Sea lo que sea que haya pasado seguro que tiene solución, y si no, no nos afecta, ¿recuerdas? Estamos muy lejos.

—Lali, Rajiv se ha enterado de quién soy —explicó, intentando tranquilizarse mientras acariciaba el pelo de mi hija.

—¿Cómo? Es prácticamente imposible que alguien descubra que tú eres Noah Baldwin.

—Padre se enfrentó a él cuando lo escuchó decir que yo era un renegado de mi cultura y que por eso siempre estaba viajando para salir de un país que meapestaba. No pudo soportar la injuria y se le escapó que si viajaba era para documentarme por mis novelas. No dijo nada más, pero con eso tuvo bastante para buscar en internet y empezar a atar cabos. Investigó a Laura y a *El informal de Guti*, descubrió quién era su escritor favorito, y no necesitó

mucho más.

—Bueno, ¿y qué pasa porque lo sepa?

—Rajiv va diciendo por ahí que cuando te fuiste de su lado le deshonraste y que nuestros padres han de pagar por ello.

—¿Pagar? ¿Cómo? —pregunté aterrada porque a mis padres les pudiese pasar algo por culpa de mi marido.

—¿Cómo crees que va a querer cobrar tu ex? —habló Laura.

—Con dinero —contesté—. Sabe que tienes una gran riqueza y están humillando a nuestros padres para que les des dinero para él. ¡Será maldito!

—Ha pedido una vergonzosa suma. Me dan ganas de ir y cumplir con la promesa que le hice si volvía a molestar a nuestros padres —explicó, mientras dejaba a Carmen en el suelo para que fuera a jugar en su mantita.

—Bhadrak, arruinarías tu vida y no conseguirías nada —espetó Laura.

—¿Qué prometiste? —pregunté, cada vez más asustada.

—Le dije a ese malnacido que como volviera a acercarse por casa de nuestros padres le mataría —masculló entre dientes.

—No, Bhadrak, ¿cómo puedes pensar siquiera en hacerlo?

—Porque no va a parar de decir calumnias sobre nuestra familia. No tengo ningún problema en mandarle el dinero, con tal de que calle y no le diga a nadie quién soy; pero estoy seguro de que volverá a pedir más y más, mientras tenga un as en la manga.

—Bueno, ¿qué pasa porque se sepa quién eres? Ya no vives allí, eso ya no es un problema —declaré.

—Yo no, Lali, pero nuestros padres sí. En cierta manera Rajiv no se equivocaba en lo que decía, pero por nuestra familia ha de callar la boca y no hacer más daño. Si la gente sabe quién soy y le da por leerme, no dejarán de

criticarme y nuestros padres sufrirán la deshonra por tener un hijo así.

—No es ninguna deshonra que hayan cosas en nuestra cultura que no te gusten. No tienes por qué estar de acuerdo con todo —intenté tranquilizarle.

—Le mandaré el dinero y esperaré a que dé el siguiente paso, si es que lo da. Si acepta el dinero y no vuelve a molestar, perfecto; pero como siga pidiendo y amenazando, te juro que voy y...

—Hermano, tranquilízate. Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Bueno, cambiemos de tema. Lali, cuéntanos qué tal ayer —me imperó Laura, para olvidar el hecho que nos preocupaba y nos producía tanta ansiedad.

Llegué a casa de mi hermana sobre las doce del mediodía. Mis sobrinos se alegraron mucho al verme y nada más entrar me propusieron jugar con ellos a la Xbox, pero Esther estaba demasiado intrigada como para permitir que me pusiera a hacer algo que no fuera contarle qué había pasado entre Lali y yo.

Fui con ella a la cocina, preparó café y nos sentamos a hablar de lo ocurrido.

—La llevé a su casa y no sé cómo me quedé dormido, eso ya lo sabes.

—Joder, tete, quiero que me cuentes lo que no sé. Me dijo Fani que te vio besarla en Dance City, ¿no erais solo amigos?

—Eso pensábamos, pero los dos sentimos algo cuando estamos juntos que no podemos pasar por alto. Hemos pasado por mucho, tenemos cosas en común y nos gusta hablar de todo.

—¿De todo? ¡¡Cuéntame por el amor de dios!!

—Me contó lo que vivió con su marido en Agra, yo le conté mi experiencia con Mar y con Sheila...

—Un momento, ¿dices que le has contado lo de Sheila? ¿Todo?

—Sí, Esther. Ella se destapó ante mí y yo tuve la necesidad de hacer lo mismo. Su marido le hizo pasar un calvario, tuvo que huir de él porque corría peligro

la vida de su hija. ¿Entiendes por qué tenemos cosas en común? Los dos estuvimos a punto de perder a nuestras hijas por culpa del otro progenitor.

—Pobrecilla –musitó mi hermana—. Pero dime, ¿qué habéis decidido hacer? ¿Vais a empezar una relación? ¡Porque con Lali tienes que tener cuidado!

—Lo sé. Te parecerá increíble pero después de estar ayer todo el día juntos, ni siquiera la volví a besar porque me dio miedo asustarla, pero solo con el rato que pasé con ella tuve bastante. Es como si cuando estamos juntos no necesitara más, con eso me basta.

—Ay collins, quién me iba a decir a mí que mi hermano acabaría volviéndose a enamorar, tan reacio a las relaciones que eras.

—¿Enamorado? No creo que sea eso. Estoy a gusto con ella, pero de ahí a estar enamorado sería hablar muy alto, ¿no crees? Además, ¿no te parece que es demasiado joven para mí? Apenas es una niña aún.

—Eso no importa si tú estás a gusto con ella. Y te digo una cosa: por lo que pude hablar con ella en la cena del viernes, te puedo asegurar que es mucho más madura que mujeres mucho más mayores.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta. Ha tenido que madurar a la fuerza.

—Pues como os conté cuando vine a por Carmen, me quedé dormida en la discoteca, Izan me llevó a casa y cuando me desperté lo encontré en mi cama – expliqué a mi hermano y a mi cuñada, que me miraban atentamente.

—Eso ya lo sabemos, continúa –me instó Laura.

—Resulta que el viernes me besó en la discoteca y...

—¿Que quéeee? –protestó Bhadrak.

—Joder Bhadrak, ni que fuera algo extraño o malo. Si se gustan es lo más normal del mundo –le recriminó Laura.

—Pero es mi hermana y está aprendiendo a vivir aquí, no quiero que nadie me

la toque.

—Pues deberías dejarla aprender sola. Llevamos tiempo diciéndole que ha de salir y ¿ahora que lo hace la regañas?

—No es que no me parezca bien pero, ¡en medio de la discoteca! ¡Con todo el mundo mirando! —siguió refunfuñando mi hermano.

Yo los miraba expectante mientras hablaban de mí, de lo que estaba bien o mal, esperando a que llegasen a una conclusión y me dejarasen continuar.

—No creo que a la gente que hubiera allí les importara mucho ver a tu hermana besar a un hombre. ¡Todo el mundo lo hace! —le reprochó Laura.

—Pero mi hermana no es todo el mundo.

—¿Queréis callaros ya y dejar que continúe contándoos? —intervine al final, viendo que la cosa se estaba desmadrando.

—Está bien, continúa —Fue Bhadrak quien contestó, aunque todavía con el ceño fruncido.

—Fue solo un pico, hermano, pero significó algo para los dos. Ayer pasé todo el día con él, primero en el parque, luego en su casa. Las niñas se llevan muy bien, no se les escuchó en todo el día, y mira que Carmen es pequeña y su hija podía haberse molestado por no poder jugar con ella como si fuera alguien de su edad. Estuvimos hablando y hablando, contándonos prácticamente la vida entera. Yo le hablé de Rajiv, él me habló de la madre de su hija... Y eso es todo. Por la noche me llevó a casa y he quedado con él en que mañana me recogerá en el trabajo.

—¿No te volvió a besar? —preguntó Laura, interesada.

—No, pero no hizo falta. Los dos sabemos que nos gustamos, se nos pasan las horas volando estando juntos, y con eso tenemos bastante.

—No sé yo ¿eh? —espetó Laura.

—¿Qué insinúas? —preguntó Bhadrak, algo más calmado al saber que no había

vuelto a pasar nada más entre nosotros.

—¿Un hombre interesado en un mujer que no intente algo con ella? Quién sabe, quizás este Izan sea todo un caballero de la antigua escuela y le guste ir despacio, aunque es muy raro.

—Es porque él también lo ha pasado muy mal y no estaba interesado en tener una relación. Por eso vamos a ir muy despacio, para ver qué vamos sintiendo y qué necesidades tenemos el uno del otro. Yo de momento soy feliz, pienso en él y me entra un cosquilleo en el estómago que no sé qué es, pero aparece siempre que lo tengo en mente.

—Eso es que estás enamorada, cariño —explicó Laura. Bhadrak la miró como si le estuviese perdonando la vida y ella, al darse cuenta, puso los ojos en blanco.

—¿Enamorada? ¿Podría ser? No sé qué decir. Como nunca antes lo he estado no sé si sea eso, pero es maravilloso.

—Hermana, ten mucho cuidado ¿vale? No quiero volver a verte sufrir, y más cuando todavía tienes un marido haciendo de las suyas. Un doble golpe no lo resistirías —Mi hermano calló de una forma en la que me dio a entender que

quería decir algo más pero que no estaba seguro de si sería buena idea.

—¿Qué pasa, hermano?

—¿Le has contado a Izan que intentaste suicidarte?

—No Bhadrak, eso no se lo pienso contar nunca.

De pronto, escuché sonar mi móvil dentro del bolso y me vino al pelo porque el tema de mi intento de suicidio era algo de lo que no me gustaba hablar y que pretendía olvidar. Lo saqué y leí el whatsapp que Anahí me acababa de mandar:

«Hola pendonada, estoy esperando que me cuentes cómo acabaste el viernes.

Me tienes en ascuas, ¿sabes? Me dijeron Fani y Claudia que te vieron besar a

Izan. ¿A qué estás esperando para contármelo?»

Me quedé perpleja. En el momento en el que nos besamos, aunque era evidente que nuestros acompañantes nos verían, no pensé en ello, y saber que lo habían presenciado me resultaba embarazoso. Era el momento de empezar a tener amigas de verdad, debía hacer con mis compañeras como había hecho con Izan, destaparme, pero por whatsapp no podía explicarle algo que había significado tanto para mí.

«Mañana en el café te lo contaré», le escribí.

«¿En serio? ¿Vas a dignarte a bajar con nosotras y a contárnoslo todo? ¡No me lo puedo creer!»

«Sí, Anahí. Voy a intentar adaptarme a la forma de ser de aquí, y empezaré hablando con vosotras de lo que queráis»

«¡Genial! Ya era hora, guapi!»

«Mañana te veo», escribí, para despedirme de mi amiga.

Cuando mi hermano vio que había dejado el móvil sobre la mesa, volvió a sacar el tema:

—Lali, has de contárselo todo para que entienda el martirio por el que pasaste y así pueda saber a qué atenerse contigo y el cuidado que ha de tener para no hacerte sufrir.

—Créeme hermano, lo sabe de sobra. No hace falta que le cuente algo que intento sacar de mi mente. Además, él también ha sufrido lo suyo y sabe lo que tenemos que hacer.

—Está bien, si tú eres feliz, yo soy feliz, hermana.

—Te quiero mucho, Bhadrak. Sé que siempre estarás ahí cuando te necesite, pero has de dejar que dé mis propios pasos, y si me equivoco o me salen mal las cosas, para bien o para mal hará que aprenda y la próxima vez camine por otra senda. Como dice la segunda ley de la espiritualidad: “Lo que

sucede es la única cosa que podía haber sucedido”. Así que pensemos que los dioses saben lo que se hacen y que haga lo que haga, será lo que tenía que hacer, sea bueno o malo.

—Está bien, Lali. Aunque sabes que me cuesta no sobreprotegerte.

—Lo sé hermano, y te lo agradezco.

—Te quiero mucho, hermana.

—Y yo a ti.

17.UNA PACIENTE TOCAPELOTAS.

El lunes, después de dejar a Amanda en el horario matinal del colegio como todos los días, llegué a la clínica con una sonrisa en mi cara, de la que muchos ya ni se acordaban. Mi padre fue el primero en verme y no tardó en preguntarme a qué se debía tanta alegría, acostumbrado al ginecólogo serio y enfadado con el mundo que juzgaba a las mujeres a priori por lo que me había pasado en la vida. Le conté que había tenido un buen fin de semana pero no quise dar más explicaciones hasta que tuviera claro hasta dónde me llevaría lo que acababa de iniciar con Lali. Le pregunté por su mujer y su hija, me contó que habían pasado un fin de semana tranquilo y que Ruth se lo había pasado estudiando porque estaba de exámenes, y me instó a que fuera a comer con ellos el siguiente fin de semana.

—Me gusta verte fuera de aquí de vez en cuando —bromeó.

—Lo sé papá, y perdóname. Como te veo todos los días el fin de semana se lo suelo dedicar a mi hermana, pero tienes toda la razón.

Mi padre me dio una palmada en la espalda y juntos, entramos en mi consulta. Cogió unos informes que había sobre mi mesa y se despidió de mí, sugiriendo que saliéramos más tarde a tomar café juntos.

Encendí el ordenador y eché un vistazo a las citas que tenía esa mañana.

Faltaban diez minutos para que llegara la primera paciente, así que cogí el

móvil y le mandé un mensaje a Lali.

«Hola preciosa, ¿cómo has amanecido hoy?»

Miré el reloj y vi que eran las nueve menos diez. Igual la había pillado llevando a Carmen a la guardería. Esperaría a que lo viera y contestara, no había problema, pero estaba impaciente por leer su respuesta y comprobar que desde el sábado no había cambiado nada y seguíamos teniendo algo. Recordé la foto que nos hicimos, la abrí y pensé que ella también debía tenerla. Le di a compartir y enseguida apareció en su perfil de whatsapp.

Llegó mi enfermera y le entregué el listado impreso de las pacientes de ese día. Ella, salió al pasillo para comprobar si había llegado alguna. Faltaban dos minutos para que fueran las nueve, y Lali seguía sin ver mis mensajes.

—Señor Vilanova, la señorita Marta Sánchez ya está aquí. ¿La hago pasar?

—habló mi enfermera, haciendo que reaccionara.

Marta Sánchez, qué curioso. Era una nueva paciente que había pedido cita

hacía una semana para revisión y citología, y me hizo gracia que se llamase como la famosa cantante de pop.

—Sí, que pase. Gracias, Adela.

En ese momento sonó el móvil, haciendo que además me vibrara la mano, pues seguía en ella, y me alivió ver que por fin me contestaba Lali. Quise abrir el mensaje pero justo en ese momento la puerta se abrió y entraron mi enfermera y la paciente nueva.

Me quedé helado en mi sillón cuando vi a la mujer que decía llamarse Marta Sánchez. No era extraño que alguien se pudiese llamar igual, son un nombre y un apellido de los más comunes en España. Lo que no imaginaba era que alguien podría llegar a ser tan ruin como para inventarse ser otra persona con tal de entrar en mi consulta.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —grité, haciendo que Adela se alarmara.

—Vengo a que me hagas un chequeo, ¿es que no aparece en el informe que te pasan de las pacientes? —contestó Sheila, mascando chile exageradamente y colocando su trasero apretado en unos leggins de leopardo en la silla que había frente a mi mesa.

—Adela, esta mujer no es paciente mía. Bórrala de la lista y que salga de aquí, por favor —imperé a mi enfermera, sin mirar a Sheila porque lo único que conseguía era encolerizarme cada vez más.

—Oh, por favor Izan, ¿tan infantil eres? —soltó ella, como si fuera tan normal lo que estaba haciendo.

—Sheila, ¿qué coño quieres? —pregunté entre dientes, intentando no subir el tono de voz para no montar un número delante de Adela, quien no entendía nada.

—Que me hagas un chequeo, ¿tú qué crees? —contestó, haciendo que mi ira fuera cada vez más en aumento.

—Ve a que te mire otro ginecólogo, yo no puedo ser tu médico.

—¿No puedes o no quieres?

—Las dos cosas. Lárgate de aquí —la increpé, moviendo el brazo en dirección a la puerta de la consulta.

—No, cariño, me vas a atender si no quieres que salga ahí afuera y empiece a gritar que soy la madre de tu hija y que no me dejas que la vea.

Adela abrió mucho los ojos ante tal declaración y yo moví la cabeza dándole permiso para que saliera de la consulta. Una vez solos, miré con todo el odio que tenía acumulado a la mujer que parió a mi hija, porque hasta me

dolía reconocer que fuera su madre, y mascullé:

—He dicho que te vayas de aquí, y será mejor que lo hagas por las buenas.

—No, mi amor, no te va a resultar tan fácil.

—¿Pero qué quieres? ¿Que hable con tu abogada y acceda a hacer un convenio regulador en el que te otorgue un régimen de visitas? Sabes de sobra que no lo cumplirás. Ahora estamos solos, reconoce que no te saliste con la tuya y ahora quieres seguir jodiéndome la vida.

—Ay síiiii, y no sabes cuánto me gusta. Dime una cosa, lo pasamos bien en aquel cuarto de baño, ¿verdad?

—Sal de aquí ahora mismo o tendré que llamar a un vigilante de seguridad para que te saque —advertí.

—Yo estaría dispuesta a repetirlo si tú quisieras. Y tranquilo, no te acusaría de nada, ahora ya soy mayor de edad.

—Pero sigues siendo una niña consentida que no sabe qué hacer con su vida. ¿A qué te dedicas? ¿Tienes trabajo o algo a lo que se le pueda llamar así?

Largo de aquí.

—No me iré hasta que me hagas la citología. Te juro que la monto, como no me atiendas salgo ahí afuera y la monto.

Lo que más me jodía era verla tan tranquila, sabiendo el daño que me estaba haciendo su presencia, la ira que estaba acumulando yo, y ella estaba como si nada. Menuda mala sangre tenía la muy cabrona.

Me quedé mirándola unos segundos. Como siempre, iba vestida multicolor, con ropa ajustada y un moño de lo más choni. No entendía qué pude ver en ella, pero fuera lo que fuese, quitando el hecho de que tenía a Amanda, me estaba jodiendo la vida.

Miré el reloj y me alarmé al darme cuenta del tiempo que esa mujer llevaba en mi despacho. Adela no había vuelto a entrar pero estaba seguro de que la siguiente paciente ya estaría esperando en el pasillo y debía salir de esa cuanto antes. Llamé por el interfono a mi enfermera y en cuestión de dos minutos, que se me hicieron eternos porque quería acabar con aquello cuanto antes, se presentó en la consulta.

—Adela, prepara la camilla para hacerle una citología a Marta Sánchez — dije, con sorna.

Mi enfermera hizo lo que le pedí y yo le dije a Sheila que se desnudara de cintura para abajo, entre las cortinas que ladeaban el potro.

Me puse unos guantes y cuando me acerqué al lugar de tortura, encontré a Sheila con tan solo el top naranja chillón que llevaba, sin ni siquiera taparse con una de las sábanas que teníamos allí para salvaguardar el pudor de las pacientes. Adela estaba horrorizada ante el comportamiento de la mujer pero yo, intenté evitarla y le insté a que subiera al potro.

—¿Te gusta lo que ves, doctor Vilanova? —me preguntó, exagerando una sexualidad que no tenía.

—Para nada, me da asco más bien —Vi cómo Adela se ponía las manos en la cara cada vez más avergonzada de la situación que estábamos viviendo y pensé que lo mejor hubiera sido que no estuviese allí, pero la necesitaba y no podía prescindir de ella. Más tarde le daría una buena explicación de todo aquello.

Sheila se colocó en el potro y sin que yo dijera nada, bajó su trasero de manera que su vagina quedaba totalmente expuesta a mí. Un olor a rancio hizo que me turbara y no pude evitar soltar:

—¿Tú es que no te duchas o qué?

—Claro que sí, capullo. Un poco de educación, ¿no, doctor Vilanova? —

espetó ella, molesta por lo que le había dicho. Bien, por fin había conseguido que algo le afectase.

—La educación sería que te lavaras el coño antes de ir al ginecólogo.

—Sabes que tengo un olor fuerte. Sí me ducho, gilipollas.

—¿Yo qué voy a saber? Este olor es de llevar sin lavarse durante una semana

al menos, qué asco —Adela, se puso roja, y como ya me había entregado lo que necesitaba, dejé que se fuera. La pobre estaba viviendo una tortura.

Cogí el espejulo y se lo introduje sin avisar, haciendo que soltara un grito al entrar aquello, frío y duro, que me hizo pensar un «Jódete» que incluso me hizo reír.

—¿Te diviertes? —preguntó, ofendida.

—No tanto como tú, pero sí —Con el aparato dentro de ella, pensé en lo idiota que había sido ante sus amenazas. Ella podía haber cumplido con lo que decía, pero en realidad yo no tenía obligación de hacerle nada a alguien que no existía. Había dado un nombre falso para venir a mi consulta y torturarme, pero lo que ella no sabía, es que no podría hacer mi trabajo si no tenía sus datos auténticos—. Estoy pensando, que no sé a nombre de quién voy a poner el resultado de la citología—. Hice el raspado de su útero mientras esperaba una respuesta.

—A Sheila Sánchez.

Saqué el espejulo y le dije que se vistiese. Mientras, yo metí las células extraídas en una placa de vidrio todavía sin saber si debía analizarla o no.

Volví a mi sillón y eché un vistazo a los datos que había dado Sheila para conseguir la cita. Lo cierto es que con cambiar su nombre bastaba, y como no quería volver a verla por allí decidí que lo mejor sería terminar la consulta a buenas, así que le dije que si la citología salía bien no haría falta decirle nada.

Si por el contrario había algo extraño, yo la llamaría.

—¿En serio me vas a llamar tú? Apañada estoy pues —protestó.

—Sheila, ambos sabemos que has venido aquí solo para dar por culo, así que no te preocupes porque lo normal es que haya salido bien y no tengamos que volver a hablar.

—Eso que te lo crees tú, sigo queriendo ver a mi hija.

—Sheila, por favor, ya he hecho lo que querías. He aguantado estoicamente el tufo que emanaba de tu entrepierna, así que si no te importa, sal de la consulta. Tengo pacientes esperando por tu culpa.

—Pues que esperen, eres un maleducado y esto no va a acabar así.

—Y tú una tocapelotas. Largo.

—Muy bien, me voy, pero que sepas que te va a llamar mi abogada. Hoy — me advirtió, poniéndose la bomber de colores fosforitos con mucho aspaviento, como quien está muy indignada. ¡¡Habrased visto!! Encima de lo que había tenido que soportar. Menuda pesadilla estaba viviendo con ella. Por favor, ¡¡quería que me dejara en paz de una vez!!

Intenté tranquilizarme antes de volver a llamar a mi enfermera. Un par de minutos después, Adela apareció por la consulta, pero no lo hizo sola.

—Hijo mío, me acaba de decir Adela que ha venido Sheila a la consulta y que la has tenido que intervenir —expresó mi padre, alarmado.

—Sí papá, pero no te preocupes. Ya se ha ido —Intenté tranquilizarle.

—Esa mujer no tiene vergüenza. ¿Tú cómo estás? ¿Quieres que vayamos a tomar algo y me cuentas qué es lo que ha pasado? —Mi padre estaba realmente preocupado.

—No, papá, tengo pacientes a las que atender que no se merecen esperar por culpa de esa degenerada.

—Está bien, luego hablamos en el almuerzo.

—De acuerdo papá.

Mi padre salió de la consulta acompañado de Adela, que llevaba el listado de pacientes dispuesta a llamar a la siguiente.

El resto de la mañana fue tranquilo. No tuve que luchar contra mujeres que no querían ser madres y una de ellas había conseguido engendrar después de

una inseminación, cosa que me llenaba enormemente siempre que ocurría. A las diez y media, vi que tenía media hora libre y salí del despacho para tomar café con mi padre. Mientras esperaba a que terminara con la paciente a la que estaba atendiendo, recordé que todavía no había mirado el mensaje de Lali, y me reproché no haberlo hecho antes.

«Hola Izan, la mañana de momento va muy bien. Luego bajaré con las chicas a tomar café porque están deseando que les hable de nosotros. ¿Te molesta que lo haga? Puedo no hacerlo, si lo prefieres». Hacía una hora y media de ese mensaje y temí que Lali se hubiera molestado porque todavía no le hubiese contestado. De haber sido yo habría estado impaciente hasta recibir respuesta. Empecé a escribir, esperando que no se lo hubiese tomado mal.

«No me molesta en absoluto. Es más, me gusta que tengas amigas con las que desahogarte. Eso es bueno». Lo envié, y a continuación seguí escribiendo para mandarle un segundo mensaje. «Perdona que no te haya podido contestar antes. Me ha ocurrido algo surrealista y llevo toda la mañana jodido».

Justo en el momento en el que lo envié me arrepentí. Me preocupaba alarmarla, y si lo releía, me daba cuenta de que era un mensaje inquietante.

«Estoy ahora con las chicas. ¿Qué te ha pasado?»

«Sheila se ha presentado en la consulta haciéndose pasar por otra mujer.

Me ha dado la mañana. Esta tarde te lo cuento todo»

«Vale. Si necesitas algo, aquí estoy»

«Gracias, cariño». Le di a enviar y me pregunté si no le parecería demasiado osado que le diera esa muestra de afecto, pero me había salido así porque así lo sentía, y debía empezar a acostumbrarse a que la tratara como a alguien por quien sentía algo. Y ese algo era muy especial.

Le conté a mi padre lo que había pasado en la consulta, lo mal que me sentía porque Adela lo hubiese presenciado todo y la amenaza que me había lanzado Sheila para conseguir lo que quería. Él escuchó mordiéndose los labios para no soltar una barbaridad y cuando terminé de hablar, me dijo que sentía mucho

no haberse dado cuenta de que no era una paciente de verdad, y me preguntó si quería analizar sus células o no.

—Si no lo hacemos es capaz de denunciarnos, y ya bajó el prestigio de la clínica cuando me acusó de violación. No quiero que por mi culpa la clínica vuelva a verse perjudicada.

—Ella nunca sabrá si lo hemos analizado o no, Izan. ¿Qué más da?

—Ética profesional, papá, tú mismo me la inculcaste.

—Tienes razón, y me alegra que seas un hombre tan digno. Vamos afuera a tomar el aire, creo que los dos necesitamos un cigarro.

18.CAMBIO IDEOLÓGICO

RADICAL.

—Quiero que me lo cuentes todo, todo, todo –me instó Anahí a que hablara.

Como le había prometido, bajé a tomar café con ella y con Claudia. Estaba impaciente porque le narrara todo lo ocurrido entre Izan y yo, pues no había querido contarle nada hasta ese momento para aprovechar el tiempo y que me cundiera la faena.

—Como sabéis, Izan me llevó el viernes a casa porque me quedé dormida en la discoteca. Tengo un sueño muy profundo y cuando me duermo, es difícil muy despertarme.

—Lo que no entiendo es cómo pudiste dormirte en Dance City –declaró Claudia—. ¡Yo sería incapaz de dormir con la música tan alta!

—Me agobié y quise separarme del grupo. No sabía qué hacer y encontré un sofá vacío. Me dejé caer y me quedé sopa, ¿así lo decís, no? –pregunté, haciendo uso de una de las palabras que había aprendido desde que estaba aquí.

—¿Pero por qué te agobiaste? ¿Pasó algo que no sepa? Y perdóname cielo, sé

que saliste porque te convencí y desaparecí con Dani, ¡pero es que está como un queso! ¡No sabéis lo que ha cambiado ese chico! –exclamó Anahí.

—¿Eso quiere decir que vas a volver a quedar con él? –preguntó Claudia.

Algo me decía a mí, que como siguieran desviando mi relato del camino adecuado, se iban a quedar sin saber lo que querían en los quince minutos que teníamos para tomar café (que por cierto, volví a darle una oportunidad y me pedí un cortado), y no pararían de acribillarme a preguntas mientras estuviera en la máquina. No pensaba entretenerme trabajando así que esperaba que no me cortasen más.

—No sé, está bueno pero es demasiado empalagoso. Que si qué guapa eres, qué divertida, qué bien bailas... Sabes que a mí los tíos así no me van. Le conozco desde hace años de las veces que coincidimos en la casa de los padres de Izan y Esther cuando ambos vivían allí, pero nunca me había fijado en él como para que me llegase a gustar como pareja. Vamos, si como un rollo siquiera, antes estaba *escuchimicio*.

-¿*Escuchiqué*? –pregunté, frunciendo el ceño. Anahí y sus palabras extrañas.

—¿Y qué quieres, que te digan que eres un adefesio, antipática y que pareces un pato bailando? Mira que eres rarita –la recriminó Claudia. Como vi que se alargaba demasiado el asunto, ignoré el significado de esa palabra tan extraña, y les advertí:

—Chicas, ¿queréis saber lo mío o no? Porque nos queda poco para tener que volver y os advierto que una vez me siento en la máquina pienso tener la boca callada y la cabeza concentrada en el trabajo.

—Vale, continúa, pero no me has contestado a la pregunta que te he hecho

–Hubiese preferido que Anahí hubiese olvidado ese tema y no haber tenido que contestarle a eso, pero era mi amiga y debía ser sincera.

—Conocí a Mar, la ex de Izan, y sentí celos. Anteriormente me había besado, me había hecho ilusiones y luego creí que no había sido más que un beso de amigos, como se suponía que éramos y debía aceptar. Solo que...

—¿Solo qué...? —instó Claudia para que continuara.

—Que cuando me besó sentí algo que nunca antes había vivido, y me gustó.

—¿Un cosquilleo por aquí? —preguntó Anahí, haciéndome cosquillas en la barriga.

—Sí, pero déjame —protesté, riendo.

—Mmm, nuestra pequeña india se nos ha enamorado. Te entiendo, Izan está muy bueno —declaró Anahí, tras darle una calada a su cigarro, lo que se suponía que estaba dejando—. Y dime, ¿qué más ha pasado el fin de semana?

¿Lo has vuelto a ver? Quiero decir, al final el beso ¿fue de verdad o no?

—Izan se quedó dormido en mi casa y cuando me desperté me asusté porque creía que habría abusado de mí.

—¿Izan abusar? Joder nena, ya lo habría querido yo.

—Déjala que hable, leches, que así no le va a dar tiempo a contarnos nada —la regañó Claudia.

—Si me hubiera hecho el amor estando dormida, se habría considerado una violación —expliqué—. Pero de todos modos, no me hizo nada. Pasamos el día juntos y estuvimos hablando...

—Claudia, te digo yo que no nos va a contar nada que tenga chicha —le habló Anahí a Claudia señalándome con el dedo.

—Lali, ¿te has acostado con él o no? —fue Claudia directa. ¿Cómo podía pensarlo siquiera? ¿Acaso no habían podido llegar a conocerme ni un poquito en el tiempo que llevábamos trabajando juntas?

—¡Claro que no! ¿Por quién me tomas? —me exalté.

—¿Por alguien como yo, Claudia? —preguntó Anahí, bromeando.

—Si fuera por alguien como tú ni siquiera se lo habría preguntado —

contestó la rumana, guiñándole el ojo. Me gustaba verlas enfrentarse la una a la otra porque se notaba a la legua que no lo hacían con maldad y que en realidad se querían mucho.

—Ja ja —esbozó Anahí una sonrisa falsa.

—Chicas, ni me acosté con Izan ni pienso hacerlo. De momento hemos admitido que estamos a gusto juntos, queremos ir conociéndonos y ya veremos hasta dónde llegamos. Los dos hemos sufrido mucho y tenemos miedo de volver a pasarlo mal.

—Lo sé. Menuda la que le cayó al pobre Izan sin comérselo ni bebérselo —

admitió Anahí—. La verdad es que entre lo de Mar y lo de Sheila, cualquiera querría volver a tener algo con una mujer —dijo con sarcasmo.

—¿Lo sabes? —pregunté, pues creía que Izan me lo había contado a mí como algo privado y personal.

—Cariño, soy amiga de su hermana desde hace muchos años, lo viví todo muy de cerca.

—Vaya, es verdad —Me sentí fatal por haber pensado mal de Izan. No conseguía situar a Anahí tan cerca de la vida de mi amigo, y tenía que recordar que si había estudiado con Esther, posiblemente hubiese estado en su casa mientras los dos hermanos vivían con sus padres, de ahí que conociese a su amigo Dani, y habría tratado mucho a Izan. Por un momento sentí celos, y mi compañera debió notármelo en la cara porque añadió:

—Cielo, en todos los años que conozco a Izan, puedo asegurarte que jamás me ha mirado como te mira a ti. Además, cuando nos conocimos yo era demasiado mayor para él, para mí era el hermano pequeño de mi amiga, y conforme han ido pasando los años... él ha pasado de mí jajajaja.

—A mí... ¿me mira diferente?

—Cuando te mira a ti pone ojitos de cordero degollado, de eso nos dimos

cuenta todas –declaró Claudia.

—¿Su hermana también? –pregunté, con cierta vergüenza.

—Esther la primera, ¡cómo si ella no conociera a su hermano! –replicó Anahí—. ¡Si fue ella la que me avisó para que os mirara! Ya sabes, yo estaba ocupada en otra cosa y no me había dado cuenta. Aunque ya me imaginaba yo por dónde iban los tiros cuando me pidió que le dijera dónde íbamos a estar.

Como si una mera amistad fuera posible entre un hombre y una mujer, ¿qué os decía el otro día?

—¿Izan te pidió que le dijeras dónde estábamos? ¿No nos encontramos por casualidad? —pregunté, confundida. No sabía si enfadarme porque mi amigo hubiera planeado el encuentro entre nosotros a sabiendas de que me negaba a verle en persona o si sentirme halagada porque hubiera usado el cumpleaños de Anahí para poder estar conmigo. Opté por lo segundo, porque me hacía más feliz.

—Nena, es que te cerrabas en banda a quedar con él, ¡ni que te fuera a hacer algo! –explicó la valenciana.

—Ya sabéis que para mí el ir por ahí sola con un hombre, sin nadie que nos acompañe y sin que sea mi marido es algo inconcebible. Bueno... o era...

—Era cielo, a partir de ahora todo lo que tenías en esa cabecita lo vamos a dejar en el pasado y vamos a empezar una nueva vida con un cambio ideológico radical. ¿Entendido? –Anahí me habló como quien no espera un no por respuesta, y aunque no tenía muy claro lo del cambio radical, asentí con la cabeza.

El resto de la mañana fui a destajo en la máquina. Por suerte, desde que llevaba trabajando allí había cogido mucha soltura y pensé que ya era hora de perder esos quince minutos al día con mis compañeras, algo que me acercaría más a ellas y así podría conocerlas mejor.

Como de costumbre, me quedé a comer en el taller, como Mercedes, y a

diferencia de lo que hacía siempre, que era sacar mi táper y comérmelo en mi silla, pese a las veces que mi jefa había insistido en que fuera a la cocina con ella; ese día fui yo quien llegué donde mi jefa estaba, y le pedí sentarme con ella.

—Vaya, por fin te dignas a sentarte a mi mesa —dijo ella, sorprendida.

Para mí, ella era mi superior y me resultaba impensable comer junto a alguien que estaba por encima, aunque fuera una mujer. Pero si había decidido cambiar, tendría que hacerlo en todo, y ya era hora de empezar a conocer un poco mejor a mi jefa.

—Siéntate, mujer —Tomé asiento y continuó—. ¿A qué se debe esta repentina sorpresa?

Respiré hondo e intenté quitarme de la cabeza que era mi jefa.

Continuamente veía el trato que les daba a mis compañeras y el tuteo y confianza que había entre ellas y no lo entendía, pero sin embargo me gustaba.

Estaba decidida a entrar en ese mundo en el que los jefes hablaban temas personales con sus subordinados, las mujeres salían con hombres sin llevar carabina y vivían como querían. Si había dado el paso más importante que era vivir por mi cuenta, ¿por qué había tardado tanto en adaptarme con el resto de cosas? Sí es verdad que algunos de los rituales que acostumbraba a realizar en mi país, se habían quedado allí. Yo no renegaba de mi cultura pero sabía que aquí la gente me miraría como si fuera un bicho raro, pese a que saltaba a la vista que era extranjera; y además, empezaba a dudar de hasta qué punto eran necesarios. Creía en las cuatro leyes de la espiritualidad y tenía muy claro que hiciese lo que hiciese, sería lo correcto. Entonces, ¿qué había de malo en que no tuviera un altar dedicado a los dioses en mi casa, o bendijera la comida cada vez que la fuera a meter en mi boca?

—He decidido *occidentalizarme* —Mercedes soltó una carcajada que le hizo escupir el agua que acababa de meterse en la boca.

—Me parece perfecto, Lali —contestó, limpiándose el líquido derramado—.

Sabes que llevo tiempo queriendo que vengas a comer conmigo, no te imaginas lo mal que lo he pasado sabiendo que comías sentada en tu máquina de trabajo. ¿Eso no es inaudito en tu cultura? ¿No diferenciáis entre el sitio en el que coméis y el sitio en el que trabajáis?

—Lo normal es que uno no coma donde trabaja, pero eso también lo es aquí, ¿no? —contesté, haciendo ver que no éramos tan diferentes—. Pero sí te diré... —continué, entablado una conversación ajena a la faena por primera vez con mi jefa—, que se come con la mano derecha porque es la destinada a las cosas buenas, y usamos la mano izquierda para las malas. Esa es una costumbre que no he podido quitarme.

—¿Cosas malas como qué? —me preguntó la jefa intrigada.

—Como limpiarse cuando vas al baño a hacer tus necesidades.

—O sea, que os limpiáis el culo con la mano izquierda.

—Sí —contesté, riéndome por la manera en la que lo había expresado.

—Cuéntame más cosas. ¿Qué has visto aquí que sea distinto a tu cultura?

—Mmmmm, lo de los besos. Vosotros os besáis continuamente, y no os importa hacerlo en la calle. Nosotros eso no lo hacemos.

—Eso es porque somos más cariñosos. Algunos —corrigió—. El hijo de puta de mi ex era un burro, frío y sin sentimientos pero vamos, que lo normal es que hayan besos. Muchos besos. Me encantan los besos.

Abrí mucho los ojos al escuchar a Mercedes. Ya sabía que tenía una forma de hablar muy espontánea y divertida. En el tiempo de trabajo, menos cuando nos metía prisa porque Anahí nos estaba dando demasiada conversación y le parecía que estábamos perdiendo mucho el tiempo; lo normal es que ella misma nos gastara bromas (aunque yo no solía levantar la cabeza de la máquina y acostumbraba a ignorarlas, con una sonrisa contenida que aunque ella misma había provocado, pensaba que la ofendería). O de repente llegaba y soltaba: «¡Escuchad el chiste que me acaban de contar! ¿En qué se parece

una cueva a una bala? Pues en que en la cueva hay humedad, y la bala u me da, u no me da», y ella misma se reía de su propio chascarrillo.

Era una mujer muy dicharachera, pero últimamente también tenía momentos en los que en lugar de estar en su máquina de trabajo, se encerraba en la habitación que tenía destinada como despacho con el pretexto de sacar las cuentas del mes, y cuando entrábamos alguna, tras llamar con los nudillos a la puerta, la encontrábamos con los ojos vidriosos. «Se me ponen así de fijar la vista», les decía a Anahí o a Claudia, pues yo jamás me habría atrevido a preguntar; y las chicas sabían que esa mujer escondía una tristeza profunda bajo el carácter animado que mostraba a la gente que la rodeaba.

—Sí, eso quería decir —dije, sonriendo.

—¿Quieres algo de beber? —me preguntó, a pesar de que ella estaba bebiendo agua.

—No gracias, con el agua estoy servida.

—He visto que hoy te has animado a bajar a tomar café con las chicas —

observó. Normalmente siempre llegaba más tarde. Claudia tenía una llave, pues era la que primero llegaba, y Mercedes no solía aparecer hasta las once.

Pero ese día cuando subimos del café ella ya estaba allí, aunque no nos dimos cuenta hasta una hora después, cuando salió de su despacho. Cuando la vi aparecer entre las máquinas, fue el único momento desde que habíamos subido en el que levanté la cabeza de la rematadora para ojear a mis compañeras, que también se estaban mirando perplejas sin entender por qué, si nos había escuchado entrar, no había salido a saludar antes.

Fuera lo que fuese, en ese momento estaba alegre, y yo no iba a ser quien le preguntara si le había ocurrido algo.

—Sí, he tenido un fin de semana movido y querían que se lo contase.

—Son buenas chicas, me gusta que empieces a relacionarte más con ellas.

Y conmigo. Porque imagino que esta no será la última vez que vengas a comer

aquí ¿verdad?

—Si no le importa, me gustaría comer todos los días con usted.

—Claro que no me importa, cariño. Y deja de hablarme de usted, que parece que sea una vieja y solo tengo cuarenta y nueve años. Estoy en la flor de la vida, ¿verdad que sí?

—Verdad.

—Y tú, hija mía, si eres una niña. Me da pena tenerte aquí, la verdad.

—¿Por qué? Yo estoy muy a gusto, y sabe, digo, sabes —me costaba muchísimo tutearla—, que le, te estoy muy agradecida por la consideración que tuvo, tuviste conmigo por darme trabajo sabiendo que estaba embarazada.

—Ay hija, te vi tan necesitada... ¿No has pensado en estudiar y poder dedicarte a algo mejor? —me extrañó que ella me preguntase eso, como si menospreciase la faena que se hacía allí.

—Me gusta este trabajo, no aspiro a nada más que ser feliz en la vida. La forma para conseguirlo cada persona puede resultar diferente, pero hay que tener en cuenta que tiene que haber gente que se dedique a todo: carniceros, pescaderos, logística, cajeras, modistas, basureros, abogados, profesores, médicos... ¿Qué diferencia hay? ¿Acaso uno ha de basar su felicidad en el estatus social o en qué profesión tenga? ¿Qué le, te parecería que ninguna mujer quisiera ser cajera de supermercado, y los hombres también lo desestimarán por prejuzgarlo como un trabajo más digno de la mujer y tampoco quisieran aceptarlo? Llegaríamos al supermercado y nos encontraríamos con que no tendríamos a nadie que nos atendiera. Es más, ¿y si nadie quisiera trabajar de reponedor? ¡Los productos no se colocan solos en los estantes! —Me di cuenta de cómo Mercedes me observaba, y temí que me estuviese sobrepasando con tanta palabrería, pero estaba lanzada y no podía parar—. El mundo en el que vivimos es como una cadena, hace falta gente para todo, y al igual que yo necesito tener un médico que me atienda cuando me pongo enferma; también necesito alguien que limpie la calle para que no parezca un estercolero cuando salga a pasear con mi hija. ¿Crees que tiene derecho a ser más feliz un abogado que un comerciante? Si no hay quien venda

la comida, ¿qué comeremos? Lo importante es que las personas sepamos buscar nuestra felicidad ¿no cree?

—Hija mía, ¿de verdad solo tienes veinte años? —Mercedes estaba alucinando conmigo, y por un momento me dio vergüenza por si había dicho algo que no le gustase, pero su cara era de admiración, y eso me tranquilizó—.

Eres una mujer muy sabia, Lali. No sé por qué viniste a España embarazada porque desde el primer día me diste a entender que eras muy reservada y que no querías hablar de tu vida, pero ahora creo todavía más que deberías dedicarte a algo de más provecho. Y no te lo digo para que seas feliz, sino porque ganarías más dinero, que también es importante, hija —Me agradaba escucharla llamarme hija. Echaba de menos a mi madre y si a partir de ese día iba a comer con ella y me iba a seguir llamando así, aunque jamás en la vida podría sustituirla, estaba segura de que me sentiría arropada con ella.

—Aunque quisiera no podría. Tengo que mantener a mi hija. Además, apenas pude estudiar en Agra y tendría que sacarme la secundaria y el bachillerato para poder acceder a la universidad. No tengo tiempo para estudiar ni dinero para poder dejar de trabajar. Gracias por la apreciación, pero aquí soy feliz.

—Pues me alegro pues, hija. La que también me da pena es Anahí. Ella, con su carrera de filología inglesa, y cosiendo en un taller de confección. Eso sí es una pena, hija.

—Lo es —admití, reconociendo que no me había parado jamás a pensar, por qué mi compañera teniendo unos estudios universitarios, estaba trabajando con nosotras. Sabía que hacía unos años había intentado opositar, pero nos contó a Claudia y a mí que sin dinero para pagar una academia era imposible prepararse bien y estaba perdiendo el tiempo. Aun así, Mercedes tenía razón.

Esther, la hermana de Izan, trabajaba de profesora en un instituto privado, no había tenido que aprobar una oposición para ejercer, y me pregunté si Anahí no habría tirado demasiado pronto la toalla y por qué.

Empezaba a darme cuenta de lo poco que conocía a la gente que me rodeaba. Así como yo no había dejado que me conociesen, estaba tan encerrada en mí misma que apenas me preocupaba saber la vida de los demás.

A Anahí la tenía como una buena chica que, aunque no estuviera de acuerdo en cómo usaba su cuerpo, trataba de ser mi amiga y hacía lo imposible porque me adaptara. Claudia, parecía más formal, y era menos abierta, pero también me había causado una buena impresión y me sentía bien con su compañía. En algo Mercedes se equivocaba, mi felicidad estaba en aquel taller; ganar más dinero era lo que menos me preocupaba cuando con lo que tenía llegaba para cubrir el mes.

Después de comer, le pedí a mi jefa diez minutos para bajar al supermercado.

—¿Cómo no te los voy a dar? Tus compañeras ni siquiera han llegado aún

—advirtió Mercedes, dándome a entender que el tiempo que tardaban las chicas en ir a su casa, yo lo dedicaba a trabajar y solo perdía los quince o veinte minutos que tardaba en comer.

Bajé expresamente para comprar café. Si Izan me iba a llevar a casa, seguramente querría subir y quería tener algo que ofrecerle que supiera que le gustaba. No iba a comprar cerveza porque de todos modos no la podría enfriar, me negaba a pedirle a Mercedes que me dejara usar su nevera para tal cosa, así que de momento el café estaría bien.

Tal y como habíamos quedado, Izan vino a por mí a las siete, hora a la que le había dicho que salía todos los días porque tenía que recoger a Carmen antes de las siete y media (aunque tras su inesperada aparición tenía muy claro que eso ya lo sabía). La guardería estaba a quince minutos andando, pero me sabía mal apurar tanto el tiempo. Pensaba que las puericultoras tendrían ganas de cerrar y llegar a casa, y cuanto antes se llevaran a los niños antes lo podrían hacer. Además, mi hija se pasaba allí desde las nueve de la mañana, y aunque lo llevara muy bien, yo no podía evitar sentirme culpable por tenerla allí tantas horas.

Bajé a la calle y lo encontré apoyado en su coche, que había tenido la suerte de aparcar justo en la puerta, con los brazos y las piernas cruzadas y una medio sonrisa en su rostro. Estaba muy guapo, con su abrigo negro hasta las rodillas y el pelo engominado hacia atrás. Sabía que esa mañana Sheila se había presentado en su consulta y eso le había amargado el día, y notaba que aunque intentaba estar contento por mí, en realidad había algo que se lo

impedía.

—Hola –saludé.

—Hola preciosa –Izan se acercó hasta mí con la intención de besarme en los labios, pero yo me puse nerviosa y lo esquivé, de modo que chocó contra mi mejilla. Aun así, la descarga eléctrica la sentí como si hubiese metido los dedos en un enchufe.

Me pareció ver en sus ojos decepción, y me arrepentí de lo que había hecho; pero para mí ya era bastante dejar que me diera un beso en la cara estando en la calle. De ahí a que me lo diera en la boca tendría yo que cambiar mucho, y esperaba que fuera así, porque no me gustaba que Izan se molestara por eso.

—¿Cómo estás? –pregunté, intentando que la conversación le hiciera olvidar la casi cobra que le acababa de hacer.

—Bien, un poco jodido pero bien. Vamos, sube al coche que hace fresco.

Estábamos a finales de marzo, los días ya alargaban y el duro frío del invierno se había ido, pero esa tarde hacía mucho aire y era bastante molesto.

Recogimos a Carmen de la guardería y de ahí fuimos a casa de su hermana.

Yo ya sabía que Esther le recogía a Amanda del colegio porque el horario de Izan era incompatible. Ella, como solo trabajaba unas horas por la mañana tenía el resto del día para dedicarlo a sus hijos y ayudar a su hermano con su sobrina.

—¿Quieres subir? –me preguntó, una vez llegamos.

—Me gustaría pero es tarde, preferiría que no tardases mucho.

—Está bien, te entiendo.

Izan salió del coche y lo vi tocar al timbre. Unos segundos después entró en el patio y yo me giré para comprobar cómo estaba mi pequeña. Como habíamos quedado en volver a vernos y no pensé que fuera a necesitar la silla de Carmen antes, le pedí a mi amigo que la dejara en su coche, así podría llevar a

mi hija sin problemas.

Carmen se había quedado dormida, y temí que cuando llegara a casa se despertase y por la noche no hubiera forma de dormirla. Era bastante dormilona, pero si se hacía una siesta tan tarde, corría peligro la noche. Pensé en despertarla pero la vi tan a gusto que me dio pena, así que volví a mirar hacia adelante y apoyé la cabeza sobre la ventana.

Izan bajó unos minutos después, acompañado de su hija.

—Hola Lilaaaaa –gritó la niña en cuanto entró al coche.

—Laaali, cariño ya te dije que se llama Lali –la corrigió Izan.

—Ya lo sé papi, pero me gusta llamarla Lila porque me *sifla* mucho el color.

—A mí también me gusta mucho el color lila –afirmé—. Llámame como quieras, cariño.

—Liiiiila Liiiiiiila Liiiiiiiiiiiilaaaaa –canturreó ella.

Izan puso los ojos en blanco y arrancó el coche.

—Te aviso de que si le consientes todo no te la quitarás de encima –susurró, intentando que su hija no lo oyera.

—¿Por qué se ha *momido Camen*? –escuchamos a la niña preguntar.

—El coche la deja cao, ¿a ti no te pasa? –le expliqué.

—A mí no. A mí no me gusta naaaaada *momir*.

—Te lo puedo asegurar –afirmó Izan.

Llegamos a mi casa y como ya suponía, Izan me ayudó subiendo él en brazos a Carmen. Mi hija se removió entre sus brazos pero no se despertó, por lo que cuando Izan me preguntó dónde la dejaba, le conduje hasta su habitación para que la metiera en su cama.

—Papi, ¿*puero* jugar en la habitación de *Camen*? —preguntó Amanda.

—No cariño, ¿no ves que está dormidita? Intenta no hacer mucho ruido para no despertarla —le advirtió su padre.

—Joo, qué rolloooo.

—Lali, ¿por casualidad no tendrás alguna película de dibujos animados para que se entretenga? —me preguntó, preocupado porque su hija no nos

dejara estar un rato tranquilos.

Yo todavía no le ponía películas a Carmen. Con ponerle *Clan* en la televisión ya tenía suficientes dibujos animados, no entendía nada de lo que decían y solo le llamaban la atención por el movimiento y los colores, pero recordé que mi hermano me había traído un día un lote de películas Disney que había encontrado de oferta y que aunque no las iba a ver aún, le pareció buena idea comprarlas para cuando fuera más mayor.

—A ver, venid conmigo.

Entramos en mi diminuto comedor y abrí el armario en el que reposaba la televisión.

—Tengo Aladdin, La sirenita, Enredados, Cenicienta —fui enumerando conforme las iba sacando de la caja de la que hasta ahora no habían salido—, Blancanieves, Frozen...

—¡¡ *Frosen*!! —gritó la niña.

—¡Perfecto! —aplaudí yo.

Una vez Amanda quedó contenta con su película puesta y bien cómoda en el sofá, nosotros fuimos a la cocina, en donde saqué el paquete de café que había comprado a mediodía, del bolso que todavía llevaba colgado.

—En serio Lali, este piso es pequeñísimo.

Lo miré molesta porque se quejara tanto de mi casa, yo estaba a gusto y no me

gustaba que criticasen mis cosas, sobre todo cuando era algo que había conseguido con tanto esfuerzo. Como se dio cuenta de mi reacción, intentó arreglarlo.

—Lo siento, preciosa. Es que llevo un día de perros hoy.

—¿Qué ha pasado con Sheila? ¿Cómo es que ha podido pasarse por otra mujer? —pregunté preocupada, mientras empezaba a poner la cafetera—.

Perdona, no te he preguntado si querías café.

—Sí, gracias. Lo que me sorprende es que tengas, creía que no te gustaba.

—Y no me gusta. Bueno, he de decirte que esta mañana me he tomado un cortado y ya no me ha estado tan malo. Pero este lo he comprado por ti.

—Bonito detalle, muchísimas gracias.

—No hay que darlas, gracias a ti por recogernos. Oye, la silla sigue en tu coche, deberías subirla —recordé de pronto.

—De eso nada. ¿Cómo os podré recoger mañana sin la silla?

—Izan, ¿tienes pensado recogernos todos los días o qué? —pregunté confusa, esperando que me dijera que no.

—Por supuesto, ¿acaso lo dudabas?

—No hace falta, de verdad. Es más, cuando vengo paseando Carmen no se duerme porque va entretenida con todo lo que ve a su paso; como se despierte ahora no habrá quién la duerma luego y me dará la noche.

—Tonterías, si tu hija se ha dormido ha sido porque estaría agotada.

Seguro que no se despierta hasta mañana.

—Aunque así fuera, de momento ya no puedo bañarla. Y además, si no la veo en todo el día y luego se duerme, ¿cuándo voy a disfrutar de ella? —Lo que le estaba diciendo lo estaba pensando sobre la marcha, pero tenía claro que no

era buena idea que mi hija se durmiera todas las tardes por el camino. No era ninguna excusa para que Izan no viniera, de eso estaba segura.

—Pues entonces súbete atrás con ella y entreténla para que no se duerma.

Fin de la conversación.

Nos quedamos mirando, él con una sonrisa triunfal y yo con una mirada entre enfadada porque siempre se tuviera que salir con la suya y alegre porque insistiera tanto en verme. Al final, puse los ojos en blanco y me di por vencida.

—Está bien. Cuéntame lo de Sheila.

19.EL CONVENIO.

Le conté a Lali la mañana que me había dado la inesperada, inoportuna y desafortunada visita de Sheila, cómo había tenido que atenderla contra mi voluntad, e incluso la proposición de mi padre sobre que desatendiéramos su citología. Como esperaba, aunque mi amiga no acababa de entender por qué habría hecho la madre de mi hija algo así, no estaba de acuerdo en no analizarla.

—¿Y si tiene algo? —preguntó, preocupada.

—¡Qué va a tener! Lo que tiene es más cara que espalda, pero no te preocupes, mi ética profesional me impide hacer algo así.

Además, esa tarde me había llamado la abogada de Sheila dándome un ultimatum: o quedaba con ella en esa semana o emprendería un proceso contencioso contra mí. Al final, como no quería que de nuevo mi nombre volviera a estar en boca de todos, accedí a quedar con ella al día siguiente.

—No te puedes imaginar la impotencia que siento ante esta situación —le expliqué a mi dulce amiga.

—La verdad es que no, Izan. Siento no poder ayudarte. Debe de ser muy duro pero no sé, intenta entender que es su madre. A lo mejor es verdad y lo único que quiere es acercarse a su hija, que Amanda llegue a quererla... —dijo Lali,

con su melodiosa voz.

La miré con cariño. Desde luego, ella era una joven demasiado buena como para poder ver la maldad en los demás. Pero yo no me creía que las intenciones de Sheila fueran buenas. Ojalá hubiese sido así desde el principio.

A pesar de su falsa acusación, si ella hubiese querido a su hija yo no me habría opuesto. A mi pesar, era su hija y lo ideal hubiese sido que se hubiese criado con ambos progenitores. Pero no fue así. No, no lo fue, y ahora no entendía por qué de repente le había entrado ese instinto maternal que trataba de hacerme creer.

—No lo sé, Lali. Nunca la ha querido, ¿por qué iba a quererla ahora?

¿Sabes las noches que pasé en vela cuando era recién nacida porque pasó dos meses con cólicos? ¿Sabes la pena que me dio tener que criar a mi hija con biberón porque su madre, por no quererla, no le dio pecho? ¿Sabes las peripecias que tuve que hacer en el trabajo para poder compaginarlo con la paternidad? Suerte que todo me pilló recién acabada la carrera y como ya tenía

un puesto en la clínica de mi padre, me dejó pasar muchas faltas al trabajo porque Amanda estaba enferma, retrasos en los horarios porque saliendo de casa se había hecho caca y me había tocado cambiarla de arriba abajo, llamadas de la guardería porque se había dado un golpe... Todo eso me lo he comido yo, he tenido que hacer de padre y madre durante los casi cuatro años que tiene, ¿y ahora quiere verla? ¡No es justo!

—La vida no es justa, Izan, pero trata de ponerte en su lugar. Dices que era una cría cuando se quedó embarazada, igual no se sintió con fuerzas para ser madre y ahora que ha madurado está arrepentida —Me daba rabia que Lali no me apoyase, pero no podía enfadarme con ella porque sabía que estaba hablando desde su punto de vista de madre. Empatizaba con ella porque no la conocía y no podía culparla por eso.

—Tú no la has visto, Sheila es de todo menos madura —opiné, y como me estaba agobiando demasiado el tema, decidí cambiarlo—: Cuéntame, ¿qué tal esta mañana con las chicas? ¿Te han acribillado a preguntas?

—Jajaja, sí, imagínate. Pero creo que se han quedado un poco decepcionadas.

—¿Y eso por qué? —pregunté, intrigado.

—Porque según Anahí, esperaba más chicha. No sé a qué se referiría con eso pero, ¿te puedes creer que me han preguntado si nos hemos acostado? —Me quedé inmóvil, sin saber cómo reaccionar o tomarme lo que me estaba contando. Por un lado, me dolió pensar que para ella acostarse conmigo fuera algo tan inverosímil; por otro, entendía que si debíamos ir despacio, algo así tardaría mucho en llegar, y no es que me hiciera gracia, pero lo asumía.

Entended, soy un hombre, y cuando una mujer me gusta lo quiero todo de ella, y eso incluye el sexo. No es que no tuviera muy claro que con Lali de momento no iba a pasar, fue la forma en la que lo dijo lo que me dejó sin palabras.

—Vaya, mira que pensar eso de ti —dije con más sarcasmo del que hubiese querido.

Lali me miró extrañada. Por un momento quise disculparme, unos segundos después pensé que lo mejor sería preguntarle por qué me miraba así; pero la respuesta la sabía de sobra, así que opté por nuevamente, cambiar de tema.

—Y la faena, ¿te ha cundido mucho hoy?

—Sí. La verdad es que he aprendido mucho desde que estoy en el taller y cada vez las manos van más rápidas y lo hago mejor. Sabía que en este trabajo

solo necesitaba tener experiencia y creo que por fin la he adquirido. Supongo que ahora ya podré tomar café con mis compañeras más a menudo, así podré conocerlas mejor.

—Me alegra saber eso. También puedes quedar con ellas fuera del trabajo, sabes que valoro mucho lo que haces como madre y que pienso que tienes derecho a vivir la vida, ¿verdad?

—Ya lo sé Izan, pero la forma en la que he vivido mi vida hasta ahora no ha tenido nada que ver con lo que me dijiste en el cumpleaños de tu hermana —

Ahora quien miraba extrañado era yo—. Quiero decir que si dedico mi vida a

mi hija lo hago porque quiero, por mí, no por ti. ¿Entiendes?

—Ya. Yo solo te lo decía para que sepas que conmigo no has de justificarte por lo que hagas, sé que eres una buena madre —No sabía si sentirme ofendido.

Estaba claro que Lali no me estaba diciendo nada con ninguna mala intención, pero esa mujer me desconcertaba y nunca sabía cómo comportarme con ella para que no se ofendiese o asustase. Solo se lo había dicho para que no se sintiese mal por vivir la vida, pero al parecer ella vivía sin pensar en mí, y creo que fue eso lo que me molestó—: También podríamos quedar nosotros durante el fin de semana, ir al cine... Lo que te apetezca. Salir a pasear... ¿Ya has visto todo lo que merece la pena ver en Valencia?

—Izan, me parece muy bien todo lo que dices, pero si nos vamos a ver todos los días entre semana, ¿no crees que vernos también el fin de semana no hará que acabemos hartos el uno del otro? —Ahora sí que estaba jodido. ¿Acaso Lali no quería pasar todo su tiempo libre conmigo, como a mí me apetecía hacerlo con ella?

—No lo sé, Lali. Podemos probar a ver. Me apetece pasar tiempo contigo, y entre semana serán ratos tan cortos como el de hoy. Quiero que hagamos cosas divertidas juntos, con nuestras hijas, ¿acaso tú no?

—Sí, pero como te dije, quiero ir despacio, y me parece que esto no está yendo así.

—Por el amor de dios, ¡si ni siquiera nos hemos vuelto a besar! Te juro que me estoy controlando contigo, si fueras otra mujer ya te habría llevado a la cama —Vi los ojos asustados de Lali e intenté tranquilizarme. Al cabo de unos segundos, continué—: Lali, será mejor que me vaya ya, es tarde.

—De acuerdo. Entonces, ¿te veo mañana? —musitó.

—Sí, pasaré a por ti a la misma hora que hoy —contesté, antes de llamar a Amanda para que se pusiera la chaqueta e irnos.

Me despedí de ella dándole un beso en la mejilla y salí de su casa con un

calentón de narices. Me hubiese gustado agarrarla de la cintura y devorarle la boca, pero tenía claro que con Lali no podía ser así. Si quería tener algo con ella tendría que ser a su manera, y pedí al universo, que me diera paciencia para soportarlo.

Al día siguiente quedé con Sara López, la abogada de Sheila, en el rato que tenía para comer. Tomamos café en una cafetería cercana a la clínica, ya que ella se había ofrecido a ser quien se desplazara, por el bien de su clienta.

Después de media hora de discusión durante la cual traté de hacerle entender que por más que hiciésemos un convenio, estaba seguro de que Sheila no lo cumpliría, al final traté de ser justo, como ella insistía y como sabía que Lali habría querido, y empezamos a intentar llegar a un acuerdo.

Sara me proponía, según le había pedido su clienta que hiciese, que Sheila viniera a ver a su hija los miércoles un par de horas y que tuviera derecho a llevarse a Amanda los fines de semana alternos, solo que mi obcecada negación me hizo entender que pretendía llevársela todos.

—¿Todo un fin de semana con esa mujer? ¡Ni de coña! —solté, muy excitado.

—Tiene derecho a disfrutar de su hija en su tiempo libre. Sheila entre semana trabaja y le resulta difícil poder quedársela a dormir porque su horario es incompatible con el horario escolar de Amanda, por eso me ha pedido quedársela los fines de semana.

—¿Y en qué trabaja, si se puede saber? ¡Yo también tengo un horario incompatible y me las he tenido que estar apañando desde que mi hija nació! —

pregunté, sin creer que alguien como ella pudiese haber encontrado un trabajo.

—Eso no es asunto mío decirlo. Si quiere saberlo hable con ella. Mire señor Vilanova, sabe que no puede hacer nada al respecto, es su madre y tiene derechos.

—Derechos a los que renunció cuando nació su hija —aseveré, cada vez más enfurecido.

—Vale, veo que usted no va a admitir que mi clienta era muy joven para tomar decisiones cuando tuvo a su hija así que vamos por partes. ¿Acepta que la señorita Sánchez vea a su hija los miércoles durante dos horas?

—No.

—¿Por qué no? —Sabía que la abogada estaba perdiendo la paciencia pero me daba igual, yo la había perdido hacía rato.

—En todo caso aceptaré una hora, que es el tiempo que la llevo yo al parque entre semana. Más no porque luego tiene que llegar a casa, ducharse y cenar pronto para acostarse a una hora prudente. Eso lo entiende ¿verdad, señorita López?

—Señora —me corrigió—. Está bien, se lo haré saber así a mi clienta.

Entonces ponemos los miércoles una hora. Durante ese tiempo, Sheila la recogerá donde usted diga y la llevará donde ella quiera con la única condición de que esté de regreso pasada la hora.

—¿Cómo dice? ¿Quiere decir que no voy a poder supervisar lo que haga durante esa hora? ¡Ni pensarlo!

—Señor Izan, tranquilícese. Debe confiar en la madre de su hija, ella solo quiere el bien para Amanda. Quiere que la conozca, que sepa que es su madre y que puede contar con ella.

—¡Ja! ¡Y una mierda!

—Si va a seguir siendo así de maleducado me verá obligada a dar por terminada esta conversación y emprenderé un proceso contencioso contra usted —me amenazó la abogada.

—Mire señora, no puedo dejar de comportarme como lo hago porque esa mujer estuvo a punto de arruinarme la vida, así que o lo toma o lo deja. A mí me da igual lo que haga contra mí, más de lo que casi estuve a punto de perder no me va a joder.

—Está bien, le entiendo —dijo, tranquila, ante mi asombro. Estaba claro que la abogada quería llegar a un acuerdo por las buenas y yo no se lo estaba poniendo fácil. Me encendí el tercer cigarro desde que me había encontrado con ella y le di una calada, esperando a que la señora López siguiera hablando

—: Pero entienda usted lo que puede pasar si vamos a malas. Usted no quiere que su ex mujer...

—Ni es mi ex ni es nada en mi vida —la corregí.

—Es la madre de su hija, creo que eso ya es mucho. Pero como le decía, si no llegamos a un acuerdo entre nosotros, Sheila podrá pedir la custodia compartida, tendrá derecho a verla tanto como usted, y creo que eso no es lo que quiere, ¿verdad? —Asentí con la cabeza y continuó hablando—: Estoy aquí para ayudarle, créame. Entiendo que lo que hizo mi clienta estuvo mal, pero quiere recuperar el tiempo perdido, reconoce su error y quiere enmendarlo.

—Está bien, dejaré que haga lo que quiera con mi hija durante esa hora — acepté—. En cuanto a lo de los fines de semana...

—Podemos llegar a un acuerdo al respecto si quiere —Escuchar eso me dejó más tranquilo, pero solo un poco. Todavía faltaba ver en qué tipo de acuerdo estaba pensando la abogada.

—Según me ha dicho mi clienta, usted trabaja algunos sábados por la mañana —Volví a asentir—. Bien, si le parece mal que mi clienta tenga a su hija todo el fin de semana, le propongo que se la lleve los viernes por la noche y se la devuelva el sábado a la misma hora. Así, si usted tiene que trabajar no tendrá la obligación de su hija, y Sheila podrá pasar un día y una noche con ella.

—Para mí mi hija no es ninguna obligación —murmuré, sin acabar de estar convencido con lo que me proponía—. Y sigue sin parecerme bien que Amanda pase la noche con ella. ¡Pero si no sé ni siquiera dónde vive!

—En el convenio quedará todo detallado, vuestros domicilios, números de contacto, horarios estipulados... Todo.

—Saber una dirección no me parece bastante. No sé nada de esa mujer, solo ha aparecido en mi vida en contadas ocasiones y porque yo quería que Amanda la conociese, ¿y ahora me viene con exigencias? Joder, es que sigo sin poder creer que vaya con buenas intenciones.

—Mi clienta vive con sus padres, dice que los abuelos también quieren disfrutar de su nieta, y por eso quiere llevársela los fines de semana.

—Pues a buenas horas muestran algún tipo de interés en su nieta. Ellos fueron los primeros que apoyaron a Sheila en su decisión de abortar. ¿Me va a decir usted que ellos tampoco sabían lo que hacían?

—La gente comete errores señor Vilanova, ¿usted nunca ha cometido un error?

—Por supuesto que sí, el más gordo fue tirarme a esa... —Me mordí la lengua porque sabía que estaba agotando la paciencia de la abogada y no quería decir algo de lo que luego pudiera arrepentirme.

—Entiendo cómo lo ha debido de pasar...

—No, usted no entiende nada —la interrumpí—. Si lo entendiera no estaríamos aquí intentando llegar a un acuerdo que beneficia a una mujer que no quiso tener a su hija.

—Le repito, que yo pretendo ir a buenas por usted. Hiciera lo que hiciera Sheila en el pasado, la ley del menor ampara el derecho a que su hija disfrute de ambos progenitores, y como le digo, si no llegamos a un acuerdo, quizás un juez dictamine algo todavía más perjudicial para usted. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo —contesté, irritado—. Pero una cosa, me está hablando de fines de semana en plural. ¿No pretenderá llevársela todos?

—No Izan —Fue la primera vez que me llamó por mi nombre de pila sin anteponer el señor—. Si hubiese escuchado en lugar de declararse en rebeldía desde el momento en el que hemos empezado a hablar, recordaría que le he

dicho que su ex, digo, mi clienta se llevará a su hija los fines de semana alternos. Otra cosa son los períodos vacacionales de Amanda.

—¿Cómoooo? —me levanté de la silla, saqué el paquete de tabaco y encendí el último cigarro.

—¡Señor Vilanova! —Sara se levantó, me cogió del brazo e intentó tranquilizarme, pues mi cuerpo había empezado a moverse por sí solo, nervioso, enojado y muy, muy irritado—. Siéntese, por favor —Hice lo que me pedía y la miré con odio, como si ella fuera la culpable del mal rato por el que estaba pasando cuando en realidad sabía que solo Sheila tenía la culpa de aquello.

—No pienso aceptar nada más, señora López. Miércoles de siete a ocho y fines de semana alternos, la recogerá a las ocho y me la traerá a la misma hora del día siguiente. Nada más.

—Izan, cuando su hija tenga vacaciones, mi clienta también querría poder verla un poco más.

—Le repito que no pienso acceder a nada más —dije, apretando los dientes que ya chirriaban por la impotencia.

—Bien, no acepta lo de las vacaciones durante el año pero, ¿podemos llegar a un acuerdo para el verano? Tenga en cuenta que le puede beneficiar si usted decide irse de vacaciones con su hija.

—¿A qué se refiere? —pregunté, sin saber por dónde iba.

—Si solo firmáis lo que acabamos de concretar, usted tendrá la obligación de dejar que su hija se vaya con su madre cada dos viernes durante todo el año, además de que tendrá que estar todos los miércoles disponible. Sin embargo, si permite que mi clienta vea a su hija durante más días seguidos en los meses de verano, podría agrupar los días y estar libre lo que le quede de mes para hacer con su hija los planes que quiera. ¿Qué le parecería que Sheila pudiera llevarse a su hija una semana durante el mes de julio y otra durante el mes de agosto?

—Me parecería que usted no sabe sumar. Son dos noches y dos días al mes, ¿y usted pretende que deje que se vaya una semana entera? Ni hablar. No voy a

separarme de mi hija tanto tiempo, eso que le quede claro.

—Ha de contar también las tardes de los miércoles.

—Las tardes de los miércoles son dos horas más al mes. Súmelo a ver qué le sale.

—Son cuatro horas, hemos quedado en que vendrá todos los miércoles.

—Joder. Mire Sara, estoy saturado por hoy. No puedo más, créame.

—Ya imagino. Para usted todo esto es nuevo y sé lo unido que está a su

hija, solo hace falta ver cómo se comporta. Si quiere, redactaré el convenio con lo que hemos acordado y le cito la semana que viene para que me diga qué le parece. Solo una cosa más, ¿hasta dónde estaría dispuesto a aceptar que su hija se fuera con su madre en verano?

—No lo sé, ahora estoy demasiado alterado como para pensar más.

Perdóneme pero he de volver al trabajo y necesito desconectar de toda esta mierda antes —Me di cuenta de que lo que acababa de decir estaba fuera de lugar, había tratado mal a una mujer que solo hacía su trabajo, ¡pero es que su trabajo me estaba jodiendo la vida a mí! —Y discúlpeme también... por esto...

En fin...

Me levanté, le di dos besos de cortesía a la abogada y quedé con ella en que me llamaría pasados unos días para terminar de concretar lo de las vacaciones, algo que me atormentaba porque no entraba en mis planes separarme de mi hija durante tanto tiempo.

Esa tarde, como había vuelto al trabajo sin comer, pues solo tomé un café mientras hablaba con la abogada, salí de la clínica con un hambre atroz.

Cambié el orden de recogida y fui a por Amanda, después pasé por el taller en el que trabajaba Lali, y le pregunté si le apetecía que fuéramos a hacer una merienda cena a algún sitio. Le expliqué que no había comido y me sugirió que entrásemos en una hamburguesería que quedaba cerca de la guardería de Carmen. Amanda estaba encantada por cenar fuera de casa, pues como todavía no tenía el sentido del tiempo, no se dio cuenta de lo pronto que era y de que no hacía mucho que mi hermana le había dado la merienda. Lali, al principio dijo que no quería tomar nada, pero insistí hasta que conseguí que aceptara una hamburguesa sencilla, y yo me pedí la especial de la casa.

Estuvimos hablando de cómo nos había ido el día mientras cenábamos, pero no quise sacar el tema de la abogada delante de Amanda. Cuando llevé a Lali y a Carmen a su casa, le dije que ese día le ayudaría a subir a la pequeña pero no me quedaría porque ya era tarde para Amanda. La avisé de que la llamaría más tarde porque necesitaba contarle algo. Ella asintió con la cabeza, sonrió, y cerró la puerta, dejándome un sabor de boca agrisado provocado por la grata sensación de estar con ella, más la ausencia de algo que me diera a entender que de verdad lo que teníamos era algo más que una simple amistad.

20.MIEDOS.

Cada vez que Izan se acercaba a mí todo mi cuerpo se echaba a temblar.

Deseaba y me aterraba con la misma intensidad que sus labios volvieran a estar sobre los míos, pero ni me atrevía a ser yo quien diera el primer paso, ni hacía nada para que fuera Izan quien lo diese.

Esa noche, cuando cerré la puerta, supe que las cosas no iban bien, y tuve miedo de que mi amigo acabara cansándose de mí. ¿Qué podía hacer? ¿Estaría bien que le enviara señales para darle a entender que deseaba que me besara?

¿Lo vería como un descaro por mi parte?

Cuando más tarde me llamó, pensé que debía hablar con él del tema, pero después de que me contara la conversación que había tenido ese día con su abogada, creí que sería mejor dejarlo para otro momento. Demasiado afectado estaba como para que encima yo lo marease más.

Durante toda esa semana Izan estuvo viniendo a recogerme al trabajo junto a su hija, después íbamos a por Carmen, yo me sentaba detrás con las niñas para que mi pequeña no se durmiera durante el camino, y al llegar a mi casa subíamos e invitaba a café a mi ginecólogo. Mientras, las niñas jugaban e Izan se iba a tiempo para que pudiera bañar y darle la cena a Carmen.

El viernes, noté que Izan estaba distinto. No me había atrevido a hablar sobre nosotros y no nos habíamos vuelto a besar; hablábamos de cosas triviales y no mencionábamos hacia dónde iba lo nuestro. Como veía que él estaba amable y cariñoso conmigo, pensé que no le molestaría que fuésemos tan despacio.

—Izan, ¿te pasa algo? —le pregunté, preocupada cuando vino a recogerme.

—Hoy me ha vuelto a llamar la abogada —contestó entre dientes.

No pregunté nada más, pues sabía que no le gustaba hablar de ese tema delante de Amanda, pero en cuanto estuvimos en mi piso, a solas en la cocina, volví a sacar el tema.

—Me ha llamado porque después de hablar con Sheila sobre nuestra conversación del martes, esta le ha propuesto recoger ella del colegio a Amanda los miércoles y tenerla hasta que yo salga de trabajar.

—¡Eso está muy bien! —exclamé, dando un voto de confianza a la madre que pretendía ganarse el cariño de su hija.

—¿Te parece bien? —preguntó Izan, enojado.

—¿Qué hay de malo? Así la podrás recoger a una hora prudente, como si la recogieras en casa de tu hermana, y Amanda no estará hasta tan tarde por ahí. Podrá llegar a casa antes, ¿qué es lo que no te parece bien a ti?

—Que esté con Sheila tantas horas. No me fío de ella... ni me hace ninguna gracia —masculló.

—Izan, dale una oportunidad. ¿No crees que es mejor que la tenga desde que salga del colegio a que tú estés obligado a entregársela a una hora tan tardía? Yo creo que ha tenido una buena idea. ¿Qué le has dicho a la abogada?

—Joder, que no me parecía bien. ¿Qué querías que le dijera? Me da miedo, Lali. Esa mujer es una irresponsable que solo quiere joderme a mí, lo reconoció cuando vino a la consulta.

—¿De qué tienes miedo? —pregunté, intentando ahondar en el fondo de su alma. Quería que se desahogara conmigo, que aceptara mis consejos; quería sentir que formaba parte de él, de su vida, aunque hasta ahora solo pareciese que fuéramos amigos.

—Tengo miedo a que no se presente en el colegio, que Amanda se haga ilusiones de que tiene una madre y luego desaparezca; pero sobre todo, temo que mi hija llegue a quererla más que a mí.

—¿Cómo puedes pensar eso? ¡Eso nunca va a ocurrir, Izan! Amanda sabe que ella es tu vida, tu princesita ¿recuerdas? —advertí, intentando que se sintiese mejor.

—No sé, Lali. Es todo tan complicado. Con lo tranquila que era mi vida y de pronto aparece Sheila queriendo formar parte de mi hija, llegas tú y me desconciertas...

Se quedó callado mientras observaba mi reacción, aturdida por su comentario y sin saber tampoco qué decir.

—Izan yo... Siento si te estoy mareando; yo estoy igual, aunque no lo creas.

—¿Qué estamos haciendo, Lali? ¿Somos amigos, somos algo más...?

—Me gustaría pensar que somos algo más.

—Entonces, ¿por qué siento que marcas una distancia infranqueable entre nosotros? Tengo miedo de acercarme a ti y que me rechaces, tengo miedo de asustarte, y sobre todo, tengo miedo de que algo que ni siquiera ha empezado, termine.

—Yo también —musité.

—¿Tú también, qué?

—Yo también tengo miedo de que te canses de mí y esto termine.

—Oh, Lali, ¿cómo me voy a cansar de ti si todavía no he sabido lo que es tenerte? Déjame tenerte, por favor.

Asentí con la cabeza, pues se me había formado un nudo en la garganta que me impedía hablar, y me tembló todo el cuerpo cuando vi cómo se acercaba hasta mí. Me cogió de la cintura con mucho cuidado, despacio, temiendo mi reacción, y cuando le sonreí, su precioso rostro mostró una encantadora sonrisa y acercó sus labios a los míos. Nuevamente me besó con delicadeza, temiendo ser rechazado, y una vez más sentí esa descarga eléctrica por todo mi cuerpo cuando nuestros labios se juntaron.

—Lali, necesito esto más a menudo —susurró en mi oído, haciéndome estremecer. Pasó su dedo índice por mi frente para retirarme un mechón de cabello y lo deslizó por mi mejilla hasta colocarlo detrás de mi oreja. Sentir su piel junto a la mía hacía que mi cuerpo se excitara de tal manera que el corazón se me iba a salir del sitio.

—Bésame otra vez —me atreví a suplicar. Él lo volvió a hacer encantado, cosa que agradecí porque me acababa de dar cuenta de que sentir sus labios era lo que más me gustaba en el mundo. Volvió a besarme suave, pero a medida que vio que le daba permiso, su lengua se fue introduciendo dentro de mi boca y una explosión de placer se apoderó de mi cuerpo, de tal modo que veía estrellitas de colores, aun con los ojos cerrados. Rajiv nunca me había besado así, y aunque lo hubiese hecho, yo jamás sentí con él el hormigueo que sentía cuando estaba con Izan. No era una experta en besos, me limité a imitar lo que él hacía, disfrutando de su sabor... Hasta que escuchamos el correteo de una niña y nos separamos como si hubiésemos estado haciendo algo muy malo.

—Papi, la peli se ha *quitado* y yo no he hecho *nara* —dijo Amanda, con el mando del DVD en la mano.

—Seguro que no —observó su padre, poniendo los ojos en blanco.

Le acompañé al comedor, donde Carmen jugaba en su mantita, y vimos que efectivamente, la película “Enredados” había dado paso al programa “Ahora caigo”. Miré el reloj y pensé que era la hora del baño de Carmen. Izan, al

darse cuenta, le dijo a su hija que era hora de marcharse y mientras la pequeña se ponía la chaqueta, él me cogió de la mano y me llevó hasta la cocina, para que estuviésemos a solas.

—Lali, mañana por la mañana tengo que ir a la clínica, pero por la tarde quiero que quedemos. Necesito pasar más tiempo contigo, estos escasos momentos no me son suficiente, ¿lo entiendes?

—Sí —admití, pues después de aquel beso yo también necesitaba más.

—Mi padre me ha pedido que coma con él, pero después si quieres puedo pasar a por vosotras y vamos a dar una vuelta.

—Vale, me parece bien —contesté.

—Papiiii, ¿vamos o qué? —escuchamos a Amanda gritar desde el recibidor, a pesar de que no le habría hecho falta, por lo cercano que estaba todo en mi pequeño pisito.

—Bueno, tengo que irme —dijo, sonriendo de medio lado mientras arrugaba una ceja de la forma más atractiva que había visto jamás—. Me ha encantado besarte —Y tras decir esto, me dio un rápido beso en los labios y fue hasta donde estaba su hija esperándolo.

Esta vez cuando cerré la puerta me deleité apoyada sobre ella recordando lo que acababa de suceder. Tenía que bañar a Carmen pero podría esperar cinco minutos más. Necesitaba reponerme, darme cuenta de que no había sido un sueño porque todavía sentía su sabor en mi boca.

Acaricé mis labios y cerré los ojos. Mi corazón palpó con fuerza recordando lo ocurrido. Sí, estaba feliz con la misma intensidad que estaba asustada, pero sabía que tenía que vencer mis miedos. Izan no tenía nada que ver con Rajiv, él nunca me trataría mal, y lo que mi cuerpo sentía a su lado era muy distinto de lo que había sentido con un marido impuesto que me despreció cada día que pasamos juntos.

Unos minutos después, bañé a Carmen, le hice la cena y descongelé un táper que tenía en la nevera. Como no me gustaba cocinar para mí sola, cuando lo

hacía preparaba mucha comida para que sobrara y así no tener que hacerme nada otros días. Mientras se descongelaba, me acosté con mi hija para que se durmiera de su forma favorita, enganchada a mi pecho, y le escribí un whatsapp a mi hermano preguntándole cómo iba todo. Normalmente recibía continuos mensajes de él o de Laura preocupándose por mí y ese día me extrañó que no lo hubiesen hecho.

Bhadrak no tardó en llamar, tras leer el mensaje.

—Hola hermana, perdona que hoy no te haya dicho nada, pero es que no estaba de muy buen humor.

—¿Por qué? ¿Otra vez Rajiv? —pregunté, esperando errar en la respuesta.

Como Carmen ya estaba dormida, me incorporé y dejé a mi pequeña plácidamente en su cama.

—Sí, pero no te preocupes. Esta mañana le he mandado el dinero que pedía y no creo que vuelva a molestar. O al menos eso es lo que le ha pedido padre.

—Ay hermano, ¡siento tanto que hayas tenido que volver a pagar por mi culpa! —lamenté.

—Es la primera vez que pago Lali, no le des importancia ¿vale?

—¿Acaso no te parece que pagaste bastante viéndote obligado a casarte con Kamna por mi culpa y teniendo que rechazarla públicamente tras haberte enamorado de Laura? La humillación que le hiciste pasar a Kamna estoy segura de que todavía está en boca de todos, pese al dinero que le diste a sus padres para que la casaran bien. ¡Y todo fue por mí! —Tenía tanta rabia que me impedía llorar.

—No hermana, tú no tuviste culpa de nada, métete eso en la cabeza de una vez. Ni siquiera nuestros padres tuvieron culpa al casarte con Rajiv, pues no sabían cómo era ese hombre. Pero escúchame bien para que no tenga que volver a repetírtelo: la culpa de todo la tiene tu marido, nadie más.

—Mi marido, un lastre que llevaré ahí toda mi vida —De pronto me di cuenta

de lo que eso significaba, pensé en Izan y en la imposibilidad de que lo nuestro tuviera un futuro. Mi hermano se dio cuenta de mi silencio y me repitió que no me sintiera culpable de nada, pero en ese momento no era en eso en lo que estaba pensando, y necesitaba hablar con una de las personas que más quería en el mundo—: Hermano, ¿qué te parecería que yo empezara una relación con un hombre? —musité, temiendo la respuesta.

—Me parecería bien siempre y cuando tú estuvieses segura y el hombre en cuestión te tratara como te mereces. Izan parece un buen hombre, Lali —Me sorprendió darme cuenta de que Bhadrak tenía muy claro de quién hablaba, en cierto modo me ruboricé porque estaba claro que lo sabría, pues era el único hombre del que le había hablado y que le había presentado, y saber que era algo tan obvio me intimidó. Como mi hermano me conocía bien, añadió—: Hermana, no has de sentirte mal por ello. Tener una relación sana es lo más hermoso que te puede pasar en la vida. Yo no lo supe hasta que conocí a Laura, y me gustaría que tú pudieras vivir lo mismo. Sabes que aunque estés con un hombre yo nunca voy a dejar de protegerte, nunca permitiré que nadie vuelva a hacerte daño, así que si buscas mi consentimiento, aquí lo tienes.

—Gracias, Bhadrak, significa mucho para mí. Pero... —No sabía si era pronto para decir lo que estaba pensando, pero me había venido a la cabeza un pensamiento que me atormentaba y necesitaba compartirlo con mi hermano—.

Hay algo más. ¿Y si mi relación con Izan siguiera adelante y él algún día pretendiese casarse conmigo? Estoy atada a Rajiv, no puedo ser de otro hombre. Ya bastante es estar con otra persona por propia voluntad, porque él está lejos y porque para mí es como si hubiese sido borrado de mi mente pero,

legalmente, yo sigo siendo la esposa de Rajiv.

—Hermana, no pienses en eso ahora, ¿vale? Llegado el momento ya veremos cómo lo solucionamos.

—¿Crees que tendría solución?

—Por supuesto mi niña, todo tiene solución en esta vida.

—Gracias hermano, siempre es un alivio hablar contigo. Dale recuerdos a

Laura y un beso para ella y otro para Helena.

—Lo haré, y tú otro para mi sobrina consentida. Por cierto, como no hay mal que por bien no venga, he decidido salir a la luz. Al fin y al cabo las únicas personas que no quería que supieran quién era yo eran nuestros padres y la gente de Agra por lo que pudieran pensar de mí, pero ahora que ya se sabe no tengo por qué seguir escondiéndome.

—¿Quieres decir que ya no vas a ser Noah Baldwin?

—No, conservaré el pseudónimo pero daré la cara, concederé entrevistas, me relacionaré con las lectoras... Seré el escritor que quieren conocer.

—Pues me alegro por ello hermano, estoy segura de que harás muy feliz a tus lectoras. Buenas noches, Bhadrak.

—Buenas noches, hermana.

Me despedí de mi hermano pensando en lo impotente que se podía sentir alguien ante los hechos de los demás. Si mis padres no me hubiesen casado con Rajiv, si hubieran escogido a otro hombre con el que casarme, mi vida habría sido distinta, seguramente yo no habría venido a España ni habría conocido a Izan. Y yo me pregunto: aunque hubiese tenido un buen marido,

¿habría llegado a sentir esa corriente eléctrica que solo sentía con Izan? Eso nunca lo sabría. Las cosas habían pasado porque así tenían que ser, y mi destino en este país estaba ya decidido, hiciese lo que hiciese.

Me fui a la cama, abrí la selfie que unos días atrás Izan nos hizo en el sofá de mi comedor, junto a las niñas, y me deleité mirando esos ojos azules que habían dejado de darme frío y esos labios que tan bien me habían sabido.

21.VIENTO EN POPA.

Me fui a mi casa con buen sabor de boca, y nunca mejor dicho. El beso que nos habíamos dado había sido más intenso que el primero, más largo y sabroso. Llevaba una sonrisa dibujada en mi cara que me hacía parecer idiota, cualquiera diría que acababa de echar el mejor polvo de mi vida cuando solo

le había dado un beso a la mujer que cada día me atraía más, pero algo hacía que con eso me sintiese satisfecho. No voy a decir que no habría querido más, sería de ser muy hipócrita por mi parte, pero me satisfacía tanto la compañía de mi dulce amiga, que podía esperar. Para lo joven que era, me había demostrado ser muy madura, me aconsejaba y entendía mis problemas mejor que cualquiera, y cuando me contaba los suyos, me sentía identificado y creía que éramos almas gemelas esperando a ser encontradas. Y eso, una vez se encuentra, no hay que dejarlo escapar, aunque haya que pasar por los baches que haga falta.

Al día siguiente mi padre me notó más alegre que de costumbre. Me preguntó si Sheila me había dejado por fin en paz y cuando le conté la llamada de la abogada y la propuesta de la madre de mi hija, se asombró de que estuviese tan contento, pero es que Lali había tenido mucho que ver en ello.

Durante la noche, mientras trataba de coger el sueño, no me había quitado de la cabeza las palabras de Lali y fiándome de su instinto maternal, decidí que tal vez no sería tan mala idea darle un voto de confianza a Sheila. Tal vez solo quería pasar tiempo con su hija, que Amanda llegara a quererla, y si dejaba de ser tan egoísta y rencoroso, me daba cuenta de que sería lo mejor para todos.

Lo que todavía no estaba dispuesto a aceptar es que se fuera con ella en vacaciones, al menos no más de dos o tres días; todavía estaba presente el dolor que me hizo sentir cuando se desentendió de ella y lo mal que lo pasé como padre soltero; si pensaba que le iba a dar cuanto quisiera así de fácil estaba muy equivocada.

Mi padre se sorprendió al ver que contaba tanto con la opinión de Lali. No me había dado cuenta de cuánto la había nombrado hasta que él me puso los pies sobre la tierra y me preguntó si me había enamorado de ella. ¿Sería así?

Todavía no estaba seguro de ello, sabía que me gustaba, me atraía cada vez más, me sentía muy bien a su lado, me apetecía verla a todas horas... ¿De verdad estaría enamorado? No supe qué contestarle, simplemente le dije que

era muy pronto para hablar de eso, que debía conocerla un poco más, que apenas habíamos salido juntos. Más bien desde que nos conocíamos habíamos tenido conversaciones telefónicas o por vía de los mensajes, pero salir, lo que

se dice salir, habíamos empezado hacía muy poco y siempre con las niñas.

—¿Por qué no las dejáis con alguien y salís a cenar solos? Si quieres yo podría quedarme con Amanda —observó mi padre.

—Estoy seguro de que ella no aceptaría, es demasiado madraza como para dejarla sin ningún motivo. Y más cuando hace tan poco que lo hizo. Tendría que tener una excusa que fuera convincente y francamente, después de lo del cumpleaños de Anahí, no se me ocurre nada.

—Pues hijo mío, siento decirte que lo tienes crudo.

Mi padre tenía razón, era algo evidente y que yo no solo había aceptado desde el principio, sino que además, la forma en la que me conoció, no daba pie a que hiciese lo contrario. De momento tendría que conformarme con salir con ella y con las niñas, yo era el primero que disfrutaba de mi hija y me sentía a gusto haciendo cosas con ella, y si a eso le sumaba la presencia de Lali, ¿qué quejas podría tener de la vida?

Esa tarde, tal y como habíamos quedado, recogí a Lali y a Carmen y fuimos a pasear por el cauce del río. Me encantaba el ambiente que siempre había allí. Familias haciendo deporte juntos, niños corriendo y divirtiéndose en los parques, gente de mediana edad en bicicleta, jóvenes aprovechando el apoyo de un árbol para darse el lote como si pensasen que nadie los veía...

Paramos en un parque en el que había una cafetería y Lali aprovechó para darle la merienda a Carmen. Estuvimos hablando de los lugares a los que había ido desde que estaba en Valencia. Me hubiera gustado ser el primero que la llevara a los sitios más importantes de la ciudad, pero como era normal, su hermano y su cuñada ya se habían encargado de hacerlo. Aun así, todavía le quedaban sitios por descubrir, y estaba encantado de que pudiera hacerlo conmigo.

Por la noche, cuando las llevé de regreso a su casa y nos despedimos en la puerta, necesitaba hacer algo para seguir con ella, pero al mismo tiempo me daba pánico agobiarla, que pensara que íbamos demasiado deprisa, y me rechazara. Fue un alivio cuando ella me preguntó si quería subir a tomar algo.

Amanda estaba cansada pero cuando Lali le preguntó si le apetecía que le llenara la bañera y se bañara con Carmen, mi hija dio saltos de alegría. A ella también le gustaba estar fuera de casa, realizar algo que haría en nuestro piso por obligación, acompañada de una amiga era algo nuevo y especial, y yo me

sentí feliz porque el comentario de mi “novia” daba a entender que al igual que yo, tampoco deseaba separarse de mí tan pronto.

—¿Qué te parece si pedimos algo para cenar? —sugerí.

Ella me miró pensativa, y como supuse que su duda seguramente vendría por el hecho de tener que pagar la cena, me adelanté diciendo que tenía una aplicación en el móvil con la que podía pedir la comida a domicilio y que al hacerlo, quedaba pagada ya que la APP tenía los datos de mi tarjeta de crédito.

Pedimos comida china, que a Amanda le encantaba, y nos la comimos en su pequeño comedor, mientras veíamos una película de dibujos animados.

Una hora después, relajada por la media hora que estuvo en el baño, Amanda se quedó dormida en el sofá y por un momento me pregunté si sería adecuado que nos fuéramos a casa para que pudiera descansar en su cómoda cama, o si por el contrario eso era lo mejor que me podía haber pasado, pues Carmen hacía una hora que dormía, y era el momento en el que de verdad estábamos solos.

Como si me leyera el pensamiento, Lali me preguntó si quería llevar a Amanda a su cama para que estuviese más cómoda, y yo, que pensaba aprovechar todo el tiempo que pudiese con ella, acepté su proposición.

Estuvimos conversando durante horas, me estuvo contando cómo era su vida en Agra, siempre temerosa de que algo le sucediese, menospreciada por su marido; y de la diferencia con lo que estaba viviendo en España. Cada vez me daba más pena lo que había tenido que soportar, lo mío a su lado se quedaba a la altura del betún, y cuando una lágrima asomó por su pupila, la detuve con un dulce beso que provocó que nuestras bocas se juntasen y reanudáramos el beso del día anterior.

No sé el tiempo que estuvimos besándonos, ella no hacía por parar y yo tenía muy claro que pensaba aprovechar cuanto Lali me diese. Nuestros labios no querían separarse, lamía su boca, exploraba su interior con mi lengua, me deleitaba sintiendo la suya moviéndose al compás de la mía, saboreando cada milímetro de ella. Y así estuvimos hasta que escuchamos a Carmen lloriquear y Lali reaccionó. Me miró un poco avergonzada, y yo pasé mi mano por su rostro dándole todo el cariño que podía en esa caricia, hasta que le dije «Ve», porque se había quedado petrificada, al parecer sin escuchar los llantos de su hija reclamándola.

Estuve esperándola durante un buen rato. Miré la hora y me sorprendí al ver que eran casi las tres de la madrugada. Me levanté con la intención de ir a ver cómo seguía mi hija y no pude evitar pasar por la habitación de Carmen.

Lali se había quedado dormida con su hija enganchada a su pecho. Me pareció lo más bonito que había visto en mi vida, después del nacimiento de Amanda, y decidí que era hora de irnos a casa.

Entré sigiloso en la habitación de Carmen, di un beso a mi dulce hindú en la mejilla, y cuando ella gimió y abrió un ojo, le avisé de que me marchaba.

—Espera, salgo a despedirte –musitó adormilada.

—No te preocupes, sigue durmiendo, mi bella. Mañana te llamo.

—Umm –volvió a gemir.

Cogí a Amanda en brazos y cargué con ella hasta el coche, arranqué rumbo a mi casa y me dije a mí mismo que las cosas estaban saliendo como quería.

No podía pedirle más a la vida.

Excepto cuando al día siguiente volvió a llamarme la abogada Sara López para preguntarme sobre el tema de las vacaciones de Amanda.

Era feliz siempre y cuando no me acordara de que Sheila existía, pero cuando se hacía notar en mi vida, me agobiaba de tal manera que la ansiedad podía conmigo. ¿Qué habría querido Lali que hiciese? Después de hablarle de malas

maneras porque me hubiese llamado un domingo, dándole a entender si es que no tenía vida además de su trabajo y de que ella me recordara que tenía que redactar un convenio y que por mi culpa no había podido hacerlo antes, opté por ir a buenas y le dije que dejaría que Amanda se fuera con Sheila en verano cuatro días como mucho. A la abogada le pareció bien y quedamos en que para que esos días no trastocaran el horario laboral de Sheila, serían o bien de jueves a domingo; o bien de sábado a martes, para que de una manera u otra cayera en fin de semana y en el supuesto de que la madre no tuviera vacaciones esos días, solo tuviese que pedir dos días libres en el trabajo.

Todavía me preguntaba quién habría sido capaz de contratar a semejante irresponsable pero si había conseguido un trabajo, era una buena señal. Tal vez Lali tuviera razón y Sheila estuviera sentando por fin la cabeza.

Como ya estaba despierto, mandé un mensaje a Lali preguntándole cómo estaba, esperando que hubiese madrugado y contestase, pues hablar con ella se había convertido en una necesidad.

Amanda se despertó y me pidió salir con la bici. Al parecer se lo había prometido y no me acordaba. Le pregunté a Lali si les apetecía venir con nosotros a dar una vuelta por la ciudad de las ciencias para que mi hija pudiera hacer lo que quería, y cuando me dijo que sí por poco salto de alegría. Sí, la relación iba viento en popa, aunque fuese despacio.

Pasamos el día juntos, y durante la semana estuve yendo a por ella al trabajo todos los días.

Estábamos en abril y los días cada vez eran más largos, por lo que en lugar de ir directos a su casa, llevábamos a las niñas un rato al parque. Carmen cada vez andaba mejor y a Lali le daba pena no sacarla del carro ante sus ruegos por salir de allí. Como no podíamos hablar mucho ya que Lali tenía que ir detrás de su hija todo el tiempo; aprovechábamos para hacerlo por la noche, cuando cada uno en su casa, nos mandábamos mensajes comentando cómo había ido el día, o yo la llamaba por teléfono porque me había sabido a poco el corto rato con las niñas.

El jueves, me llamó la abogada para decirme que ya tenía el convenio

redactado. Quería quedar conmigo en cuanto pudiese para que lo leyera y si me parecía bien, firmarlo. Sabía que ese momento llegaría, pero pensar que desde el instante en que mi firma quedara grabada en ese papel Sheila tendría derechos y empezaría a privarme de mi hija un día a la semana y los fines de semana alternos, hacía que se me revolviese el estómago.

Como era inútil demorarlo más, quedé con ella al día siguiente.

Esa tarde, como estaba nervioso, le dije a Lali que en lugar de ir al parque la llevaría a su casa para que pudiésemos hablar. Había cogido de casa esa mañana unas veinte muñecas de Amanda para que se distrajese en casa de Carmen. Ya había visto todas las películas de dibujos que Lali tenía y los juguetes de Carmen no le entusiasmaban demasiado; era mayor para ese tipo de juegos y me daba cuenta de que empezaba a aburrirse cuando estábamos allí.

—Mira el lado positivo —dijo Lali—. Ahora te darás cuenta de si de verdad Sheila ha cambiado, y si es así, Amanda podrá tener una madre.

—Tienes razón, pero hasta ahora nos ha ido muy bien sin ella. Habría preferido que nos dejara en paz.

—Sé por lo que pasaste Izan, pero sabes lo que opino al respecto.

—Pero es que fíjate, tuvisteis a vuestras hijas a la misma edad, y sin embargo tú has sido una buena madre siempre.

—Izan, yo estuve buscando durante más de un año quedarme embarazada; a ella le vino por sorpresa. Además de que aquí las mujeres ni se casan tan jóvenes, ni deciden tener hijos hasta una edad que en mi país sería casi inconcebible.

—Bueno, espero que tengas razón.

Después de esa conversación, cuando al día siguiente quedé con Sara López, firmé el convenio y acepté que aunque no había pasado por la

procuradora, Sheila empezara a disfrutar de su hija a partir de la semana

siguiente.

22. COGIENDO CONFIANZA.

El primer día que Sheila recogió a Amanda del colegio, Izan llegó con una congoja en los ojos que no había visto nunca. Me contó que había llamado al colegio para comprobar que, efectivamente, la madre había recogido a su hija, y aunque me dijo que su tristeza se debía a no poder pasar un rato conmigo, pues me iba a llevar a casa y se iría directo a la suya a esperar a su hija, yo supe que en realidad se debía a que no estaba acostumbrado a estar sin Amanda, y mucho menos, a dejar que Sheila la tuviese sin que él supervisara.

Por la noche, cuando sonó mi móvil, supe que era Izan para contarme cómo había ido la recogida. Odiaba tener que ver a la madre de su hija, era algo que podía con él, pero después de conversar conmigo y hacerle entender que esa mujer formaba parte de su vida lo quisiera o no, me pareció que se quedó más tranquilo. Amanda le contó que la había llevado al parque después de salir del colegio, le había dado de merendar una cantidad indecente de chocolate, con lo cual la niña estaba encantada, aunque no tanto el padre; y después fueron a casa de Sheila para que su hija conociese a sus abuelos. A Amanda le parecía todo muy extraño. Su padre le había explicado de la mejor manera posible e intentando no menospreciar ni dar a entender el rencor que sentía por su madre, cómo iban a ser sus vidas a partir de entonces. Izan me contó que al principio Amanda no estaba por la labor, estaba acostumbrada a que la recogiera del colegio su tía, a ir al parque con ella y los primos, pasar un rato en su casa y luego repetir parque con su padre. A partir de ahora, un día a la semana su vida sería distinta, pues tendría que hacer lo que su madre quisiera, y tendría que obedecer a una mujer que para ella era una extraña.

Al final, Amanda aceptó que tenía una madre, que al parecer la quería y necesitaba verla tanto como él, o al menos eso fue lo que su padre le dijo, ya que en realidad él seguía sin estar convencido de ello.

Pero si el miércoles fue un día duro para él, cuando llegó el fin de semana y el viernes Sheila recogió a su hija para tenerla hasta el día siguiente creí que no lo soportaría. Ese sábado él no tenía que ir a la clínica, así que le propuse que viniese a mi casa con la intención de entretenerle y que no echara tanto en falta a su pequeña. Su rostro no

podía ocultar lo mal que se sentía y por más que le dije e intenté sacar temas banales para que no pensara en ello, él no se quitó de la cabeza que su hija había pasado la noche fuera de casa, con desconocidos, y si la habrían bañado o dado de comer algo saludable. Desconfiaba de la responsabilidad de Sheila pero en el fondo quería pensar que los abuelos, gente madura que habían criado a dos hijos, supieran qué era lo mejor para su hija.

Por la noche, cuando llegó la hora en la que Amanda debía volver, Izan me propuso vernos al día siguiente. Necesitaba estar con su hija a solas, disfrutar de ella lo que quedaba del día y preguntarle hasta la saciedad, porque necesitaba que le contara cada minuto que había pasado fuera de casa.

Como sospechaba, cuando Amanda estuvo dormida, me llamó para contarme cómo había ido todo. Su hija no le quiso contar demasiado, y eso a Izan le carcomía por dentro. Pensaba que Sheila le habría amenazado con algo para que le diera las menos explicaciones posibles, pero yo se lo quité de la cabeza.

—Seguramente Amanda esté resentida por el cambio y de momento no le apetezca contarte nada. Dale tiempo, es muy pequeña pero lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de las cosas. Lo más probable es que se haya ido a disgusto y te eche la culpa de ello, pero has de intentar no echártela tú también; eres adulto y sabes que no has podido hacer nada para que las cosas fuesen de otra manera.

—Lali, ¿en serio solo tienes veinte años? A veces tengo la sensación de que me estás engañando con la edad, esos razonamientos son dignos de una mujer adulta y eso me hace pensar en la diferencia que hay entre tú y Sheila —quiso bromear, aunque en el fondo yo sabía que él hubiese querido que la madre de su hija fuese un poco como yo.

Me sentí halagada ante su comentario. Estaba tan acostumbrada a que no me valorasen, que cuando Izan me decía ese tipo de cosas me daba cuenta de lo bien que había hecho saliendo de Agra. Un hombre como él no lo habría encontrado allí por más vidas que viviese, y me sentía feliz de tenerle a mi lado.

Pese a que yo le había dicho que no viniese a por mí los miércoles, porque

sentía que hacía de taxista y yo podía llegar a mi casa dando un paseo con Carmen como siempre había hecho; él insistió en lo contrario.

Verme, según él, era la mejor parte del día, y ya que no podía tener a

Amanda, por lo menos ese pequeño rato que pasaba conmigo le hacía olvidar que a partir de ahora las cosas serían siempre así.

Y así pasó una semana más.

Nos veíamos cuanto podíamos. Venía a por mí todos los días y los fines de semana pasábamos juntos todo el tiempo posible. Salíamos a pasear, llevábamos a las niñas al parque, comíamos por ahí, cenábamos en mi casa, y cada vez me sentía más a gusto y con menos ganas de tenerle lejos.

Los besos cada vez iban aumentando. Al principio solo lo hacíamos cuando las niñas estaban dormidas, pero poco a poco fuimos buscando huecos en los que las pequeñas no nos veían, empezábamos a cogernos de la mano cuando íbamos por la calle, o bien él se empeñaba en llevar el carro de Carmen para que yo me cogiera de su brazo. La gente que nos veía se pensaba que éramos una familia, que las dos niñas eran nuestras, pese a lo diferentes que eran, y que teníamos una relación de pareja normal.

Pero cuando Izan se me acercaba más de la cuenta y además de los besos sentía sus manos por alguna parte de mi cuerpo, un escalofrío me recorría y el miedo hacía que me echara atrás. Entonces notaba en su rostro la decepción y me sentía mal conmigo misma, pero no podía evitar ser como era y me tranquilizaba cuando notaba que su expresión había cambiado y que no me lo tenía en cuenta.

Con las chicas había empezado una bonita relación de amistad en la que me había acostumbrado a contarles todos mis progresos con Izan.

Claudia, como siempre, solía ser más permisiva, mientras que Anahí insistía en que le diera más a Izan o al final se acabaría aburriendo de mí.

Aunque entendía su postura, pues para ella el sexo era algo demasiado normal para mi forma de ser, me sentía mal cuando lo decía porque en el fondo

pensaba que tenía razón.

Como la faena cada vez me cundía más, me tomaba los quince minutos del café como descanso y desde el primer día que me atreví a comer con la jefa, no dejé de hacerlo. Comer en compañía y con el plato apoyado en una mesa era mucho más agradable que hacerlo sola y en mi máquina, y como veía que Mercedes me recibía con una sonrisa en el rostro, me tomé la confianza de sentarme con ella sin pedir permiso.

Mercedes, últimamente pasaba más tiempo en su despacho que en la máquina cosiendo, algo que nos extrañaba a las tres, pues no era normal

en ella. Pensábamos que le pasaba algo, pero cuando a media mañana salía y de repente nos contaba uno de sus chistes preferidos, sacados del programa de televisión “Ahora caigo” como, «¿En qué se parece una calculadora a una toalla? ¡En que con la calculadora se calcula, y la toalla seca el culo!», y empezaba a carcajearse ella sola, pensábamos que todo iba bien y que simplemente la jefa había cambiado su método de trabajo.

Al fin y al cabo era su negocio, ella sabría lo que hacía. Además, cada día llegaba antes al trabajo y aunque al principio a las tres nos sabía mal ausentarnos para el café, pese a que sabíamos que Mercedes estaba al tanto de los escarceos de mis compañeras y recientemente míos, temíamos que protestase por ello. Todo lo contrario, cuando le avisábamos de que íbamos a bajar y Anahí se ofrecía a subirle algo, nos pedía un café con leche y seguía con la mirada ausente frente al portátil, haciendo a saber qué.

—Esta Merche está muy rara últimamente —opinó Claudia.

—Es verdad, parece como si hubiese dejado de hacer las tareas que hacía por la mañana, antes de venir al taller —admitió Anahí—. Y lo que no entiendo es cuándo lo hará, si se va de aquí más tarde que nosotras.

—¿Qué edad tienen sus hijos? —pregunté. Hasta el momento no había querido invadir la intimidad de mi jefa, en las comidas hablábamos de tonterías, o más bien era ella quien se interesaba por saber de mí y yo, por respeto a su puesto, me mantenía al margen respecto a su vida. Yo no era quién para meterme en sus asuntos, pero su estado esos últimos días nos empezaba a preocupar a

todas.

—Creo que nueve y doce —contestó Anahí—. Imagino que como son mayores ya deben de ir solos al colegio y por eso Mercedes esté más libre.

—Mercedes lleva años separada, por eso siempre se ha tenido que ocupar ella de todo y ha preferido hacer las tareas antes de entrar en el taller, para que así cuando saliera no tener que preocuparse de ir a comprar o recoger la casa. Y no creo que deje a su hijo de nueve años en manos del mayor, demasiado responsable es la jefa para eso —explicó Claudia.

Me quedé un tanto perpleja ante tal comentario. Sabía que estaba separada pero no la edad que tenían sus hijos. En mi país, la niñez duraba tan poco que o bien los chicos ya iban solos a la escuela porque no estaba bien visto que las madres luego fueran solas por la calle; o si eras mujer,

ni siquiera tenías derecho a estudios. Pensar en eso me hizo recordar las conversaciones que había tenido tanto con Laura como con mi jefa acerca de si me gustaría estudiar algo con lo que pudiera aspirar a una mayor calidad de vida. Lo cierto es que en lo poco que había estudiado en Agra me había ido muy bien, era una alumna ejemplar; me gustaba, era inteligente y no necesitaba estudiar demasiado para obtener buenas notas.

Pero de ahí a dejar la vida que llevaba, con la que salía adelante, para empezar unos estudios con los que mientras el país estuviese en crisis no conseguiría nada, distaba mucho.

No, mi vida era ejemplar. Tenía a mi hermano y mi cuñada a quienes adoraba; a mi sobrina Helena, a quien quería con locura; a mi hija, parte de mi vida sin la cual no podría vivir; y a Izan, que junto a su pequeña Amanda, llenaban mi vida al completo. Además, tenía un buen trabajo, una buena jefa y unas compañeras que se habían convertido en mis amigas.

¿Qué más le podía pedir a la vida?

—Pues lo que está claro es que ha cambiado su método de trabajo —

zanjó Anahí—. Yo mientras no nos prohíba los quince minutos del café para

que adelantemos con la faena, por mí puede trabajar como le dé la gana y llegar a la hora que quiera.

—Pues eso digo yo —acabó Claudia con la conversación—. Por cierto,

¿cómo te va con Dani? Hace días que no nos cuentas nada.

Anahí había quedado tres veces desde que el día de su cumpleaños se liara con el amigo de Izan. Decía que solo quería sexo con él, que él la llamaba a menudo, le escribía whatsapps y ella contestaba cuando podía o quería, ya que no deseaba que se hiciese demasiadas ilusiones mientras ella no tuviera claro qué era lo que quería. El chico le gustaba, aunque ella lo negase. Claudia la conocía bien y me aseguraba cada vez que su compañera se lo rebatía, que estaba colada por él y que tan solo se estaba haciendo la interesante para que el chico fuera detrás de ella.

—No hay nada que a Anahí le guste más, que tener a un tío suplicando a sus pies.

—No seas pava, sabes que no es así. ¿O sí? —decía Anahí, entre risas.

Esa mañana, simplemente nos dijo que no nos había contado nada porque todo seguía igual, ni siquiera habían quedado desde hacía más de una semana, y le extrañaba que él no hubiese hecho por verla el pasado fin de semana. Lo que tenía muy claro, era que ella no sería la que le propusiese que se vieran.

—¿Pero quieres verle o no? —preguntó Claudia.

—Paso de él. ¡Con la de tíos buenorros que hay en el mundo! —espetó ella, dando a entender que Dani no le importaba.

Claudia movió la cabeza en señal de desaprobación y puso los ojos en blanco. Su compañera era imposible cuando se trataba de demostrar sus sentimientos, y por más que lo intentara, jamás reconocería que le gustaba ese hombre, si no era él quien diera el primer paso.

Pasó abril y llegó mayo. Parecía que Izan empezaba a acostumbrarse a que su hija se fuera con Sheila, o por lo menos empezaba a aceptarlo. El viernes doce

de mayo era el cumpleaños de Izan, y como llevaba tiempo pidiéndome que saliéramos a algún sitio los dos solos, lo cual yo siempre esquivaba porque no quería separarme de Carmen, decidí que le daría una sorpresa y ese día dejaría a mi hija con mi hermano. Bhadrak, como ya esperaba, aceptó gustoso, y a Laura poco le faltó para dar saltos de alegría como si la que fuera a salir una noche sin niña fuera ella.

Le propuse a Izan que fuéramos al cine, porque además dio la casualidad de que ese fin de semana Amanda se iba con su madre y sabía que así se olvidaría un poco del tema. Aceptó encantado, y yo sentí que dejaba a Carmen por una buena causa.

Me recogió en mi piso a las ocho, fuimos a *Kinépolis*, cenamos costillas en el *Ribs* y vimos una comedia española. Después, tomamos una copa (que esta vez no me negué a probar) en un pub cercano a mi piso y cuando me llevó a casa y entró en mi patio, todo mi cuerpo empezó a temblar. Era la primera vez que íbamos a estar a solas, a excepción de la mañana después del cumpleaños de Anahí que fue contra mi voluntad, y dejando a un lado que a veces las nenas habían estado dormidas, que era como si lo hubiésemos estado. Pero esta vez era de verdad. Llevábamos dos meses juntos desde que habíamos decidido que lo nuestro era más que una simple amistad entre almas afines, y pedí a todos los dioses que me dieran fuerzas para afrontar la situación.

Nerviosa, le pregunté a Izan si le apetecía un café y cuando este me dijo que sí, entré en la cocina con el único propósito de poner la cafetera.

Entonces, Izan hizo algo que no me esperaba: me cogió desde atrás por la cintura y besó mi cuello, haciendo que toda mi piel se electrizará.

—Umm, Lali, me encanta cómo hueles. Me tienes hechizado, ¿lo sabías? ¿Qué habrán hecho tus dioses para que me tengas así?

Casi se me cae la cafetera de las manos cuando sentí su aliento

susurrando sobre mi cuello. Las manos temblaban al igual que todo mi cuerpo, y mi corazón parecía querer salirse del pecho, pues latía a una velocidad que temí que me diera un infarto.

—Yo también me siento muy bien contigo —Fue lo único que pude decir, todavía de espaldas a él, y con un hilillo de voz.

Izan cogió mis manos, todavía temblorosas, e intentó que me tranquilizara.

—Quiero pensar que estos nervios son porque te hago sentir bien y no porque me tengas miedo.

—No te tengo miedo, Izan. Lo que me haces sentir es muy hermoso y a veces me pregunto qué habrás visto en mí para ser tan afortunada y tenerte en mi vida.

—Créeme —dijo, haciendo que mi cuerpo girase para tenerme de frente y mirarme a los ojos. Pegó su frente a la mía y continuó—: Yo también me lo pregunto. Quiero decir, qué has visto tú en mí. Solo soy un ginecólogo desgraciado a quien le persigue la mala suerte.

—¿Por qué dices eso? —pregunté, haciendo que me soltara.

—¿No es evidente? Primero una mujer me seduce, me acusa de haberla violado, rechaza a su propia hija y ahora pretende quitármela.

Suspiré al ver que no se refería a mí y sonreí, mostrándole todo el cariño que me era posible.

—Izan, eso no es que la mala suerte te persiga, eso es la vida. Vivir no es fácil —admití, pues por experiencia, hacía tiempo que me había dado cuenta de eso.

—No es fácil, no; y por eso te necesito en mi vida, porque tú haces que sea menos difícil todo.

Se acercó a mí, me cogió de la cintura pegándome a su cuerpo, y me besó tan intensamente que creí que de un momento a otro me derretiría.

Nunca había estado tan cerca de él, sentir su duro cuerpo hizo que algo se despertara en mí, algo que no sabía ni que existía, algo que me resultó placentero y que al mismo tiempo me aterró. Aparté mi rostro del suyo con la excusa de que el café se había quedado sin poner e intenté poner espacio entre nosotros, algo que me alivió del mismo modo que me dejó como si me faltase

algo.

Tomamos café en el balcón para que Izan pudiese fumar, pues aunque las niñas no estaban, él sabía que en mi casa no se fumaba y me gustaba que lo respetase; además, sabía que él también detestaba el olor del tabaco

en la vivienda. Hacía muy buena noche, el olor de la primavera bañaba las calles y el calor del verano empezaba a asomar. Después de dos años en Valencia me había dado cuenta de que aunque se hablase de cuatro estaciones, pasaban del frío al calor y del calor al frío sin apenas entretiempos. Estuvimos hablando de lo que sentía cada vez que Amanda se iba con su madre, de que la niña todavía se negaba a contarle lo que hacía cuando estaba con ella y de que estaba pensando preguntarle a Sheila si se lo había prohibido. Cada vez que Amanda sabía que se tenía que ir con su madre se levantaba furiosa, desobediente, caprichosa, y como Izan quería hacerla feliz, se lo consentía todo, sintiéndose culpable por no haber podido hacer nada contra su madre. Yo traté de hacerle ver que era una reacción normal en una niña tan pequeña, cogí sus manos y las acaricié mientras le hablaba, y poco a poco fui viendo cómo esos ojos azules se iban relajando y volvían a centrarse en mí.

Entonces, nos volvimos a besar, como si fuésemos unos críos que se dan el primer beso, ese que yo no tuve porque me casé obligada con alguien por quien no sentía nada; y así estuvimos durante varios minutos.

Cuando mis labios se posaban en los suyos, era como si nada más existiese, como si el tiempo se detuviera y solo estuviéramos en el mundo él y yo. Me encantaba sentir su cálida lengua entrelazándose con la mía, y aunque al principio me había sentido inexperta en el tema, había ido copiando lo que él me hacía, algo que me volvía loca por dentro, y por lo que me daba a entender, él no tenía ninguna queja.

Sentí una nueva vibración cuando acarició mi mejilla con sus dedos y poco a poco fue bajándolos por mi cuello. Era increíble lo que me hacía sentir con tan poco, y temía que llegara el momento en el que como decía Anahí, él necesitara más y yo no me viera capaz de dárselo.

Sus dedos bajaron por mi cuello hasta llegar a mi escote y se detuvieron ahí durante unos segundos. Nuestras bocas todavía seguían unidas y yo empezaba

a temer qué pasaría si seguía tocándome, cosa que hasta el momento nunca había hecho.

Entonces acarició mi hombro, bajando la camisa por el brazo, separó sus labios de los míos y lo besó. Sentí un placentero cosquilleo, pero cuando su boca pasó, lenta y suavemente, hacia mi escote, me separé de él como si me quemara.

—¿Qué pasa, Lali? ¿Por qué le tienes tanto miedo al sexo? —preguntó, dejándome claro que ese era el inicio de algo que todavía no entraba en

mi cabeza.

—No es que le tenga miedo.

—¿No? ¿Estás segura? ¿No tienes miedo de mí entonces?

—No te temo a ti, Izan. Es que aunque intente adaptarme e intente ser como las mujeres de aquí, no puedo olvidar lo que mis padres me enseñaron, no veo bien el sexo fuera del matrimonio y además... —

respiré hondo ante lo que le tenía que decir a continuación—. No puedo dejar de pensar en el adulterio.

—¿Adulterio? Perdona pero explícate mejor, porque no te entiendo —

dijo él, enojado.

—Izan, sabes que soy una mujer casada...

—No Lali, ese argumento no me vale —me interrumpió—: Te escapaste de tu marido, estáis a miles de kilómetros de distancia, no lo vas a volver a ver nunca más, ¿y me quieres hacer creer que te sentirías adultera? Vamos Lali, tú no eres una mujer virgen, dime qué es lo que de verdad te da tanto miedo.

¿Cómo decirle que no me gustaba el sexo, que las veces en las que lo había hecho con Rajiv había sentido más dolor que otra cosa, que me parecía algo con lo que el hombre se satisfacía pero la mujer parecía un simple objeto con el que desahogarse? Por eso no entendía cómo las mujeres de aquí lo daban

como si fuera algo sin importancia, solo por satisfacer al hombre que deseaban y no perderlo, o eso era lo que yo entonces creía.

—Lali, te deseo. He tenido, estoy teniendo mucha paciencia contigo, pero no te voy a negar que cada vez me cuesta más no llevarte a la cama.

Vas a cumplir dentro de nada veintiún años, tienes una hija, eres una mujer muy madura, ¿por qué no podemos hacer el amor como cualquier persona que se quiere y desea? ¿Tú no me deseas a mí?

—Sí te deseo Izan, pero el sexo de momento para mí puede esperar.

—Está bien —espetó, levantándose de su silla—. Seguiré esperando.

Ahora me marcho ya.

Podría haberle retenido, haberle pedido que se quedara a pasar la noche, pues la casa estaba vacía sin Carmen y no me apetecía estar sola.

Pero eso hubiera sido darle más de lo que hasta entonces estaba dispuesta a entregar, él no se habría conformado con dormir en el sofá y yo no pensaba admitir que lo que en realidad deseaba era tenerle pegado a mí, cuerpo con cuerpo, como lo habíamos estado hacía un rato en la cocina.

Me fui a la cama pensando en él, en lo mucho que sentía a su lado. ¿Lo amaba? Estaba segura de que sí, pues era algo tan hermoso, tan especial y excitante, que no podía ser otra cosa. Algo que nunca antes había sentido y que me hacía latir de nuevo el corazón.

A la mañana siguiente me despertó el timbre sonando sin parar.

¿Quién sería tan temprano? Abrí la puerta sorprendida de que fuera Laura, y de que viniese sola, con Carmen en brazos y Helena en el carro.

¿Dónde estaba mi hermano? ¿Por qué había permitido que su mujer saliese sola con las dos niñas?

—Lali, ayúdame a subir, no puedo con las dos —gritó Laura desde el rellano de la entrada, con una voz entre compungida y agobiada que me aterró.

23.DESAPARECIDA.

Hacía tiempo que no me iba a mi casa con un calentón semejante. Hasta el momento había tenido claro lo que me esperaba estando con Lali, pero llevábamos dos meses juntos y cada vez me costaba más luchar contra mi naturaleza. Quería llevarla a la cama y hacerle de todo, empezaría haciéndole el amor y acabaría follándomela como estaba seguro de que su ex marido jamás había hecho. Pensar en él hizo que me carcomiese por dentro. Saber que ese impresentable, encima de haberla tratado mal, de haberla usado como si fuese mera mercancía, la había tenido entre sus brazos y había estado dentro de ella, me consumía. Él, sin merecerlo, seguramente le había hecho tantas cosas como yo deseaba hacerle y no me dejaba.

Me sacaba de quicio, empezaba a perder la paciencia y esa noche, que desde el principio había sido mágica, pues solo saber que estaríamos solos ya había sido una sorpresa para mí, creí que podría dar un paso adelante con ella.

Lo habría hecho despacio, mimándola y cuidando que estuviese a gusto; si ella me hubiera dejado, habría hecho que viera las estrellas... Pero no me dejó, y sus excusas me parecieron tan insustanciales, que mi cabreo aumentaba cada vez que lo recordaba.

¿Adulterio? ¿En serio me había dicho que no podía acostarse conmigo porque sería cometer adulterio contra un marido que ya no existía en su vida?

¿O acaso me estaba mintiendo y todavía había algo entre ellos? No lo podía creer, Lali parecía sincera cuando me hablaba de lo mal que se lo hizo pasar, de cómo su hermano fue a por ella y cómo escapó del hombre que la menospreciaba. ¿Qué tipo de respeto debía tener ante un hombre que la había hecho sufrir tanto? Sin embargo, yo, que estaba teniendo con ella toda la paciencia que un hombre podía tener estando junto a una mujer bonita; yo, que había intentado entenderla y la cuidaba cuanto podía para hacerle la vida tan fácil como ella me la hacía a mí; yo, que estaba esperando a que diera un paso que tal vez jamás daría y que aun así seguía loco por ella. Yo...

Dejé de pensar en mí mismo, intenté una vez más ponerme en su lugar y por un instante estuve tentado de llamarla y pedirle perdón, pero mi orgullo me lo impidió. Estaba enfadado, era la primera vez que lo hacía desde que la

conocía, y pensé que debía permitirme seguir así hasta que mi cabeza decidiera lo contrario. Al fin y al cabo todas las parejas discuten, ¿no? Sabía que se me

pasaría pronto, así que mi calentón y yo nos metimos en la cama e intenté dormir, deseando que al día siguiente fuera ella quien se hubiese dado cuenta de que no había actuado bien conmigo y decidiera dar el paso de llamarme y pedirme disculpas.

Por eso, cuando me levanté al día siguiente y miré mi móvil en busca de algún mensaje de Lali, al no verlo mi cabreo aumentó. ¿Qué estaba haciendo mal? Siempre supe que con Lali debía esperar pero, ¿cuánto? Hacía meses que la conocía, habíamos empezado como amigos, nos habíamos dado cuenta de que nos gustábamos, éramos una pareja perfecta, con nuestras hijas haciéndose amigas pese a lo pequeñas que eran; almas gemelas. ¿Entonces? Lali no era una niña, lo que había vivido la había hecho madurar de una forma que me sorprendía cada día. ¿Por qué tenía tanto miedo al sexo?

No conseguía entenderlo, y si a ese cabreo le añadía el hecho de que mi hija estaba con doña *Choni*, me daban ganas de gritar y maldecir mi mala suerte.

Y así, cabreado, pasé la mañana, con el móvil en la mano a la espera de un mensaje o una llamada de Lali en la que me pidiese que fuera a su casa porque estaba dispuesta a dármelo todo. «Izan, despierta o baja de la parra. Ella nunca te pedirá que le hagas el amor, tendrá que volver a salir de ti pero ¿cuándo?», pensaba. ¿Cuánto más tendría que esperar?

Cuando vibró el móvil en mi mano me había quedado dormido. Había puesto la televisión e hipnotizado por la caja tonta, me había quedado traspuesto, intentando no pensar en todo lo que me agobiaba.

«¿Cómo estás?», decía el mensaje de Lali. Así, sin más, sin un buenos días, hola o cualquier otro tipo de saludo. Bien sabía ella que no estaba bien, y eso hizo que mi cabreo aumentara.

«¿Tú qué crees?», pregunté, sin darle más explicaciones que las que ella ya sabía, pues eran evidentes.

Esperé una respuesta que no llegó, y nervioso porque necesitaba que fuera ella la que diese su brazo a torcer, me levanté y fui a la cocina a prepararme algo de comer. Tenía que reconocer que tenía su mérito que fuera ella quien hubiese sido la primera en dar señales de vida ese día, pero me estaba haciendo una pregunta que era evidente la respuesta, y que se atreviera a preguntar en lugar de relajarme me alteró más.

«Yo estoy mal. Mi hermano salió de madrugada hacia Madrid con la intención de llegar a Agra cuanto antes para recuperar el honor de la familia».

Leí su mensaje mientras se cocían unos macarrones.

¿Honor? ¿Con las cosas importantes que había en la vida y su hermano se iba a recorrer medio mundo por honor? Quería entender que para ellos era muy importante, pero estaba tan enfadado que me cegó la ira y maldije el día en que me había enamorado de una hindú.

Ignoré el móvil, ignoré el hecho de que Lali estuviera preocupada por su hermano, ignoré que seguramente todo fuera culpa de su marido, y recordar que seguía siéndolo me acabó de rematar. Terminé de hacerme los macarrones, que a pesar de que no tenía demasiada hambre me había cocinado porque a Amanda le encantaban y así los tendría para cenar cuando llegase esa noche, y me tiré en la cama, enojado con el mundo entero porque últimamente no me saliera nada bien.

Era feliz mientras tenía claro que no pensaba enamorarme, que todas las mujeres eran iguales, que con mi hija tenía bastante. Pero ahora, estaba completamente enamorado de una mujer que tenía una cultura tan diferente a la mía que costaba sobrellevar y mi hija no estaba conmigo. Cada sábado que estaba con Sheila la echaba tanto de menos que dolía, y si bien hasta el momento lo había suplido pasando el día con Lali y con Carmen, ese día tenía muy claro que no quería verla. No hasta que reconociera que no podíamos seguir así, que el sexo era parte importante en una relación, que no me temía y que me deseaba tanto como yo a ella.

Después de que me decidiera a comer, cogí el móvil y releí su mensaje.

¿Qué habría pasado para que su hermano se fuera de repente? Tenía una mujer

y una hija de siete meses, la noche anterior se había quedado con su sobrina sin problemas y Lali no había sospechado que fuera a hacer nada. ¿Qué habría sucedido que fuera tan gordo como para que dejara a su mujer e hija y se fuera tan lejos? Estaba dando por hecho que se había ido solo, no creí que habiendo sido tan precipitado, hubiese decidido ir con toda la familia, pero tampoco tenía ganas de preguntárselo a Lali. «Que les den al honor y a tu ex marido», pensé, mirando el teléfono como si le estuviera hablando a ella.

No volví a recibir ningún mensaje de Lali. No había contestado al mensaje que yo le había mandado porque ella sabía de sobra que yo no estaba bien, cosa que me irritaba; pero tampoco yo dije nada en lo referente a su hermano y a que ella estuviese mal por eso. Si estaba mal seguramente era porque lo que hubiera pasado tenía que ver con ella, y de no haber estado tan enfadado le habría preguntado el motivo. Al contrario, no lo hice, y dejé que pasara el día sin saber nada más de ella.

Por la noche, cuando llegó Sheila con Amanda, quise que la madre me contara qué habían hecho desde que la recogió, pero como, a pesar de que en cierto modo se había salido con la suya en cuanto al convenio, estaba enfadada conmigo porque quería llevársela más días en vacaciones, me contestó con un desafortunado «¿Y a ti qué te importa?».

—Es mi hija, tengo derecho a saber lo que hace cuando no está conmigo —

espeté, a sabiendas de que como me calentara mucho acabaría liándola y haría que salieran todos mis vecinos ante el escándalo.

—Cuando está contigo yo no te pregunto qué hacéis, y yo también podría decirte lo mismo —comentó ella.

—Sheila, no me toques las narices que no he tenido un buen día. Yo tengo su custodia, tú solo te la llevas porque yo he dejado que lo hagas, si no...

—De eso nada bonito. Si me llevo a mi hija es porque soy su madre y no puedes hacer nada al respecto. No te debo nada.

Cerré la puerta de un portazo porque sabía que de continuar hablando con esa mujer, acabaría gritando, y por el bien de mi hija debía contenerme. De nuevo,

intentaría que fuera ella quien me contara lo que había hecho, con la esperanza de que por fin se animara a hacerlo.

Después de un largo baño, le calenté los macarrones y se los puse en el comedor, frente a su canal de dibujos animados favorito.

—¿Cómo te ha ido con Sheila, digo, con tu madre, cariño?

— *Nara* papi —dijo ella, dejándome descolocado con su respuesta.

—¿Nada qué, cariño?

—¡Que no hemos hecho *nara*! —gritó, dejándome alucinado pues mi pequeña ya sabía que mi pregunta iba dirigida a que me contara lo que había hecho con su madre.

—¿Nada? Vamos, algo habréis hecho —intenté sacarle.

—No papi, hemos *estaro* en casa de la *marre* de Sheila, he visto una peli, he *comiro* macarrones —esto último lo dijo mostrando el plato con desagrado para darme a entender que ese día repetía comida—, he *dormiro* una siesta y me ha *traíro* a casa. ¿Contento? —preguntó, levantando las manos como quien demuestra que no tiene nada más que decir y pretende que deje de interrogarla.

—Vale, cariño, si no quieres contarme lo que has hecho, lo respeto. Ya me lo contarás cuando te apetezca.

—¡Pero es que eso es *toro* lo que he hecho! —exclamó ella con desgana.

Me dio pena que no hubiese salido al parque, que no hubiese hecho algo divertido como solía hacer conmigo, pero Sheila me había dejado muy claro

que yo no podía hacer nada para remediar la situación, y aunque me doliera, tenía razón y debía aceptarlo o me volvería loco.

Al día siguiente me desperté con ganas de ver a Lali, pero un sentimiento de culpa se apoderó de mí. El sábado había cogido una rabieta como si de un crío se tratase y dormir me había hecho entender que había hecho mal desinteresándome por lo que le pasaba a mi, además de novia, amiga. Si

estaba mal porque algo gordo había ocurrido como para que su hermano se fuese de forma precipitada a Agra, debía haber dejado mi orgullo a un lado y haberle preguntado qué había pasado, además de haber hecho lo posible porque se sintiese bien. Sin embargo, me había comportado como un gilipollas egoísta, que no había podido controlar su instinto animal y el calentón me había cegado, no dejándome ver que Lali era una mujer muy especial, que siempre había estado a mi lado con el tema de Sheila, aconsejándome de una manera que hacía que después de hablar con ella, viera el problema como algo más llevadero. En cambio, yo estaba seguro de que la había decepcionado.

La vergüenza hizo que ese día no le dijera nada, aunque no me la quité de la cabeza. No sabía cómo empezar, si escribirle un mensaje o llamarla. ¿Qué le diría? «Perdona, pero nuevamente he sido un gilipollas, esta vez porque he pensado con la bragueta en lugar de hacerlo con la cabeza y me fui con tal calentón que he tardado un día en darme cuenta de que me necesitabas». Sí, eso podría servir, pero no me apetecía escuchar sus reproches, aunque los dijera con razón.

Pasé la mañana con Amanda en el *Bioparc* y por la tarde nos quedamos en casa haciendo manualidades. A mi hija le encantaba dibujar, recortar y pegar, y sobre todo, que yo estuviese a su lado apreciando lo bien que lo hacía, así que me limité a hacer feliz a mi pequeña, nuevamente esperando a que fuera Lali quien me volviera a escribir, aunque fuera para decirme del mal que tenía que morir. Por lo menos así me hubiera podido defender y habría vencido el temor a ser quien diera el primer paso, a sabiendas de lo mal que lo había hecho con ella.

Ese mensaje no llegó, y cuando se hizo de noche y acosté a Amanda en su cama, me metí en la mía añorando la compañía de mi chica, pues los dos días sin verla se me habían hecho larguísimos. Me había acostumbrado a estar con ella en cada momento que tenía libre, y sentía que me faltaba algo, al igual que me aterraba haberlo hecho tan mal con ella como para que no quisiera volver a saber de mí. ¿Por qué no le habría preguntado qué había pasado con su hermano? Definitivamente, había sido un gilipollas y solo esperaba no tener que pagarlo caro.

Antes de apagar la luz miré el whatsapp, necesitaba saber si Lali estaba en

línea; tal vez así me atreviera a decirle algo. No lo había mirado desde el día anterior, y me sorprendió y enojó al mismo tiempo, pues eso quería decir que no se le había ocurrido hacer como yo, comprobar si estaba en línea para decirme algo, aunque fuera «Eres un estúpido insensible». Sabía que ese no era su estilo. Podría ser el de cualquier mujer occidental, pero la educación que había recibido mi novia era extremadamente considerada con el prójimo, y tenía muy claro que ella no diría nada que me ofendiese sin que yo le diera pie a eso, y a lo mejor ni aun así.

Me levanté decidido a arreglar las cosas con Lali. Después de dejar a Amanda en el colegio, mientras tomaba café en la cafetería de la clínica, antes de acudir a mi consulta, le escribí un mensaje en el que simplemente le decía

«Hola». Al menos así sabría que seguíamos en contacto, que todo seguía adelante, aunque ese fin de semana hubiésemos estado separados.

Metí el móvil en el bolsillo confiando en que no tardara en vibrar su respuesta, pero se hizo la hora en la que debía empezar a atender a mis pacientes y el teléfono no había sonado.

En mi silla, mientras esperaba a que entrara la paciente de las nueve, abrí el cajón de la mesa para sacar un bolígrafo y vi el informe citológico de la prueba que le hice a Sheila hacía ya más de un mes. Como estaba tan enfadado con ella por lo del convenio, el día que llegó lo metí en el cajón y me olvidé de él. Menudo profesional era, no tenía perdón haber ignorado durante tanto tiempo los resultados de una paciente pero, ¿qué podía tener? Esa mujer solo había querido tocarme las pelotas ese día, y lo había conseguido. No obstante, como la paciente que tenía cita se estaba retrasando y todavía no habían llegado las siguientes, saqué el informe del cajón y me torturé a mí mismo por de nuevo, haber sido tan gilipollas.

Marqué su número de teléfono y esperé a que contestara, sin saber cómo explicar que hubiese tardado tanto en darle el resultado.

—¿Qué coño quieres? —Fue su saludo cuando descolgó.

—Señorita Sánchez —empecé a hablar, muy profesional yo—, la llamo porque acabo de recibir el resultado de su citología, y debería coger cita para venir a

la consulta en un par de meses.

—¿Señorita Sánchez? Tú eres gilipollas —Estaba claro que pensaba seguir enfadada conmigo durante mucho tiempo, pero yo tenía más claro aún, que jamás lo estaría tanto como lo había estado yo con ella—. ¿Qué pasa? ¿No me lo puedes decir por teléfono?

—A ver Sheila —dije, ahora hablándole con familiaridad. Era la madre de mi hija, es lo menos que podía hacer en ese momento. Mi enfermera entró en la consulta y por señas me avisó de que la paciente ya había llegado; de igual forma, traté de hacerle entender que esperara un poco—. El resultado ha sido negativo en cuanto a cáncer uterino, pero sí tienes las células alteradas y convendría que te hiciésemos revisiones a menudo para evitar que pueda ir a más.

—¿Qui... quieres decir que podría llegar a tener cáncer? —preguntó, ahora calmada y lo que era peor, asustada—. Izan, no será una de tus bromas para vengarte de mí, ¿verdad?

—No, Sheila, yo jamás bromearía con algo así.

—¿Cuándo tengo que ir? ¿Podría ir a la seguridad social? No puedo costear tu tarifa. Ya sabes... —se quedó callada unos segundos, yo sabía lo que iba a decir a continuación—. Fui para tocarte las narices, lo reconozco. Sabía que si ese día te amenazaba no me cobrarías la consulta, pero esto no me lo esperaba.

—Sheila, eres la madre de mi hija, no te preocupes por el dinero. ¿Vale?

—¿Lo dices en serio? —preguntó, asombrada.

—Sí.

—Gracias Izan. En cuanto a lo de las vacaciones de Amanda...

—Sheila, no te pases. No pienso consentir que mi hija se vaya contigo más de cuatro días seguidos —espeté, sin dejar que continuara.

—No Izan, solo te iba a decir que lo hice por la misma razón, es decir, por tocarte las narices, ya sabes... Lo siento.

—Ya —A buena hora me lo decía.

—Mira, estoy trabajando en una fábrica de envasados cárnicos por la noche, por eso tengo las tardes libres para poder llevarme a Amanda los miércoles. Los viernes también trabajo pero puedo estar con ella por la tarde, luego se queda con mis padres y el sábado después de dormir un rato disfruto de ella hasta que te la llevo. Con eso tengo bastante. Y no creas que no sé que teniendo tú la custodia, debería pasarte una manutención por sus cuidados; eso me lo dijo mi abogada y le extrañó que no la pidieses.

—Sheila, no necesito el dinero, solo quiero tener a mi hija —expliqué—.

Pero estoy empezando a entender que si necesitas que Amanda te quiera, estás en tu derecho.

—Gracias, Izan. Entonces, ¿me das cita tú mismo?

La cité para dentro de dos meses. Los resultados no eran del todo malos, pero en estos casos lo que hacíamos era comprobar cada tres meses que todo siguiera igual, para que en el momento en que hubiera algún cambio, poder actuar y cogerlo lo antes posible.

En cuanto colgué, sin hacer más caso al móvil pues ya iba con retraso esa mañana, hice pasar a la primera paciente y detrás de ella al resto hasta que se hizo la hora de comer. Ese día, para recuperar los minutos que había perdido a primera hora, ni siquiera salí a tomar café con mi padre cuando pasó para recordarme que era la hora, y cuando volví a mirar el móvil para comprobar si Lali me había mandado un mensaje que no hubiera escuchado, me di cuenta de que ni siquiera le había llegado el mío. Decidí armarme de valor y llamarla, pese a que me esperaba una buena reprimenda y con razón. Temía haberla asustado tanto que ya no quisiera saber de mí, o que tal vez se hubiera enfadado por mi falta de consideración el sábado. De una forma u otra sabía que había hecho mal, y ya era hora de dejar mi orgullo a un lado y pedir disculpas.

El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura, cosa que me sacó de quicio. ¿Cómo podía tenerlo así? ¿Y si a Carmen le pasaba algo en la guardería y tenían que localizarla?

La llamé varias veces y siempre salía la operadora diciendo lo mismo, así que como era hora de volver al trabajo, decidí que esa tarde me pasaría por el taller a recogerla, como de costumbre, y entonces, cara a cara, no podría evitarme y hablaríamos. Le pediría disculpas, reconocería lo imbécil que había sido y lo mal que me había portado con ella, e intentaría que me entendiera.

No obstante, antes de pasar por el taller, volví a llamarla pero fue en vano, su móvil seguía apagado y cada vez entendía menos el porqué. ¿Habría cambiado de número? ¿Tanto se había enfadado conmigo como para hacer tal cosa? Era inútil, sabía dónde vivía y dónde trabajaba; de una manera u otra acabaría hablando con ella, quisiera o no.

Le expliqué a mi hermana que ese día iría más tarde a por Amanda, tenía un problema que solucionar y no quería que mi hija estuviese delante. Además, estaba convencido de que mi pequeña estaría encantada de pasar más tiempo con los primos y con la consentidora de su tía, motivo de más para recogerla después de hablar con Lali.

Llegué al taller y esperé en la puerta como de costumbre. Cuando salieron sus compañeras les pregunté por Lali, y Anahí me miró sorprendida.

—No ha venido a trabajar, te iba a preguntar yo a ti si sabías algo de ella.

Hoy la jefa no ha tenido un buen día porque tiene un problema gordo en casa y no nos hemos atrevido a preguntarle por ella.

—¿Quieres decir que se ausenta del trabajo la mujer más responsable del planeta y pasáis del tema? —pregunté, enfadado por la impotencia que sentía, pese a que ellas no tenían culpa de nada.

—Claro que no, ¿por quién nos tomas? La hemos estado llamando pero tiene el teléfono apagado —se excusó Anahí. Eso ya lo sabía, y por desgracia no era el único que había intentado hacerse con ella.

Les pedí perdón por mi arrebató y pensé que el siguiente paso sería ir a la guardería. No sabía el motivo por el que una mujer como Lali pudiera faltar al trabajo a no ser que estuviese enferma, quizás era Carmen la que estaba mala, y si era así, dudaba que la hubiese llevado a la guardería. Por eso, al final opté por ir directamente a su casa. Era lo más lógico, tal vez si alguna de ellas no se encontraba bien, no habían salido de casa ese día y por eso Lali no se había dado cuenta de que tenía el teléfono apagado.

En su piso, cuando toqué al timbre y no contestó nadie, empecé a perder la paciencia. Toqué de nuevo, otra vez, y otra, y esperé a que contestara, por si la había pillado en la ducha o algo así y por eso se estaba demorando. Al cabo de unos minutos se abrió la puerta del patio y me giré esperanzado. Una anciana salió y me miró con dulzura, como si me conociese.

—Buenas tardes, señor. Usted es el chico que ha estado viniendo a ver a mi vecina —dijo, dejándome confuso. ¿Cómo sabía esa anciana quién era yo?

—Sí señora, ¿y usted es?

—Soy Hortensia, la vecina que vive en su rellano. Perdóneme que haya sido una fisgona, pero me preocupa mucho esa joven y necesitaba saber que el hombre que la acompañaba era buena gente. Aunque ella no lo sepa, intento protegerla desde mi casa. Su hermano me dio su número de teléfono y una llave, ¿sabe? Pero eso ella no lo sabe tampoco. No le gusta que la traten como si fuera una niña, según me dijo Bhadrak —explicó la señora, dándose importancia para que entendiera que era como su guardia de seguridad oculta, su guardaespaldas o algo así.

La miré con cariño y sobre todo, con esperanza, pues si tenía una llave del piso de Lali, quería decir que podría entrar en su casa y comprobar si no estaba, o si por el contrario se estaba negando a verme. Pero, ¿en qué estaba pensando? ¿En serio me estaba planteando hacer un allanamiento de morada?

Desde luego mi desesperación estaba llegando al límite, debía contenerme y seguir escuchando a esa anciana, que me miraba como si tuviera algo más que decirme.

—La entiendo —musité, esperando que siguiera.

—Por eso he bajado. He escuchado sonar su timbre con insistencia y como no sé nada de ella desde ayer, me he preocupado. No es normal que la chica se ausente de su casa tanto tiempo, ¿sabe? Y menos que haya dejado el carro de su hija en el patio, sin ni siquiera guardarlo en el cuarto de la limpieza como acostumbra a hacer.

—¿Quiere decir que dejó el carro a disposición de quien se lo pudiera quitar?

—Cada vez entendía menos.

—Sí.

—Y, ¿ha llamado a su hermano? —pregunté, siendo consciente de que Bhadrak había viajado a Agra y seguramente le hubiese sido difícil de localizar.

—Sí. Fue lo primero que hice, pero también tiene el móvil apagado —

contestó la anciana, preocupada por lo que le pudiera haber pasado a su vecina.

—¡Mierda! —grité.

—¿Cree que debería llamar a la policía? —preguntó, ignorando que acababa de maldecir delante de ella.

—Sí, creo que será lo mejor. De todos modos, yo sé dónde vive su hermano. Voy a ir a su casa a ver si su mujer sabe algo. Ojalá esté con su cuñada y lo del carro haya sido un simple despiste.

—Sí, chico, es una buena idea. Apúntese mi teléfono por favor, y dígame algo en cuanto sepa qué ha podido pasar.

Guardé el número de la señora Hortensia en mi móvil y me dirigí a donde sabía que vivía Bhadrak. No sabía su número pero confiaba en que estuviesen los apellidos de los propietarios en el patio. Un apellido hindú sería fácil de reconocer.

24.BHADRAK.

El viernes por la noche recibí la llamada de mi padre, muy alterado. Había hablado con él durante el tiempo que llevaba viviendo en España con Laura y lo había visto preocupado por el comportamiento de Rajiv, por las habladurías, pero ese día su voz sonaba diferente, y eso me puso alerta.

—Hijo mío, tu madre ha cogido una depresión muy grande, no hace más que decir que se quiere morir para dejar esta vida y poder reencarnarse cuanto antes en otra. No quiere saber nada de tus hermanos y a mí me ignora, y ya no sé qué hacer con ella. Creo que es hora de que vengas y cumplas lo que un día prometiste.

—¿Qué ha pasado, padre? —pregunté, con un nudo en la garganta que apenas me dejaba hablar.

—Rajiv va pavoneándose por ahí del dinero que le mandaste, incluso enseña la transferencia que le hiciste diciendo que nos tiene a su merced. Dice que Lali es una puta que lo dejó por otro, que tú eres un renegado y que para acallar su boca le has mandado ese dinero. Que conseguirá que le mandes más pues no va a dejar de decir la verdad, y que nuestra familia no se merece el respeto de nadie.

—¡Maldita sea! —grité, recuperando mi voz—. No te preocupes más. Iré para allá lo antes posible.

Laura, viendo cómo perdí el color de la piel en cuestión de segundos, dejó a nuestra hija en su cuna y vino a tranquilizarme. Me cogió del brazo y me susurró que todo pasaría, pero yo tenía muy claro que no podía pasarle más al impresentable de mi cuñado. Había jugado con fuego y había acabado quemándose.

Así, decidido a hacer caso a mi padre, por el bien de mi madre, de mi familia entera, y de nuestro honor; dejé a Laura con la palabra en la boca y me dirigí a la agencia de viajes que tenía más cerca de casa. No había un itinerario creado para viajar a mi ciudad en tan breve tiempo, pero la chica que me atendió me dijo que si estaba dispuesto a hacer varias escalas, podría ir cogiendo vuelos hasta llegar a Agra.

Y eso es lo que decidí hacer. Sin apenas equipaje, pues mi visita iba a ser

corta, le dije a Laura que debía ausentarme unos días, y ella, pese a que no estaba de acuerdo, aceptó mi decisión. Sabía que no podía hacer lo contrario, en el tiempo que llevábamos juntos se había dado cuenta de lo importante que era para mí la familia y por más que lo hubiera intentado, no habría conseguido convencerme de hacer lo contrario a lo que ya estaba dispuesto.

Lo único que sentía era estar incomunicado de mi familia durante tantos días, pues el móvil una vez saliera del país no me serviría para nada, pero para mi tranquilidad, pedí a Laura que al día siguiente fuera a por mi hermana y la llevase a nuestra casa hasta que yo volviese a España. Así me quedaría más tranquilo. Laura cuidaría de ella y de paso mi mujer no estaría sola esos días.

Cogí el primer avión hacia Madrid a las dos de la mañana, y a partir de ahí fui cogiendo vuelos durante tres días hasta que por fin el martes por la mañana llegué a la casa de mis padres. Todo seguía igual, el barrio no había cambiado nada desde que me fui, el mismo olor, el mismo ambiente. Era como si se hubiese detenido el tiempo y volviera a una realidad que creí ya olvidada.

Mi padre, que no estaba seguro de que fuera a cumplir mi palabra, y menos en tan poco tiempo, me recibió con los brazos abiertos y un rostro aliviado al verme allí. Mi madre estaba en la cama, llorando sin parar y como ya sabía, repitiendo una y otra vez que se quería morir.

—Madre, soy yo, Bhadrak —hablé. Parecía como si estuviese en estado de shock y en ese momento hasta dudé de si me reconocería.

—¿Bhadrak? —Ladeó un poco la cabeza y me miró con los ojos hinchados

—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a solucionar el tema de Rajiv, te prometo que nadie más volverá a decir nada malo de nuestra familia.

—Noo, Rajiv no va a parar, hijo. No va a parar de calumniarnos, y la gente le cree. Oh, por todos los dioses, que me lleven ya con ellos, quiero cambiar mi vida por otra, la que sea, pero esta nooooo —Y volvió a romper a llorar de una manera tan desgarradora que me dolió en lo más profundo de mi corazón.

—Madre, tranquilízate. Todo saldrá bien. Recuperaremos el honor y volveremos a ser felices.

Mi madre ya no me hacía caso. Salí de la habitación y me dirigí a donde estaba mi padre. Estaba fumando en la terraza, cosa que me sorprendió, pues nunca antes le había visto hacerlo.

—Los problemas hijo, que hacen que uno se enganche a los vicios más estúpidos —se explicó, antes de que le dijera nada.

—Padre, no te preocupes, voy a ir a casa de Rajiv y voy a acabar con esto de una vez.

—¿Vas a cumplir tu promesa? ¿Le vas a matar? —preguntó mi padre, esperanzado.

No podía creer hasta dónde había llegado su agonía, estaba dispuesto a que su hijo fuera un asesino con tal de que ese individuo dejara de mancillar nuestro honor.

—Si es necesario, lo haré —le contesté, muy alterado y convencido de lo que estaba diciendo—. Y cuanto antes lo haga, mejor.

Salí de la casa y entré en el garaje para coger mi coche. Les había pedido a mis padres que me lo conservaran mientras yo no estuviera por si alguna vez iba con Laura y necesitaba un medio de transporte para movernos por la ciudad.

Hacía un calor infernal, tiempo al que me había desacostumbrado, y aunque en Valencia la primavera había llegado con fuerza y habían días en los que parecía verano, nada tenía que ver con el calor sofocante de Agra. Llevaba una camisa de manga larga pero no quise entretenerme en entrar a la casa a cambiarme. Debía hacer algo, y quería hacerlo cuanto antes.

Media hora después, estaba aporreando la puerta de Rajiv, con la intención de darle un buen puñetazo en cuanto la abriese. Como estuve llamando durante veinte minutos y nadie contestó, decidí marcharme y volver por la noche.

Seguramente a esa hora estaría trabajando, y aunque hubiese sido un buen plan presentarme en la empresa de los Kaur y liarla allí, el resto de la familia no tenía culpa (o al menos no toda) de lo que Rajiv estaba haciendo. Si hubiese ido, habría sido como ponerme a su altura o reconocer que lo que iba diciendo de nosotros era verdad.

Mejor esperaría a la noche para volver a su casa, estaba seguro de que entonces lo encontraría solo y podría verme con él cara a cara.

Me fui riendo a mi casa, imaginando la cara que pondría Rajiv cuando me viese aparecer.

Pero si pensaba que ya tenía bastante preocupación con resolver el problema del honor de la familia, cuando entré en mi casa y vi a mi padre con la cara desencajada, se me cayó el mundo a los pies.

—¿Qué ha pasado? ¿Madre está bien? —pregunté, alarmado.

—Sí, hijo, tú madre sigue igual —calló, pese a que sabía que tenía algo más que decirme, y la espera se me hizo agoniosa.

—¿Qué pasa, padre? ¡Habla de una vez! —grité, a mi pesar. Nunca le había hablado a sí a mi padre, y tal cual lo hice me arrepentí, sobre todo al ver lo mal que se sentía él, porque estaba claro que algo había pasado y no se atrevía a decírmelo.

—Bhadrak, ha llamado Laura...

—¿Y?

—Llámalas, que te lo cuente ella —Mi padre rompió a llorar y le abracé.

Nunca le había visto así, debía de ser muy gordo lo que estaba pasando para que el hombre más fuerte que había conocido se derrumbara de aquella manera, y solo tenía una forma de averiguar qué había sucedido. Llevé a mi padre hasta el sofá, hice que se sentara, y cogí el teléfono fijo. Sentado a su lado, marqué el número de mi casa en España. Mientras marcaba, rogué a todos los dioses que Laura estuviese en casa, era su horario laboral pero si

acababa de llamar a mis padres y les había dicho que la llamara, tenía que coger el teléfono.

Un tono... y descolgó, como si hubiese estado pegada al teléfono esperando mi llamada.

—Bhadrak, perdona que no te haya llamado antes, supuse que no habrías llegado del largo viaje —escuché decir a mi mujer, sollozando.

—Laura, ¿qué pasa? ¿Helena está bien?

—Sí, sí, Helena y yo estamos bien pero... No sé nada de Lali desde el domingo —me explicó, temerosa de lo que le pudiera decir. Bien sabía mi esposa que era su responsabilidad cuidar de mi hermana, y no saber de ella no era haber cumplido su palabra.

—¿Cómo que no sabes de ella? ¿No te coge el teléfono? ¿No se fue contigo el fin de semana?

—Ya la conoces, cuando le dije que querías que viniese a vivir a casa hasta que regresaras empezó a decir que siempre la tratábamos como a una niña y que ya era una mujer, que se sabía cuidar sola, que así lo llevaba haciendo desde hacía casi dos años... Ya la conoces —repitió, reafirmando a sí misma que había hecho lo correcto dejando que Lali hiciese lo que quisiese.

—Vale. Entonces, no quiso ir a casa —afirmé, para empezar a atar cabos—.

¿Qué pasó después? ¿Cómo es que no sabes de ella desde el domingo? — intenté tranquilizarme porque entre unas cosas y otras, al final el que acabaría estallando iba a ser yo.

—Pasé el sábado con ella y las nenas pero por la noche me fui a casa porque como la intención era que Lali se trasladase a nuestro piso momentáneamente, yo no llevaba apaños para pasar la noche en su casa. Ya sabes, ropa de Helena, pañales... El domingo la invité a comer pero estaba triste por algo que le había pasado con Izan y no quiso venir, y por la tarde volví a pasar por su casa para comprobar que estaba bien. Fuimos al parque

con Carmen y allí nos despedimos. Bhadrak, ¿tenía mi coche aparcado lejos de su casa y no pensé que le pudiera pasar nada porque no la acompañase hasta su puerta!

—¿Cómo sabes que le ha pasado algo?

—Ayer no quise agobiarla llamándola o mandándole mensajes, Lali quería demostrar que era adulta y yo la entendía. Pero...

—Habla, maldita sea.

—Por la noche vino Izan a casa y me dijo que había estado en su trabajo y no había acudido y que en su casa tampoco estaba; que una vecina le había dicho que había encontrado el carro de Carmen en el rellano y que no la había visto salir de casa en todo el día. Ni estaba en su casa ni tenía el móvil operativo. Fuimos a la policía pero nos dijeron que hasta que pasaran cuarenta y ocho horas de su desaparición no podían hacer nada, que igual estaba en casa de alguna amiga, pero sus compañeras de trabajo tampoco saben nada de ella y ya no sabemos qué hacer.

—¡Mierda! Creo que Rajiv me ha tendido el anzuelo y yo he picado como un idiota –musité, queriendo pensar que estaba equivocado. Si no era así, había sido muy listo provocando a mis padres para que me convencieran de que fuera a Agra, y así dejarle vía libre a él en España.

—¿A qué te refieres? –preguntó Laura, curiosa.

—Nada, olvídalo porque espero equivocarme. Que no cunda el pánico.

Esta noche iré a casa de Rajiv a confirmar si mis sospechas son ciertas y si no es así, supongo que la policía ya podrá empezar a actuar en su búsqueda.

Le colgué a mi mujer con una congoja e impotencia que no me cabía en el cuerpo. Miré a mi padre, quien lloraba en silencio, dándome a entender que Laura ya le había contado lo de Lali.

Me levanté del sofá ante la atenta mirada de mi padre y le dije que como allí no podía hacer nada, iba a intentar sacar algo en claro en otro sitio.

—Pero, ¿adónde vas?

—Padre, no pienso quedarme de brazos cruzados mientras espero que se haga de noche y acuda de nuevo a casa de Rajiv. Si él está en su puesto de trabajo, mis sospechas serán infundadas, pero si por el contrario no está... Si no está no hará falta que vaya a su casa tampoco.

—Hijo, que los dioses te protejan —musitó, mientras veía cómo salía de su casa escopeteado.

Me dirigí a la fábrica de muebles de los Kaur, donde se suponía que debía estar mi cuñado. Al entrar, avisté a Harshad a lo lejos, quien al verme agachó la cabeza para que creyera que no se había dado cuenta de mi presencia.

Todavía debía de acordarse del puñetazo que le di cuando intenté defender el honor de Nandita, la mejor amiga de Lali.

Fui directo a dirección y pregunté por Rajiv. Allí se encontraba el padre de Harshad, otro miserable como todos los de su especie, que por defender a un hijo embustero y embaucador, mancilló el honor de una joven y la llevó al peor lugar al que una niña podría ir, pues sus padres creyeron la palabra del desgraciado de su hijo, y como pensaron que nunca la podrían casar, la vendieron a Valdev, un proxeneta que tenía un burdel en la periferia de la ciudad.

—¿Qué quieres? —me preguntó Yash.

—Quiero saber dónde está mi cuñado.

—¿Tu cuñado? ¿Todavía le llamas así, después de que la zorra de tu hermana le abandonara? —Me eché hacia adelante dispuesto a darle un puñetazo, nadie decía esas barbaridades de Lali y quedaba impune.

Sin embargo, la puerta se abrió y entró Bhaskar, el padre de Rajiv, así que me contuve, de momento.

—¿Dónde está tu hijo? Quiero verle —le grité.

—¿Desapareces durante más de dos años y vienes con exigencias? Creo que no sabes con quién te estás metiendo —habló él, como si nada le afectase.

—Claro que lo sé, con la peor calaña que me pueda echar a la cara. Tu hijo no solo tiene la indecencia de pedirme dinero para que deje de mentir sobre mi hermana sino que encima va pavoneándose de ello y diciendo cosas que no son ciertas, acabando así con la reputación de mi familia. Dime dónde está Rajiv si no quieres vértelas conmigo —le amenacé.

—No tengo por qué decirte nada, sal de mi empresa ahora mismo o llamaré a seguridad.

—Por mí puedes llamar a quien quieras, puedo contigo, con tu hermano y con quien se me ponga por delante —No estaba seguro de lo que decía, pero esperaba que la ira que se había apoderado de mí me diera fuerzas para batirme con un ejército si hacía falta.

Yash me miró asustado, y entonces me di cuenta de que todavía tenía el brazo levantado, ese con el que tenía intención de darle hacía apenas unos minutos. Bhaskar, miró al débil de su hermano y puso los ojos en blanco.

—Está bien, no hace falta que lleguemos a las manos —dijo.

—Dónde... está... Rajiv —masticué cada palabra, apretando los dientes para contener mi furia, haciendo ver que de allí no me sacaría nadie hasta que no supiera el paradero de mi cuñado.

—Hace unas semanas que salió de viaje —respondió Bhaskar, como si con eso tuviera suficiente.

—¿A dónde?

—No lo sé, no nos lo quiso decir.

Agarré del cuello a su hermano y lo apreté fuerte de manera que sintiera el ahogo.

—Bhaskar, díselo —runroneó Yash, con lo poco que le quedaba de voz por

tener su cuello oprimido.

—Bhadrak, por todos los dioses, suelta a mi hermano. Lo de llamar a seguridad iba en serio. ¿De verdad quieres hacer más daño a tu familia del que ya les has hecho renegando de tu religión?

—Yo jamás he renegado de mi religión, eso son invenciones vuestras para dejarnos en mal lugar.

—¿Entonces por qué te fuiste de Agra? ¿Por qué te casaste con una occidental?

—¿En serio quieres que hablemos? Mira a tu hermano. ¿Qué crees que quiere él? —observé, apretando un poco más con el brazo. La cara de Yash se estaba poniendo morada, sabía que me estaba pasando pero me daba igual; si ellos querían jugar, yo no tenía nada que perder.

—Bhaskar... por... favor... —gimió Yash.

—Está bien, suelta a mi hermano y te lo diré.

—No, no. Tú sabes que no pienso quedarme aquí, que lo soltaré tarde o temprano pero, ¿y si lo suelto y no me lo dices? Tú primero, no me fío ni un pelo de vosotros.

—Suéltalo, por favor, Bhadrak, lo vas a matar.

—Oh, qué bien, un Kaur menos para atormentar a los demás —asegué riéndome de la situación.

—Vale, Rajiv se fue hace semanas a España a por su mujer.

—¿Cómooooo? —apreté todavía más el cuello de Yash y cuando lo vi llorar de dolor lo solté. Entonces, me encaré con Bhaskar para que me explicara qué quería decir con eso.

—Rajiv está como loco desde que Lali se fue. Bhadrak, entiéndelo, tú crees que él ha mancillado el honor de tu familia pero, ¿qué crees que hicisteis vosotros yéndoos de Agra sin dar una explicación?

—¿Explicación? Iba a casarme con una mujer para que su dote le fuera entregada a tu hijo. Rajiv le hizo la vida imposible a mi hermana desde el primer día de matrimonio y le hacía pagar a mis padres por ella. ¿Qué explicación quieres que diéramos?

Nos quedamos mirándonos fijamente, desafiándonos el uno al otro mientras Yash se rascaba el cuello e intentaba volver a tragar con normalidad.

—Entonces, ¿se supone que si ha ido a por Lali piensa traerla de nuevo?

—Sí —respondió Bhaskar.

—Por eso nadie sabe dónde está mi hermana, debe de tenerla ya con él — murmuré, más para mí que para que me escuchasen—. ¿Cómo ha averiguado dónde está? ¿Cómo sabe dónde vive?

—Pagó a un detective español para que la encontrase, para eso quería tu dinero. Una vez supo dónde trabajaba Laura y cómo te hacías llamar en tus novelas, seguir vuestros pasos fue fácil.

—Maldito hijo de puta —grité.

—Bhadrak, por favor, ya sabes lo que querías. Ahora, márchate de aquí.

—Con mucho gusto —espeté— Solo una cosa más, ¿cómo es que mi padre me dijo hace tan solo unos días que Rajiv había estado hablando de nosotros?

—Porque Yash y yo nos encargamos de difundir lo que mi hijo nos pidió y de que tu padre creyese que había salido de su propia boca.

No me equivocaba, Rajiv me había lanzado el anzuelo, y yo había picado como un idiota.

25.BUSCANDO SOLUCIONES.

Cuando por fin pude dar con la puerta de Bhadrak y conseguí hablar con Laura, me di cuenta de que ella no sabía tampoco nada de Lali, cosa que me

hizo enloquecer. Laura se sintió francamente mal, al parecer su marido le había pedido que cuidara de ella los días que estuviese fuera pero la obstinada de su cuñada se había negado a irse unos días a su casa. La última vez que la vio fue el domingo. Fueron juntas al parque con sus hijas y allí se despidieron.

Laura se torturaba por no haberla acompañado a su casa, dando por hecho que le debía de haber pasado algo en el camino hacia su piso, o más bien dentro de su propio patio, pues el carro de Carmen estaba allí, pero no había rastro ni de Lali, ni de su hija.

Fuimos a la policía a denunciar su desaparición pero nos dijeron que hasta que hubiesen pasado cuarenta y ocho horas no podían hacer nada. Insinuaron que podría estar en casa de alguna amiga, pero los dos sabíamos que solo tenía a sus compañeras de trabajo, y ellas tampoco sabían nada de mi novia.

Estaba desesperado. Bhadrak había viajado a Agra con la intención de recuperar el honor de la familia, pues el marido de Lali iba diciendo cosas de ellos que no eran ciertas y con ello estaba acabando con la reputación de los Singh. Laura me contó que su marido le había enviado dinero para callarle pero que aun así, seguía calumniándolos y Bhadrak había llegado al límite de la paciencia con él. Su madre había caído en una depresión por culpa del tal Rajiv y su marido no iba a consentir que acabara con su vida.

Llamamos al móvil de Bhadrak, pero como ya suponíamos, no estaba operativo. Laura sabía que hasta el martes como mínimo no llegaría a la casa de sus padres, y llamar allí antes solo serviría para ponerles más nerviosos de lo que ya estaban. Mientras Bhadrak no llegase nada se podía hacer, así que lo mejor sería esperar al día siguiente y entonces llamarle y contarle lo sucedido.

Me fui a mi casa con un remordimiento que no me dejaba vivir. Esa noche le pedí a mi hermana que se quedara a dormir a Amanda y la llevase al día siguiente al colegio. Ella solía tener ropa de mi hija porque a veces salía muy sucia del colegio y le gustaba tener mudas de recambio, no era problema quedársela y yo, aunque me podría haber venido bien la compañía de mi pequeña para olvidar lo que estaba pasando, pensé que sería mejor no tenerla conmigo. Estaba demasiado angustiado y le transmitiría ese sentimiento a

Amanda, me preguntaría qué era lo que me pasaba y dudaba de poder

contestarle sin ponerme a llorar.

Sí, temía derrumbarme de un momento a otro porque no podía quitarme de la cabeza que si no hubiese sido tan orgulloso, si hubiese contestado a su mensaje el sábado, el domingo podría haber estado con ella y haber evitado que le pasase lo que fuera que le había pasado.

Una vez en mi casa, intenté tranquilizarme para llamar a la señora Hortensia, quien esperaba saber algo de su vecina. Viendo que era imposible, pues tenía demasiado en la cabeza como para que no me afectase, opté por llamarla de todos modos e intentar que por lo menos por teléfono no se me notase. Le conté que había estado en casa de su cuñada y que seguíamos sin saber nada de ella, y le pedí que si había alguna novedad, como que hubiera aparecido de repente con cualquier extraña excusa de por qué se había dejado el carro en el patio y no había ido a trabajar ese día, me lo dijera lo antes posible.

No obstante, antes de irme a la cama volví a llamar a Lali, con la esperanza de que todo hubiese sido una tontería y por fin pudiera hablar con ella. Fue en vano, su móvil seguía apagado y mis mensajes, que le mandé varios con la intención de ver si en algún momento le llegaban, seguían sin hacerlo.

No pegué ojo en toda la noche y a la mañana siguiente llegué a la clínica con ojeras y la mirada ausente. Mi padre en cuanto me vio me preguntó qué me pasaba y cuando le conté que Lali estaba desaparecida me sugirió que me fuera a casa ese día. En un principio me pareció buena idea pero pronto la descarté, si me iba a casa no dejaría de pensar en Lali y prefería hacer mi trabajo e intentar tener la mente ocupada aunque en mi interior no me quitara el tema de la cabeza.

Entre paciente y paciente, volvía a llamar a Lali con la esperanza de que me cogiera el teléfono. No era así. También llamé a la señora Hortensia, que seguía preocupada por su vecina, y a Laura, quien me dijo que a media mañana llamaría a la casa de sus suegros, con la esperanza de que Bhadrak ya hubiese llegado. Allí serían las cuatro de la tarde, pero en realidad hacía más de dos días que Bhadrak se había ido, con la diferencia horaria esperaba que a esa hora ya estuviese allí.

Y por si fuera poco con lo que tenía encima, la mañana la remató mi madre.

Hacía meses que no sabía nada de ella. Ni yo la llamaba, ni ella me llamaba a mí. Había aprendido a vivir sin ella, su ausencia en mi vida era normal, y que apareciese así, sin avisar, y entrase en mi consulta colándose a

una paciente y con aires de grandeza, era algo que podía conmigo.

—Alicia, no es buen momento –fue lo que le dije cuando la vi, hacía años que había dejado de llamarla mamá.

—¿Esa es manera de saludar a tu madre? Dame dos besos por los menos, hijo
–Hice lo que pedía por no discutir, porque era lo último que me apetecía hacer.

—Alicia, tengo trabajo. ¿Puedes tener la decencia de salir de la consulta y esperar a que tenga un hueco libre?

—Ay hijo, vaya forma en que me tratas. Solo te molestaré cinco minutos.

—Ya, pero es que serán los cinco minutos que me hagan ir con retraso, y las pacientes no se merecen eso.

—Izan, necesito tu ayuda. Concédeme lo que te pido y me iré. ¿Vale, cariño?

—¿Qué necesitas? –Sabía yo, que su visita no podía ser de cortesía.

—Dinero, ya sabes.

—Claro, cómo no –hablé asqueado, mientras sacaba la cartera del bolsillo de mi chaqueta—. ¿Cuánto necesitas?

—Dos mil euros.

—Oh, perdona, pero no llevo suelto –espeté, con sarcasmo.

—No importa, puedo esperar a medio día. Si quieres podemos comer juntos. Ve a sacarlo cuando salgas de la consulta y ya luego me lo das.

—¿Qué problema has tenido ahora? ¿Demasiado caro el botox?

—Izan, no me gusta que me hables así.

—Ni a mí que solo vengas a verme cuando te hace falta dinero. Estoy harto de que pagues tus excesos con mi tarjeta de crédito.

—Está bien, hijo, no hace falta que me des nada. Después de lo que hice por ti, y así me lo pagas.

—¿Que tú hiciste qué? Por favor, sal de la consulta. Tengo que trabajar y no estoy de humor para reproches infundados ni tonterías de las tuyas.

—Izan, eres un mal hijo, esto no quedará así.

—Muy bien, Alicia. Lo que tú digas.

Después del desafortunado encuentro con mi madre, estaba más nervioso e impaciente por saber de Lali. Tuve que esperar hasta medio día para que Laura me llamara y me dijera que ya había hablado con su marido. Allí no sabían nada de Lali, como era de suponer. Bhadrak tenía un presentimiento que no le quiso decir pero que ella, que era una chica lista, se había imaginado: que Rajiv hubiera venido en busca de su mujer.

Escuchar eso me dejó helado. No podía creer que un hombre que la despreciaba tanto quisiera recuperarla, ¿con qué finalidad? Esperaba que estuviese equivocada, pero como no había otro argumento que fuera más lógico que ese, pensé que por lo menos con ello tendría algo a lo que agarrarme. Era peor pensar que cualquier desconocido la hubiese secuestrado, además de que normalmente los asesinos de mujeres o violadores no escogían a mujeres con bebés. Solo pensar en que algo así hubiese pasado y que quien hubiese secuestrado a Lali se hubiese desecho de Carmen me encogía el corazón y me daban ganas de vomitar. No podía ser, era más factible la idea de que hubiese sido su marido, aunque me atormentase. Al menos a él se le podía localizar, la familia de Lali sabía dónde vivía y si se la había llevado consigo, igual que una vez Bhadrak la había traído a España, podría hacerlo una segunda.

Por la tarde, me llamó Laura y mis dudas se convirtieron en la dura realidad. Había hablado con su marido y le había contado que había conseguido sacarle

al padre de Rajiv que este había viajado a España en busca de su mujer y su hija. Me eché las manos a la cabeza y nuevamente, me sentí culpable.

Quedé con Laura en que a pesar de que sabíamos el paradero de Lali, que muy seguramente estuviera volando hacia Agra, iríamos a la policía a hacer oficial su desaparición, por si acaso. Después, fui a por Amanda a casa de mi hermana y me desahogué con ella contándole lo ocurrido. Ella intentó consolarme diciéndome que no tenía culpa de nada, que yo no podía saber que algo así le fuera a pasar, que el único culpable era la persona que había decidido llevársela sin su consentimiento. Escuchar eso me dio que pensar.

Lali me había dicho el pasado viernes que se sentía casada con Rajiv, que por eso no se veía teniendo relaciones sexuales con otro hombre, porque sería como cometer adulterio. ¿Y si al verle se había sentido con la obligación de irse con él? ¿Y si su responsabilidad como buena hindú le hubiese hecho verse en la obligación de cumplir con su papel de esposa? Pero, si era así, ¿por qué no había avisado a nadie de que se iba, de que regresaba a Agra con su marido? Que no me hubiese avisado a mí lo entendía, seguramente estaría enfadada conmigo porque pasé de ella ante lo mal que se sentía por el problema con su hermano pero, ¿y a su cuñada? ¿A su jefa y compañeras de trabajo? ¿A su casera? De pronto, una bombillita se iluminó, y decidí llamar a la señora Hortensia.

—Señora Hortensia, ¿por casualidad no sabrá usted a quién le tiene alquilado Lali el piso?

—No chico, pero podría averiguarlo.

—¿Cómo? —Desde luego, esta anciana era todo un amor.

—Entrando en su casa, ¿cómo crees? Puedo buscar dónde tiene el contrato de alquiler. Pero esto que quede entre tú y yo ¿eh? ¡No quiero que se me acuse de allanamiento de morada!

—No se preocupe por eso, señora Hortensia. Además, si Bhadrak le dio una llave del piso fue para que entrara en su casa en caso de necesidad, y qué mejor caso que este.

—Tienes razón, chico. Voy a ver si lo encuentro y luego te llamo.

—Gracias, señora. Si no le importa, mire también si están las cosas de Lali, es decir, su ropa, las cosas de Carmen, etc., ya me entiende.

—Claro que sí, chico, enseguida te llamo.

Una hora después, recibí la llamada de Hortensia. Me dijo que había encontrado el contrato, aunque le había costado lo suyo ya que no lo tenía en los lugares normales donde se pudiese guardar algo así, como en un cajón de escritorio, de la cómoda, mesitas de noche o del comedor, sino que lo tenía en uno de la cocina. Me dio el número de teléfono de la persona de contacto que aparecía en el contrato y comentó que el piso tenía todos los haberes de Lali y de su hija, no parecía que se hubiese ido voluntariamente ya que no hubiese dejado allí todas sus cosas. En cuanto colgué, llamé a la casera de Lali.

La casera me pareció una mujer joven, y en un principio bastante egoísta, pues se preocupó más de que estuviese su piso vacío y de que si Lali no daba señales de vida no pudiese rescindirle el contrato ni sacar sus cosas para volverlo a alquilar, que porque hubiese desaparecido su inquilina en circunstancias extrañas. Pronto se dio cuenta de su error y se mostró preocupada, me pidió que en cuanto apareciera la llamara para decírselo y además, se disculpó por su primer arrebato. Bien, al menos ya sabía que Lali no se había ido por propia voluntad, demasiado responsable era como para haberlo hecho sin que su casera lo supiera.

Al colgar, vi que tenía un mensaje de Anahí. Me preguntaba si sabía algo de Lali, ese día tampoco había ido a trabajar y su jefa no sabía nada de ella. Tanto Mercedes, como ella y Claudia habían seguido llamándola pero siempre les salía la operadora diciendo que tenía el móvil apagado. Como lo que tenía que decirle me parecía algo demasiado fuerte para hacerlo mediante mensaje, decidí llamarla. Ella estaba tan preocupada como todos y se merecía saber de su amiga y compañera de trabajo.

—¡¡Jodeeeeerrrrr!! ¿En serio creéis que la ha secuestrado su marido?

¿Cómo ha podido localizarla?

—Dice su cuñada que contrató a un detective para que la encontrase. Siguió los pasos de Laura y Bhadrak, que al parecer es un escritor famoso, y averiguó dónde vive.

—¡Me cago en la ostia! ¡Joder! ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé Anahí, estoy desesperado. Anoche no conseguí dormir y dudo que hoy lo haga. Me siento impotente, agotado y culpable de todo, y lo peor es eso, que no sé qué puedo hacer para encontrarla.

—¿Culpable por qué? —preguntó curiosa, lo que me dio a entender que Lali el fin de semana antes de que se la llevaran, no le había contado nada de lo ocurrido entre nosotros.

—Porque la cagué y por eso no estuve con ella el domingo. Si hubiese estado con ella...

—Para, para, para. No te tortures más, por favor, que no es nada sexy

¿vale? Tú no tienes culpa de nada y no quiero volver a oír que lo dices. El capullo de su marido es el culpable de todo. Y ahora, vamos a pensar cómo ayudar. Por lo pronto, lo único que se me ocurre es ir a Agra a por ella, pero yo no tengo un duro para hacer un viaje tan largo y costoso.

—No tienes por qué hacer eso, Anahí. Su hermano está allí y según su cuñada va a esperar a que llegue Rajiv para ir a por ella y traerla de nuevo. Es la única esperanza que me queda.

—Entonces, ¿crees que volverá?

—Si no lo creyese me volvería loco, así que sí, lo creo.

—Vaya, nadie lo diría, ¡el doctor Vilanova enamorado! —Esta vez no la rectificué, sabía que si me sentía así de mal, era porque la amaba. Sabía que de no ser así también habría estado preocupado, me sentiría culpable igualmente y haría lo que fuera por encontrarla; pero lo que sentía era mucho más profundo, era desgarrador, dolía demasiado, y eso no tenía otra explicación que lo que Anahí decía: estaba perdidamente enamorado de Lali.

—Anahí, gracias por preocuparte. Si sé de alguna novedad ya te avisaré.

—Gracias guapo, y descansa.

—Lo intentaré.

Al día siguiente amanecí con una nueva idea en la cabeza. Solo había podido dormir dos horas, dándole vueltas toda la noche a cómo podría ayudar a Lali y a su familia. Esa mañana, antes de empezar a trabajar haría una llamada que podría marcar un antes y un después en la vida de mi dulce hindú.

Solo esperaba que la abogada Sara López no estuviera demasiado resentida conmigo por como la había tratado siempre con respecto al tema de Sheila como para que no quisiera ayudarme.

—Buenos días, señora López, soy Izan... Izan Vilanova.

—Buenos días, señor Vilanova –saludó ella, con un tono de voz que denotaba que se temía lo peor en mi llamada.

—Mire, la llamo porque querría pedirle ayuda.

—Dígame en qué puedo ayudarle –me cortó, tajante.

—Me gustaría contratar sus servicios como abogada.

—Soy la abogada de la madre de su hija, no puedo interceder por usted, por mucha mediación que haya intentado hacer en su convenio –dijo, creyendo que se trataba de mí.

—No, no tiene nada que ver con Sheila y conmigo. Querría que redactase un convenio de divorcio para otra persona.

—¿Y por qué no me llama esa otra persona? –preguntó, extrañada.

—Porque ha sido secuestrada, posiblemente por su marido.

—¿Cómo dice?

Le conté a la abogada toda la historia de Lali, desde lo mal que lo pasó en Agra con él, cómo huyó a España con su hermano, los chantajes que Rajiv estuvo haciendo a su familia hasta el posible secuestro el pasado domingo. Se me había ocurrido la idea de que la abogada redactase un contrato de divorcio para ellos y llevarlo yo hasta Agra, donde obligaría a Rajiv a que lo firmase y así Lali quedara libre de él para siempre. Sabía que era una idea descabellada y que lo más seguro sería que la abogada se negara a hacer algo así, pues sin ninguno de los participantes presentes ni siendo requerida por ellos ni era demasiado legal, ni muy normal que digamos. Sin embargo, después de escuchar toda la historia, Sara se mostró de lo más empática y me propuso quedar para que lo elaborásemos juntos. Le pregunté si podíamos hacerlo esa misma tarde y después de mirar su agenda y ver que tenía toda la tarde ocupada, me propuso acercarse a mi casa aunque lo hiciese fuera de horas.

Sabía la prisa que yo tenía y si Lali había sido secuestrada contra su voluntad, cada segundo era importante. Accedí a verla en mi casa y conté los minutos para que llegase la hora.

A mediodía llamé a Laura y le conté lo que había pensado, necesitaba su ayuda para saber algunos datos y me parecía buena idea que nos ayudase con el convenio, pues a falta de su hermano, nadie mejor que ella conocía a Lali y podría saber qué preferiría mi hindú favorita. Ella aceptó encantada, y a las

ocho se presentó en mi casa, con su pequeña Helena en el carro. Al mismo tiempo llegó mi hija con su madre, quien desde que le había explicado el resultado de su citología y me había ofrecido a ser su ginecólogo gratuitamente, se mostraba muy amable conmigo. Cuando mi hija entró y vio a Laura con su bebé, me miró extrañada y dijo:

—Papi, ¿otra *marre*?

—No cariño, ella es la cuñada de Lali. Ha venido a hablar con una señora que está a punto de llegar.

—¡Vale! ¿*Puero* jugar con el bebé?

—No, cielo, Helena es demasiado pequeña como para que juegues con ella.

Ve a tu habitación a desnudarte mientras te preparo el baño.

—¡Qué mona es! —exclamó Laura, ante las ocurrencias de mi hija.

—Gracias. Si me disculpas, voy a llenarle la bañera. Si suena el timbre abre tú, por favor.

—Sí, sí. Descuida.

Diez minutos después, Amanda estaba sumergida en la bañera y Sara, Laura y yo, dábamos ideas de lo que sería mejor para Lali.

Esa noche me fui a la cama esperanzado. Todo seguía igual, no sabíamos nada de Lali, pues según Laura, Bhadrak le había contado que se pasaba el día haciendo guardia en casa de Rajiv para que en cuanto llegase pudiera encararlo, y todavía no habían llegado. La diferencia era que ahora tenía una carta bajo la manga. Iría a una agencia de viajes, contrataría los vuelos necesarios para llegar a Agra y no lo haría con las manos vacías: llevaría conmigo un contrato de divorcio que Rajiv firmaría quisiera o no.

26.DE NUEVO EN AGRA.

Desperté en una cama demasiado conocida para mí, aunque no fuera la que había ocupado los últimos dos años. Abrí los ojos y extrañé el sitio. Estaba en mi cama de matrimonio pero no en mi casa de Agra, y no entendía nada.

Además, tenía la muñeca de mi mano izquierda atada al cabezal, impidiendo que me levantara de allí.

Escuché a lo lejos llorar a mi hija e intenté desatarme, intentando salir de la cama.

—No intentes moverte, te harás daño, y no quiero que se me acuse de maltrato
—Escuché que decía una voz tan conocida para mí como la cama en la que me hallaba.

No recordaba qué había pasado. Lo último que tenía claro era que había salido al parque con mi cuñada y que había regresado a casa dando un paseo

con Carmen. Recordaba haber llegado a mi piso y nada más. De pronto, pensé en Izan y sentí ganas de llorar. Me había comportado como una cría con él, no había podido darle lo que me pedía, y había conseguido que se enojara tanto conmigo que no fue capaz de contestar al mensaje que le mandé diciendo que tenía un problema con mi hermano. Miré a Rajiv y me sentí aliviada al pensar que Bhadrak estuviese allí; si mi marido me había llevado de vuelta a Agra, él conseguiría llevarme de regreso a España.

—¿Qué... qué hago aquí? —pregunté, aguantando las ganas de llorar, además del fuerte dolor de vejiga que tenía. No le daría ese placer a mi marido, aunque fuera lo que más desease en el mundo. El llanto de Carmen cesó, y me pregunté con quién estaría—. ¿Dónde está mi hija? Quiero verla.

—A su debido momento. ¿Me preguntas qué haces en tu casa con tu marido? No tenías derecho a irte y por eso te he traído de vuelta, ¿sabes cuánto se ha reído de mí la gente por lo que hiciste? ¿Imaginas cómo me he sentido durante estos dos años?

—Tú no me quieres, lo único que hice fue quitarte un peso de encima — musité, con un nudo en la garganta que apenas dejaba que saliesen las palabras.

—En eso tienes razón, ni te quiero ni te he querido nunca, pero eres mi mujer y eso nada lo va a cambiar. Por eso te he traído, este es tu sitio lo quieras o no.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué no me dejas hacer mi vida? ¿Por qué después de tanto tiempo?

—El tiempo que he necesitado para encontrarte, el tiempo que he aguantando las habladurías de los demás hasta que ya no he podido más... El tiempo pasa, pero cuando se tiene un objetivo, tarde o temprano se consigue.

—Rajiv, tú me diste motivos suficientes para huir de ti, trayéndome aquí solo nos hacemos daño los dos. ¿No preferirías rehacer tu vida con alguien a quien amases?

—¿Me estás hablando de amor? Porque si se trata de eso, sabes que aquí las cosas no funcionan así. Nuestros padres nos casaron y eso prevalece sobre el amor que podamos sentir entre nosotros.

—Yo no comparto esa opinión —expresé, intentando zafarme de la tela que me tenía atada a la cama.

—No lo intentes, te he atado demasiado fuerte como para que puedas escaparte una vez más.

—Mi hermano vendrá a por mí —le advertí, preguntándome por qué si Bhadrak estaba en Agra, no lo había hecho ya.

—Eso será si te encuentra. El pobre idiota está esperando a que lleguemos en nuestra antigua casa, me muero de gozo cada vez que paso por allí y le veo, no sabes lo bien que me lo estoy pasando.

—¿Te has mudado? —Miré alrededor y confirmé lo que ya había sospechado al despertarme, no estábamos en nuestra casa de siempre.

—Por supuesto, no ibas a creer que soy tan idiota como para seguir en un sitio donde se nos podría localizar, ¿no? Creía que tenías una opinión más acertada de mí.

—No quieras saber lo que opino de ti —enuncié esta vez empezando a enfadarme.

—Vaya, vaya. Parece que tu estancia en el extranjero te ha dado valentía para enfrentarte a mí. ¿Por qué será? ¿Tal vez por culpa de cierto ginecólogo que te ha estado visitando? ¡No me habrás sido infiel! Además de inútil, puta,

¡no lo podría soportar!

—¿Qué sabes tú de Izan? —Estaba empezando a angustiarme demasiado, quería levantarme de esa cama, correr hasta donde estaba mi hija y salir de allí cuanto antes. Me dolía tanto el corazón que al final no pude reprimir por más tiempo las lágrimas.

—Sé muchas cosas, pero eso no es de tu incumbencia.

—Rajiv, por favor, quiero ver a Carmen —sollocé, intentando que se apiadara de mí—. ¿Con quién está? Yo soy su madre, debería estar conmigo.

—Nuestra hija está en buenas manos, por eso no te preocupes. Y la verás cuando te ganes el derecho a hacerlo —respondió, acercándose a la cama para sentarse en ella— No podías haber tenido un varón ¿eh? ¿Ves como tengo razón cuando digo que eres una inútil?

Sentí asco cuando su mano tocó mi mejilla para quitar una lágrima que estaba cayendo sin poderla controlar, y me debió de notar la arcada que di, pues se levantó como un resorte y me miró con desprecio.

—¿Tanto asco te doy? Qué lástima, porque soy tu marido y o cedes ante mí, o jamás volverás a ver a tu hija.

Rompí a llorar, esta vez a lágrima viva, de una forma tan desgarradora que supuse que si había alguien más en la casa, me tendría que escuchar.

—Por favor, haz conmigo lo que quieras, pero déjame ver a Carmen.

—Ni siquiera has podido ponerle un nombre hindú —escupió por su boca

—. No sabes cuánto me avergüenzas. Tienes un hermano que ha renegado de nuestras creencias y tú pretendes seguir sus pasos, vaya influencia te has buscado.

—Mi hermano no reniega de nada, y yo le puse el nombre que me gustó para ella por su significado, porque no pensaba volver aquí nunca más.

—Para vergüenza también de tu familia. ¿Sabes lo mal que lo está pasando tu madre?

—Por tu culpa —espeté, algo más calmada. Llorar con él no funcionaba, así que debía sacar la fuerza que había dentro de mí para que se diese cuenta de que ya no era la joven débil a la que él siempre había menospreciado.

—¿Por mi culpa? Jajajajaja. Fuiste tú quien la deshonoró yéndose a vivir a otro país. La abandonaste, Lali.

—No la abandoné, ella consintió que me fuera porque tú me estabas convirtiendo en una desgraciada. Y si está mal es por tu culpa, por las mentiras que has ido diciendo de nosotros.

—No he dicho ninguna mentira, y si os duele es porque sabéis que es cierto.

Le miré con odio y me tumbé, intentando relajarme. Dejé de mirarle para que se diese cuenta de que no pensaba seguir siguiéndole el juego, y cuando se cansó de que le ignorase, se acercó a mí, cogió mi brazo, y ante el aspaviento que le hice intentando zafarme de su contacto, habló:

—Me voy a marchar ya. La doncella te traerá un orinal para que puedas hacer tus necesidades y algo de comer cuando sea la hora. Da gracias a que a pesar de que seas una inútil, no voy a consentir que te mueras de hambre.

Aunque me cuestes dinero, no echaré por tierra el prestigio de mi familia maltratándote.

—¿Acaso no es esto maltrato? —pregunté, enseñándole el brazo que tenía atado.

—No, eso es seguridad y tranquilidad para mí.

Salió de la habitación y me permití llorar todo lo que había reprimido estando con él. Necesitaba ver a mi hija, saber que estaba bien, ser yo quien la cuidara. Podía soportar estar de nuevo allí, volver a ser la mujer de Rajiv, pero no tener a mi hija conmigo me mataba, y pedía a los dioses que Bhadrak me encontrase y me sacara de allí, me llevara de nuevo a España y pudiera recuperar mi vida.

No sabía qué hora era ni entendía cómo Rajiv había conseguido llevarme hasta allí, estaba desubicada y entonces fue cuando empecé a llorar desconsolada. La habitación estaba a oscuras, con la persiana bajada sin ni siquiera una cortina. ¿Por qué Rajiv no habría montado la habitación tal y como la teníamos en la otra casa? Sin embargo, solo estaban la cama y las mesitas de noche, y la habitación no tenía ni siquiera un armario empotrado.

Me pregunté, cuando llegara la noche, si mi marido tendría la osadía de

meterse conmigo en la cama. Esperaba que no fuera así, porque solo de pensar en tenerlo a mi lado me daban arcadas.

Estaba sola, me sentía rota por dentro, de vuelta a una vida que me asqueaba, una vida de la que intenté salir cuando quise suicidarme hacía casi tres años, de la que huí cuando me fui a España.

No sabía ni qué día era, pues no podía saber cuánto tiempo había estado durmiendo. ¿Cómo habría podido llevarme Rajiv durante un viaje tan largo de forma inconsciente? La tripulación de los aviones debería haberse dado cuenta de que mi estado no era normal.

El caso es que eso poco importaba ya, estaba en Agra con Rajiv y ya no podía hacer nada más que esperar a que mi hermano me encontrase, y rezar porque me dejara ver a mi hija, cuidar de ella, tenerla conmigo. Solo con ella podría soportar estar de nuevo en mi ciudad, con un hombre al que aborrecía, y sobre todo, estar tan lejos de Izan.

Me había enamorado de él, de eso estaba segura. Era la primera vez que sentía algo así, algo maravilloso y a la vez doloroso, pues ahora no sabía nada de él ni podía hacer para que él supiera de mí, y pensé que seguramente estaría preocupado. Eso, si se le había pasado el enfado del viernes.

Y mi jefa, y mis compañeras... Debían de estar preguntándose qué había

pasado conmigo, seguramente Mercedes estaría tan enfadada porque había faltado al trabajo sin avisar que para cuando llegara posiblemente me despediría. O no. Esperaba que Anahí y Claudia se dieran cuenta de que algo raro pasaba y se lo hubiesen transmitido a la jefa. Sí, lo más probable es que estuviesen todos preocupados.

Y Bhadrak. Lo imaginaba en la puerta de mi antigua casa esperándome, cada minuto más enfadado, y me daba tanta pena que de nuevo rompía a llorar y mis lágrimas caían en cascada haciendo que los ojos cada vez se hinchasen más.

De pronto, escuché un ruido y la puerta se abrió, entrando una mujer joven con una bandeja en las manos y un orinal colgando de una de ellas.

—Yo de usted dejaría de llorar, el señor se va a enfadar y no se lo aconsejo.

—¿Quién eres? —me tomé la libertad de tutearla, pues al parecer estaba allí para servir, además de que no debía de tener más años que yo.

—Eso no importa. El señor me ha dicho que le trajera comida. Haga el favor de comérselo todo o no recuperará las fuerzas.

—¿Cuántos días llevo aquí?

La mujer me miró pensativa, como quien no sabe si debe contestar a esa pregunta o no, y finalmente, al verme tan apesadumbrada, contestó:

—Tres días.

—He estado durmiendo durante días, no creo que haya perdido mucha fuerza.

—Claro que sí, hace días que no come, y por eso está débil.

—Ya, si me dejaran levantarme de esta cama podría darme cuenta. Dime, ¿dónde está mi hija? ¿La estás cuidando tú?

—Su hija está bien.

—¿Podrías traerla para que la viera? Necesito saber que está bien, darle un beso...

—No puedo, lo siento —Y diciendo esto, dejó el orinal junto a mi cama y salió de la habitación, cerrando la puerta tras ella.

—Tráeme a mi hija, necesito verlaaaaa —grité.

Bajé de la cama para orinar, pues tenía la vagina hinchada por tantos días sin ir al baño, y ahí fue cuando me di cuenta de lo débil que estaba. Las piernas me temblaron y a punto estuve de caerme, pero pude sugetarme a la cama con la mano que tenía libre y así conseguí orinar.

Después, al darme cuenta de que no vendría nadie, se me ocurrió que lo

mejor que podía hacer era llamar la atención. Si Rajiv se cansaba de mí, quizás se olvidaría de la estúpida idea de tenerme con él y me dejaría volver a España.

Cogí fuerza de los pulmones, y empecé a gritar:

—¡¡Socorroooooo!! Estoy secuestraadaaaaa, me tienen encerrada contra mi voluntad. ¡¡¡¡Socorroooooo!!!! ¡¡¡Que alguien me ayude, por favooooorrr!!!

Lo repetí una y otra vez hasta que volvió a entrar la mujer, que no había querido decirme quién era, para rogarme que callara o empeoraría las cosas.

¿Empeorar? ¡Ja! Para mí nada podía ir peor, así que seguí gritando socorro hasta que de nuevo sentí el cansancio en mi cuerpo, y decidí que lo mejor sería que comiera porque necesitaba estar fuerte para poder hacerme cargo de mi hija en cuanto la tuviera conmigo.

Después de comer, intenté dormir, pero tras días haciéndolo no podía coger el sueño, así que seguí gritando hasta que la voz se me quebró. Entonces, me agarré a la almohada y de nuevo lloré y lloré, ahogando las lágrimas en la sábana.

Desperté sudando en la cama. No hacía demasiado calor para la fecha que era, la más calurosa en Agra, y me pareció extraño. Sin embargo, había tenido una pesadilla en la que Rajiv me decía que tenía que sacrificar a Carmen porque su primogénito debía ser un varón, y me violaba mientras que yo no podía dejar de pensar si la habría matado ya o no, si podría ver a mi hija una última vez antes de que mi marido se convirtiera en un asesino o si por el contrario, el hombre que me estaba penetrando, haciéndome daño como cada vez que se había metido en la cama conmigo, ya era un filicida que no solo había matado a su propia hija, sino que había acabado con mi vida, pues yo sin ella no podía vivir, y me suicidaría en cuanto tuviera ocasión.

Por eso, desperté sobresaltada, sudorosa y asustada, esperando escuchar el llanto de mi hija en algún momento para que pudiera convencerme de que seguía allí.

—¡¡Señorita, señorita!! –Empecé a llamar a la mujer que había visto a

mediodía, por si seguía en la casa.

Pero no fue ella quien acudió a mi llamada, sino Rajiv.

—Me ha dicho la sirvienta que no te has portado bien, ¿de verdad crees que voy a permitir que tengas a tu hija si no dejas de llamar la atención? Me consideras muy tonto si crees que alguien te va a escuchar.

—Alguien habrá por la calle que acabe escuchándome –dije, convencida.

—Pobrecilla, donde estamos no hay nadie que pueda oírte, así que te

recomiendo por tu bien, que no te esfuerces más porque solo conseguirás enfadarme a mí.

—Pues si consigo eso al menos, me alegro –Y tras decir eso, como se había acercado a mí, aproveché la oportunidad que me daba y le escupí a los ojos. Como ya esperaba, la contestación fue darme un bofetón en la cara, que no me produjo tanto dolor como el que estaba sintiendo lejos de mi pequeña.

—Pégame más, vamos, demuestra lo macho que eres. Ya no me das miedo.

Eres más débil que yo, la vergüenza de todos los hombres, un miserable que no vale nada y la única forma de sentirse bien es despreciando a su esposa.

—¿Cómo te atreves? Eres una insolente, maleducada y...

—¿Maleducada yo? Me tienes prisionera, eres lo peor de tu especie, no vales nada Rajiv. Detesto ser tu esposa y maldigo el día en que nuestros padres nos casaron.

—Cállate ya mujer, o seré yo quien haga que calles.

—Hazlo, te repito que no me das miedo. No tengo nada que perder, tus maltratos ya no me hacen daño.

—No, pero sí te lo hace no tener a nuestra hija.

—MI HIJA. Tú solo pusiste la semilla, pero ni la quisiste ni creo que la

quieras ahora.

—La quiero lo mismo que a ti, pero no pienso ser el hazmerreír de la familia por más tiempo. Acabarás aceptando que eres mi mujer y que así será toda tu vida, o no volverás a tener a nuestra hija entre tus brazos.

—Rajiv, por favor, piénsalo bien.

—¿Por fin te muestras humilde? Eso haberlo pensando antes de insultarme.

—Solo he dicho la verdad. Por favor, no nos hagamos más daño...

—No, querida, aquí la única que sufre eres tú, yo tengo en mi mano la felicidad de ambos. Solo tienes que aceptar lo que te digo. Cuando lo hagas, recuperarás tu vida junto a mí y podrás criar a esa mujer que ha salido de tus entrañas.

—¿Por qué quieres tenernos contigo? Somos un gasto para ti, no te hacemos falta.

—Por honor, por mi reputación. ¿Te parece poco?

—Rajiv, por favor, si no vas a dejarme ver de momento a mi hija, dame al menos mi móvil. Sabes que aquí no lo puedo usar, pero necesito saber si tengo alguna llamada o mensaje de la gente que he dejado en España. Deben de estar muy preocupados, entiéndelo.

—Sí que lo están, pero eso ya no importa.

—A mí sí me importa. ¿Has visto los mensajes? —pregunté enfadada porque hubiese invadido mi intimidad, a la vez que preocupada.

—Claro, ahora tus pertenencias son mis pertenencias. Ya no tienes nada excepto a mí, y cuanto antes lo aceptes será mejor para todos.

—¡Ni lo acepto ahora ni lo aceptaré nunca! —grité—. Que te quede claro, jamás volverás a tocarme, jamás admitiré que soy tu esposa ni me comportaré como tal.

—Bien, si es lo que quieres... Haré que Akhila te traiga la cena —Y

diciendo esto, salió de la habitación, dejándome allí de nuevo con lágrimas en los ojos, un nudo en la garganta y ganas de gritar. Pero, ¿de qué me serviría?

Quizás incluso me estuviese escuchando mi hija y consiguiera asustarla, y eso era lo único que no deseaba hacer. No sabía cómo la estarían tratando, si esa tal Akhila la estaba cuidando bien, pero no quería que escuchara a su madre gritar y mi pobre nena de diecisiete meses se inquietara.

27.¿DÓNDE ESTÁ LALI?

El viernes, por fin la abogada Sara López pudo entregarme los papeles de divorcio que había preparado para Lali. Temía que en Agra no sirviesen, pero me aseguró que con su firma y la de la procuradora, que también la había conseguido a tiempo, solo necesitaría el consentimiento del matrimonio para que ese documento fuese válido.

A lo largo de la semana había estado hablando con Bhadrak. Laura me dio el teléfono de la casa de sus padres para que supiese cómo iba el tema, y cada vez que llamaba me encontraba con un hermano desconsolado porque después de estar todo el día en la puerta de la casa de Rajiv, seguía sin saber nada de su hermana. Las noches se las estaba turnando con sus hermanos, cada noche había estado uno de ellos, porque durante el día todos trabajaban y Bhadrak, al no tener nada que hacer, podía dedicarse a esperar a que llegasen. Pero nada. Allí no había aparecido ni un alma, y cada vez estaba más desesperado.

—No te preocupes, no creo que tarden mucho más en llegar —le decía yo intentando que se tranquilizase—. Si tú conseguiste llegar el martes sin billetes de avión concretados, ellos seguro que han ido con los billetes comprados de antemano y deben de estar al caer.

—Eso espero, porque al final cometeré una locura.

—¿A qué te refieres? —pregunté, sorprendido.

—Estoy pensando volver a la fábrica de muebles de Rajiv y tener otra charla con su padre, como me haya mentado te juro que soy capaz de matarlo.

—Aguanta Bhadrak. Sé que es duro, pero espera a que llegue yo allí e iremos juntos ¿de acuerdo? Mañana por la mañana sale mi vuelo a Madrid y para el domingo por la noche ya estaré allí. He conseguido no tener que hacer más de dos escalas.

—Está bien, te esperaré. Ojalá pueda darte una buena noticia cuando llegues. Dime la hora exacta de tu llegada e iré a por ti al aeropuerto.

Esa misma noche, tocaron al timbre de mi casa y como no esperaba visitas me alteré, temiendo que fuera alguien dándome noticias de Lali, y que no fueran buenas. Cuando contesté, la decepción me invadió al saber que era mi madre. No había sabido nada de ella desde el día que pasó por

mi consulta, y me molestaba que invadiera mi intimidad sin pedir permiso.

—¿Qué quieres ahora? —No pude evitar hablarle de ese modo. No me apetecía verla, sobre todo porque sabía a lo que venía y ya bastante preocupado estaba yo haciendo la maleta como para atender a sus extravagancias.

—Hijo, vengo a pedirte disculpas por lo que te dije el otro día.

—Podías haberlo hecho con una simple llamada de teléfono, es más tu estilo.

—Mira, sé que no he sido una buena madre, pero al menos hasta ahora he estado tranquila sabiendo que por lo menos tengo unos buenos hijos —

Me sorprendió que incluyera a mi hermana, quien no quería saber nada de ella desde hacía años.

—¿Qué pretendes? Si es dinero ahora me pillas ocupado —protesté. No quería dejarme engatusar con palabras de amor a destiempo.

—Ya te lo he dicho, pedirte perdón.

—Bien, pues ya lo has hecho. Ahora te pido que te marches porque tengo cosas que hacer.

—Izan, estoy metida en un buen lío. Ayúdame, por favor.

La miré con rencor, no lo podía evitar. Nunca había sido una madre amorosa, y mucho menos había reconocido que las consecuencias de su exorbitada vida fueran por su culpa. Al revés, siempre trataba de excusarse y me decía las cosas de manera que acabara pensando que no era tan mala como yo creía, y la ayudara porque para mí, no había otra opción que esa para seguir siendo un buen hijo. Pero jamás lo había reconocido como estaba haciendo esa noche.

—Habla —imperé.

—Me están haciendo chantaje. De momento solo me han pedido dos mil euros y espero que se conformen con eso, pero si no los pago arruinarán la vida de alguien muy importante.

—¿De qué hablas? ¿Qué coño has hecho, Alicia? —pregunté, cada vez más enfadado. Por si no tenía poco ya...

—Me lié con una persona muy importante, un hombre casado, ya sabes... —Se interrumpió esperando que le recriminara algo. ¡Como si tuviera tiempo o ganas de hacerlo! —Alguien nos vio y nos hizo fotos y ahora me están amenazando con enseñárselas a su mujer y a la prensa si no pago.

—¿Por qué te chantajean a ti? Imagino que si es alguien tan importante tendrá dinero, ¿no?

—Así es, él ya ha pagado lo suyo. Doscientos mil euros.

—Joder Alicia, estoy tan harto de los líos en los que te metes. ¿Cuándo vas a sentar la cabeza?

Me miró y encogió los hombros. Por un momento sentí pena de ella.

Era como una niña que siempre se equivoca, una niña que haga lo que haga, siempre lo hace mal.

—Está bien, mañana a primera hora te quiero aquí para que me acompañes al banco a sacar dinero, pero escúchame —hablé, después de pensar durante unos segundos qué debía hacer—, no quiero volver a saber nunca más de ti. A partir de ahora, cuando tengas un problema, te lo solucionarás tú solita.

—Pero hijo, solo te tengo a ti. Tu hermana me odia y tu padre...

—No los metas a ellos en esto. Lo que decidieron respecto a ti lo hicieron con sus motivos, y si yo he aguantado tus excesos ha sido porque siempre me has hecho sentir en la obligación pero, madre, no te debo nada.

—Hijo, por favor.

—Mañana a las siete y media te quiero aquí. Te daré el dinero y será la última vez que nos veamos.

—No, Izan, yo... —Pero no la dejé terminar. Como no la había hecho pasar, cerré la puerta y me apoyé en ella nervioso por lo que le acababa de decir.

No sé si estar tan mal por lo que me estaba pasando con Lali influyó en mi comportamiento; en el fondo me sentía fatal por lo que acababa de hacer, pero sabía que ella solo quería que le sacara de sus apuros y eso me hizo sentir menos culpable.

Al día siguiente, a primera hora como habíamos quedado, mi madre estaba esperándome en el patio para que fuéramos al banco. Cuando vio a Amanda hizo amago de ir a darle un beso pero yo la retiré a tiempo. Mi hija me miró extrañada pero no preguntó quién era esa mujer porque la había hecho madrugar mucho y estaba que se caía de sueño. Mi madre era otra de las personas que aparecían tan esporádicamente en mi vida, que ella no llegaba a recordar quién era cuando la veía.

Fuimos al banco, saqué el dinero, se lo entregué, y me despedí de ella sin darle siquiera un beso.

Después, dejé a Amanda con mi hermana (sin mencionarle de dónde veníamos ni con quién acabábamos de estar) con la promesa de que en una semana volvería. Tendría que hacerse cargo de controlar que Sheila se llevara a mi hija el miércoles y se la devolviese como si de mí se tratase, y eso era una de las cosas que más me inquietaba, no saber si esa mujer sería igual de responsable que como lo venía siendo, cuando yo no estuviera. Solo me quedaba pensar que sí, creer en el cambio de la madre de Amanda y esperar que no pasase nada en mi ausencia.

Mi padre, como estaba enterado de todo, me dijo que él pasaría consulta a mis pacientes y que volviese cuando creyese oportuno. Había que encontrar a Lali y eso era lo más importante.

Unas horas después de la desafortunada visita de mi madre y de que dejara a mi hija con mi hermana, estaba subido a un avión rumbo a la ciudad de mi amada. Y dos días después, me hallaba en un país totalmente distinto al mío, en una ciudad en la que olía raro, con un calor bochornoso y los nervios a flor de piel, pues todavía no se sabía nada de Lali, y eso era preocupante.

Era domingo por la noche, ese día Bhadrak y yo poco podíamos hacer ya, y mi vuelo de vuelta a España estaba programado para el siguiente miércoles por la tarde. En casi tres días tenía que encontrar a Lali, hacer que su marido firmase los papeles del divorcio y que su hermano la llevase con él a su casa. Bhadrak sería quien se encargara de llevarla de vuelta a España. No me había arriesgado a comprarle billete de vuelta conmigo porque no sabíamos aún su paradero y aunque esperaba encontrarla antes de mi vuelta, no la tenía todas conmigo.

La familia de Lali me recibió con los brazos abiertos. Su hermano ya les había hablado de nuestra relación, de lo que sentía por su hija y de lo que estaba convencido de que ella sentía por mí, y eso me halagaba, pues nosotros no nos habíamos llegado a decir más que lo a gusto que estábamos el uno con el otro, sin llegar a tocar el tema de los sentimientos. ¡Maldita sea! Me torturaba cada vez que recordaba lo idiota que había sido, cada vez que me reprochaba no haberle dicho que estaba enamorado de ella, que ese era el motivo por el que lo había querido todo, pero que no era tan importante pues su lejanía me dolía más que no poder tenerla entera.

Bhadrak me estuvo contando todo lo que había hecho para intentar localizarla, la que lió en la fábrica del padre de Rajiv hasta que consiguió

que le dijera que su hijo había viajado a España a por Lali. Una noche, cuando dejó la vigilancia en la casa de Rajiv, fue al aeropuerto y casi le detuvo la policía por escándalo público porque quiso saber si había llegado una joven en extrañas condiciones, y la única contestación que recibió fue que la política de la empresa no les permitía hablar de los clientes. Al final, consiguió que una joven le dijera que no había visto nada sospechoso y Bhadrak, al ver que

la mujer se interesaba, le contó lo sucedido y le dio su número de teléfono, con la esperanza de que si veía algo que le llamara la atención lo llamara. Bhadrak se estaba moviendo todo lo que podía, también había dado aviso a la policía, pero cuando dijo que su cuñado había secuestrado a su hermana se rieron de él. Tenía muy claros los valores en Agra y sabía que nadie vería mal que un marido quisiese recuperar a su esposa; era su propiedad y contra eso no se podía hacer nada.

Al día siguiente, temprano, desayuné en casa de los padres de Lali y salí con Bhadrak hacia su casa. Lo primero que hicimos fue tocar al timbre, pese a que su hermano Debaduth, el mayor de todos, nos había dicho que allí no había llegado nadie en toda la noche. Le agradecemos que hubiese estado al tanto y nos despedimos para que pudiese ir a trabajar. Me quedé mirándolo mientras se marchaba, sorprendido de que hiciera eso por sus hermanos, suponiendo tener que ir al trabajo sin dormir. Yo sabía que por mi hermana hubiera hecho lo que fuera, pero ellos tenían además del amor algo muy arraigado a su cultura: el honor; y lo que le había pasado a Lali era una deshonra para la familia que entre todos tenían que reparar.

Después de cinco horas haciendo guardia, decidimos sacar los tápers de comida que Aditi nos había preparado. Era una mujer encantadora, tanto como su hija, y me estaba tratando como a uno más haciendo que me sintiera como en mi propia casa. Me había dispuesto la antigua habitación de Lali para que la sintiera cerca, y estar entre sus cosas me producía un placer y una nostalgia que me erizada el vello. Necesitaba encontrarla cuanto antes, me sentía vacío sin ella, y pedía al universo para que me diese la fuerza suficiente como para luchar contra todo lo que hiciese falta hasta conseguirlo.

—Creo que deberíamos ir a Almacenes Kaur —dijo Bhadrak, cada vez más hundido, mientras limpiaba el tenedor que había usado y lo metía dentro del táper.

—No sé, Bhadrak, ¿qué esperas conseguir allí?

—Algo me dice que nos la están jugando. ¿Y si Rajiv ha sido más listo de lo que pensaba y ha decidido llevarla a otro lugar? ¿Y si su padre me dijo que había ido a por ella pero omitió que no pensaba traerla a esta casa?

—Podríamos ir a la casa de sus padres a ver si está allí —propuse.

—No está, ya estuve hace dos noches.

—¿Entraste en la casa? —pregunté, por si acaso.

—Claro. No sabes hasta dónde puedo llegar cuando me enfado. Su madre no me dejaba entrar pero arrasé con todos hasta que registré cada centímetro de la casa. Allí no estaba —admitió alicaído.

—¡¡Mierda!! Entonces será mejor que vayamos a la fábrica, aunque si estuviste en su casa y no conseguiste sacarles nada, no sé qué podamos hacer allí.

—En su casa no quise agredir a su padre por respeto hacia la mujer, que estoy seguro de que no tiene culpa de nada. En el trabajo nada me detendrá.

—¿Quieres ir tú y yo me quedo aquí?

—Sí, será lo mejor. Así me quedo tranquilo por si acaso estamos equivocados. Si vienen, no dejes que Lali entre en la vivienda, encara a Rajiv y llévala a mi casa.

—De acuerdo.

Bhadrak escribió en un papel la dirección de su casa por si había suerte y esa tarde tenía que coger un taxi con mi amada, y comentó que no me moviese de allí. Él volvería a por mí en cuanto pudiera.

Y allí me quedé, durante dos horas más, sin quitar la vista de la calle en la que estaba esperando a que de un momento a otro llegara un taxi con la pareja.

Me senté en el bordillo de la acera y allí fumé y fumé hasta que tuve la garganta seca. El calor era infernal y se me había terminado el agua.

Llevaba la camisa remangada por encima de los codos y el pantalón vaquero se me pegaba a las piernas como si fuese parte de ellas; pero eso no importaba. Lo fundamental era que mi Lali apareciese, que volviera a verla, a tenerla cerca. Necesitaba saber si estaba bien, y me pregunté cómo habría

hecho Rajiv para llevársela de su patio, con su hija Carmen. Debía de haber tenido ayuda, de lo contrario no me lo podía explicar.

Seguramente, de haberse llevado a Lali despierta, ella habría salido del patio contra su voluntad, y alguien tuvo que verles. Pero había preguntado a los vecinos, a los comerciantes de la zona, y nadie sabía ni había visto nada.

Otra opción que llevaba días pensando era que se la hubiese llevado dormida. El cloroformo no era difícil de conseguir, y hubiese sido una forma de que Lali no se enterase de lo que le estaba pasando. Pero entonces volvía al principio: alguien le había ayudado. Lo que no acababa de entender era cómo había podido viajar con alguien en esa condición.

Al final, después de darle vueltas y vueltas a la cabeza, llegaba a la conclusión de que se la había llevado dormida y que para cuando se hubiese despertado, seguramente la tendría amenazada para que siguiese con él todo el viaje. Pobre Lali, lo que debía de estar pasando.

Bhadrak llegó y sin decir nada, su rostro compungido me dio a entender que no había conseguido nada.

—Bhaskar no estaba allí —maldijo entre dientes.

—¿Y si vamos de nuevo a su casa? A mí me da igual que esté su mujer, soy capaz de hacer lo que sea por encontrar a Lali —propuse.

—Sí, y esta vez me dirá dónde está su hijo, por mucho que su mujer se interponga en mi camino —masculló él.

Una hora y media después, Tej, el pequeño de los hermanos varones, llegó para hacernos el relevo. Me hubiese gustado conocer a la familia de Lali en mejores circunstancias, pero era lo que había y encontrar a su hermana era lo único que nos preocupaba en ese momento.

Tal y como habíamos acordado, nuestro siguiente paso fue ir a casa de los padres de Rajiv. El tiempo apremiaba y me derrumbaba al darme cuenta de que había perdido ya un día. Nos recibió la madre, quien demudó el rostro al

ver a Bhadrak.

—Darika, ¿está tu marido en casa? —preguntó él, en un principio amablemente.

—No... no está.

A ambos nos pareció dudosa la respuesta, sobre todo a Bhadrak, quien hizo caso omiso a la mujer que tenía en frente y ante su queja, pasó por delante de ella. Como había abierto el camino, yo seguí detrás de él, y ambos entramos en la casa contra la voluntad de la mujer. Un hombre de corpulencia esbelta estaba sentado en el sofá, al parecer enfermo.

—Con que no estaba, ¿eh? —advirtió Bhadrak, girándose hacia donde la mujer nos miraba afligida.

—Darika, te dije que... —empezó a decir el hombre, intentando levantarse del sofá.

—Imagino que le dirías que no me abriese la puerta. No riñas a tu mujer, he sido yo quien ha entrado sin ser invitado —dijo Bhadrak, encarando al hombre que cayó sobre el sofá, agotado.

—Bhadrak, estoy enfermo. ¿Qué es lo que quieres?

—Que me digas dónde está tu hijo.

—Ya te lo dije, fue a España a por tu hermana, no sé más —contestó el interpelado.

—Sí, eso me dijiste. Pero algo me dice que me estás ocultando algo.

Tu hijo ya debería haber venido, ¿por qué no ha ido a su casa?

Bhadrak empezó a caminar por la vivienda, sin dejar que el padre contestase, buscando de nuevo indicios que le dieran a entender que Lali había estado allí. Yo me quedé esperando a que el hombre respondiera a la pregunta, pero como vio que el otro no estaba, prefirió no contestar.

Entonces fue cuando yo se la repetí.

—¿Y tú quién se supone que eres? —me preguntó, ofendido.

—Soy el novio de Lali. Haz el favor de decir dónde se encuentran porque yo no tengo los valores que tiene Bhadrak y estoy muy nervioso —

le amenacé, encarándome con él de tal manera que el hombre se echó hacia atrás todo lo que pudo, intentando que el sofá le protegiese.

—No sé nada, os he dicho todo lo que sé.

—Mientes —aseveré.

—No, de verdad. ¿Qué iba a ganar yo mintiendo?

—Proteger a tu hijo —Bhadrak volvió de hacer el registro a la casa y a punto estuve de flojear cuando vi a la madre de Rajiv sollozando.

Entonces recordé para qué habíamos ido allí y me envalentoné. Me acerqué hasta el tal Bhaskar, le cogí del cuello y levanté el puño—. Dime dónde está tu hijo o te juro que te mato delante de tu esposa.

—No lo sé, te lo juro. No lo sé.

No pude controlarme más, ante la atenta mirada de Bhadrak, solté mi puño en toda la cara de Bhaskar e hice que le sangrase la nariz.

—Por favor, deje a mi esposo —imploró la mujer.

—Lo dejaré cuando me diga dónde coño está su hijo con mi Lali.

—¿Tu Lali? —preguntó él con repugnancia—. Dirás la Lali de Rajiv.

Le di otro puñetazo y la mujer volvió a suplicar que lo dejara, pero yo estaba muy caliente para hacerlo. Por el rabillo del ojo vi cómo Bhadrak

sonreía y eso me envalentonó aún más. Sabía que estaba haciendo lo correcto, de no haberlo hecho yo lo habría hecho él, y me alegré de por una vez hacer algo importante por alguien.

—Tu hijo no hizo más que despreciarla, yo le he dado el cariño que siempre se ha merecido. Así que es mi Lali, de tu hijo dentro de poco no será nada.

—¿Qué quieres decir? Mi hijo es su esposo para toda la...—No le dejé continuar. Me estaban asqueando sus palabras, su forma de esquivar el motivo para el que estábamos allí, de calentarme más. Le di otro puñetazo, esta vez en la zona del ojo derecho, de manera que gritó de dolor y tuvo que tapárselo con la mano—. ¿Dónde coño están Rajiv y Lali? —grité.

—Yo te lo diré —grito entonces la mujer, para sorpresa de todos.

—Darika —esbozó Bhaskar, como pudo—. Te... prohíbo que... les digas... nada.

—Bhaskar, este hombre está loco —Sonreí al escuchar eso. Tenía razón, estaba muy loco, por Lali, y por ella haría lo que fuese—. Es mejor hablar porque de lo contrario te va a matar.

—Me da... igual —volvió a hablar, pese a que le costaba tras la paliza.

Volví a levantar el brazo amenazante, pero dejé que dijera lo que quería

—. Vale más la vida... de un hijo... que la de uno mismo.

—Vaya, veo que tenía razón y escondes algo —intervino Bhadrak, que había permanecido de espectador los últimos minutos.

—No —disertó, aunque ya ambos sabíamos que mentía.

Le di otro puñetazo y entonces fue cuando Darika gritó lo que estábamos esperando:

—No sabemos dónde está, pero nos dijo que no nos preocupásemos.

Dijo que no pensaba volver hasta que supiese que Bhadrak había vuelto a España, pero no nos quiso decir su paradero.

—¿No pensaba volver a su casa o a Agra? —preguntó Bhadrak, con el ceño fruncido.

—Eso sí que no nos lo dijo —Amenacé con volver a pegar a su marido y ella me rogó con la mirada que no lo hiciese—. Míreme, ¿cree que estoy en situación de mentirle? —se dirigía a mí en concreto—. Si le miento sé que volverá a pegar a un hombre indefenso, pues sabiendo que está enfermo no le está importando agredirle.

—¿Acaso a él le ha importado que su hijo secuestre a mi novia y que

la tenga retenida contra su voluntad? —pregunté, intentando justificar mis actos, pues no era habitual en mí ir pegando ostias a nadie.

—Como le ha dicho mi marido, Lali no puede ser su novia porque es la mujer de mi hijo pero, por favor, le suplico que no le pegue más. Está muy enfermo y le ha dejado para ir al hospital. No sabemos dónde está Rajiv, si lo supiera se lo diría, porque yo también quiero que vuelva a casa cuanto antes, y quizás así lo conseguiría.

La mujer parecía sincera, pero me enojaba no poder saber más. Miré a Bhadrak y este se encogió de hombros.

—Vámonos, ya no nos van a decir nada más —observó mi cuñado, viendo que dudaba sobre si darle otro puñetazo al hombre para ver si así conseguía saber algo más.

Intenté calmarme, estaba demasiado agitado, nervioso, preocupado.

Nunca le había pegado a nadie así, ¿y si Bhaskar me denunciaba? Temí que lo hiciese, y Bhadrak debió de leerme el pensamiento porque me comentó que no me preocupase, que allí estaban acostumbrados a solucionar los problemas entre hombres, y que en caso de que pudiera la policía hacerme algo, sería si el padre de Rajiv me denunciaba. Hacerlo, significaría ser muy poco hombre, pues no había sabido defenderse, y eso también le deshonraría.

—Es un pobre hombre, cobarde hasta para ir a la policía —anunció Bhadrak, dejándome más tranquilo.

Acto seguido llamó a su hermano Tej para que se fuera a casa. Ahora teníamos claro que no pensaba aparecer por allí, así que era perder el tiempo seguir

esperándola en su casa.

Esa noche, cuando llegamos a su casa, Bhadrak llamó a Laura para contarle los últimos acontecimientos y yo, aprovechando la señal wi-fi de la casa, escribí a Anahí para pedirle que fuera de nuevo a la policía.

«¿Crees que pueda seguir aquí?», me preguntó ella.

«No tengo ni idea, pero no debemos descartar nada. Ahora no sabemos dónde está, y eso amplifica el campo de búsqueda»

«Ok. Llamaré a mi jefa y le diré que mañana llegaré un poco más tarde porque tengo que pasar por la policía. Estamos todas muy preocupadas»

«Gracias Anahí»

«A ti por ir hasta Agra a buscarla»

Me sorprendió ver que tenía un mensaje de la abogada López. Como

no había estado en la casa en todo el día no me había llegado el whatsapp hasta que pude conectarme al wi-fi, y me pareció un bonito gesto por su parte que se preocupara de si habíamos encontrado a Lali y de si había conseguido que su marido firmase los papeles.

«No sabemos nada de Lali», escribí. «Su hermano lleva rondando su casa desde que vino y hoy nos hemos enterado de que la intención de su marido es no volver a ella hasta que sepa que Bhadrak ha abandonado Agra». Tal y como terminé de escribirle, me quedé pensativo. Con el calentón en casa de sus padres habíamos ignorado que había más de lo que nos querían contar, o al menos de lo que la mujer, desesperada al ver la paliza que le estaba dando a su esposo, me había contado. Si Rajiv no pensaba pisar su casa hasta saber que no corría peligro con Bhadrak, quería decir que estaba en contacto con ellos, o al menos los padres debían de tener un número de teléfono al que llamarle cuando mi cuñado volviera a España. Creí oportuno hacérselo saber a Bhadrak, pues él tampoco había caído en eso, pero cuando me dispuse a hacerlo sonó el móvil y leí el mensaje que la abogada me mandaba.

«Tengo un amigo en televisión. ¿Quieres que se haga público lo que ha pasado? Puedo conseguir que salga en antena y así que todo el mundo se entere de que Lali ha sido detenida ilegalmente»

Me quedé pensando, excitado ante tal comentario. Me resultaba curiosa la forma en la que la abogada definía lo que para mí era un secuestro en toda regla. El día que estuvo en mi casa me explicó que secuestro la policía lo entendía cuando el secuestrador pedía algo a cambio de su liberación. Sin embargo, a llevarse a alguien contra su voluntad se le denominaba detención ilegal. ¡Menudo término!

Lo de que saliera en televisión era algo muy bueno, pero no podía contestarle sin hablar antes con Bhadrak; ellos tenían el concepto del honor muy arraigado y no sabía si eso les perjudicaría.

«Espera un momento», le escribí a la abogada.

Me dirigí a la habitación en la que mi cuñado continuaba hablando con su esposa y le pedí atención.

—Dime Izan —comentó.

Le conté lo que me había dicho Sara y le pareció muy buena idea que el secuestro de su hermana pudiese salir en la televisión española. Si Lali seguía en mi país, algún vecino podría reconocerla, escucharla, y teníamos la esperanza de que diera parte a la policía. Contesté un sí en

mayúsculas a la abogada y esta me escribió que hablaría con su amigo al día siguiente. No me podía asegurar cuándo saldría en antena, pero haría lo posible para que fuera lo antes posible. Le di las gracias y esperé a que Bhadrak dejase de hablar con Laura para contarle lo que había pensado. Si estaba de acuerdo, al día siguiente volveríamos a la casa de Bhaskar, y ya podía la mujer suplicar lo que quisiese que no nos iríamos de allí hasta conseguir un número de teléfono en el que localizar a Rajiv.

28.OSCURIDAD

Desperté de un sobresalto que hizo que me doliera la muñeca del brazo que

tenía maniatado a la cama, al ver el rostro de Rajiv. Por un momento había pensado que todo había sido un mal sueño, que me hallaba en la habitación de mi piso en Valencia y que mi marido no me había secuestrado. Carmen seguía a mi cuidado y tenía una relación con un ginecólogo estupendo.

Pero cuando vi el rostro de Rajiv delante de mí, todas mis ilusiones se desvanecieron y volví, como de un fuerte golpe, a la realidad. Mi marido me miraba expectante, esperando con el desayuno en la mano, y deduje que había sido él mismo quien me había despertado.

—Aunque sé que no tienes otra cosa que hacer que dormir, empieza a molestarme que no hagas nada más. No estoy aquí para servirte, así que desayuna rápido que tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que hablar contigo —dije, con sequedad en la garganta.

Hacía días que no me lavaba los dientes ni me duchaba, y el calor empezada a hacer su efecto en mi cuerpo, aunque no el que debería estar sintiendo en esa época en Agra.

—Sí que tenemos que hablar. ¿Piensas estar ahí toda la vida?

—Agradecería que me desataras y me dejaras darme una ducha, pero no te veo por la labor así que... —Me tumbé en la cama y miré hacia otro lado, intentando ignorar la presencia del hombre que me tenía secuestrada.

—Tendrás lo que quieras cuando te des cuenta de que eres mía y así será el resto de tu vida.

—Eres muy repetitivo, y me asqueas.

—Tú también me das asco a mí, pero no podemos hacer nada para remediarlo. ¿Vas a aceptar que eres mi esposa?

—No.

—Bien, pues ahí seguirás —Dejó la bandeja en la mesita de noche y se dispuso a salir de la habitación.

—¿Cómo está Carmen? —pregunté antes de que saliera, pues todavía no la había escuchado y me agobiaba no poder saber de ella.

Rajiv me miró a la cara, sonrió de medio lado reflejando maldad en sus ojos, y cerró la puerta tras de sí, dejándome con la palabra en la boca, desesperada y agobiada porque en aquella habitación solo existía la oscuridad.

Miré lo que había en la bandeja, y como tenía hambre, me lo comí, no sin cierto temor a que hubiera podido poner algo en la comida. No lo creí oportuno. Si Rajiv quería que cediese ante él, no debía envenenarme o hacerme cualquier cosa que pudiera empeorar mi estado de raciocinio, habría sido una deshonra que yo me rindiera a él bajo los efectos de un sedante en lugar de por voluntad propia.

Después, me tumbé en la cama y como solo tenía ganas de llorar, tras desahogarme mediante el llanto quedé dormida de nuevo.

Así pasé días y días, sin saber nada de Carmen, escuchándola a veces y otras permaneciendo en un completo silencio que me daba a entender que estaba sola en la casa. La habitación se hallaba a oscuras, solo encendía la luz para comer; el resto del tiempo lo pasaba durmiendo o llorando, y para eso no me hacía falta.

Cada día, o por lo menos eso pensaba yo por el tipo de comida que o bien la sirvienta o bien Rajiv me traían, ya que entre tanta oscuridad había perdido el sentido del tiempo; mi marido venía a mi habitación, apretaba el agarre que me tenía postrada en la cama y me hacía la misma pregunta.

—¿Has decidido ya rendirte a mí y ser mi esposa en lo bueno y en lo malo?

—Más bien en lo malo diría yo, pero no, no pienso dejar que te acerques a mí nunca más —le contestaba yo, temiendo que algún día se enfadase tanto que decidiera propasarse conmigo.

Pero no era así. Si el primer día había temido que Rajiv se metiera conmigo en la cama cuando llegara la noche, fue un alivio comprobar que no lo pensaba hacer. Desde que estaba en aquella habitación solo había entrado para hablar o traerme comida, bajo la advertencia de que hasta que volviera a ser su esposa

por voluntad propia, no me desataría de la cama ni me dejaría ver a mi hija.

Me sentía sucia, sin saber los días que llevaría sin ducharme, y mi vida en España empezaba a convertirse en un bonito recuerdo. Pensaba en Izan, en lo que habíamos pasado juntos, y me llegaba a parecer irreal, un sueño. ¿Estaría preocupado por mí? ¿Y mi hermano? ¿Y mis compañeras y mi jefa? Pero lo que más me torturaba y por lo que más lloraba cada día era por no poder tener a Carmen entre mis brazos. Añoraba su olor, sus ruiditos, su sonrisa, poder darle besos cuando quisiera, bañarla y darle de comer. Lo añoraba todo de ella, y dolía tanto que después de muchos días, o pocos, pues como os digo, perdí la noción del tiempo, empecé a plantearme si ya que estaba en Agra, no

sería mejor aceptar la voluntad de Rajiv y poder tener a mi hija conmigo. No había nada peor que eso, así que la idea de negarme a él empezaba a parecerme absurda, pues postrada en una cama mi vida se estaba consumiendo y tenía claro que quería vivir. Carmen necesitaba a una madre, seguramente ella también me echaría de menos, y me enrabiaba pensar que esa tal Akhila estuviese disfrutando de ella mientras yo me pudría en esa mísera cama.

Por eso, cuando un día cualquiera Rajiv entró con el desayuno, tuve muy claro lo que le tenía que decir.

—Rajiv, me rindo. No puedo más, necesito a mi hija.

—¿Te rindes? No me sirve. Has de ser más convincente —dijo él, haciendo que la ira se apoderase de mí. Intenté tranquilizarme pues a malas no conseguiría nada con él, y volví a hablar, esta vez diciendo las palabras que sabía que él quería escuchar.

—Seré tu esposa, haré lo que tú quieras, y nunca más volveré a hacer que peligre tu honor.

—Dirás a todos que fui un buen marido, que te fuiste porque tu hermano te convenció de una vida mejor pero que te has dado cuenta de que eres mía y de que solo a mí te debes. Reconocerás antes todos que no has tenido relaciones sexuales con nadie que no haya sido yo y me darás el hijo varón que tanto ansío.

Me quedé con la boca abierta ante su argumentación. A punto estuve de decirle que me había equivocado y que se olvidara de lo que acababa de decir; pero entonces pensé en Carmen y me di cuenta de que no había un sacrificio mayor que estar lejos de mi hija. Todo lo demás no importaba, si debía obedecer a Rajiv para poder estar con ella lo haría.

—Me parece bien todo pero... en cuanto a lo del hijo varón...

—Podemos empezar ya a buscarlo —Y diciendo eso, se sentó en el borde de la cama y puso una mano sobre mi seno abarcándolo entero. Me dio repelús sentir su contacto y debió notar el asco en la cara ya que movió la cabeza a ambos lados y añadió—: Así mal vamos, Lali. O te rindes a mí entera, o seguirás aquí el resto de tu vida.

—No puedes hacerme esto. Por favor...

—Claro que puedo, estás en mi poder, nadie sabe dónde estamos, y no tengo ninguna prisa.

—Rajiv, ¿me dejarías al menos darme una ducha? Me doy asco a mí misma, ¿no querrás tenerme en esta condición!

Se me quedó mirando pensativo, y cuando vi que empezaba a desatarme,

respiré aliviada. Cuando terminó, el mismo pañuelo que me había tenido agarrada a la cama, lo pasó por delante de mis ojos y lo ató por detrás de la cabeza.

—¿Qué significa esto? —preguté, sin entender por qué me dejaba ciega.

—No me fío de ti todavía —respondió.

Me cogió de la mano e hizo que me levantara, mis piernas flojearon porque todavía seguía muy débil, y al darse cuenta, me agarró del hombro y me llevó con él a rastras. Pensé en la posibilidad de que Rajiv hubiera pensado ducharme él mismo y mi cuerpo empezó a temblar.

—¿Tienes frío? Si estás enferma tendremos que dejar nuestro reencuentro matrimonial para cuando estés bien.

Sentí regocijo al escucharlo. Si pensaba que tenía fiebre me dejaría en paz, y era lo mejor que me podía pasar.

—Necesito ver, Rajiv. Quiero ver a mi hija. ¿Por qué no la escucho?

—Porque está en la calle con Akhila.

—Debería estar conmigo, no con esa mujer. Si voy a ser tu esposa, ya no la necesitamos. ¿Por qué no la despides?

—¿Te crees con la suficiente autoridad como para decirme lo que debo hacer? —preguntó, y de pronto sentí que me levantaba la camisa y la subía hasta la cabeza, haciendo que saliera. Me sentí vulnerable al verme en cueros delante de él, aguantando las náuseas al notar su contacto, intentando pensar solo en Carmen, pues por ella lo hacía todo—. Que hayas decidido volver a ser mi esposa no te da derecho a tomar decisiones, aquí mando yo y seguiré haciéndolo siempre.

Me fue desnudando poco a poco, y cada vez que quitaba una prenda de mi cuerpo me daban ganas de vomitar. Cuando me sentí totalmente desnuda, me quitó el pañuelo de los ojos y por fin pude ver dónde me hallaba. El cuarto de baño no era demasiado grande, de un estilo moderno, muy diferente del que teníamos en nuestra antigua casa.

—Dúchate —imperó, señalando la bañera.

Me metí dentro y abrí el grifo, esperando a que saliera el agua caliente.

Pese al calor que tenía, mi cuerpo no dejaba de temblar, asqueada por tener a mi marido delante y no poder evitarlo.

—¿Te vas a quedar ahí? —pregunté.

—Por supuesto. No todos los días puedo ver el cuerpo de mi mujer desnudo. ¿Te encuentras mejor?

—No. Estar tantos días sin ponerme en pie ha hecho que las piernas se

debiliten, apenas me puedo sostener –dije, mientras me enjabonaba el pelo con el champú que había visto en la bañera. Me pareció curioso encontrar una marca española, y pensé que mi marido debió de estar más tiempo en España del que yo había supuesto. Seguramente estuvo allí espiándome, acechándome y eligiendo el mejor momento para raptarme, y qué casualidad que fue justo cuando Bhadrak salió de camino a Agra. De pronto emití una pequeña carcajada cínica al darme cuenta de que mi esposo era más listo de lo que pensaba, y mi pobre hermano había mordido el anzuelo, dejándome sola y desamparada. Y encima yo no quise ir con Laura porque quería demostrar que era adulta. Menuda demostración de madurez había dado, consiguiendo que me secuestraran a la primera de cambio.

De pronto, escuché una puerta abriéndose y ruido de alguien que entraba en la casa. Al parecer el cuarto de baño estaba muy cerca de la entrada, por eso Rajiv me había tapado los ojos.

—Rajiv, ya estoy en casa –Escuché que decía Akhila.

—¿Desde cuándo una sirvienta te llama por tu nombre de pila? ¡Menuda confianza! –exclamé confusa.

—No te muevas de aquí –Fue su única respuesta, antes de salir del baño y dejarme sola.

Agradecí poder ducharme tranquila. Me deleité con el agua que caía sobre mi cuerpo, que anhelada estar limpio, y me enjaboné a conciencia mientras trataba de escuchar qué pasaba afuera.

—Te dije que no hablaras tan alto –escuché que le recriminaba Rajiv a su sirvienta.

—Desde aquí no me puede oír –rehusó ella.

—Está en el baño, te ha oído perfectamente.

Aunque Rajiv apenas susurraba, le pude escuchar porque cerré el grifo un momento, deseosa de saber algo de Carmen, quien con sus grititos había inundado la casa. Respiré aliviada. Me daba igual la confianza que Rajiv

podiese tener con su criada, saber que mi hija estaba bien era lo que más me importaba.

Escuché pasos, y entonces salí de la ducha, pretendiendo que mi cuerpo quedara tapado con la toalla antes de que mi marido volviera a entrar. Cuando lo hizo, me dio igual que la toalla cayera al suelo al verle; llevaba a Carmen en brazos y mis manos se apresuraron a cogerla.

—Mi niña, cuánto te he echado de menos –sollocé, mientras la llenaba de besos.

—Mamii –dijo ella, una de las pocas palabras que había aprendido y que hacía que me cayera la baba cada vez que la escuchaba.

—Vale, basta ya. Dámela –imperó Rajiv.

—Rajiv, por favor, deja que esté conmigo. Apenas la he tenido un minuto.

—¿No decías que no te tenías en pie? Cuando estés bien la tendrás. No quiero que le contagies nada.

A mi pesar, le devolví a mi hija y volví a quedarme sola en el baño. Cogí la toalla del suelo y sequé mi cuerpo. Me quedé inmóvil esperando a que volviese. No quería hacer nada que molestase a mi esposo porque era consciente de que habíamos dado un paso adelante. Al menos la había tenido entre mis brazos, la había besado y había visto que estaba preciosa, aunque no reconociese la ropa que llevaba. Si salía de allí sin él, provocaría que se enfadase y me volviera a encerrar en aquella oscura habitación, sin poder ver a mi hija por a saber cuánto tiempo, y eso era lo último que quería que pasase.

Rajiv no tardó en volver. Cogió el pañuelo, me lo ató de manera que de nuevo quedé ciega, y me condujo hasta la habitación. Una vez allí, cerró la puerta, me sentó en la cama, y me dijo que me quedara quieta mientras iba a por ropa limpia.

Tuve ganas de subir la persiana y ver qué había afuera, pero de nuevo sentí miedo. Rajiv podía volver en cualquier momento y si me pillaba me temía lo peor, así que permanecí sentada en la cama, ahora ya limpia, con el cabello

goteando por mi espalda y una sensación de alivio que desde que desperté allí no había sentido.

Unos minutos después, fue Akhila quien entró en la habitación con ropa de cama y una muda limpia de leggin negro y camiseta azul celeste para mí.

También llevaba ropa interior para que me sintiera toda limpia, y aunque la mujer no había sido demasiado amable conmigo, se lo agradecí.

—Agradézcaselo al señor, ha debido decirle lo que quería para que haya cambiado su actitud —esbozó ella, con una mueca en la cara y sin ningún entusiasmo.

Me vestí mientras Akhila cambiaba las sábanas de la cama y cuando salió de la habitación, me tumbé a la espera de que Rajiv volviese y me explicara qué iba a pasar ahora. Por lo menos ya no estaba atada. Me dolía la muñeca de los días que la había tenido forzada, y esperaba que ya no lo volviese a hacer.

Le prometería que no me escaparía, que haría lo que quisiese, que me dejaría hacer, cualquier cosa por no volver a pasar por lo mismo.

No sé el tiempo que estuve allí esperando, pero debieron de pasar horas, pues la siguiente persona que entró en la habitación fue Akhila con la comida.

Cuando se fue, comí lo que había en la bandeja y pensé que debía aprovechar la libertad que Rajiv me estaba dando. Haciéndome la esposa servicial, cogí la bandeja y me dispuse a salir con ella en la mano con la intención de llevarla a la cocina. Sabía que cuando me viera no recibiría mi idea con entusiasmo, pero necesitaba salir de allí, ver cómo era el resto de la casa en la que me hallaba, y me pareció la mejor excusa para intentarlo.

Salí sigilosa, con las piernas temblando, y encontré un largo pasillo por delante. Al parecer, no escuchaba nada desde la habitación porque estaba al fondo, muy bien elegida por su parte para tenerme marginada del resto.

Empecé a andar y entonces fue cuando escuché a Rajiv hablando. Me quedé inmóvil donde estaba, con la bandeja en mis inestables manos, e intenté

escuchar lo que decía.

—Ya os dije que hasta que Bhadrak se fuera de Agra no volvería a mi casa, no pienso arriesgarme a darme de cara con él —Supuse que estaría hablando por teléfono porque solo escuchaba su voz—. Confié en vosotros y si hice que Bhadrak fuera hasta allí para poder hacerme con Lali a mi voluntad, no voy a estropearlo todo porque no habéis sabido estar callados. Confié en vosotros...

—repitió—. Me da igual que le estuviera dando su novio una paliza, no tenías que haber dicho nada... Sigo en España, por eso no hay problema —Al escuchar eso, mi cuerpo empezó a temblar, y la bandeja cayó al suelo provocando un estruendoso ruido.

Corrí a mi habitación, sin hacer caso a la bandeja que había dejado en el suelo, y me metí en la cama, tapándome con la sábana hasta la cabeza, temerosa de que en cualquier momento apareciera Rajiv. No tardó nada en entrar en la habitación, encolerizado. Se dirigió a mí, y tras quitarme la sábana de un tirón, me levantó agarrándome del brazo con fuerza y me dio una bofetada en la cara.

—¿Cómo te atreves? ¡Confié en ti! —gritó—. Pero está visto que no se puede confiar en nadie —añadió, como si hablara para sí.

—Quería llevar la bandeja a la cocina, ser tu esposa como te prometí —me excusé, intentando aguantar las lágrimas que luchaban por salir de mis ojos.

—¿Cuánto has escuchado?

—Lo suficiente. Estamos en España —afirmé.

—Eres una desgraciada, lo acabas de arruinar todo —Y diciendo esto, sacó de su bolsillo el pañuelo y me volvió a atar a la cama, apretando con todas sus fuerzas de manera que grité de dolor.

—¿Te molesta? Pues tú te lo has buscado.

—¿Qué querías que hiciese? No sé los días que llevo aquí encerrada. No me dejas ver a mi hija ni subes la persiana para que por lo menos pueda ver el

sol. Estoy desesperada, y aunque te haya prometido que todo volverá a ser como antes, sigues sin confiar en mí.

—¿Quieres que confíe? Está bien.

Rajiv se tumbó encima de mí y yo empecé a luchar contra ese cuerpo que tanto asco me daba. Me apretó los senos con una mano mientras con la otra se desabrochaba el pantalón, bajó el leggin y las bragas de un tirón y después de sacar su miembro, lo introdujo dentro de mí sin piedad.

Grité. Me tapó la boca y empezó a moverse dentro de mí descargando su ira mientras yo intentaba soltarme de mi agarre y lloraba de impotencia. Me estaba haciendo daño, y veía en su rostro una mezcla de odio y satisfacción al tenerme sometida que me estaba provocando náuseas. Quise aguantar, ser fuerte. Nada podía hacer excepto aceptar a mi marido, pues era la única forma de poder tener a mi hija, y si me seguía resistiendo cada vez sería más doloroso, ya que sus embestidas eran más fuertes a medida que me veía débil.

—¿Querías ser mi mujer? Pues aquí me tienes. Soy tu marido y eso nadie lo cambiará —mascullaba mientras entraba dentro de mí—. ¿Quieres tener a tu hija? La tendrás, pero serás mía cada vez que se me antoje —Y tras una dura embestida, añadió—: Y me darás un hijo varón o te juro que yo mismo mataré al próximo ser que salga de tu vientre.

Mis lágrimas empezaron a caer a borbotones. Ya no me resistía, era como una muñeca postrada en la cama dejándose hacer. Cada embestida pensaba en que lo hacía por Carmen, cada salida deseaba que fuera la última, y cuando veía sus intensos ojos fijos en mí, me convencía de que ese hombre ruin era mi esposo, lo quisiera o no.

29.UNA BAZA BAJO LA MANGA.

Esa noche, antes de apagar la luz de la habitación, escribí un nuevo mensaje a Lali. Sabía que no lo vería, ni siquiera le llegaría, pero si en algún momento todo volvía a ser como antes, los tendría guardados y podría ver lo que en este momento estaba sintiendo sin ella.

«Lali, estoy tan enamorado de ti... Me hubiese gustado decirte esto en

persona, pero el destino ha hecho que nos veamos envueltos en este episodio tan doloroso para todos, y solo quiero decir lo que siento. Debería habértelo dicho antes. Debería haber tenido más paciencia, haberme dado cuenta de que contigo tenía que esperar, pero te necesitaba tanto... Te necesitaba entera, toda para mí, y ahora que no te tengo me falta el aire, me ahogo, y solo confío en encontrarte tarde o temprano porque sin ti ya no puedo vivir. Te amo, mi dulce hindú, te amo muchísimo mi bella»

Puse el móvil a cargar e intenté dormir, el día había sido duro y aún me quedaba otro día entero para poder encontrar a mi amada.

Me desperté al escuchar ruido en el salón de la casa. Bhadrak discutía con alguien, escuché lo que decían, y supuse por los comentarios que se trataba del hermano de Bhaskar. Al parecer, le había contado lo que habíamos hecho y estaba allí para vengar su honra. Temeroso de que mi cuñado corriera peligro, salí de la habitación y me dirigí, apresurado, al comedor.

Allí estaban Bhadrak y sus padres, intentando hacerle entender a un hombre muy parecido al padre de Rajiv, que lo que habíamos hecho había sido para encontrar a Lali, cosa que a aquel hombre bien poco le importaba.

—Buenos días —saludé, por decir algo. La madre de Lali me miró apesadumbrada y se dirigió a mí para preguntarme si quería que me preparara el desayuno. Para comer estaba yo, viendo el panorama que tenían en ese momento—. No se preocupe, ahora no tengo hambre. ¿Qué pasa aquí? —

pregunté, dirigiendo mis palabras a los hombres de la casa.

—Así que este es el individuo que anoche agredió a mi hermano. ¿No te da vergüenza pegar a un hombre indefenso? —masculló, intentando hacerme sentir culpable.

—La verdad es que no —respondí—. Si él me hubiese dicho lo que quería desde el primer momento no habría hecho falta llegar a las manos.

—¡Mi hermano solo protegía a su hijo! —gritó el desconocido.

—Y yo pretendía encontrar a mi novia —esboqué, a sabiendas de lo que le

molestaría la forma de nombrar a Lali.

—Nos has deshonrado con tu presencia aquí y con tu manera de actuar, y no puedo dejarlo correr.

—Yash, todos estamos sufriendo. Si tú sabes algo te aconsejo que nos lo digas —intervino Bhadrak—. Porque no vamos a dejar de buscar a mi hermana, y si para ello hay que seguir usando la violencia lo haremos.

—¿Qué insinúas? —le preguntó, mirándolo con rencor.

—Que ayer se nos pasó que tu hermano debe de tener un número de teléfono mediante el que hable con Rajiv, y pensamos ir a pedírselo. Claro que si tú también lo tienes y nos lo quieres dar, no hará falta llegar a más.

—Ni lo sueñes. No creas que os vais a salir con la vuestra. Rajiv vendrá con su esposa y nada podréis hacer.

—¿Sí? ¿Cuándo? No pienso marcharme de Agra sin mi hermana, así que ya me dirás qué piensa hacer con su vida, porque yo con la mía voy a seguir buscándola hasta que la encuentre.

—Pues sigue haciéndolo, no la vas a encontrar nunca —rió, dejándonos a todos perplejos.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunte yo, con ira en los ojos.

—Que estáis equivocados. Hace tiempo que estoy esperando este momento

—Y dirigiéndose a Bhadrak añadió—: Desde el día que me dejaste en ridículo delante de mi esposa y la pusiste en mi contra haciendo que defendiera a una puta antes que a su hijo —No sabía de qué hablaban, pero me di cuenta de que entre ellos había más de lo que me habían contado.

—Eres un cobarde —le escupió Bhadrak a la cara—. Ese día no pudiste ni conmigo ni con tu mujer y no has encontrado una forma mejor de defenderte que usando la locura de tu sobrino contra mí. Eres más despreciable de lo que creía.

—Di lo que quieras de mí, no me afecta. Id y pedirle perdón a mi hermano, no es un consejo, es una orden. De lo contrario, os las veréis conmigo.

Dijo eso y salió de la casa sin dar lugar a réplica. Nos quedamos todos en el salón, mirándonos a la cara sin saber qué decir.

—¿Eso ha sido una amenaza? —pregunté.

—Eso parece, pero ese hombre es un cobarde a quien le gusta mucho hablar y luego se esconde bajo las faldas de su mujer porque no sabe hacer otra cosa. No te preocupes por él —contestó Bhadrak, pasándome un brazo por el hombro para dirigirme a la cocina.

Desayunamos todos juntos comentando qué haríamos ese día. Bien pensado, era un buen plan lo de pedir perdón. Así, Bhaskar nos dejaría entrar en su casa y una vez allí le pediríamos de muy buenos modos, el teléfono de su hijo. De lo que pasara después si no nos lo daba ya no estaba tan seguro.

Como ya esperábamos, Bhaskar no quiso darnos el número de su hijo.

Seguía postrado en el sofá, con la cara y el ojo hinchados, y su mujer le cuidaba poniéndole paños mojados sobre la hinchazón.

—Siento haberme propasado ayer —expuse—. Pero veo que no debió de dolerte mucho, pues sigues negándote a ayudarnos a encontrar a Lali, y eso no te ayuda nada.

—¿Piensas pegarle de nuevo? —me encaró la mujer—. Creí que veníais a pedir perdón, pero ya veo que buscabais algo más.

—Necesito que entendáis que vuestro hijo no se está comportando bien —

explicó Bhadrak—. Mi hermana era feliz en España, con Izan, y si Rajiv se la llevó contra su voluntad, a eso se le llama secuestro.

—No Bhadrak, a eso se le llama ir a por su esposa —habló Bhaskar, quitándose el trapo que tenía sobre la cara.

—Mirad —comenté, pensando que lo que les iba a decir a continuación les

haría cambiar de opinión—. Ayer hablé con una abogada. El secuestro de Lali va a salir en las noticias y quienquiera que haya visto a mi novia o a vuestro hijo, lo denunciará a la policía.

—¿En las noticias de dónde? —preguntó Bhaskar, asustado.

—De España —Noté cómo mudó su rostro. Si ya de por sí lo tenía estropeado por los puñetazos que le había propinado la pasada noche, el horror se infundió en sus ojos y eso jugó una baza a mi favor.

—¿Están en España? —preguntó Bhadrak, que también se había dado cuenta del cambio—. ¿Todo este embrollo y ni siquiera han salido del país?

—Ya os dijimos ayer que no sabemos dónde están —intervino Darika.

—No sabéis el sitio en concreto, pero sí que no están en Agra —afirmó Bhadrak tocándose la barbilla pensativo—. Ni siquiera salieron, por eso nadie sabía nada en el aeropuerto. Qué listo es el mamón.

—No te permito que insultes a mi hijo —expresó Bhaskar, a duras penas.

—¿Qué me vas a hacer si lo hago, eh? Tu hijo se merece todo lo malo que se pueda decir de él, es un delincuente.

—¿Qué dices? —gritó la madre.

—En España el secuestro es considerado un delito, allí no sirve decir que un marido haya querido recuperar a su esposa sino que prevalece el hecho de que alguien se ha llevado a otro contra su voluntad.

—Bhaskar, te aconsejo que me des el teléfono de Rajiv por el bien de todos —expliqué.

—Es un farol —gimió él—. No va a salir nada en la televisión, solo eres un simple ginecólogo que pretende meterme miedo.

—Como quieras, pero sabes que si no lo consigo a las buenas, lo haré a las

malas –amenacé, mostrando mi puño cerrado.

—Ya da igual lo que me hagas, no me puedes hacer más daño.

—Oh, claro que puedo –Y entonces, la ira me sobrepasó e hice algo que jamás pensé que sería capaz. Cogí a Darika del brazo, la puse en pie, y amenacé con pegarle a ella.

—Por favor, Izan, no sigas. Yo te lo daré –dijo ella, con lágrimas en los ojos.

—Mujer, ya oíste ayer a Rajiv, bastante le hemos decepcionado ya.

—Y él a nosotros –anunció la mujer, ahora llorando desconsolada.

La solté y dejé que se dirigiera a un cajón del mueble del comedor, de donde sacó una agenda y buscó en ella el número de su hijo.

—Toma nota –dijo—. Este es su número en España.

Bhadrak rió y aplaudió, agradeciendo que ya sabíamos que su hermana en Agra no estaba. Podía estar en cualquier ciudad de mi país, pero en cuanto mi abogada consiguiera que la noticia saliera por televisión, sería más fácil encontrarla.

Apunté el número de teléfono en un papel y lo guardé en el bolsillo de mi pantalón.

—Bhaskar, lo de la noticia en televisión no es ningún farol. Si hablas con tu hijo hazle saber que será mejor que deje libre a Lali, o de lo contrario la policía acabará encontrándolo y no lo verás nunca más. Y otra cosa, si llegamos a enterarnos de que Rajiv sabe que tenemos su número de teléfono, volveremos –amenacé.

Bhaskar me miró asustado, afirmé con la cabeza y después de darle las gracias a Darika, y de pedirle disculpas por las formas, Bhadrak y yo salimos de allí con una medio sonrisa en el rostro. Había viajado hasta una ciudad lejos de mi casa para encontrar a mi amada y ella ni siquiera estaba allí, pero no me sentía mal por ello. Había conocido a la familia de Lali, y había conseguido más de lo que habría hecho estando en España. Volvería sin Lali pero con una baza

bajo el brazo, pues en cuanto llegara a Valencia pensaba ir a la policía para darles el número de Rajiv. Podrían rastrear el número y encontrar a mi

bella mejor que yo, y más estando el secuestro denunciado. Sí, veía la luz más cerca y la palabra esperanza empezaba a recobrar sentido para mí.

Una vez en casa de los padres de Bhadrak, ambos estuvimos tentados de llamar al número de teléfono que teníamos en nuestro poder, pero decidimos que sería mejor no hacerlo, pues acabaríamos con el efecto sorpresa. Si Rajiv sabía que teníamos su número podría cambiarlo para evitar que la policía pudiese encontrarlo. Por más ganas que tuviésemos de decirle a ese cretino lo que pensábamos de él, teníamos que ser fuertes y aguantar, esperar a llegar a España y hacer las cosas bien.

El resto del día lo pasamos en la casa. Mi cuñado me propuso salir a dar una vuelta y enseñarme la ciudad, pero entendió cuando le dije que prefería hacerlo cuando estuviera Lali allí, con ella. En ese momento me apetecía más hablar tranquilamente con sus padres, que me contaran cosas de su hija, que me enseñasen fotos o cualquier cosa que me ayudara a conocerla un poco más.

Y así pasamos la tarde.

Después de cenar, Bhadrak me contó que Lali tenía una amiga a la que emparejaron con el hijo de Yash. Este la sedujo para llevársela a la cama explicándole que no pasaba nada porque se acostaran antes de casarse. Una vez lo consiguió, dijo de ella que era una puta que se acostaba con todos y la despreció, haciendo que los propios padres de la chica la mandaran a vivir a un prostíbulo, ya que era la deshonra de la familia y nunca la podrían casar.

Bhadrak se enfrentó al prometido y a su padre y consiguió poner a la madre a su favor. Convenció a los padres de la chica de que prácticamente su prometido la había violado y dejaron que viviera de nuevo con ellos. Al poco tiempo, un hombre mucho más mayor que ella, viudo, se interesó en contraer matrimonio y todo acabó bien. Por eso Yash le tenía tanto odio, ya decía yo que ahí debía de haber pasado algo gordo.

Me contó Bhadrak que todo eso pasó cuando Laura viajó a Agra y que fue gracias a ella que se solucionó todo. Para ellos, lo que a la joven le pasara era

problema suyo, se lo había buscado y nada se podía hacer; pero Laura no se quedó de brazos cruzados, pareciéndole injusto lo que allí pasaba, y por eso acudieron en su ayuda.

Antes de irme a dormir, hablé con mi hermana por whatsapp para saber cómo estaba Amanda. Le conté los avances que teníamos y que se suponía que pronto saldría la noticia en televisión. Ella me dijo que había acompañado a Anahí a la policía a ver cómo iba la cosa, habían dicho que estaban seguras de que su propio marido, llegado de Agra, la había secuestrado contra su

voluntad, y que en cierto modo se habían reído de ellas. Un policía les explicó la diferencia entre secuestro y detención ilegal que yo ya sabía, y les dio a entender que mientras no se pidiera un rescate por la joven no podrían hacer nada. Quise gritar en ese momento. Si pensaba que la cultura hindú era machista y retrógrada, al parecer en España todavía había algún cavernícola que no podía distinguir cuándo una mujer quería estar con su marido de cuándo estaba contra su voluntad. ¿Y luego se quejaban de la cantidad de víctimas por violencia de género que había al año? Si hicieran más por ayudar, si pusieran más de su parte cuando se iba con casos como el de Lali, mucho menos pasaría. Pero para la policía nada se podía hacer mientras no hubiera violencia manifiesta, las amenazas no servían para nada, e ir con una acusación de secuestro por lo visto les parecía dudoso. Aunque en ese momento habría querido gritar, intenté tranquilizarme y cambié de tema con Esther, recordándole que al día siguiente se encargaría Sheila de recoger a Amanda del colegio, y pidiéndole que estuviese en contacto con ella para la vuelta.

A continuación, escribí a la abogada para recordarle lo que me había prometido. Me contestó que estaba todo programado y que en unas horas saldría en antena. Nunca me acordaba de la diferencia horaria entre países, me pasaba siempre que salía al extranjero, y me di cuenta de que nos llevábamos cinco horas y media de diferencia. En Agra eran casi las doce de la noche, pero en mi ciudad apenas eran las seis y media de la tarde. Me aseguró que saldría la noticia en el informativo de las nueve en el *Canal Diez* y que volverían a emitirlo en cada noticiario hasta que Lali apareciese. Le di las gracias y antes de apagar la luz, volví a escribirle a mi amada.

«Ya sé que sigues en España. Hoy tu hermano y yo hemos dado un paso

adelante y me siento feliz por ello. No sé cómo puedas estar pasándolo pero solo te pido que seas fuerte. Pronto volveremos a vernos, pronto volveremos a estar juntos, y nada ni nadie podrá separarnos. Te amo mi dulce hindú, te amo mi bella»

Pasé la mañana del miércoles excitado por el largo viaje que me esperaba, con ansias de volver cuanto antes porque allí ya nada podía hacer. Estaba preparando la poca maleta que había llevado para tan solo unos días cuando sonó el timbre. No tardé en escuchar una voz conocida para mí. Al parecer, Bhaskar se había levantado ya de su mullido sofá, y había decidido hacer una visita a la familia Singh.

Salí al salón, donde Bhadrak, su padre y él hablaban en voz alta.

—Mi hijo está como loco, ¿cómo se os ocurre sacarlo en las noticias? — gritaba el recién llegado.

—Ya te dije que no era un farol, pero no me creíste —dije yo, apareciendo por el comedor.

—Esto es lo que nos faltaba. No solo habéis deshonrado a mi familia dejando que mi nuera dejara a su marido sino que ahora que intenta recuperarla se le acusa de detención ilegal públicamente.

—Porque es lo que ha hecho —afirmé, sin alterarme lo más mínimo—. Por cierto, ¿cómo te encuentras? Veo que tienes mejor cara.

Me miró con odio, y si las miradas matasen, en ese momento habría cometido un asesinato. Bhadrak se rió ante mi comentario y yo le devolví la sonrisa y le guiñé un ojo.

—Tienes que hacer que dejen de emitirlo, mi hijo ha de volver a Agra sin problemas. Su madre se morirá si no lo hace.

—Que se lo hubiese pensado mejor antes de secuestrar a Lali —comenté—.

No creo que consiga llegar al aeropuerto con una mujer con indicios de ir contra su voluntad, y dudo que ella lo haga por su libre albedrío. Claro que...

—¿Qué? ¡¡Habla de una vez!! —gritó, haciendo que la madre, que en ese momento llegaba con una bandeja con té, temblara y casi le cayera al suelo.

—Si nos dices donde está Rajiv podríamos intentar hacerle entender que lo que está haciendo es una tontería, que Lali no le quiere y que será mejor que vuelva a su ciudad, solo.

—Te repito que no sé dónde está —dijo Bhaskar, intentando tranquilizarse.

—¿De verdad? —preguntó Naresh, que hasta el momento se había mantenido al margen.

—Sí. Creedme, a estas alturas, si lo supiera os lo diría —afirmó derrotado, dejándose caer en el sofá—. Estoy enfermo, he venido hasta aquí, magullado, para pedir os ayuda.

—¿Ayuda? Más bien dirás que has venido a recriminarnos que sigamos buscando a mi hermana —se le encaró Bhadrak.

—Bhadrak, mi hijo no dará un paso hasta que sepa que has abandonado la ciudad. Si no quieres irte del país lo entenderé, pero vete a otra ciudad, haz que todo el mundo crea que has vuelto a España, o de lo contrario Rajiv no saldrá de dondequiera que esté.

—No pienso irme de aquí hasta que sepa que mi hermana está a salvo. Te digo una cosa, cuida de tu hijo cuando vuelva, porque como lo haga con mi hermana, le mataré.

—Bhadrak, por favor, aquí ya no haces nada —suplicó Bhaskar.

—En eso tiene razón, hijo —aseveró su padre.

Bhadrak se quedó pensativo y me miró preguntándome con los ojos qué era lo que pensaba yo al respecto.

—A ver, yo vuelvo hoy a mi país. Bueno, más bien llegaré el sábado por la mañana. Mientras dure el viaje voy a estar desconectado de todo y necesito que alguien esté al tanto de lo que está pasando en España.

—No se hable más, me quedo —anunció Bhadrak.

—Pero hijo, Bhaskar tiene razón —habló la madre—. Tu padre puede encargarse de mantener el contacto con Laura o con quien sea. Pero tú ayudarás más si te vas con Izan y una vez en España intentáis encontrar a Lali.

—No lo sé, madre. No las tengo todas conmigo.

—Puedo intentar convencer a mi hijo para que deje libre a Lali, que la deje volver a su casa y que él vuelva a Agra solo. De otro modo seguramente la policía lo encontrará y quién sabe si vuelvo a verle algún día.

—Bhadrak —Mi cuñado me miró, preocupado ante el dilema que tenía encima —, vente conmigo. Hablaré con algunos amigos para que vigilen el aeropuerto hasta que volvamos a España, les mandaré fotos de Lali para que estén al tanto por si la ven. Todo saldrá bien, confía en mí.

—Aunque quisiera, dudo que haya billete para viajar en los mismo vuelos que tú.

—No perdemos nada por intentarlo. ¿Vamos?

—De acuerdo —Bhadrak me tendió la mano y yo se la estreché, nos dimos una palmada en la espalda y le advertimos a Bhaskar de lo que le tenía que decir a su hijo.

—Lo va a hacer delante de mí, no os preocupéis por eso —comento Naresh, haciendo que todos le mirásemos.

—¿Qué... qué quieres decir? —balbuceó Bhaskar.

—Que de aquí no vas a salir hasta que yo te escuche hablar con tu hijo.

¡YA! —habló el padre de Lali, cruzándose de brazos de forma imponente de manera que hizo que el otro temiera su posible reacción si no cumplía con su petición.

—Está bien. Le llamaré delante de ti —musitó el aludido.

Bhadrak y yo salimos de la casa, cogimos su Volkswagen Polo y nos dirigimos a la agencia de viajes más cercana.

—Vaya, ¿otro viaje repentino? —preguntó risueña la agente comercial.

—Ya ves, no me gusta programar mi vida —bromeó Bhadrak.

Mientras la chica miraba en el ordenador si habían vuelos que coincidieran con los míos, Bhadrak me contó el precipitado viaje que tuvo que hacer hace dos años, cuando Laura se fue del país enfadada con él por un malentendido, y él tuvo que viajar a España en su busca. Al parecer esto de recorrer medio mundo por amor era cosa de familia.

Tuvimos suerte, aunque solo fuera en eso, y pudimos comprar los billetes en los mismos vuelos que iba yo. Cuando volvimos a la casa, mientras Bhadrak se dedicaba a hacer la maleta, su padre nos contó que Rajiv ya estaba avisado de que íbamos a abandonar Agra. Su padre le había pedido que dejara libre a Lali pero este se negaba en rotundo, y Bhaskar más no podía hacer. Él ya no tenía culpa de lo que su hijo hiciera, eran sus decisiones y no podía hacer nada para remediarlas. Los dos entendimos que como padre ya había hecho bastante y aunque Bhadrak sentía que hacía mal yéndose de su casa, su padre nos aseguró que reuniría a sus hijos para que visitaran la casa de Rajiv a menudo, así como él también lo haría. Si no podían interceptarle en cuanto regresara a su casa, una vez en Agra tarde o temprano tendría que dejarse ver, y si había llevado a Lali consigo, él mismo iría a por su hija.

Por mi parte, le dejé una copia de los papeles que había preparado para que Lali y su esposo firmasen, con la esperanza de que no llegase a necesitarla, pues significaría que no solo mi viaje a Agra había sido en balde, sino que además lo sería mi vuelta. No obstante, había que tener todos los frentes preparados y si por desgracia Rajiv se salía con la suya y regresaba a su casa con mi amada, allí le estarían esperando los papeles que desharían cualquier tipo de unión entre ellos.

Antes de salir de la casa y perder la señal wi-fi, le mandé el teléfono de Rajiv a mi hermana para que lo llevase a la policía, pues la noche anterior me había enfadado tanto por la poca consideración del cuerpo que ni me acordé.

Después, hablé con mi grupo de compañeros de la universidad. Todos se alteraron cuando se enteraron de que el secuestro que habían escuchado en las noticias era ni más ni menos que de mi novia, e intentaron que me tranquilizase durante el viaje que tenía de vuelta; entre unos y otros harían turnos para tener el aeropuerto vigilado. Cuando leí el mensaje de Jacobo ofreciéndose a ayudar, fue la primera vez que no sentí rabia hacia él desde hacía muchos años. Les di las gracias a todos y les prometí estar en contacto con ellos en cuanto pisara Valencia.

No faltó un último mensaje a Lali, aunque desde el día de su secuestro habían dejado de llegarle.

«Amor mío, regreso a España en tu busca. Dondequiera que estés, sé fuerte, porque yo pronto estaré contigo. Te amo mi dulce hindú, te quiero muchísimo mi bella».

30.SORPRESAS.

Rajiv salió de la habitación tras satisfacerse a mi costa. No dijo nada más.

Me dejó allí, con su semen dentro de mí, de nuevo atada y a oscuras. Empecé a llorar desconsolada, y así, me quedé dormida y no desperté hasta que por la noche Akhila me llevó la cena.

Estaba claro que la sirvienta no simpatizaba conmigo, y me pareció mal porque cuando todo volviera a la normalidad, ella me tendría que obedecer a mí tanto como lo hacía con Rajiv. No obstante, ante su habitual malhumor no dije nada. Lo único que quería era que Rajiv volviese y pudiéramos hablar. Yo había cumplido con mi parte y ahora le tocaba a él cumplir con la suya.

Esa noche no volvió a entrar en la habitación.

Me sentía sucia, vacía, y sobre todo, tremendamente triste. Mirara por donde mirara mi futuro solo veía una vida triste y desgraciada. Había aceptado ser la esposa de Rajiv porque pensaba que estábamos en Agra, que ya no habría forma de volver a España, pues por lo visto nadie sabía dónde estábamos y sería imposible que Bhadrak me encontrase. Me pregunté si habría dado aviso a la policía. Debía de ser así, pero si había llegado a enterarse de que era

Rajiv quien me había secuestrado, la policía probablemente se habría reído de él. En mi país, lo que ocurriera dentro de un matrimonio era algo normal, si la mujer era maltratada o menospreciada seguramente sería porque algo habría hecho para merecérselo, y decir que un marido había secuestrado a su mujer... Vamos, es que ni siquiera lo considerarían secuestro.

Por eso, ante el miedo a no volver a ver el sol, a no volver a tener a mi hija entre mis brazos, acepté la voluntad de mi esposo.

La diferencia era que estábamos en España. Allí, quería creer que la policía me estaría buscando, que o bien Laura, mis compañeras de trabajo o incluso Izan habrían dado parte a la autoridad. Entonces mi dilema era, ¿debía cumplir la palabra que le había dado a Rajiv creyendo que no tenía otra salida o aprovechaba el hecho de saber que estaba en España para intentar escaparme?

Me di cuenta de que el agarre se había aflojado. Con los movimientos de brazo mientras forcejeaba con él había conseguido aflojar el nudo, y solo necesité agarrar fuerte la tela con los dientes para aflojarlo del todo y soltarme.

Subí la persiana de la habitación y como ya imaginaba, vi que era de noche.

Seguía a oscuras pero por lo menos ahora entraba un poco de luz proporcionada por la luna. Miré el cielo estrellado y abrí la ventana para sacar la cabeza. Necesitaba respirar aire puro, llevaba demasiados días encerrada y ansiaba poder salir a la calle.

Desde la ventana, no podía distinguir muy bien qué había afuera. Un árbol tapaba las vistas con sus hojas y era imposible saber qué había más allá, si estaba en una casa o un piso, en una planta baja o un piso alto. El árbol podía ser de cualquier tamaño, yo no entendía de plantas pero sí sabía que los había de distintas alturas.

No se oía nada en la casa, pero eso ya sabía que era porque mi habitación estaba alejada de todo e impedía escuchar cualquier conversación que se estuviera dando en cualquier otro lugar.

Salí despacio, intentando no hacer ruido. Esperaba escuchar a mi hija, pero

supuse que estaría durmiendo. ¿Dónde la tendría Rajiv? Estaba claro que él estaba durmiendo en otro sitio, y al ser la sirvienta una mujer hindú, deduje que la habría traído de Agra y lo más probable es que también durmiese allí.

Eso me daba pistas sobre cómo debía de ser la casa o piso en el que nos encontrábamos. Por lo menos debía de tener tres habitaciones, en una de ellas me tenían a mí encerrada, y en cualquiera de las otras estaría Carmen.

Sin hacer el mínimo ruido, descalza, fui caminando por el largo pasillo, donde vi dos puertas cerradas. Antes de abrirlas para ver qué había dentro, decidí explorar el resto de la vivienda con la esperanza de que alguna puerta estuviese abierta. Llegué al principio de la casa y allí vi una pequeña cocina, el baño en el que esa mañana me había duchado, y el comedor.

Tenía miedo, y mucho, pero necesitaba comprobar dónde me hallaba, para así saber por dónde salir en caso de necesidad. Tenía muy claro que aunque me viese libre de ataduras, esa noche no haría nada. Primero, porque mi hija debía de estar en alguna de las habitaciones que estaba cerrada; y segundo, porque de noche y sin dinero, no habría llegado muy lejos. La casa apenas tenía muebles.

Deduje que Rajiv la habría alquilado con lo justo y habría hecho llegar nuestra habitación de Agra para tenerme engañada y que así accediera a su voluntad. El comedor solo contaba con una mesa pequeña con cuatro sillas y un sofá frente a un mueble pequeño en el que había una pequeña y antigua televisión.

De pronto, algo llamó mi atención mientras curioseaba el comedor. Sobre la mesa, estaba mi móvil. Seguramente Rajiv no pensó que en algún momento yo fuera a salir de mi cárcel y lo había descuidado en un sitio visible, convencido de que yo jamás llegaría hasta él. Lo cogí rápidamente e intenté

encenderlo, pero estaba sin batería. ¡Mierda!

Empecé a buscar por los cajones del pequeño mueble un cargador, pero me parecía extraño encontrar algo allí. Rajiv lo tendría en su habitación y llegar hasta él era una tarea muy difícil. Aun así, lo cogí y decidí volver a mi habitación, esconderlo en alguno de los cajones de la mesita de noche y atarme yo misma para que Rajiv no sospechase nada de mi excursión mientras

dormía.

De vuelta por el pasillo, escuché algo y me quedé paralizada, temerosa de que Rajiv estuviese despierto y en ese momento hubiera decidido salir de su alcoba. Estuve así durante segundos, pero en lugar de escuchar pasos lo que oí fueron gemidos; gemidos de Rajiv, y gemidos de una mujer. Me quedé horrorizada. Si allí estaba sucediendo lo que imaginaba, habría sido un buen motivo para acusarle de adulterio. Podía abrir la puerta, gritar, coger a mi hija y salir corriendo. Si estaban desnudos seguramente no vendrían tras de mí. Me puse la mano en la boca mientras pensaba qué debía hacer, consciente de que si en algún momento dejaba de escuchar los gemidos, cualquiera de ellos podría salir de la habitación.

Me di cuenta de que estaba descalza. Debía ir a mi cuarto, ponerme calzado y hacer lo que me rondaba por la cabeza pero, ¿dónde iría? Tenía el mismo problema que había descartado unos minutos antes.

Volví a la puerta de entrada y la abrí un poco, asustándome cuando esta chirrió, porque Rajiv podría haberlo escuchado. Al parecer, mi marido seguía a lo suyo porque tras permanecer unos segundos inmóvil, nadie salió. Abrí la puerta del todo y me di cuenta de que estábamos en una casa de campo, rodeada de árboles y sin nada a nuestro alrededor. Allí no solo no podría buscar ayuda sino que tampoco tenía un medio de transporte con el que huir.

Había un coche en la puerta pero yo no sabía conducir así que no me servía de nada.

Volví a entrar en la casa, cerré la puerta y una vez en mi cuarto, bajé la persiana, me metí en la cama, y me até la muñeca para que Rajiv no sospechase nada. Había guardado el móvil en un cajón, con la esperanza de que mi marido no se diese cuenta de que no estaba encima de la mesa del comedor, lugar en el que él mismo lo habría dejado.

Al día siguiente, Akhila entró en mi cuarto de mejor humor, aunque le seguía notando antipatía hacia mí. Se ve que su fiesta privada de la pasada noche con mi marido era la causante de tanta alegría y me pregunté por qué una mujer accedía a ser el segundo plato de un hombre casado.

Me dejó el desayuno y salió de allí canturreando. Después de desayunar, empecé a gritar, pero esta vez no eran llamadas de socorro, sino llamadas a mi marido.

—¡¡Rajiv, Rajiv, Rajiv!!

—¿Qué quieres? —Entró en la habitación excitado por mi arrebato.

—Teníamos un trato, quiero ver a mi hija, que me sueltes y podamos volver a Agra como marido y mujer —dije, sintiendo cada palabra como si de una puñalada en el estómago se tratase.

—Vaya, veo que ayer quedaste satisfecha. Pero lo de desatarte...

—¿Crees que me voy a escapar? Te he dado mi palabra, ahora te toca a ti cumplir con la tuya.

—Lali, ¿me prometes que no volverás a deshonorarme?

—Sí, te lo prometo —dije, resignada.

—Bien, entonces debes saber que hemos salido en las noticias. Al parecer ese novio tuyo ha debido de conseguir que emitan la historia de tu secuestro y ahora la policía nos está buscando. Si te lo cuento es porque me has prometido ser mi esposa y deberás decir a la policía que no te secuestré, que eres mi mujer y viniste por voluntad propia. De lo contrario, seguirás aquí el resto de tu vida y nunca volverás a tener a tu hija —me amenazó.

Sentí alivio al saber que Izan se había preocupado tanto por mí. A esas alturas, cuando ya daba por perdida una relación que estaba empezando a quedar en el olvido, que apenas me parecía haberla vivido, me daba cuenta de que él estaba preocupado y de que me estaban buscando, y eso era algo bueno para mí, aunque no tanto para Rajiv. Pero le había hecho una promesa. Le había prometido no volverle a deshonar, y si me retractaba los dioses podrían castigarme.

—¿Cuándo quieres que lo haga? —pregunté, con la esperanza de ver la luz.

—Si preparo las cosas para salir del país cuanto antes, una vez pisemos un pie

en el aeropuerto o en cualquier lugar civilizado se nos echará encima la policía o cualquier civil que haya podido ver las noticias. Tu foto salió en televisión, así que si alguien te pregunta tendrás que decir que estás conmigo por voluntad propia. ¿Entendido?

—Sí.

—¿Lo juras por Brahma?

—Lo juro.

—Bien, entonces ahora te traeré a tu hija.

Respiré hondo. Sabía que debía ser obediente si quería volver a tener a mi

hija, pero también sabía que Rajiv me estaba siendo infiel con la sirvienta, y eso era una baza a mi favor. En cuestión de segundos mi cabeza urdió un plan, y mi marido debía estar seguro de que estaba con él para que saliese bien.

—Ahora iré a la ciudad —siguió hablando, dándome a entender lo que la noche pasada había descubierto, que estábamos a las afueras— e intentaré conseguir los billetes de vuelta sin que nadie sospeche quién soy. Por lo menos mi foto no ha salido en las noticias, así que no creo que en la agencia de viajes sospechen nada. Akhila se quedará a tu cuidado mientras yo me ausento. No intentes escapar porque será peor para ti.

—No lo pienso hacer, ya te he dicho que estoy contigo, Rajiv —dije, intentando parecer creíble.

—De todos modos, me voy a llevar a mi hija conmigo. No creo que se te ocurra irte a ninguna parte sin ella.

—¿No ibas a traérmela?

—Sí. Podrás estar con ella hasta que me vaya, para que veas que yo también cumplo mi palabra —Y tras decir eso, soltó mi agarre, mientras yo temblaba ante la posibilidad de que descubriese que no estaba como él lo había atado la pasada tarde, y salió de la habitación.

Unos minutos después entraba con Carmen en brazos. La dejó sobre la cama y yo sonreí feliz. En cuanto Rajiv nos dejó a solas la abracé fuerte y rompí a llorar, contenta de que por fin pudiese estar a solas con mi hija. La colmé de besos mientras ella reía y hablé con ella, pues aunque era muy pequeña aún, empezaba a entender alguna cosa. Le dije cuánto la quería, cuánto la había echado de menos, y entre una cosa y otra, la besaba sin parar y sin acabar de creer que por fin la tuviera entre mis brazos.

Pero lo bueno duró poco. Unos minutos después Rajiv entró en la habitación, subió la persiana, abrió la ventana permitiendo que por fin entrara la luz y el aire, y mientras cogía a Carmen me advirtió una vez más que no intentara escapar.

—No lo haré pero, ¿me das permiso para salir de la habitación? Tú mismo te has delatado diciendo que vas a ir a la ciudad, que no estamos en cualquier lugar en el que haya civilización, creo que poco puedo hacer aunque salga de aquí. Necesito andar y que mis piernas vuelvan a acostumbrarse a estar en pie.

De lo contrarió no podré aparentar en el aeropuerto que estoy bien, que no he estado secuestrada, y será peor para ambos.

Después de esta perorata esperaba haber convencido a Rajiv, quien se puso la mano en la barbilla pensativo y tras unos segundos sin saber qué decidiría,

me dijo que podía salir, que le daría aviso a Akhila y que podía darme una ducha y lavarme los dientes si quería.

Me pareció bien. Todavía me sentía sucia tras la “violación” de la tarde anterior, y los dientes no me los había lavado desde que estaba allí.

Rajiv salió de la habitación y lo primero que hice fue mirar por la ventana.

Ahora se veía todo mejor, gracias a la luz del sol. El árbol era bajito, tapaba la ventana pero podía darme cuenta de que delante solo había un austero campo.

Salí de la habitación en busca de Akhila para decirle que pensaba darme una ducha. La encontré en el comedor, sentada en el sofá viendo la televisión.

—Akhila, Rajiv me ha dejado salir de la habitación.

—Sí, eso me ha dicho —habló ella, de mala gana.

—Me voy a duchar.

—Bien —Ella ni siquiera me miraba, y me parecía una falta de respeto ya que yo era también su ama. Acostarse con mi marido no le daba derecho a sentirse superior a mí, ella era la que tenía que hacer las tareas de la casa, aunque allí poco tuviera que hacer; debía servirme y ser amable conmigo, y si no lo hacía, volvería a proponerle a Rajiv que la despidiese. Seguramente no conseguiría nada, y era lo mejor que podía pasar para que mi plan surtiese efecto, pero no estaba de más darle un toque de atención para que se mostrase más amable conmigo.

Mientras me duchaba, me di cuenta de que ni uno ni otro se había dado cuenta de que había cogido mi móvil, y fue todo un consuelo pues mi teléfono era en ese momento mi salvación.

Después de ducharme, aún con la toalla liada a mi cuerpo, me dirigí al comedor y le pregunté a Akhila si tenía más ropa limpia para mí. La sirvienta se levantó del sofá de mala gana y me dijo que fuera a mi habitación, que allí me la llevaría.

La esperé sentada en la cama, imaginando cómo debía trazar mi plan para que Rajiv no se viese deshonrado y yo pudiera recuperar mi libertad.

Una vez vestida, con un sari verde botella y unas sandalias marrones, me sentí como nueva. Por lo menos había recuperado mi esencia. Me había dado cuenta en el baño de que tenía la cara demacrada de tanto llorar, pero debía empezar a recomponerme para que la policía no sospechase cuál había sido mi tortura.

Caminé por la casa curioseándolo todo. Si Akhila me decía algo solo tenía que recordarle que Rajiv me había dado permiso, así que indagué por todos los rincones, apreciando la austeridad de la casa de campo en la que me

hallaba.

Las puertas de lo que yo creía que eran las habitaciones seguían cerradas, y como la sirvienta había empezado a seguirme a todas partes poniéndome nerviosa, decidí salir a la calle a que me diera el aire.

—¿Qué se supone que hace? —preguntó Akhila, con los brazos en jarras.

—Salir afuera, lo necesito. ¿Vienes conmigo? No puedo escaparme, ya has visto dónde estamos. Por cierto, ¿cómo has podido salir tú? —pregunté curiosa.

—Aunque eso a usted no le importa, Rajiv me enseñó a conducir para que pudiese ir a Valencia a hacer la compra —Al decir eso se mordió el labio, rabiosa por haber hablado más de la cuenta.

Por un momento la envidié. Si yo hubiera sabido conducir la noche anterior habría entrado en la habitación en la que ellos estaban teniendo relaciones, habría cogido a mi hija y habría huido de allí. Sin embargo, poco podía hacer yo si no era con la ayuda de Rajiv, y esperaba que creyese mi palabra cuando le decía que sería su esposa para siempre.

Después de pasear entre los arbustos y el campo arenoso, volví a la casa y encontré a Akhila preparando la comida. Aproveché entonces para curiosear las habitaciones. Con un poco de suerte no me escucharía al abrir las puertas y yo podría entrar en ellas sin que se enterase.

La primera puerta que abrí no me sirvió de nada, pues me encontré frente a cuatro paredes y un espacio completamente vacío. Eso en cierto modo me alegró, así se acotaba mejor mi campo de búsqueda. Cerré la puerta con cuidado de no ser oída y abrí la siguiente. Lo que allí encontré fue lo que desde la noche pasada sospechaba. Había una cama de matrimonio con dos mesitas de noche, una a cada lado de la cama. Entré en la habitación y abrí el primer cajón de una de las mesitas. Estaba vacío. Con cuidado abrí los otros dos y los hallé igual. Antes de dirigirme al otro lado de la cama, abrí la puerta de un armario empotrado y encontré colgada la ropa de Rajiv y la de la sirvienta.

Pensar que me estaba poniendo su ropa me producía náuseas, pero era mejor que seguir llevando mi sucia ropa por más tiempo. Como el armario no tenía cajones dudé de que allí hubiera algún cargador de móvil, así que cerré las

puertas para no crear sospechas y caminé bordeando la cama hasta el otro lado.

¡¡Bingo!! En el primer cajón que abrí encontré un cargador, lo cogí y lo cerré lo más rápido que pude, y salí de allí, topándome con Akhila en las narices.

—¿Qué hace aquí? —me preguntó, con el ceño fruncido.

—Rajiv me ha dado permiso para ver la casa, y las habitaciones todavía no las había visto —me excusé, colocando la mano en la que tenía el cargador detrás de mí para que no lo descubriera, con la intención de que pareciera convincente. No temía a la sirvienta, pero sí lo que le pudiera contar a mi marido cuando volviese—. ¿Cómo has podido dormir en el pequeño sofá del comedor? Porque he visto que la otra habitación está vacía, y aquí solo hay una cama.

—Eso no le importa —contestó, todavía sospechosa de lo que pudiera haber hecho en la habitación.

—Akhila, soy tu ama. Deberías empezar a tenerme un poco de respeto.

Ahora yo soy la señora de la casa y debes obedecerme.

—De eso nada, yo solo obedezco a Rajiv —espetó ella.

—¿Por qué te comportas así conmigo? ¿Acaso te has enamorado de mi marido o qué? —Quería provocarla. De esa manera ahuyentaría sus pensamientos de lo que yo había estado haciendo, centrándose en lo que le estaba preguntando.

—No es eso. Él ha hecho mucho por mí y no me gusta ver cómo no lo valoras —Me di cuenta de que de repente había empezado a tutearme, como si fuera una igual.

—¿Qué tengo que valorar? Por lo visto ha hecho más por ti que por mí.

—Tú eres su esposa, eres lo más que se puede ser en su vida.

—Qué poco informada estás de las cosas. A mí me ha menospreciado siempre, ser su esposa es un infierno. Ojalá pudiera cambiarte el puesto, te lo puedo

asegurar, pero este martirio es mi destino y solo confío en que el karma me devuelva algún día la felicidad.

—Entonces, le estás mintiendo —afirmó, convencida de sus palabras.

—No le he mentado. Seré su esposa, pero no por ello seré feliz. Ahora, si me disculpas, me voy a ir a mi habitación un rato —Y antes de empezar a caminar, con cuidado de que no viera lo que llevaba en la mano, añadí—: Por cierto, no creo que hayas estado durmiendo en el sofá —Me miró con la cara desencajada, sorprendida porque pudiera saber su secreto, pero yo me envalentoné, erguí los hombros y la miré con autosuficiencia—. Por mí puedes estar tranquila, no le contaré a nadie lo que hay entre mi marido y mi sirvienta.

—¿Por qué lo haces? —me preguntó, ahora ya bajando los humos.

—¿El qué?

—¿Por qué si sabes lo nuestro no huyes de aquí? Sabes que yo te dejaría

hacerlo con tal de tener a Rajiv solo para mí. Podrías salir a la carretera y pedir ayuda a cualquier coche que pasara.

—Por mi hija. Como ves, no está aquí.

Akhila agachó la cabeza, avergonzada, y yo caminé hasta mi habitación, a paso rápido, no fuera a querer algo más de mí y tuviera que volverme con el cargador de frente. En cuanto entré en mi alcoba, cerré la puerta, saqué el móvil del cajón en el que lo había metido, y lo puse a cargar, escondiéndolo bajo la almohada por si acaso volvía Rajiv antes de lo esperado. Cuando calculé que habrían pasado unos minutos, lo encendí y vi que tenía muchos mensajes. Abrí el whatsapp y mis manos empezaron a temblar. No sabía por cuál empezar a leer, tenía de mi hermano, de Laura, de Anahí, de la señora Hortensia, de Mercedes, y de Izan. De quien más tenía era de Izan, y por él era por quien quería empezar.

Mientras leía todos sus mensajes, mis lágrimas no dejaban de surcar mis mejillas. En un principio eran mensajes de preocupación, me pedía perdón por su comportamiento la última vez que nos vimos, y los últimos estaban

cargados de palabras de amor que me dejaron sin aliento. Izan había viajado hasta Agra por mí, estaba enamorado de mí, tanto o más de lo que lo estaba yo de él, y sabía que si no llegaba a entender lo que iba a hacer, me odiaría durante el resto de su vida, pero ya no había marcha atrás. Le había dado mi palabra a Rajiv y debía cumplirla. Nadie en Agra volvería a hablar mal de mí ni a calumniar a mi familia, y para ello tenía que hacer el mayor sacrificio que había hecho en mi vida: volver a Agra como la inocente esposa de Rajiv.

Le escribí unos escuetos mensajes a Izan y a Bhadrak, con la esperanza de que me entendieran, y acto seguido apagué el móvil y lo escondí en el sari con la intención de devolverlo a su sitio antes de que lo echaran en falta.

31.EL ENCUENTRO.

Tardamos más de dos días en volver a pisar el aeropuerto de Valencia, fue un viaje agotador, entre transbordos y horas de vuelo, pero por lo menos ya estábamos en casa. Ahora tocaba llamar a mi hermana, que Bhadrak llamara a su mujer, y entre las dos ponernos al día de lo que había pasado mientras habíamos estado viajando. Estar incomunicado ante una situación así era desesperante, en dos días podían haber pasado muchas cosas, y ambos nos moríamos por saber. Así que mientras esperábamos las maletas, los dos hicimos las llamadas pertinentes, tras las cuales nos miramos con tristeza pues todo seguía igual. La policía no había podido rastrear el móvil de Rajiv porque solía tenerlo apagado y seguíamos sin saber dónde estaban.

Seguramente lo encendería solo para llamar a sus padres, o cuando sabía que ellos le iban a llamar a él.

Maleta en mano, busqué por el aeropuerto a Dani, quien en el grupo de whatsapp decía que le tocaba estar ese día haciendo guardia por si veía algo sospechoso. En lugar de encontrarme con él, mi corazón crujió en mi pecho cuando fue a ella a quien vi. Llevaba la cabeza tapada con un pañuelo para pasar desapercibida, pero aun así, la reconocí.

Nuestros ojos se cruzaron, ella mirándome con tristeza, y cuando me encaminé hacia mi bella, sin avisar siquiera a su hermano pues todavía estaba esperando su maleta, Lali movió la cabeza a ambos lados indicándome que no lo hiciera. Me quedé paralizado durante unos segundos, observando lo que mi amada

hacía. A su lado había un hombre no demasiado alto, de piel tostada y pelo negro que deduje sería Rajiv, y además les acompañaba otra joven que debía de tener la edad de Lali más o menos, quien sostenía en sus brazos a Carmen. ¿Por qué no los había interceptado nadie? ¿Dónde estaba la policía que se suponía que debía estar vigilando el aeropuerto? ¿Dónde coño estaba Dani? Y, ¿por qué Lali permitía que otra mujer llevara a su hija?

—Bhadrak —lo llamé cuando lo vi salir con su maleta. Cuando él me vio y dirigió sus ojos hacia donde yo miraba, corrió hacia su hermana sin importarle lo que ella dijese. Entonces fue cuando yo reaccioné y fui tras él.

—Lali, por fin te encuentro. Por todos los dioses, no sabes lo preocupados que estábamos —gritó Bhadrak, cogiendo a su hermana en volandas.

—Bhadrak, bájame, bájame —se quejó ella.

Me di cuenta del rostro demudado de Rajiv, quien no debía de esperar encontrarse con su cuñado allí, y ya sabía yo cuánto le temía.

Bhadrak dejó a Lali en el suelo y acto seguido le dio un puñetazo a Rajiv que lo tumbó. No tardó en llegar gente curiosa ante lo que estaba pasando y los guardias de seguridad del aeropuerto.

—Bhadrak, por favor, déjalo —musitó Lali, para sorpresa de su hermano y mía.

Un guardia se acercó a nosotros y preguntó qué pasaba, pero cuando fui a decirle quiénes eran ellos para que Rajiv pudiera ser detenido, Lali me cogió de la mano y me miró con piedad. El guardia nos preguntó qué pasaba mientras cogía a Bhadrak para detenerle, colocándole las manos a la espalda.

Lali suplicó que lo soltase argumentando que había sido una tontería entre familiares, todo ello sin soltar mi mano pidiendo una ayuda que no conseguía entender, porque para mí lo normal hubiese sido que le contase lo de su secuestro al hombre que podía salvarla. El guardia, al ver que la pelea no pasaba de ahí, y con las pocas ganas de trabajar que tenía, habló con sus compañeros, lo pasó por alto y todos se fueron a seguir con su ronda, dejándonos en paz.

En cuanto se hubieron ido, Lali soltó mi mano como si quemase.

—Lali, ¿qué te pasa? ¿Qué haces con él como si nada? ¿Sabes todo lo que hemos tenido que hacer por ti? —le preguntó su hermano, perplejo.

Yo no sabía qué hacer. Tenía allí a la mujer que amaba, a la mujer por la que había recorrido medio mundo en su busca, y al parecer ella no sentía nada al verme.

—Rajiv es mi esposo y he de irme con él —dijo ella, rompiéndome el corazón.

—¿Pero de qué hablas? —gritó de nuevo Bhadrak.

—Lo que has escuchado —se pavoneó Rajiv—. Lali vuelve conmigo, no puedes hacer nada.

—Lali, ¿por qué? —pregunté yo, con un nudo en la garganta—. ¿Has podido ver mis mensajes? —Vi el rostro de Rajiv girarse hacia ella y enmudecer la cara de Lali ante mi pregunta. Ambos estábamos expectantes, y si tardó dos segundos

en contestar, me parecieron dos horas.

—No sé de qué me hablas –dijo ella, con un hilo de voz. No la creía, algo me decía que sí los había leído pero no quería decirlo delante de su marido.

—Lali, no tienes por qué irte con él, yo te quiero –Mientras yo hablaba, vi cómo Bhadrak forcejeaba con la otra joven para cogerle a Carmen. Una vez lo consiguió, se la entregó a Lali para que la cogiese ella.

—Ya está, ¿era por ella por lo que te ibas? Ya tienes a tu hija, vámonos a casa, Lali –le ordenó su hermano.

—Ya te ha dicho que se viene conmigo, acepta su decisión –lo increpó Rajiv.

—No se quiere ir contigo, ¿que no la ves? Está sufriendo. Maldita sea Lali, reacciona –Bhadrak zarandeó a su hermana, haciendo que Carmen se pusiera a llorar, y ella la consoló dándole mimos.

Entonces, vi cómo un hombre y una mujer corrían hacia nosotros. Dani y Anahí llegaban juntos, quienes al vernos con Lali, se apresuraron a llegar hasta nosotros. Anahí, en cuanto se vio frente a su compañera, la abrazó, apretujando a Carmen entre ellas. Mientras Dani me decía algo como que sentía no haber llegado antes porque había tenido que pasar a recoger a Anahí, yo solo podía atender a lo que mi Lali hacía. Me pareció que le susurraba algo en el oído a Anahí, y por la expresión de confusión de esta supe que en ese momento Lali estaría rezando por que su marido no se hubiese dado cuenta de la comunicación entre ambas. Este estaba demasiado preocupado por Bhadrak como para atender a lo que hiciera su esposa. Y yo, seguía sin entender cómo es que nadie los había reconocido después de haber salido en las noticias. La verdad es que viendo a Lali con Rajiv, nadie diría que iba con él a disgusto, y eso no lo podía soportar. Además, para quien no la conocía bien, el pañuelo que llevaba en la cabeza hacía que apenas se le viese el rostro, buena técnica para salir del país sin ser reconocidos; aunque para mí la policía debería estar cerciorándose de que ningún sospechoso saliese así como así.

—No te entiendo Lali, ¿qué has querido decir? –Lali movió la cabeza en señal de que se callase y la valenciana miró a todos, esperando respuestas.

—Lali se va a Agra con Rajiv –intenté aclarar yo, aunque apenas me salían las palabras.

—¿Qué dices? Lali, has salido en las noticias, la policía meterá a este tipo en la cárcel. No tienes nada que temer –explicó Anahí, haciendo caso omiso a su compañera.

—Lo siento pero le he prometido que volvería con él, y no puedo faltar a mi palabra.

—¡Tonterías, coño! –gritó Anahí.

—Lali, basta ya de gilipolleces –hablé yo ahora cabreado—. ¿Es que tú no sientes nada por mí?

—Rajiv es mi marido –Fue su única respuesta.

—Pero ¿y todo lo que me contaste de él? –Al decir esto, Rajiv me miró y frunció el ceño, haciendo que sus ojos se juntasen. Lali palideció si se podía palidecer más de lo que ya lo había hecho, y supuse que si acababa yéndose con Rajiv, mis palabras le pasarían factura.

—Era todo mentira –soltó—. Lo dije para que sintieras pena por mí y te enamorasas.

—Aunque así fuera, no has contestado a mi pregunta –esboqué, deseando que me dijera que sentía lo mismo que yo.

—Voy a llamar a la policía, esto no puede quedar así –dijo Dani, separándose del grupo.

—Dile a tu amigo que no cometa una estupidez, nos vamos a ir aunque no os guste la idea –espetó Rajiv.

—Bhadrak –se digirió Lali a su hermano—, en cuanto llegue a Agra iré a visitar a nuestros padres para que sepan que estoy bien.

—No, no puedes estarlo –dijo él, echándose las manos a la cabeza—. Lo siento Lali, pero no te creo.

—Créeme, lo estoy. Cometí una equivocación viniendo a España y he de volver a casa. Nunca debí irme.

Cada vez estaba más furioso. No contestaba a mi pregunta, y eso significaba no perder la esperanza pues aunque no me había dicho que sintiera algo por mí, tampoco me había dicho lo contrario. Estaba contrariado, cada vez más perdido al ver a mi amada alejarse de mí con cada palabra que salía de su boca.

—Lali, he ido hasta Agra por ti. Fui a buscarte porque te amo, porque mi vida sin ti no tiene sentido –le expliqué.

—Lo siento, pero con Rajiv es con quien debo estar. Me olvidarás pronto –susurró.

—Vamos, tenemos que ir embarcando –avisó Rajiv, cogiendo a Lali del brazo.

—Suéltala –Se metió por medio Bhadrak.

—¿Quieres aceptar tu derrota de una vez? –preguntó Rajiv, sin soltar a su esposa—. Lali vendrá conmigo, ha aceptado la vida que le espera, nadie más volverá a deshonrarme. Sigue con tu vida en este país y olvídate de que tienes una hermana.

—¡Eso jamás! –gritó Bhadrak, y a punto estuvo de darle otro puñetazo, pero el cobarde de Rajiv se había escondido tras su mujer sabiendo que así su hermano no le daría.

—Eres un mierda. No sé qué has hecho para que Lali se vaya contigo, pero lo averiguaré. Entonces iré a por ti, me volveré a llevar a mi hermana, y acabaré contigo.

—Tus amenazas ya no me afectan –escupió Rajiv.

En ese momento llegó Dani, sofocado porque había estado corriendo, con un par de policías a su lado.

—Estos son –dijo, recuperando el aliento.

—Disculpen, me dice el señor Ramirez que esta chica es la que ha salido en las noticias como víctima de una detención ilegal —habló uno de los agentes de la autoridad.

—Así es, ella es —aseguró Bhadrak, con una ligera esperanza.

—Este hombre la raptó y ahora se la quiere llevar a su país seguramente bajo amenaza —dijo Anahí. Me moría de ganas de saber qué le habría dicho Lali al oído cuando se abrazaron.

—¿Eso es cierto, señora? —preguntó el policía a Lali—. ¿Fue usted raptada por este hombre y está siendo amenazada para irse con él?

—Agente, me temo que todo se ha debido a un malentendido —comentó Lali—. Mi marido llegó en mi busca, y yo me fui con él a una casa de campo sin decirle nada a nadie.

—Está bien, pero deben venir conmigo a la comisaría del aeropuerto.

Dicen que dejó el carro de su hija en su patio, que no se llevó con usted ningún objeto personal, y eso me hace tener mis dudas —explicó el policía, que por lo menos estaba al tanto de la denuncia por desaparición y de la posibilidad de que su marido se la hubiese llevado contra su voluntad.

—Porque no me hacía falta nada —contestó ella, dejándonos a todos de piedra. Bhadrak tenía la boca abierta, yo apretaba los dientes, Anahí abría mucho los ojos, y Rajiv no cabía dentro de sí del gozo—. Lo del carro fue un descuido. Con las prisas se me olvidó guardarlo en su sitio. No lo llevé porque en el campo no me iba a hacer falta.

—¿Puede declarar en comisaría qué pasó concretamente y dónde ha estado todo este tiempo? —preguntó el policía, más por cortesía que porque les diera la opción de elegir.

—Lo sentimos mucho, pero nuestro vuelo está a punto de salir y todavía tenemos que embarcar y llegar a la terminal —dijo Rajiv, deseando salir de allí.

—Eso me tiene sin cuidado, deben acompañarnos a comisaría. Si la joven declara a su favor, les dejaré marchar, pero debemos estar seguros —habló el otro policía.

—¿Por qué? Como le digo, tenemos mucha prisa.

—O vienen por las buenas, o me temo que tendremos que hacerlo por las malas —dijo el policía.

Lali, que había permanecido muy segura de sí misma y de sus palabras, empezó a temblar. Me di cuenta porque el labio inferior se le movía, estaba asustada, y sabía que si era así, es porque algo escondía. Rajiv, a desgana, accedió a ir a comisaría con los policías.

Nos dirigimos todos hacia donde los agentes marchaban, Rajiv con el entrecejo fruncido temiéndose lo peor, Lali asustada, la mujer que les acompañaba nerviosa, y el resto esperanzados de que una vez allí el raptor pudiese ser detenido y pudiéramos llevarnos a mi novia con nosotros.

Cuando llegamos a la comisaría, uno de los agentes nos explicó que debía pasar Lali sola a tomar declaración. Si comprobaba que viajaba con su marido sin ser coaccionada, les dejaría marchar. De lo contrario, Rajiv sería detenido.

Rajiv se quedó esperando con nosotros, vigilado por un agente, y la mujer que les acompañaba cogió a Carmen en brazos para que Lali pudiese pasar al interrogatorio. El policía nos explicó que ellos también serían interrogados para contrastar todas las versiones, y eso hizo que creyésemos que no saldrían de allí.

Sabía que Rajiv estaba preocupado, y eso era buena señal, porque quería decir que estábamos en lo cierto y se había llevado a Lali contra su voluntad.

Lo que no acabábamos de entender era por qué ella nos había hablado de aquella manera.

—Tiene que estar bajo amenaza —aseguró Bhadrak—. De lo contrario es imposible que hiciera algo así —Y dirigiéndose a Rajiv, gritó—: ¿Qué le

habéis hecho para que se comporte así?

Rajiv no contestó y Bhadrak le gritó de nuevo para que lo hiciese, provocando que Carmen se pusiese a llorar, asustada al ver así a su tío. La mujer se puso en pie y empezó a mecer a la niña en sus brazos para tranquilizarla. Bhadrak miraba amenazante a su cuñado, pero este esquivaba sus ojos como un corderillo asustado. No tardó en salir un policía amenazándole de que o dejaba de gritar, o sería detenido por escándalo público. Vi cómo Rajiv sonreía y me dieron ganas de esta vez ser yo quien le diera un puñetazo. Ese hombre era irritante.

Quise preguntarle a Anahí qué le había dicho Lali al oído pero me daba cuenta de que delante de los asistentes no podía hacerlo, y haberme llevado a la valenciana de allí tampoco era buena idea porque quería estar presente cuando mi novia saliera. Pensé que lo que fuera que le hubiese dicho, podía esperar.

Los minutos pasaban y Lali no salía del interrogatorio. Eso sumaba una esperanza más, que en el caso de que Rajiv se saliera con la suya pudieran perder el vuelo. Claro que como estábamos nerviosos, nos pareció que habían pasado horas cuando tan solo habían pasado quince minutos.

Cuando por fin salió, acompañada del agente de policía, este nos informó de que a continuación pasaría el marido, pero que por lo que ella le había dicho, todo había sido un malentendido.

—¿Cómo? ¡No puede ser! —exclamó Bhadrak, mirando a su hermana interrogante.

Ella bajó la cabeza y, tras coger a su hija de los brazos de la otra mujer, se sentó en una silla. A continuación, Rajiv pasó por nuestro lado camino de la sala de interrogatorios con una mirada triunfante.

—Como pierda el vuelo por vuestra culpa me las pagaréis —nos amenazó.

Todos nos miramos alucinados. Encima de lo que había hecho, tenía la cara de amenazarnos. A continuación, la mujer que les acompañaba fue llamada por otro agente y este la acompañó a otra sala. Ese era el momento para poder

hablar con Lali sin sus acompañantes a su lado, coaccionándola o amenazándola, pero fue ella quien hizo porque eso no ocurriese. Se levantó de la silla y se metió en un baño, con la excusa de que tenía que cambiarle a Carmen el pañal.

—Lali, tenemos que hablar. No entiendo nada de lo que está pasando —
advirtió Bhadrak.

Ella ignoró su comentario y desapareció de nuestra vista.

Los minutos parecían horas, impacientes por saber cómo acabaría aquello, y ni Lali volvía ni los demás salían de las salas.

Por fin, el policía salió acompañado de Rajiv y nos comunicó que todo estaba en orden y que ya habían tramitado la aparición de Lali.

—¿Cómo? No puede ser —habló Bhadrak.

—Señor, su hermana ha contestado correctamente a las preguntas que le hemos hecho. No le dé más vueltas, está sana y salva y eso es lo importante —

En ese momento volvió Lali, como si hubiese estado esperando a hacerlo cuando estuviese segura de que no estaría sola con nosotros pero, ¿por qué lo hacía? ¡No había forma de entender nada!

—No, lo importante es que no dejen que este impresentable se lleve a su mujer contra su voluntad, tiene que haberla amenazado, de eso estoy seguro.

—Bhadrak, acéptalo. Tengo que irme —le dijo Lali, acercándose a él para acariciar su mejilla.

Bhadrak la miró confundido. Imaginaba lo que estaría rondando por su cabeza, seguramente se asemejaba a lo que estaba rondando por la mía. Era la situación más irritante que había vivido en mi vida, lo de Sheila se quedaba a la altura del betún en comparación, y de nuevo me veía decepcionado por culpa de una mujer. Era inverosímil, surrealista, y por más que quisiera, no conseguía entender por qué Lali actuaba así. El policía estaba creyendo la

palabra de una mujer que podía estar mintiendo por miedo, eso me sacaba de quicio, pero sabía que si decía algo en contra del agente, podría acabar siendo yo el detenido.

El rostro de Bhadrak era el de un hombre derrotado, veía a su hermana alejarse, igual que la veía yo, y ninguno de los dos podíamos hacer nada por evitarlo.

Rajiv, Lali con su hija en brazos, y la mujer que los acompañaba, empezaron a caminar apresurados en dirección a su puerta de embarque. El policía se despidió de nosotros, Dani se quedó con los brazos abiertos sin entender nada y yo levanté los hombros intentando resignarme a lo que estaba ocurriendo.

—Lali, por favor, no te vayas —volvió a suplicar su hermano.

Lali se dio la vuelta, dejó a Carmen en los brazos de su padre, haciendo que se me revolvieran las tripas, y abrazó a su hermano. Le susurró algo en el oído y me pregunté de nuevo qué le habría dicho. ¿Por qué no hacía lo mismo conmigo? Pensé que yo también me merecía ese abrazo, pero cuando caminé hacia ella, volvió a coger a su hija y me despidió con un movimiento de cabeza.

Eso era todo, así terminaba lo nuestro, con un simple movimiento de cabeza. La había perdido apenas sin llegar a tenerla, y me sentía más vacío de lo que lo estuve cuando perdí a Mar, la mujer con la que un día creí que me casaría.

Bhadrak pasó su brazo por detrás de mi espalda y haciendo apoyo el uno con el otro, pues no podría decir quién estaba peor, los vimos alejarse. Cuando giraron sus cuerpos para entrar en el embarque, Lali quedó detrás de los otros dos, y entonces fue cuando por primera vez vi cómo le caía una lágrima por su rostro.

—Vamos amigo, aquí ya no hacemos nada —dijo Bhadrak, cogiendo su maleta para salir de allí.

—¿Qué os ha dicho al oído? ¿Por qué has dejado que se fuera? —pregunté

dirigiéndome tanto a Anahí como a Bhadrak, a este último mirándole con

reproche porque se suponía que él cuidaría de su hermana siempre.

—A mí me ha dicho que no me preocupe, que volverá pronto —contestó Anahí.

Bhadrak y yo la miramos sorprendidos. ¿Qué quería decir aquello?

—¿Y a ti? —me dirigí a Bhadrak.

—A mí me ha dicho «Perdóname, hermano. Lee mi whatsapp»

Entonces, como por un impulso conjunto, los dos sacamos nuestros teléfonos de los bolsillos en los que estaban y leímos lo que Lali nos había escrito porque sí, a mí también me había dejado un mensaje antes de marcharse.

«Izan, yo también estoy enamorada de ti. Espero que algún día entiendas lo que voy a hacer. Mientras tanto, no me guardes rencor, por favor. Te amo»

«Hermano, perdóname por lo que voy a hacer, pero pronto lo entenderás todo. No te preocupes por mí, ¿vale? Recuerda que soy una mujer adulta. Te quiero»

32.VIAJE A AGRA.

En cuanto subimos al avión, Rajiv me preguntó a qué mensajes se refería Izan, como si no hubiese estado pensando en otra cosa.

—No lo sé, te recuerdo que hasta hoy no me has devuelto mi bolso con mis cosas —respondí, temiendo que me pidiera que encendiera el móvil.

Sabía que tenía poca carga, apenas lo tuve cinco minutos cargando el día que lo cogí a hurtadillas para poder encenderlo, ver los mensajes y contestarle tanto a Izan como a Bhadrak. Fue a los únicos a quienes escribí, porque eran las personas más importantes en mi vida y porque sabía que ellos se encargarían de hacerles llegar al resto mi mensaje.

Sentada en el avión, solo pensaba en lo mal que lo estaría pasando Izan en ese momento después de lo que le había hecho y si Rajiv quería asegurarse de que había sido fiel a mi palabra, tan solo el hecho de tener mi móvil sin batería me salvaría de que mi mentira y el dolor que le acababa de ocasionar al hombre que amaba, no hubiese sido en vano.

—Enciende el teléfono —ordenó.

Le miré tratando de disimular el miedo que en ese momento sentía, pero sabía que si no le obedecía me delataría, así que saqué el móvil del bolso y apreté el botón de encendido. El teléfono tardó en encenderse pero lo hizo, y mi cuerpo empezó a temblar, viéndome delatada. Si Rajiv veía los mensajes, no solo significaría haber faltado a mi palabra, sino que además descubriría que en algún momento había cogido el teléfono de donde él lo había dejado, se daría cuenta de lo que había hecho y mi esfuerzo por complacerle no habría servido para nada.

Por suerte, cuando abrí el whatsapp el móvil se apagó solo. Me acababa de librar de una buena, y ahora sabía que cuando llegásemos a Agra tenía que ser rápida y borrar todos los mensajes, aunque con ello perdiera lo poco que me quedaba de Izan, para que Rajiv no me descubriese. ¡Maldito Izan! ¿Por qué no mantuvo la boca cerrada? ¿Por qué tuvo que hablar de algo que me podía poner en un compromiso?

—¿Ves? No tiene batería —expliqué, mostrándole el teléfono apagado.

—Está bien. En cuanto lleguemos a Agra lo pondrás a cargar y me enseñarás a qué mensajes se refiere tu novio.

—De acuerdo, pero ya te digo que no sé de qué hablaba —me excusé.

—Te felicito, has sido muy convincente en el aeropuerto —soltó de repente, haciéndome recordar lo que trataba de olvidar—. Romperle el corazón a un hombre y a un hermano es fácil, pero convencer a la policía de que estás enamorada de mí te ha debido de costar lo tuyo. No sabía que fueras tan buena actriz

Cerré los ojos e intenté no pensar en lo que decía ni en lo que acababa de suceder, porque de ser así las lágrimas me delatarían, y si había sido lo suficientemente fuerte en el aeropuerto como para enfrentarme a Izan, a mi hermano y a la policía sin que sospechasen nada, no podía echarlo todo a perder porque los sentimientos me traicionasen.

Habían pasado dos días desde que le dije a Rajiv que volvería con él a Agra.

Cuando llegó de la agencia de viajes y me dijo que en dos días saldríamos hacia nuestra ciudad, la realidad me cayó encima como una jarra de agua fría. Sabía que era lo que tenía que hacer, había trazado un plan en el que de repente Akhila se había vuelto mi confidente y solo viajando a mi país podría llevarlo a cabo, pero eso no significaba que no me doliese lo que me estaba sucediendo. Y encima encontrarme con Izan y con mi hermano no había hecho que mejorase nada. Era verdad que notaba a Rajiv más relajado. Le había antepuesto a mi hermano y al hombre que él sabía que amaba, y no había una muestra mayor de respeto que esa, pero hubiera preferido no tener que hacerlo. Solo esperaba que viesen mis mensajes y llegaran a entenderme, porque de lo contrario, si acababa perdiendo a Izan, sería una mujer infeliz el resto de mis días.

Aun así, seguía haciéndolo todo por Carmen. Desde que le demostré a Rajiv que no tenía por qué temer de mí, había podido estar más tiempo con ella, me había liberado de mi atadura y mi vida en la vieja casa de campo había sido más cómoda. Además, Akhila ya no era tan borde conmigo, sabía que yo no amaba a mi marido, que estaba con él por obligación, y eso dejaba de convertirme en una rival para ella. A ratos, cuando Rajiv nos dejaba para ir a Valencia a hacer las gestiones pertinentes para nuestra marcha, entre ellas, contratar a una empresa de transportes que ya tenía medio apalabrada para que se llevasen de vuelta a Agra nuestra habitación; la sirvienta me contaba fragmentos de su vida, y yo poco a poco iba entendiendo por qué había sido cómplice de mi secuestro y por qué amaba a mi esposo.

Akhila tenía veintidós años, había estado casada con un hombre

mucho más mayor que ella, comprometida por sus padres contra su voluntad, y había quedado viuda a los dos años de casada. Como ya no era virgen era difícil volver a contraer matrimonio y sus padres, de familia humilde y sin apenas recursos, no podían hacerse cargo de ella. Por ese motivo fue por el que decidió entrar en el prostíbulo de Valdev. Cuando me lo contó, no pude evitar pensar en Nandita y en lo mal que lo pasó los dos días que estuvo allí. Akhila me contó que estuvo más de un año, hasta que llegó Rajiv, una noche se acostó con ella, y le sugirió que le ayudara en la tarea de ir a España a por su esposa para recobrar su honor.

Ella en un principio fue reacia. No le parecía bien lo que iba a hacer, pero

Rajiv le prometió sacarla de allí, tenerla de sirvienta en su casa, sin pagarle pero dándole comida y una cama en la que dormir, y poco a poco, visitando el burdel asiduamente, la fue convenciendo de que era lo mejor para ella. Además, se estaba enamorando de él y tener que acostarse con otros hombres cada vez le costaba más, y eso a su proxeneta no le hacía gracia. Al final cedió a la voluntad de Rajiv, mi esposo pagó a Valdev por ella y la sacó de allí, con la promesa de que además de darle comida y techo, sería algo más para él.

Eso me daba la mejor baza que podía haber esperado, pues cuando se supiera lo que Rajiv estaba haciendo, yo recuperaría el honor de mi familia y mi marido tendría que aceptar mi vuelta a España. Mientras tanto, tenía que volver a Agra, pues allí era donde tenían que pasar las cosas, donde estaban los míos, los suyos; en resumen, donde nuestra cultura se hacía fuerte y yo podría demostrar que la culpa de nuestra separación no había sido solo mía.

Tardamos casi tres días en llegar. Estaba agotada. Por eso, cuando llegamos a nuestra casa, ni siquiera vi venir el puñetazo que Devaduth le propinó a Rajiv en cuanto lo vio. Mi marido quedó postrado en el suelo sin entender a qué venía eso.

—¿Te creías que solo debías temer a Bhadrak? —le preguntó mi hermano, con ira en los ojos—. Eres un desgraciado, Rajiv —le gritó—.

Ya nos ha informado mi hermano de lo que has hecho, pero si te crees que vas a tener a mi hermana contigo durante mucho tiempo, estás muy equivocado.

—Devaduth, por favor —supliqué, acercándome a él y cogiéndole del brazo que de nuevo había levantado para volverle a dar—. He venido por voluntad propia, deja a mi marido, te lo suplico.

Mi hermano me miró incrédulo, y como vio en mis ojos cierta complicidad, sonrió, bajó el brazo y me dio un fuerte abrazo.

—No sabes lo preocupados que hemos estado todos —susurró.

Entonces, levantó la cabeza, vio a Akhila con Carmen en brazos, y me miró interrogante—. ¿Es mi sobrina?

—Sí, ella es Carmen —Hice una seña a Akhila para que se la entregara y la sirvienta me obedeció, ignorando la cara de enojo que Rajiv mostraba en ese momento mientras se levantaba del suelo.

—No pienso volver a permitir que ni tú ni nadie de tu familia vuelva a ponerme una mano encima —masculló Rajiv.

—¿No? ¿Y cómo crees que lo conseguirás? —preguntó mi hermano divertido.

Rajiv ignoró su pregunta, abrió la puerta de la casa y entró con las maletas, sin invitarle a pasar. Yo me quedé en la puerta con mi hermano, mientras le hablábamos a Carmen explicándole que él era su tío. Cuando Devaduth se hubo convencido de que Rajiv no nos podía escuchar, me habló.

—Hermana, ¿por qué has venido? Me dijo Bhadrak que podrías haberte ido con él y con Izan, haber delatado a Rajiv a la policía, ¿por qué estás con ese miserable?

Miré hacia atrás para asegurarme de que no había nadie cerca de nosotros, y respondí:

—Por nuestro honor.

—Pero, a nuestros padres ya les da igual eso.

—No, no es así y lo sabes. Me dijo Bhadrak que madre estaba muy deprimida, que quería morirse y por eso fue por lo que él vino. He de hacer algo para que madre vuelva a querer vivir esta vida, para que se sienta orgullosa de pertenecer a esta familia. He de restablecer el honor que yéndome hice que perdierais.

—Pero, ¿a costa de qué? Tú eras feliz en España, habías conocido a alguien estupendo...

—¿Le has conocido? —pregunté, deseosa de saber de Izan.

—Sí, estuvo aquí por ti Lali. Ese hombre te ama como no he visto aquí a ningún hombre amar a una mujer, tenías lo que aquí todos deseamos y sabes que es imposible: encontraste el amor. ¿Por qué has vuelto, joder?

—Entiendo que ahora no podáis comprenderlo, pero lo haréis. Ahora debo entrar en mi casa o mi esposo se molestará. Dile a nuestros padres

que estoy bien y que en cuanto me reponga del viaje iré a verlos.

—Está bien, hermana. Lo haré.

Mi hermano volvió a abrazarme, me dio un tierno beso en las mejillas y tras despedirme de él, Carmen y yo entramos en mi antigua casa.

Todo seguía igual, a excepción de mi habitación, que de momento estaba vacía. Teníamos dos habitaciones para invitados, cada una con dos camas individuales, y no pude evitar sonreír al pensar que con un poco de suerte, Rajiv y yo dormiríamos separados. Recordar las dos últimas noches en España hacía que se me revolviesen las tripas. Había tenido a Rajiv a mi lado, en nuestra cama, y había vuelto a hacer uso de mí como si de una propiedad se tratase, pues así era como él me veía. Era suya y por eso no tenía derecho a escaparme como antaño hice, y ahora que me había recuperado, pensaba gozar de mí cada vez que se le antojase. Yo, cerraba los ojos e intentaba mantener la mente en blanco. Ni siquiera quería pensar en Izan mientras me penetraba porque por un lado sentía que le estaba siendo infiel; y por otro, no quería que las sucias manos de Rajiv enturbiaran el recuerdo de lo que había tenido con mi ginecólogo.

Pasé el primer día de estancia en Agra en la cama durmiendo a sabiendas de que Akhila cuidaría bien de Carmen, que como había dormido durante el viaje, estaba fresca como una rosa. Fingí no llevar bien el yet lag y entre eso y que me vino el período pude mantener a Rajiv alejado de mí. Por suerte, cuando llegamos no se acordó de mi móvil y pude borrar todo el historial de whatsapps antes de que esa noche lo viera enchufado al cargador. Como ya esperaba, hizo que lo encendiera, y cuando vio que no tenía ningún mensaje, me miró encolerizado sospechando lo que había hecho.

—Los has borrado, mala mujer —espetó.

—No quería tener ningún recuerdo de un hombre que ya nunca más estará en mi vida. ¿Qué querías, que siguieran ahí para que los pudiera leer cada vez

que quisiera y nunca le pudiera olvidar? Te di mi palabra.

¿Qué importan los mensajes que un hombre me haya mandado si estoy aquí y soy solo tuya?

Él me miró con los labios apretados y los ojos muy abiertos, pensando si creerme o no. Temía su cólera, sabía que podía llegar a maltratarme físicamente, pero nada me dolería más de lo que me había dolido borrar lo único que me quedaba de Izan. Estaba preparada para lo peor; sin embargo, Rajiv se sentó en la cama que yo había ocupado y

acarició mi rostro.

—Ay que ver cómo nos hace cambiar la distancia. Nunca antes me había dado cuenta de lo bonita que eres —soltó, dejándome alucinada, pues jamás antes había dicho nada bueno de mí.

Yo no dije nada. Rajiv me instó con la mirada a que le dijera algún halago pero no se me ocurría nada bueno hacia su persona. Era un secuestrador, violador, mentiroso, embaucador, rastrero... Podía decir muchas cosas de él, pero ninguna buena. Traté de sonreír para que no notase la decepción en mi rostro e hizo que me tumbara, colocándose él encima de mí. Giré la cabeza hacia un lado y traté de pensar en otra cosa, pero cuando me la giró bruscamente con la mano para besar mis labios, no pude evitar que me llegara una arcada.

Rajiv se levantó rápidamente, encolerizado al sentir el asco que me daba. Se quedó de pie mirándome y yo traté de mostrar una cara más amigable que la que le acababa de poner al sentirlo tan cerca.

—Sé que te sigo dando asco, pero recuerda que me has dado tu palabra, y tenemos que tener un hijo —soltó, cruzándose de brazos.

—Rajiv, estoy con la regla, ahora no es buen momento.

—Me tomaré entonces tu cara de asco a que no te encuentras bien.

Cuando te termine el período serás mía cada noche hasta que engendres un

varón.

Salió de la habitación y apagó la luz. Carmen dormía plácidamente en la cama de al lado y me pregunté si Rajiv volvería a entrar en la habitación para meterse conmigo en la pequeña cama. Esperaba que no fuera así, que se acostara con la sirvienta y a mí me dejara en paz. De todos modos, intenté dormir porque así si decidía acostarse en mi cama, al menos no me daría cuenta. El problema fue que había estado durmiendo durante todo el día y estaba nerviosa. Di vueltas y vueltas en la cama, agobiada por el calor sofocante que hacía, hasta que no pude más y me levanté a beber agua.

Entonces fue cuando los escuché. Rajiv no había podido acostarse conmigo y estaba satisfaciéndose con nuestra sirvienta. No pude evitar sonreír, pensando en si debía llevar a cabo mi plan en ese momento o si era preferible esperar un poco. Fui a la cocina, bebí agua y me quedé allí observando aquel espacio en el que había pasado los peores años de mi vida, donde jamás pensé que volvería, y dónde una vez pensé que lo mejor sería acabar con esta vida.

Ahora, me daba cuenta de la estupidez que había cometido. De haber salido bien Carmen nunca habría llegado a este mundo, no habría podido disfrutar de ella y aunque tarde o temprano me hubiese reencarnado en otro ser, sin mi pequeña no habría sido igual de feliz.

Volví a mi habitación, cogí el móvil y miré si tenía algún mensaje nuevo. Deseaba que Izan hubiese vuelto a escribirme, aunque solo fuera para preguntarme de nuevo por qué me había ido con Rajiv, me dijera lo enfadado que estaba conmigo... Sin embargo, su silencio dolía más que otra cosa y saber que no podía hacer nada para mejorar la situación me rompía corazón y alma. Podría haberle escrito algo, pero bien pensado el silencio era lo mejor. Si por casualidad Rajiv llegaba a pillar mi teléfono con algún mensaje sospechoso, me ataría a la cama y no me dejaría ver a mi hija; y esta vez sí era verdad que estábamos en Agra.

En cuanto a la decisión de llevar a cabo mi plan, decidí que lo mejor sería esperar unos días. Todo el mundo debía saber que yo estaba allí, que había ido por voluntad propia, que era una buena esposa. Mi familia, conocidos, gente de alrededor; todos debían creer mi mentira, o nada saldría como Akhila y yo habíamos planeado.

33.RUTINA.

Llegué al piso de mi hermana agotado. Había pasado más de media semana viajando y antes de recuperarme de un yet lag, ya me había visto envuelto en otro. No sabía ni en qué hora ni día vivíamos, y poco me importaba, pues mi amor se había marchado lejos de mí y ya nunca podría tener lo que tanto había soñado.

Ni siquiera los brazos abiertos de mi hija me pudieron reconfortar.

Cuando entré en casa de Esther, Amanda corrió hacia mí gritando de alegría y yo la abracé fuertemente.

—Papi, te he *echaro* de menos —dijo mi pequeña.

—Y yo a ti, cariño —Pero ni siquiera eso pudo devolverme la alegría que algún día creí sentir.

Entramos en la cocina y Esther me preguntó cómo había ido el viaje.

Poco tenía que contar de las horas de vuelo y esperas, lo peor había sucedido a la llegada, y me parecía algo tan surrealista que ni yo mismo podía explicar. Mi hermana se quedó sin palabras cuando le relaté lo que había sucedido, entendiendo menos que yo. Solo me quedaba de Lali un mensaje de texto en el que me decía que me amaba y que yo no podía creer pues se había marchado con su marido delante de mis narices. Me sentía tan decepcionado que no pude evitar ponerme a llorar. Esther, me dio un abrazo consolador y yo me desahogué con ella por todo lo que tenía reprimido. Había viajado a un país lejano por una mujer, y ella así me lo pagaba.

No me había sentido peor en toda mi vida, y no había nada que pudiera alegrarme en ese momento. Tenía el corazón roto, el alma vacía y el cuerpo inerte, pues me sentía más muerto que vivo y ni siquiera Amanda podía hacerme sentir vivo.

Cuando me hube tranquilizado un poco, Esther me contó que el miércoles pasado Sheila la había llamado para decirle que no podía recoger esa tarde a Amanda del colegio. Mi hermana no me lo había contado por teléfono para no

preocuparme, ya bastante lo estaba como para que se añadiera el problema de la madre de mi hija. En ese momento bien poco me importaban ni Sheila ni nadie, pero ante la insistencia de Esther de que la había notado muy rara, no pude evitar angustiarme más,

si no por la madre, sí por mi hija. Esperaba que hubiese sido algo puntual y todo siguiera igual. Por mí me habría dado igual, pero Amanda se estaba empezando a hacer ilusiones con su madre y no quería que acabase decepcionándola, tal y como yo había predicho antes de firmar los papeles del convenio.

Mi propia hermana fue quien se encargó de avisar a mi padre de que ya estaba en Valencia, y por la tarde vino a mi piso a verme, preocupado por mi estado. Me dijo que me tomara unos días libres, que descansara y me recuperara del viaje. Lo que él no sabía era que lo que me tenía agotado no eran las horas de vuelo y de mal dormir sino el pesar que sentía en mi corazón roto. Sabía lo que había pasado e intuía cómo me sentía, pero ante mi padre yo pensaba ser fuerte; ya me había visto mal hacía años por Mar y no pensaba volver a darle motivos para sufrir, así que cuando me preguntó cómo estaba le dije un «De maravilla» que aunque intenté que sonara convincente, sé que no me creyó.

El domingo Amanda quiso que la llevase a algún sitio divertido, y como me sentía culpable por no haber estado con ella durante más de una semana, la llevé al *Bioparc* para que viese los animales. Solo su sonrisa empezaba a levantarme un poco el ánimo. Verla, hacía que me diese cuenta de lo estúpido que había sido. Había dedicado mi vida a ella desde que llegó al mundo, había pasado de las mujeres creyendo que la única que cabía en mi vida era mi pequeña, y si la decepción que tenía en ese momento hacía que mi niña se sintiera infeliz, no me lo perdonaría en la vida. Debía ser fuerte por ella, que no notase lo destrozado que estaba su padre, y así intenté que me viera. Nos hicimos fotos con los animales y pasamos una mañana estupenda, o al menos así fue para ella. Pero cuando por la tarde me preguntó cuándo íbamos a ir a ver a Lali y a Carmen todo mi mundo se derrumbó. No podía engañarla, pero tampoco sabía qué decir al respecto, así que simplemente le dije que ya iríamos algún día, con la esperanza de que Amanda se olvidara de ellas tarde o temprano y no volviera a preguntar.

Por la noche, como me seguía sintiendo cansado, llamé a mi padre y le dije

que aceptaba su propuesta y que me quedaría unos días en casa.

Como ya esperaba, él me instó a que me quedara la semana entera, y como no sabía cuándo conseguiría sentirme un poco mejor, le dije que ya le avisaría de mi vuelta. Después, para cambiar de tema, le pregunté por las pacientes que había atendido la semana anterior y así me puso un poco

al día y yo conseguí dejar de pensar por unos minutos en Lali.

Pasé dos días en los que lo único que hacía era llevar a Amanda al colegio, volver a casa y meterme en la cama, y de allí no me levantaba hasta que se hacía la hora de recogerla. Después, la llevaba al parque como si fuera un autómatas, sin atender a nada de lo que estaba a mi alrededor excepto a mi hija, protegiéndola con la mirada para que nada malo le pasase; y cuando estimaba que ya llevábamos bastante rato volvíamos a casa, le daba un baño relajante, le hacía la cena y la acostaba, haciendo yo lo mismo pero sin cenar.

Apenas comía, no tenía ni ganas de cocinar ni de ingerir, y me mantuve durante dos días a base de cafés con leche que salían ya preparados de la Dolce Gusto. Solo fumaba y fumaba todo el día. Pasaba de la cama al balcón y del balcón a la cama sin ningún tipo de remordimiento. Me sentía muerto en vida y ya nada importaba.

Esos días recibí llamadas de mi hermana, de mi padre, de Sara López, de Bhadrak, incluso de mi madre, pero a nadie les atendí. No tenía ganas de hablar con nadie, de que me preguntaran por mi estado de ánimo cuando no tenía nada bueno que contar, de que me agobiaran dándome consejos o ánimos que nada podrían hacer; y mucho menos quería hablar con mi madre, quien seguramente querría pedirme más dinero por cualquier otro motivo. Solo esperaba un mensaje, una llamada de la mujer que amaba que me aclarase lo que había pasado, por qué me había dejado, por qué había removido cielo y tierra por encontrarla y cuando por fin había dado con ella me había destrozado sin ningún miramiento ni remordimiento.

Y así pasé casi tres días, hasta que el miércoles por la tarde me llamaron del colegio para avisarme de que Sheila no había ido a recoger a Amanda. Me levanté de un brinco de la cama, donde estaba tumbado intentando no pensar en nada, convencido de que mi hija no llegaría a casa hasta las ocho. Sheila no

me avisó de que no iría a por su hija, y la llamada del colegio fue lo que me hizo despertar y darme cuenta de que no estaba haciendo las cosas bien. Podría ser un hombre infeliz el resto de mi vida, pero lo que no pensaba volver a hacer era descuidar a mi hija, y su madre tenía mucho que decir al respecto cuando llegase a casa.

Recogí a Amanda del colegio, pedí disculpas a la profesora en nombre de su madre y cuando me miró con empatía agradecí que no me echara a mí la culpa de lo que había pasado. Ya bastante me la echaba yo

como para haber tenido que discutir con otra mujer. Pero es que en el fondo la tenía. Esther me había contado que había notado a Sheila extraña, y si bien ella debería haberme avisado de que no iría a por su hija, yo también debí haberme preocupado más y haberla llamado para confirmarlo.

Intenté que Amanda no notase mi enfado, pero una vez en el parque, no pude esperar más para llamar a su madre. Tenía el móvil apagado y eso me enfureció más. Tenía su dirección escrita en el convenio, y hasta el momento no me había preocupado en ir a hacerle una visita y así de paso comprobar que donde mi hija pasaba parte de su vida estaba en condiciones. Le había querido dar un voto de confianza y como ya suponía que haría, me había fallado. Suerte que mi hija todavía no tenía muy claro en qué día vivía, pese a que cada mañana lo recordaban en el colegio. O eso, o no me había preguntado por su madre porque a su corta edad ya era más lista de lo que creía y no quería hacerme daño.

Intenté tranquilizarme, volví a marcar su número y volvió a salir la operadora. Cuando me cansé de estar en un parque lleno de madres mirándome como si fuese un bicho raro, descargué en el móvil el pdf que hacía unas semanas me había mandado la abogada para que le diera el visto bueno al convenio y busqué la dirección de los padres de Sheila en google maps.

Cogí a Amanda, la metí en el coche y me dirigí a la dirección que había introducido en mi móvil.

Unos minutos después, una mujer que no veía desde el día del juicio en el que su hija me acusó de violación, me abrió la puerta.

—Izan... —susurró, sorprendida al verme.

—Iaiaaaaa —gritó Amanda, abriendo los brazos dispuesta a demostrar lo cariñosa que era pese al poco tiempo que la conocía.

—¿Dónde está Sheila? Quiero saber por qué no ha ido hoy a por Amanda al colegio y sobre todo, por qué no me ha avisado —imperé, mientras la abuela daba un beso a su nieta.

—Izan, hace días que no sé nada de mi hija. Se fue de casa el viernes y no ha vuelto. No atiende a mis llamadas ni sé dónde pueda estar.

—¿Cómo? ¿Por qué haría algo así?

—No lo sé, pero estoy muy preocupada por ella. Lleva semanas en las que apenas come, solo quiere estar fuera de casa, con los amigos, haciendo a saber qué. Cuando ha estado aquí lo ha hecho con un humor de

perros, tratándonos mal a su padre y a mí.

—De acuerdo, no se preocupe. Si viene o sabe algo de ella, dígame que me llame. Mientras tanto, entenderé que el viernes no piensa recoger a su hija y que está incumpliendo el convenio.

—Lo entiendo pero Izan, ten paciencia con ella, creo que lo está pasando mal. Me duele no saber el motivo, pero una madre sabe cuándo su hija no está bien.

—Creo que ya tuve bastante paciencia con ella, ¿no cree?

—Por favor, Izan, Sheila estaba cambiando. Algo ha debido de pasarle.

No me demoré más en salir de allí. La mujer me miraba con ojos humildes, sinceros, preocupados, pero yo no podía quitar de mi mente cuando cinco años atrás me había mirado con odio al acusarme de violar a su hija. Era normal que la creyese a ella, pero yo sabía que no había cometido el acto por el que se me acusaba y la injusticia que se estaba cometiendo conmigo hacía que esas personas no estuviesen entre mis preferidas.

Esa noche, después de acostar a Amanda, llamé a mi padre y le dije que al día

siguiente me incorporaría al trabajo. Tenía que vivir mi vida, aunque pesara demasiado; no podía seguir tirado en la cama mientras los días pasaban porque tenía una hija de la que preocuparme y nada ni nadie haría que se me volviese a olvidar.

Y así pasé el resto de la semana, hasta que Sheila llegó el viernes por la noche, borracha, con la intención de llevarse a su hija en ese estado.

—¿De qué coño vas? —le pregunté en cuanto le abrí la puerta.

—Quiero... ver... a mi hijjja —balbuceó.

—Ni pensarlo, en ese estado no. ¿Qué has estado haciendo a parte de beberte hasta el agua de los floreros?

—Joderrr Izan, estoy muy depr... depr... depri mi da —soltó, apoyándose sobre el marco de la puerta de entrada a mi casa para no caerse al suelo.

—Espera un momento —dije, cerrándole en las narices.

Me dirigí a la habitación de Amanda, donde estaba jugando con sus Pin y Pon, y le pedí que no saliera de su cuarto hasta que yo la avisara.

—¿Me lo prometes, amor mío?

—Sí, papi pero, ¿qué pasa?

—Nada, cielo. Es una sorpresa, ¿vale?

—Yupiiiiiii.

Volví a abrir la puerta y encontré a Sheila sentada en el suelo, con la cabeza metida entre las piernas. Me acerqué a ella, la levanté y provoqué en ella una arcada que la hizo vomitar en el rellano. ¡¡Joder, lo que me faltaba!!

—Ups —emitió ella, mirando lo que acababa de hacer con una sonrisa en la cara que me dieron ganas de quitársela de un bofetón. ¿Pero qué se había creído esa mujer?

Cargué con ella hasta el sofá, le pregunté si necesitaba vomitar más, para llevarla al baño, y sin contestar siquiera, echó su cabeza hacia atrás y subió los pies, con las botas de leopardo puestas, sobre el sofá. Puse los ojos en blanco e intenté tranquilizarme, tenía que limpiar el vómito del rellano antes que nada, así que entré en la cocina, cogí papeles para recogerlo y el cubo de fregar con agua limpia y detergente. Una vez el rellano quedó impoluto, volví a mi comedor, donde Sheila permanecía hablando sola borracha perdida como estaba.

—Quiieeeero ver a mi hijjja, quieeeero ver a mi hijjja, quieeeero ver a mi hijaaaaa –iba diciendo, subiendo el tono de voz cada vez que repetía la misma frase.

—Sheila, no pienso dejar que te lleves a Amanda en ese estado.

—No tiens... no tienes derech... tenemos un con... convenio –dijo, incorporándose de manera que su cabeza quedó tan cerca de mí que pude oler el alcohol y el agrio del vómito saliendo de su boca. Me eché hacia atrás, asqueado de tener a aquella mujer allí; pero era la madre de mi hija, Amanda podía salir en cualquier momento de su habitación, impaciente por ver la sorpresa que le había prometido, y no quería que la viera en ese estado.

—Sheila, ¿qué te pasa? ¿Por qué has bebido tanto? Tu madre está preocupada por ti, ¿has pasado por tu casa?

—Baj, esa no es mi casa. Essssss la de mis padressss, y estoy harrta de que me traten como si fu... como si fuera una niña... De que todos me tratéis como si fuerrra una niña –gritó, haciendo que me enfadara más porque provocaría que Amanda la escuchase y saliese.

—Joder Sheila, ¿quieres que Amanda te vea así? ¿Eso es lo que quieres?

—Nada me imporrta yaaa –gritó, y se echó a llorar.

—¿Qué te pasa? Puedes confiar en mí, eres la madre de mi hija. Si puedo ayudarte en algo...

—¿Es que no te das cuenta de que puedo tener cáncer? —Fue la primera frase que pudo articular de carrerilla.

—Joder Sheila, ¿es por eso? —Me eché las manos a la cabeza, retirándome el pelo hacia atrás, y me senté a su lado—. No tienes cáncer,

¿me oyes? No lo tienes.

—Pero lo puedo llegar a tener.

—Como todo el mundo. Que hayan salido las células alteradas solo significa que hay que controlarte un poco, nada más.

—Pero tengo más posibilidades que a alguien a quien le haya salido bien la citología ¿verdad? ¡Y yo que solo fui a tu consulta para joderte un rato!

—Y lo conseguiste —dije, tratando de sonreír para que se sintiera un poco mejor. Surtió efecto, ella dejó de llorar y se rió conmigo. Entonces me miró con remordimiento.

—Siento haberte dejado tirado el miércoles —comentó.

—No me dejaste tirado a mí sino a Amanda, es con ella con quien debes disculparte pero no ahora.

—Lo sé. Lo siento mucho Izan, te he vuelto a fallaaaaarrrrr.

—Imaginé que acabarías haciéndolo, no me ha sorprendido.

Ella me miró con rencor, seguramente recordando lo que había tardado en acceder a que viera a su hija, y como me di cuenta, tuve que recordarle que su estado no era el más adecuado para quejarse de nada.

—Tienes razón, pero es que me da tanto miedo poder llegar a tener cáncer... Entiéndeme —suplicó.

—Te puedo entender, pero has de tener muy claro que ante todo si quieres ver a tu hija has de ser madura y no presentarte borracha ante ella.

No has de dejarla tirada porque te ha dado por desaparecer porque problemas tenemos todos, pero la responsabilidad con un hijo es antes que nada.

—Lo sé. Te pido perdón de nuevo —Ahora lloraba porque se sentía culpable. Noté el cambio en el llanto ante el miedo que sentía al pensar que pudiera tener un cáncer y el remordimiento que tenía en ese momento, pues no solo me estaba fallando a mí sino que sobre todo, lo hacía con su hija.

—Mira, ve a tu casa, descansa, duerme hasta que se te pase la mona, y mañana si estás bien me llamas y vienes a por tu hija, ¿de acuerdo?

—¿Dejarás que me la lleve?

—Si estás en condiciones de hacerlo, sí.

—Gracias Izan.

Se puso en pie y se quedó frente a mí pensando si debía darme alguna muestra de agradecimiento o si sería demasiado osado por su parte.

Como noté lo que estaba pasando por su cabeza, la acerqué hasta mí y la abracé, intentando consolarla. En ese momento entró Amanda en el comedor y al vernos abrazados, abrió mucho los ojos y gritó:

—Papiiiii, ¿esa era la sorpresa? ¿Voy a tener a mi *parre* y a mi *marre* juntos como mis compañeros del cole?

Solté a Sheila preocupado de que mi hija con tan poco tiempo hubiera llegado a tal conclusión, y aunque mi cabeza decía un NOOOOOO bien grande, de mi boca no conseguí que saliera palabra alguna.

Sheila se acercó a ella, se puso en cuclillas y le habló.

—Hola, cuqui.

—Sheila —pronuncié su nombre con voz de mando y ella se puso en pie enseguida.

—Cariño, mañana vendré a por ti, ¿vale? Ahora me tengo que ir —le explicó.

La acompañé hasta la salida con Amanda tras de mí, temiendo que volviese a formular la pregunta.

—Mami, ¿*entonces* no te quedas a vivir aquí? –le preguntó a ella, cuando salía.

—Mañana vendré a por ti –Vi brillar los ojos de Sheila, y me di cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. No quería que Amanda la viera así. Le indiqué con un movimiento de cabeza que iba a cerrar, para que no pensara que de nuevo le cerraba la puerta en las narices, y al ver que asentía cerré, dejando a mi hija con la duda.

—¿Papi?

—A la ducha, ya –imperé, tratando de olvidar el tema.

Amanda torció el morro, no volvió a preguntar por su madre, pero antes de entrar en el cuarto de baño se giró hacia mí, cruzó los brazos y habló:

—¿Y mi *sorpresa*?

—Cuando salgas de la ducha, cariño. Además, te pedí que no salieras de la habitación y lo has hecho, no sé qué hacer al respecto.

—Papii, porfiii, quiero mi *sorpesaaa*.

—Está bien, mi amor, cuando salgas de la ducha te la preparo –dije, empezando a desnudar a mi pequeña.

Después de ducharla, me metí en la cocina y me dispuse a hacerle su cena favorita, *Nuggets* de pollo con patatas fritas. Si no había sorpresa, habría incumplido mi palabra y la próxima vez mi hija no me creería y por tanto, no obedecería.

Esa noche, cuando mi hermana me llamó, decidí que ya era hora de atender su llamada, necesitaba darle una explicación, aunque seguramente ella ya la supiese.

—Perdóname, Esther, pero no he estado para nadie.

—No hace falta que te disculpes por nada, sé cómo te debes de estar sintiendo.

—No, no lo sabes, y me alegra que sea así, porque eso significa que nunca has estado tan mal como lo estoy yo ahora.

—Ay Izan, lo siento tanto... Si pudiera ayudarte en algo. ¿Quieres que me quede a Amanda y sales un rato con Dani?

—No Esther, no tengo ganas de salir.

—Te vendría bien.

—No creo. Solo quiero estar con Amanda, dedicarme a ella para recuperar la semana que he estado ausente. No te preocupes por mí, ¿vale?

—Está bien. Oye —empezó una frase nueva con un tono diferente que me alarmó—, ¿has visto esta semana las noticias?

—No, no he encendido la televisión más que por la tarde para que Amanda viera dibujos animados.

—Se ha desmentido la historia de la detención ilegal de Lali y bueno... Hemos quedado un poco mal.

—¿Hemos? —pregunté extrañado.

—Sí bueno, la familia de Lali más bien, pero nos incluyo porque fuimos parte de todo.

—Ya, y yo fui quien hizo que saliera en televisión. ¡Qué estúpido fui!

—No lo fuiste tete, hicimos lo que creímos mejor porque estábamos preocupados.

—La abogada debe de estar muy enfadada conmigo. Creo que debería llamarla.

—Creo que sí, tete. Entonces, ¿de verdad que no te apetece salir a tomar algo

y despejarte?

—No Esther, de verdad. No te preocupes más por mí ¿vale?

—¿Cómo no hacerlo? ¡Eres mi hermano pequeño! —Noté que se reía mientras me colgaba y me alegré de que al menos ella, por muy preocupada que estuviese por mí, fuese feliz.

Acto seguido, llamé a Sara López, avergonzado por no haberle cogido el teléfono las dos veces que me había llamado esa semana.

—Sara, primero que nada quiero decir que lo siento —dije en cuanto escuche que descolgaba.

—¿Por qué? —preguntó ella extrañada.

—Por haberte hecho quedar mal con tu amigo de la televisión.

—¿Quedar mal? No sé de qué me hablas, creía más bien que te disculparías por no haberme cogido el teléfono esta semana. Solo quería saber cómo había ido todo.

—¿Es que acaso no has visto las noticias? Me acaba de decir mi hermana que se ha visto en televisión que no hubo secuestro y que todo fue un malentendido. Y perdona también que no te haya cogido las llamadas, pero es que no estaba para nadie. Estoy hecho polvo —admití ante una mujer a la que apenas conocía y que precisamente por eso me daba igual reconocer lo mal que me sentía.

—Lo siento mucho Izan. ¿Quieres decir que al final el divorcio no se firmó? En cuanto a lo de mi amigo no te preocupes por eso, ha tenido audiencia doble, tanto cuando se dio la noticia de la posible detención ilegal cometida por el marido de tu novia como cuando se desmintió. Y

ahora se está sometiendo a debate hasta qué punto uno ha de creer que alguien ha desaparecido por propia voluntad o no; haciendo referencia a la cantidad de chicas que por desgracia a menudo desaparecen.

—No se firmó nada porque no la encontré en Agra, ni a ella ni a su esposo —contesté recordando el incidente del aeropuerto.

—¡Cuánto lo siento!

—Yo también. De todos modos, Lali no está dispuesta a divorciarse de su marido así que...

—¿Cómo lo sabes si no la viste?

—Porque sí que la vi. Las noticias han desmentido el secuestro porque ella volvió a su país con su marido, porque ella misma le dijo a la policía que se había ido con él por voluntad propia y que nunca fue secuestrada...

Y —me dolía lo que iba a decir a continuación porque era reafirmar lo que había pasado, una manera de hacer real algo que me resistía a admitir—.

Me lo dijo a mí en persona.

—Entonces, ¿sí la viste?

—Sí... Nos encontramos en el aeropuerto.

—Vaya... De verdad que lo siento, Izan. Se te veía tan ilusionado con ella.

—Ya no importa. Es mejor dejarlo correr y que el tiempo lo borre de mi cabeza.

—Bueno, el convenio sigue escrito. Quién sabe si algún día...

—Ese día para mí será demasiado tarde.

Cuando colgué, el móvil volvió a sonar, y cuando vi que era mi madre, rechacé la llamada y apagué el teléfono. Quería descansar, que nadie me molestase, y esa sería la única forma.

Me metí en la cama e intenté no pensar en nada, pero acababa de recordar un suceso demasiado doloroso para mí y no podía dormir. A esas alturas, Lali ya habría llegado a Agra con su marido y su hija, y yo no tenía cabida dentro de su vida... Igual que ella había dejado de tenerla en la mía.

A la mañana siguiente, Sheila se presentó en mi casa con una nueva imagen que me dejó perturbado. Se había cambiado el peinado, ya no llevaba esas coletas altas a lo choni; se había plantado el pelo, uniformado el color en un tono castaño avellana, y su vestimenta también había mejorado mucho. Llevaba unos pantalones de vestir negros con unas bailarinas de charol rojas, una camisa blanca y un bolso a juego con los zapatos rojos. El maquillaje era discreto y la actitud mostraba una mujer formal y educada que distaba mucho de la Sheila que yo siempre había visto.

—Hola Izan, ya he descansado y me gustaría llevarme a mi hija —dijo, y dándose cuenta de que me había quedado asombrado con su cambio, añadió —: Creo que si he de demostrar que soy una mujer madura, he de empezar por aparentarlo.

—Me parece muy bien, ¿quieres pasar?

—Claro, me encantaría ahora que... no estoy borracha —dijo, avergonzándose por el numerito que había montado el día anterior.

—Mamiiiiii —gritó Amanda en cuanto escuchó su voz.

—Hola cuqui, digo, cariño. ¿Cómo estás hoy?

—Muy bien, mami. Anoche el papi me *hiso* mi cena favorita.

—¡Qué bien! ¿Nuggets con patatas fritas?

—Síiii.

Me sorprendió darme cuenta de que Sheila supiera cuál era el plato favorito de Amanda, y en cierto modo me alegró. Tal vez era verdad que quería recuperar a su hija, que cuando decidió no tenerla era demasiado joven como para tomar decisiones y que ahora tan solo quería que su hija la quisiera.

34.MARIDO INFIEL.

Llevaba una semana en Agra y en todos esos días no había sabido nada de Izan. Aunque supiera que era mejor así, pues Rajiv me controlaba el móvil

constantemente (y eso que sabía que allí mi teléfono no servía para nada, pues llevaba una tarjeta española), en el fondo me daba pena que no hubiera contestado al mensaje en el que le decía que le amaba. Mediante la señal wi-fi de la casa podría haber recibido o mandado mensajes, pero no había sido así; seguía en mi mesita de noche, inútil, sin ser usado más que para ver y recordar los días que pasé con Izan mediante la foto que una noche él se empeñó en hacernos. Me daba pena no tener más, pero ya era una suerte que Rajiv no hubiera caído en ese detalle y no hubiera borrado las fotos de la memoria del móvil, pues tenía muchas de Carmen cuando nació, y me habría matado que las eliminase.

Me hubiera gustado que Izan me dijera que entendía lo que estaba haciendo, por muy inverosímil que le pareciese, porque el amor estaba por encima de todo y había veces que uno tenía que sacrificarse por una felicidad futura. Pero no fue así.

Yo tampoco me atreví a escribirle a él. Me daba vergüenza después del número que había montado en el aeropuerto. Me sentía mal porque sabía el daño que le había hecho, sus ojos me miraban sin entender y con una tristeza que jamás había visto antes en él. No podía dejar de pensar en los mensajes que él me había estado mandado durante su estancia en Agra.

Los había eliminado del whatsapp pero estaban grabados en mi cabeza de una manera que jamás saldrían de ahí. Sin embargo, los días pasaban y el sueño de estar con él se iba evaporando poco a poco, aunque en mi interior pensara que no estaba todo perdido.

Ya todo el mundo sabía que había vuelto a Agra como la perfecta esposa, que le había sido fiel en todo momento a Rajiv y que había entendido que mi sitio estaba allí, junto a mi marido.

Cuando fui a visitar a mis padres, aunque me hubiese gustado contarles cuál era mi plan, Rajiv no dejó que lo hiciera sola, y a pesar de que mis progenitores odiaban a su yerno con toda su alma, tuvieron que invitarlo a entrar en su casa porque era el marido de su hija. Lamenté tener que ponerles en esa situación, pero sabía que debía visitarlos, que

vieran que estaba bien, para que se tranquilizaran.

Mi madre por fin se levantó de la cama. Me contó mi padre que había estado enferma, porque delante de Rajiv no quiso reconocer que toda la culpa la tenía él; sabía que el canalla de mi esposo se habría engrandecido, pues todo lo que había hecho había sido con esa intención, y sería reconocer su logro. Aun así, yo sabía por mis hermanos el verdadero motivo de su achaque, y verla sentada en el comedor, serena y de vez en cuando sonriendo, me tranquilizaba. Sabía que aunque no les gustase que hubiera vuelto con Rajiv, poder verme sí había sido algo bueno para ellos.

Hacía mucho que no nos veíamos, tan solo hablábamos de vez en cuando por teléfono, y quise mentalizarme de que mi presencia en Agra tendría cosas buenas como esa, poder ver a mi padre cuando se me antojase, o Rajiv me dejase, claro.

Los primeros días de estar allí, Rajiv me dejó tranquila porque me había llegado el período. Escuchaba por las noches cómo se satisfacía con Akhila y en el fondo me alegraba porque esa mujer iba a ser mi ayuda para salir de allí con la cabeza bien alta.

En cuanto la regla terminó, mi marido volvió a insistir en que deseaba un hijo varón, y me buscó cada noche para engendrarlo. Yo estaba muy asustada. El sexo con él era algo que no me provocaba ningún tipo de placer, a eso ya estaba acostumbrada y había llegado un momento en el que me dejaba hacer sin aspirar a nada más que mi marido no se enfadara conmigo por algún gesto inapropiado o algo que le diera a entender el asco que me infundía.

Sin embargo, pensar que podía quedarme embarazada me aterraba.

Tenía muy claro que no deseaba tener otro hijo con Rajiv, de haberme quedado embarazada sabía que abortaría; el problema sería encontrar quien quisiera hacerlo, y ya sabía yo lo reacio que era Izan respecto a ese tema. Pero es que solo de pensar que volviera a tener algo en común con ese hombre tan indeseable me crispaba. Hubiera sido tan bonito si la noche del cumpleaños de Izan me hubiese entregado a él, si hubiésemos estado todo ese fin de semana juntos, con nuestras hijas, disfrutando del amor que nos profesábamos. Ahora, me veía de nuevo en mi ciudad, mirada y juzgada todavía por algunos, entendida por otros, pero deseando salir de allí y volver a la que se había convertido en mi casa, Valencia.

Había tenido que decir que mi cuñada Laura me había convencido para irme a España bajo la estúpida idea de que allí las mujeres eran libres y

podían hacer lo que quisiesen, que me había dado cuenta de que necesitaba que un hombre cuidase de mí y que no había sabido vivir por mi propia cuenta, solo por el hecho de que era mujer. Todo el mundo me creyó, incluso hubo quien llegó a apiadarse de mí, por lo mal que debía de haberlo pasado en un país tan diferente al nuestro. Yo, me moría de rabia por tener que mentir, porque en el fondo me hubiese gustado decir lo idiotas que eran todos, las creencias tan cavernícolas que tenían y que sí, que me había podido desenvolver yo sola y no había necesitado a ningún hombre a mi lado. Como no podía decir eso, me mordía la lengua hasta el punto de hacerme daño, todo por evitar un escándalo que pusiera en peligro el honor de mis padres, que dicho sea de paso, estaba siendo restaurado.

Dos semanas después, estimé que ya llevaba demasiado tiempo allí, y acordé con Akhila llevar a cabo nuestro plan. La sirvienta, que estaba empezando a desesperarse, pues quería a Rajiv solo para ella, estuvo de acuerdo conmigo y acordamos que esa noche yo fingiría un terrible dolor de cabeza para que Rajiv no se metiera en mi cama y así que acudiera a ella.

Llegada la noche, una vez Carmen estuvo durmiendo en su cama de la habitación de invitados, Rajiv entró en nuestra habitación, que había llegado hacía un par de días, y se metió en mi cama. Encogí los ojos y gimoteé como si estuviese sintiendo un dolor muy grave.

—Vamos, Lali, ábrete para mí —ordenó.

—Rajiv, me encuentro mal, me duele mucho la cabeza —protesté.

—Pues no hagas nada —Vamos, como si de normal me dejara hacer algo—. Solo abre las piernas.

Unos minutos antes, mientras Rajiv estaba en la ducha, me había preparado medio litro de agua tibia con sal para inducir el vómito, así que cuando mi esposo me movió bruscamente en busca de su propósito, una arcada me llegó y esta vez no la reprimí. Dejé que el vómito saliese y lo arrojé todo sobre el hombre que tanto detestaba.

—¡Serás inútil! —gritó—. Sabía que te daba asco pero vomitarme encima, esto ya es pasarse.

Salió de la habitación y yo hice lo mismo en busca de sábanas limpias y productos de limpieza. En la cocina, le dije a Rajiv que no había sido por él, que le había avisado de que no me encontraba bien, y él, todavía molesto, de malos modos me preguntó si quería que llamara al médico.

—No creo que haga falta, igual es que me he quedado en estado. Solo necesito dormir —contesté, intentando ser creíble.

Él me miró y creí atisbar un mínimo de alegría en su rostro. Si pensaba que estaba embarazada me dejaría en paz, pues solo me buscaba con ese propósito. Debía salir de allí antes de que se diese cuenta de que no lo estaba, o eso es lo que deseaba yo, y para ello esa noche debía buscar a su criada para satisfacer su calentón.

Salió de la cocina sin decir nada, ni bueno ni malo, y yo volví a mi habitación, limpié el vómito con ayuda de Akhila, que lo había escuchado todo tal y como habíamos planeado, cambiamos las sábanas y me metí en la cama, susurrándole antes de que se marchara que buscara a mi esposo y que dejara la puerta entreabierta. Ella asintió con la cabeza y se fue a cumplir con su parte del trato.

Esperé unos minutos, y cuando me pareció que la casa estaba en silencio, me levanté y me dirigí a la habitación de Akhila, con el móvil en la mano.

Caminé sigilosa por la casa, todo estaba en silencio, y me pregunté si Akhila no habría conseguido meter a Rajiv en su cama. De ser así, mi marido me sorprendería caminando por la casa con el móvil y tendría que inventarme cualquier excusa para justificar lo que estaba haciendo.

Cuando llegué a la altura de la habitación de invitados en la que dormía la sirvienta, escuché gemidos en el interior, y sonreí al ver que Akhila había sido eficiente y había cumplido con su palabra.

Abrí un poco la puerta y los pude ver retozando en la cama, bajé el sonido del teléfono al mínimo y disparé unas cuantas fotos. Volví a mi habitación, metí el

teléfono en mi bolso y volví al cuarto en el que estaban mi marido y mi criada teniendo relaciones. Entonces fue cuando pronuncié el nombre de Rajiv, haciéndome la sorprendida, y al darse cuenta de que estaba mirándolos, salí corriendo de la habitación, gritando por toda la casa sin importarme que pudiera despertar a mi hija, y abrí la puerta de la calle para que todos los vecinos pudieran oírme.

—¡Adúltero, mi marido es un adúltero! —gritaba sin cesar.

—Lali, ¿te has vuelto loca o qué? ¿Qué querías que hiciese si me has rechazado? —se justificaba él, desnudo como su madre lo echó al mundo.

—¡Aguantarte, joder! —grité yo.

—¿Qué manera de hablar es esa?

—¡La que me da la gana! ¡Adúltero, eres un adúltero!

No tardaron en entrar algunos vecinos curiosos, que al ver la puerta abierta y preocupados por mis gritos, se vieron en la obligación de ver qué pasaba dentro de mi casa.

—¿Has abierto la puerta, mala mujer? —preguntó Rajiv, avergonzado por el estado en el que se hallaba—. ¡Fuera de mi casa! —gritó a los vecinos intentando taparse sus partes, quienes lo miraban un tanto preocupados por haberse entrometido en una situación tan violenta.

Se metió rápidamente en la habitación para ponerse algo de ropa y yo fingí decaer por el acto que acababa de presenciar. Me eché sobre el sofá del comedor llorando y tapándome el rostro como si me diese vergüenza que me viesen en ese estado.

Akhila no tardó en entrar en el comedor, con un simple camisón puesto rápidamente, y cuando la vi, hice como que me enfurecía ante su presencia y la miré lo más enojada que pude.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Aftan, uno de los vecinos.

—¡Ellaaaa! —grité señalando a la sirvienta que poco tenía que perder con lo

que iba a decir que había hecho—. Ella se estaba beneficiando a mi marido, estaban retozando en su cama. ¡En mi propia casa, casi delante de mis narices!

Se escuchó un murmullo por toda la casa, reconocía algunos rostros, otros no tanto, pero me daba igual; todo el mundo debía saber lo que Rajiv había hecho.

—Miente, esta mala esposa miente —anunció Rajiv, haciendo acto de presencia, vestido.

—No miento, ella os lo puede decir —expliqué, señalando a Akhila.

Rajiv la miró con la boca apretada, esperando que la sirvienta no lo delatase. Su mirada era amenazadora, pero Akhila no se achantó y empezó a hablar.

—Rajiv me quiere a mí, por ti solo siente desprecio —Su tono de voz era de asco hacia mí, tal y como habíamos acordado los ratos que pasábamos a solas, con mi marido creyente de que la sirvienta me controlaba para que no me volviese a escapar.

—¿Lo veis? Fue a España a por mí porque no soportaba perder algo que consideraba de su propiedad, no porque me quiera tener como esposa.

Solo quiere de mí que engendre un varón para poder decir que es bien macho, pero una vez lo tenga me repudiará como hizo siempre.

—Eso no es cierto, mentirosa —me gritó Rajiv, haciendo que en cierto

modo, pese a lo arropada que me sentía por la presencia de todos los vecinos, temiera su ira.

—Rajiv, me prometiste que sería especial para ti, cada vez que quieres entras en mi cama sin pedir permiso y a cambio yo solo te pido que me ames solamente a mí. ¿Acaso amas a tu esposa? —Akhila se estaba haciendo la ofendida, mientras Rajiv no daba crédito a sus palabras.

—Tú no eres más que una fulana que saqué de un prostíbulo, jamás significarás nada para mí —la reprendió.

En ese momento las dos lloramos, yo porque deseaba salir de allí cuanto antes y recobrar mi vida, Akhila porque le habían dolido las palabras de mi marido. Una mujer se sentó a mi lado y trató de consolarme.

—No tiene perdón, mi marido es un adúltero. Yo siempre le fui fiel —

lloraba yo—. Puede que no quiera a Akhila, pero tampoco me quiere a mí.

Él no sabe lo que es amar a nadie, y si yo he aguantado estar con él ha sido por el honor de nuestras familias pero, ¿acaso no se deshonra él mismo acostándose con nuestra criada? Solo porque yo tenía un fuerte dolor de cabeza.

Yo lloraba y lloraba sin descanso; Rajiv maldecía verse en esa situación, intentaba que la gente saliera de la casa sin conseguirlo, y les aseguraba a todos que yo estaba mintiendo. Akhila contaba su versión: que había acompañado a Rajiv a España para llevarme con ellos de vuelta, que yo había accedido gustosa como una buena esposa, pero que él le había prometido amarla solamente a ella.

De pronto, un nuevo llanto hizo que todos callásemos. Me levanté del sofá, me sequé las lágrimas y corrí a la habitación de Carmen, porque se había despertado y reclamaba ser atendida.

—Hola mi vida, sigue durmiendo tesoro —la tranquilicé para que cogiera de nuevo el sueño. Cuando lo conseguí, fui a mi alcoba, cogí mi bolso, donde estaba mi móvil, y me dirigí, sacándolo y llevándolo en la mano, al comedor.

De nuevo se había generado el murmullo, pues Rajiv no pensaba callar ni aceptar las acusaciones de dos malas mujeres, como él nos llamaba.

—Aquí traigo la prueba —dije, levantando la mano con la pantalla del teléfono enseñando la imagen de Rajiv y Akhila en la cama—. Ante lo que es evidente, nadie puede contradecir nada.

—¿Cómo te has atrevido a...? —Rajiv se acercó a mí e intentó quitarme el teléfono. Akhila lo cogió del brazo e impidió que llegara a mí antes de que yo se lo pasase a Kunik, otro de los vecinos que estaban allí presentes.

Entre unos y otros se iban pasando el móvil, murmurando ante lo que estaban viendo, asintiendo con la cabeza y compadeciéndose de mí, pues había vuelto a Agra con Rajiv y no merecía que me hiciese eso.

—No puedo seguir aquí. Por favor, llevadme con mis padres –le supliqué a Kunik, aunque hablara en plural. Era un hombre grande y robusto, sabía que si conseguía ponerlo a mi favor, Rajiv no podría con él por mucho que lo intentase.

—De eso nada, de aquí no te marchas –gritó Rajiv, con la cara roja de la rabia.

—Creo que ahora mismo no eres el más indicado para decidir lo que Lali puede o no hacer con su vida –dijo Kunik—. Yo mismo la llevaré con sus padres.

—Por encima de mi cadáver –anunció mi esposo, a punto de entrar en cólera.

—Si hace falta que sea así, así será –dijo el otro, sin amedrentarse ante las palabras de Rajiv.

Mientras los dos discutían, yo regresé a mi habitación, me vestí rápidamente, fui a por mi hija, la cogí en brazos y salí con ella, todavía con lágrimas en los ojos porque sabía que así causaría mayor impresión a los asistentes. Le pedí a mi vecino que nos llevase con mis padres cuanto antes, a lo que él asintió, provocando de nuevo la rabia en mi esposo.

—He dicho que no te vas –volvió a imperar Rajiv, sin que nadie le hiciese caso.

—Deja a la chica, adúltero –gritó un vecino llamado Sunder.

—No sé de qué os indignáis tanto, estoy seguro de que todos los que estáis aquí le habéis sido infieles a vuestras esposas. Sois una panda de hipócritas –les escupió Rajiv, indignado por cómo le estaban tratando.

—Lo que no se puede hacer es acostarse con una criada en la misma casa en la que está tu esposa –se defendió Aftan.

Salí de la casa, resguardaba con el cuerpo de Kunik que venía detrás de mí, y dejé al resto allí, todavía echando en cara a Rajiv lo que había hecho con la sirvienta. Una vez metida en el coche que me iba a llevar lejos de mi cárcel, sentí pena por Akhila. Ella pensaba que Rajiv

reconocería su amor por ella, pero en el fondo yo tenía muy claro que él no la quería; un hombre que solo se quiere a sí mismo, es incapaz de amar a una mujer.

Vimos correr a Indrina, la vecina que se había sentado a mi lado en el sofá, hacia el coche con algo en las manos. Llegó un tanto acalorada.

—Toma, te dejabas el móvil —anunció, entregándome la prueba de la infidelidad de mi marido— Lo siento mucho, Lali. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

—Gracias, Indrina —Saqué la cabeza y medio cuerpo por la ventana y ella se agachó para que pudiésemos darnos un abrazo. Miré hacia la puerta de mi casa y al ver que salía Rajiv, me solté de los brazos de mi vecina y le pedí a Kunik que arrancara cuanto antes. Solo esperaba que Rajiv no fuera a casa de mis padres, que me dejara tranquila esa noche, que acabara allí el tormento, pero sabía que eso era mucho desear.

Conociendo a mi marido no se conformaría con aquello y todavía me quedaba mucho que pelear hasta que consiguiera que todo el mundo supiera la clase de hombre que era.

Llegué a casa de mis padres con una sonrisa en el rostro que debía esconder para no delatarme. Por fin me veía libre, aunque traté de disimular delante de Kunik porque se suponía que estaba muy afectada por lo sucedido. Me abrió la puerta mi padre, sorprendido de que alguien llamara a esas horas, y al ver mi estado, se asustó.

—He pillado a Rajiv con la sirvienta —sollocé, como si me importara mucho.

—Señor Naresh, le traigo a su hija para que la cuide, porque su esposo la ha engañado en su propia casa y está muy afectada.

—Gracias, chico, te lo agradezco.

—Gracias Kunik, ahora ya estoy en buenas manos —Y tras decir eso, bajé la cabeza en señal de humildad y mi vecino se fue, sintiendo que había hecho la buena labor del día.

Entré en la casa, cerré la puerta, y después de dejar a Carmen descansando en el sofá, pues pesaba mucho para tenerla en brazos; abracé a mi padre y rompí a llorar, ahora sí de verdad porque no me podía creer que por fin estuviera sin Rajiv vigilando cada uno de mis pasos.

—Hija mía, ¿qué pasa?

—Padre, ya está hecho. El plan con el que vine a Agra ya ha sido llevado a cabo.

—¿Qué dices? ¿Qué plan? ¿Sabes lo preocupados que hemos estado todos?

El timbre sonó, como ya imaginaba, y antes de que mi padre abriese la puerta, le hablé:

—Padre, si decepcioné a mi hermano y al hombre que amo fue por restaurar vuestro honor. Ahora es Rajiv el que ha hecho algo por lo que podríais hablar de él, ya no tiene motivos para obligarme a estar a su lado, pues me ha sido infiel y tengo pruebas.

—¿Qué dices? ¿Cómo puedes tener pruebas? —Mi padre no entendía nada de lo que le estaba diciendo, y yo me moría por contárselo todo.

El timbre volvió a sonar, y escuchamos a Rajiv gritando para que le abriésemos la puerta.

Me precipité a buscar mi móvil entre las cosas del bolso, y cuando lo encontré, abrí la galería de imágenes y le mostré las fotos.

—Esto será vuestro seguro, padre. Rajiv no volverá a decir nada malo de nuestra familia jamás, porque si lo hace enseñaremos estas fotos a todos.

—Hija, has sido muy valiente haciendo esto. Si Rajiv te llega a pillar...

—He tenido ayuda, padre, y ahora solo me pesa saber que esa mujer ha sido despreciada igual que lo he sido siempre yo por él, pero quien no sabe con quién se junta... Ahora abrámosle porque va a despertar a medio vecindario.

Rajiv entró en la casa echando humo por las orejas.

—Dame ese maldito móvil, mala mujer –gritó. Mi madre salió de su alcoba, asustada por los ruidos, y cuando nos vio a todos en el salón, se quedó pasmada y sin atreverse a hacer nada más que observar.

—Estoy harta de que me llames así porque ¿sabes qué? Que nunca he sido una mala mujer, a diferencia de ti, que no has sabido ser un buen esposo jamás. Ni siquiera eres capaz de apreciar que una mujer te ame de verdad porque no ves más allá de tu culo.

Mi padre me miró con los ojos abiertos como platos, sorprendido por la valentía que mostraba ante mi marido y del lenguaje que estaba usando.

Lo que yo tenía muy claro era que si había sobrevivido yo sola en un país extraño para mí, ahora que estaba bajo el cobijo de mis padres la presencia de Rajiv no me iba a intimidar. Ni lo haría ahí, ni en ningún sitio nunca más.

—Rajiv, vete de mi casa o llamaré a la policía –amenazó mi padre.

—Naresh, no te metas en nuestros asuntos. Esto es entre mi mujer y yo.

—Mi hija me acaba de decir que le has sido infiel, así que sí es asunto mío. Siempre la has menospreciado y hemos asumido todo lo que decías de ella y de nuestra familia, pero ahora tenemos pruebas de que el que no ha sido un buen esposo has sido tú. Solo te lo repetiré una vez más, o te marchas de mi casa por las buenas, o llamaré a la policía. Ah, y eso no es todo –Mi padre nos dejó solos en el comedor, a mi madre, sentada en una silla porque las piernas le flaqueaban tanto que no se tenía en pie, a Rajiv y a mí. Indiqué con la cabeza a mi madre que Carmen estaba en el sofá y se dirigió a ella, la cogió en brazos y ambas salieron de allí. Rajiv aprovechó que estábamos solos para cogerme del brazo y apretar fuerte, intentando llevarme, ante mis esfuerzos por soltarme, hacia la puerta.

Mi padre regresó enseguida y al ver lo que su yerno hacía le dio un puñetazo, haciendo que este si bien no llegó a caer al suelo, sí soltara mi agarre. Yo, al verme libre, me separé de él todo lo que pude.

—¿No decías que no ibas a consentir que nadie más de mi familia te pusiera la mano encima? Eres un mierda, Rajiv —escupí en su cara y este me miró como si no me conociese.

—Lali, no hables así a tu esposo —dijo—. ¿Y si estás embarazada?

¿Has pensado que esto que estás haciendo no tiene sentido?

—No, lo que no tiene sentido es seguir al lado de un hombre como tú.

Vete de aquí y no vuelvas.

—Espera Lali —dijo mi padre, con unos papeles en la mano, que por lo visto era lo que había ido a buscar—. Antes de irse firmará esto.

—¿Qué es eso? —preguntó él, irritado.

—Firma aquí o te juro que mañana empiezo a pasearme por toda Agra enseñando la foto con tu criada.

—¡No serías capaz! —se envalentonó Rajiv.

—¿Que no? ¿Crees que no te tengo la suficientes ganas como para humillarte tanto o más de lo que lo has hecho tú con nuestra familia?

—Fue Lali quien me humilló a mí cuando se fue.

—Firma aquí o ya sabes —le amenazó mi padre una vez más.

—Quiero saber qué es lo que firmo —se resistió él. Yo también quería saber lo que era, pero preferí que me lo dijese mi padre cuando estuviésemos a solas. Aun así, si Rajiv insistía en saberlo podríamos

descubrirlo ambos y salir de dudas.

—Esto es lo que nos va a librar a los Sing de tener nada que ver con los Kaur el resto de nuestros días. Aditi, llama a la policía y denuncia a este hombre por allanamiento de morada —dijo alto para que mi madre, que supuse que estaría acostando a Carmen, lo escuchase.

—Está bien, no hace falta llegar a eso —Rajiv cogió el bolígrafo que mi padre le tendía y firmó. Yo seguía sin entender qué era, pero saber que nos habíamos librado de esa familia era un gran alivio, así que me regocijé al ver que mi padre había conseguido su propósito.

—Y ahora, largo de mi casa y no vuelvas a aparecer por aquí nunca más.

—Volveré aunque no quieras, Lali sigue siendo mi esposa.

—De eso nada, acabas de firmar la sentencia de divorcio —anunció mi padre, dejándonos a ambos con la boca abierta.

35.OTRA VEZ YO.

Los días pasaban y poco a poco mi vida iba volviendo a la normalidad. Claro que hay que decir, que volvía a mi antigua normalidad, esa en la que odiaba al género femenino, o al menos pensaba que no era para mí. Entended que siendo ginecólogo, no podía odiar a las mujeres, pero volvía a sentir esa rabia cuando alguna venía queriendo abortar por motivos absurdos, cuando querían desentenderse de sus hijos o simplemente, cuando se me acercaban con alguna otra pretensión que no fuera ser mi paciente.

Además, a mi madre le había dado por llamarme a menudo, pese a que yo ignoraba sus llamadas, y eso me sacaba de quicio. Al menos no había vuelto a presentarse ni en la consulta ni en mi casa sin avisar. ¿Qué se supone que quería con tanta insistencia? ¿Más dinero? De ser así habría venido a pedírmelo o me habría mandado un mensaje. Pero ella llamaba y llamaba sin darse por vencida ante mi falta de atención hacia ella. Cada día entendía menos a las mujeres.

Volvía a priorizar a mi hija por encima de todo, como nunca debió dejar de ser, y el recuerdo de Lali aunque seguía ahí, me hacía fuerte en mi decisión. Si en algún momento había llegado a cambiar por ella, por el mismo motivo lo

había vuelto a hacer, regresando a mi estado de sequedad y malhumor habitual, enfadado con el mundo y sobre todo conmigo mismo, por haberme permitido enamorarme de una mujer que había acabado decepcionándome más de lo que llegaron a hacerlo Sheila o Mar.

Dani venía de vez en cuando a mi casa a tomar una copa, me hablaba de sus progresos con Anahí y me invitaba a salir con el grupo. Aunque ya no sentía nada por Mar y Jacobo, pues el rencor que antaño les tuve había desaparecido y al contrario, estaba muy agradecido con mi antiguo compañero de universidad por el interés que se había tomado en la búsqueda de Lali; no me apetecía salir de fiesta. Prefería quedarme en casa con Amanda, ver una película juntos, y meterme en la cama a dormir e intentar no pensar que mi vida estaba vacía.

Así era como me sentía. Vacío. La única diferencia entre el Izan Vilanova de antes de conocer a Lali y el actual era que por lo menos el

otro no estaba vacío. Pero tras tres desengaños, mi cuerpo ya no podía más. Me sentía tan decepcionado con Lali que a mi mente llegaban imágenes del día del aeropuerto y cada día sentía más rabia y rencor hacia ella. Por suerte, nunca más volvería a verla y me ahorraría tener que decírselo. Por suerte, o no, porque en el fondo me hubiera gustado poder gritarle a la cara el daño que me había hecho. Entonces leía su último whatsapp y me encolerizaba todavía más. Parecía masoca, pero es que así era la única manera de recordarme a mí mismo que no podía permitirme amarla, que debía olvidarla, odiarla si era necesario; porque lo que yo había hecho por ella no lo había hecho nunca por nadie, y ella me dejó en ridículo delante de todos.

Al principio Bhadrak me llamaba de vez en cuando. Aunque los primeros días estaba tan enfadado que no quise coger el teléfono a nadie, luego se convirtió en la persona con la que me desahogaba, pues él también se sentía mal, solo que por motivos diferentes. Bhadrak me decía que no entendía la actitud de su hermana, que sabía que me amaba y que algo debía de haberle pasado para que se comportara así. Eso a mí no me importaba, me había hecho daño y Lali formaba parte del pasado. Poco a poco dejó de llamarme, se dio cuenta de que había llegado un momento en mi vida en el que prefería no hablar más de ella, olvidarla. Yo lo agradecí. Su hermano me recordaba demasiado su presencia, los días que pasé con su familia, lo arropado por todos que me sentí, lo

especial que pese a que no encontré allí a Lali fue todo. Y precisamente pensar en el viaje me hacía recordar lo que pasó cuando llegué, el dolor que sentí, que sentía, y que debía dejar de sentir.

Con Sheila las cosas mejoraron. Desde aquella mañana en la que apareció con un cambio de estilo radical, su comportamiento también fue diferente. Pasados los tres meses de su primera citología, le practiqué otra y salió igual que la primera. Temí que volviera a decaer y por eso le expliqué muy bien que no pasaba nada, que ni tenía ni debía temer un cáncer, y que controlándola cada tres meses si llegara a tener algo lo encontraríamos a tiempo y no se llegaría a reproducir. Ella quedó tranquila.

Había cogido la costumbre de subir a mi casa cada vez que venía a por Amanda, y aunque a mí no me hacía gracia, cuando veía a mi hija gritando de alegría al verla se me olvidaba lo que esa mujer un día me hizo. Al fin y al cabo era su madre, no lo podía negar, y si Amanda era

feliz con ella, eso era lo más importante.

A veces incluso se quedaba un rato jugando en su habitación, yo le ofrecía un café, y conversábamos sobre el trabajo o cosas sin importancia.

Tres semanas después de mi regreso de Agra, por fin un viernes que Amanda se fue con Sheila, me decidí a salir con el grupo. Estuvimos cenando en una marisquería y me mostré amigable con Mar y con Jacobo.

Ellos, me contaron que últimamente no salían mucho porque acababan de ser papás y les gustaba hacer vida con su hijo en casa. Ese día habían salido precisamente porque Dani les dijo que yo iba a ir, y les apetecía verme. Hablar con ellos por fin fue como si nada hubiera pasado. Éramos los tres amigos de la universidad que se llevaban tan bien y que tenían tantas cosas en común, con la diferencia de que Mar había cambiado de pareja, pero eso poco me importaba ya. Les di la enhorabuena por su hijo y me estuvieron contando todas las cosas que el bebé hacía. Me sentí orgulloso de Mar porque se la veía buena madre, esa noche Jacobo había tenido que suplicarle que dejasen al bebé en casa de los abuelos porque ansiaba un poco de vida social.

Después de cenar, la pareja se fue porque Mar estaba amamantando a su hijo y

tenía que llegar a tiempo de la hora en la que le tocaba comer, y el resto fuimos a tomar una copa a un pub. De camino, sonó mi móvil y lo saqué de mi bolsillo para ver quién me escribía.

«Izan, Lali está en mi casa. Todo fue un plan para poder librarse de Rajiv»

Apreté los dientes al leer el mensaje que Bhadrak me enviaba. ¿Había estado llamándome días atrás y algo así me lo decía mediante el whatsapp? ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Que corriera a sus pies después de como me había hecho sentir? Y si fue un todo un plan de Lali, ¿por qué no me lo dijo en cuanto tuvo ocasión? ¿Por qué no había dado señales de vida en todo este tiempo?

Metí el móvil de nuevo en el bolsillo y cuando Dani, al ver la cara que puse, me preguntó si era algo importante, le dije que no, que no tenía la más mínima importancia.

Pero no era verdad. Estaba enfadado, y mucho. Ahora que empezaba a volver todo a su cauce, que trataba de sacarla de mi vida, ahora me decía su hermano que estaba aquí, en Valencia.

Entré en el pub con mis amigos y me pedí un whisky con hielo, y

luego otro, y otro y otro. Y para cuando decidimos ir a la discoteca estaba muy, pero que muy borracho.

Dani había quedado allí con Anahí y sus amigas. Allí estaban la valenciana, Claudia y Fani, celebrando que había llegado el verano, por celebrar algo, porque con la loca de Anahí siempre había algún motivo para hacer una fiesta.

Bailé con todas, incluso ignoré que Anahí era la novia de mi amigo y me apreté a ella en un baile en el que la valenciana tuvo que darse cuenta de mi estado, pues me dijo queapestaba a alcohol y me preguntó si me pasaba algo.

—Lali está en Valencia —susurré en su oído, sabiendo que con el volumen de la música no me escucharía.

—¿Cómo?

—Que Lali está en Valenciaaaa —grité.

—No puede ser, me habría avisado —dijo ella, separándose de mí.

—Mira —Saqué el móvil y le mostré el mensaje que me había mandado su hermano. Ella, abrió mucho los ojos y se fue. La seguí con la mirada, divertido, y vi que salía de la discoteca. Entonces fue cuando vi a quien menos me esperaba ese día, a Sheila.

Como estaba tan borracho, me fui directo a ella, enfadado porque en lugar de estar con su hija estuviese allí, pero en lugar de encararla o echarle la bronca, la agarré de la nuca y la besé. Sabía que era lo que quería desde su cambio de actitud. Llevaba intentando seducirme con la mirada, adelantándose en los horarios de recogida o retrasándose en mi casa por estar más tiempo allí, flirteando disimuladamente conmigo.

Conocía a las mujeres demasiado bien como para saber qué era lo que querían en cada momento, y Sheila me quería a mí, de eso estaba seguro.

Ella me devolvió el beso y yo la apreté de la cintura, haciendo que nuestros cuerpos se juntasen. Estaba enfadado, y me iba a desahogar con ella. Lo que no tenía muy claro era de qué forma hacerlo, si de paso aprovechaba para vengarme por lo que me había hecho hacía cinco años o si debía tirármela y luego recriminarle que estuviera allí en lugar de estar con Amanda. Mientras la besaba, mordía su boca y lamía su cuello, notaba que cada vez estaba más excitada, y el demonio que todos llevamos dentro se iba alegrando cada vez más. Ni siquiera hablamos, la llevé al baño de mujeres, y una vez allí, la metí en un compartimento y eché el pestillo.

—No me volverás a acusar de violarte, ¿verdad?

—Solo te acusaré de dejarme a medias si no me follas ya —contestó.

Metí la mano por dentro de su pantalón vaquero y aprecié lo húmeda que estaba, dispuesta para mí, como hacía años lo había estado. Entonces, el recuerdo vino a mí como un jarro de agua fría y la miré con odio.

—¿Sabes el daño que me hiciste? ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensarlo?

—Izan, por favor, ya sabes lo arrepentida que estoy de eso. Vamos, fóllame. Tú también lo estás deseando.

—No cielo, prefiero matarme a pajas antes que volver a meterme dentro de ti.

Salí del compartimento y di un golpe a la puerta. Ella, me siguió rabiosa y gritando cosas que no lograba entender. Yo seguí andando hacia la calle porque necesitaba fumar y estar solo un rato, pero conociendo a la madre de mi hija, sabía que no lo conseguiría.

—No puedes dejarme así, eres un malnacido –gritó.

—Y tú una zorra –la insulté.

Entonces empezó a decir toda clase de improperios, y yo empecé a reír a carcajadas, provocando que se encolerizara cada vez más. Un seguridad se nos acercó para pedirnos educadamente que nos fuéramos de allí, a lo que protesté pues yo no estaba haciendo nada.

—Es ella la que se ha vuelto loca solo porque no me la he querido follar, yo solo pretendía fumarme un cigarro tranquilo. Ni siquiera la conozco de nada.

—¡Hijo de puta, soy la madre de tu hija, malparido, cabrón! –gritaba ella, sin importarle que la gente la viera en ese estado.

—Señorita, por favor, contrólese –le advirtió el segurata.

Ella forcejeó con él cuando quiso agarrarla de los brazos para sacarla de allí, y yo, de nuevo, no pude evitar carcajearme por lo surrealista de la situación. Si me llegan a decir hacía unos meses que me iba a ver envuelto en algo así con Sheila, no me lo hubiese creído, pero allí estábamos, ella con un calentón de narices, y yo riéndome porque mi venganza había surtido efecto.

Entonces, por si no tenía poco, toda la borrachera se me pasó cuando vi aparecer a Anahí con Lali de la mano. ¿Qué coño hacía ella allí?

Sheila seguía gritando pero yo ya no estaba con humor como para seguir aguantándola, entré en la discoteca ignorando a las mujeres que

venían de camino, y volví con mis amigos, pensando que había sido una alucinación, que el alcohol me había hecho ver lo que no era y en realidad Anahí no había ido a por mi dulce hindú. Cuando las vi aparecer entre el grupo, Lali con miedo en la mirada, me fui directo a la barra a por otro whisky. Para afrontar aquello, necesitaba estar muy borracho.

36.DE NUEVO EN ESPAÑA.

Al día siguiente de que mi plan surtiera efecto, Akhila se presentó en la casa de mis padres para despedirse. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar, y sentí lástima por ella. Rajiv la había echado de casa y volvía al prostíbulo de Valdev. Al menos allí tendría una cama en la que dormir, aunque tuviera que prostituir su cuerpo para poder seguir adelante. Me dio tanta pena que a punto estuve de pedirle a mis padres que la aceptaran como sirvienta, pero ella lo intuyó y antes de que dijera nada me explicó que el remordimiento de lo que me había hecho no la dejaría estar con ellos. Se sentía culpable pues gracias a ella Rajiv pudo secuestrarme. Engañada con palabras de amor que nunca debió creer, había ayudado a cavar su propia tumba.

Nos despedimos, pues sabíamos que no volveríamos a vernos, e intenté consolarla diciéndole que igual que había cometido un error, había sabido subsanarlo, pues si no hubiese sido por ella yo jamás habría recuperado ni mi vida ni el honor de mi familia.

Quería volver a España cuanto antes, pero también me apetecía pasar unos días con mis padres y contarles todo lo que había vivido sin la presencia de Rajiv impidiendo que hablara más de la cuenta. Les conté lo que sentía por Izan y lo mucho que me dolía pensar que le había perdido para siempre. Ellos me contaron la estancia de mi amado allí, lo mucho que les había gustado y lo enamorado que se le veía. Temí que ese amor hubiese desaparecido ya, pero si un día había conseguido que se enamorase de mí, haría lo imposible por recuperarlo.

También me apetecía mucho ver a Nandita, ya que Rajiv no me había permitido hacerlo, y un día mis padres me acompañaron a su casa. Pude conocer a su marido, Gophan, y me pareció muy buena persona. Era bastante más mayor que ella, pero se les veía muy felices juntos, y me alegré mucho por mi amiga. Nandita se entristeció cuando le conté lo que me había pasado, pero

por otro lado se alegraba de que me hubiese enamorado.

—De lo que me sirve ahora... —me lamenté.

—Lali, es mejor amar sin ser amado, que no haber amado nunca. ¿No te parece que es una sensación maravillosa?

—Sí, pero también duele mucho —contesté.

—El dolor nos recuerda que estamos vivos, sin dolor no apreciaríamos las cosas buenas. Uno solo sabe lo que tiene cuando ha luchado y ha sentido ese dolor por conseguirlo.

—¡Cuánta razón tienes, amiga!

—Me alegra mucho que hayas venido porque así puedo decirte en persona una noticia que acabamos de saber —anunció ella, con los ojos vidriosos. Mis padres pusieron atención, y yo la cogí de la mano, imaginando lo que iba a decir.

—¡Estoy embarazada!

—Oooh, Nandita, enhorabuena. Me alegro mucho por los dos, seréis muy buenos padres.

Gophan tenía un hijo varón de su anterior matrimonio, pero se le veía tan ilusionado como si fuera el primero, y ver a Nandita tan feliz, me contagió su alegría y grité con ella.

Dos horas después, nos despedimos, con lágrimas en los ojos, porque la distancia haría que posiblemente no nos volviéramos a ver, pero prometimos estar en contacto por whatsapp y mandarnos muchas fotos de nuestros hijos.

Ella todavía no podía saber qué tendría, pero a ambos les daba igual y sentí un poco de envidia. Si Rajiv hubiese sido un buen esposo...

El día que llamé a Bhadrak y se lo conté todo, mi hermano no se podía creer lo que había hecho. Al final me dijo que se sentía muy orgulloso de mí y que si

quería volver a España él mismo me pagaría el billete de vuelta. Lo acepté y se lo agradecí, pues yo no contaba con recursos para hacerlo y ni mucho menos mis padres. Lo que no consentí fue que él viniese hasta Agra a por mí solo para que el viaje de vuelta no lo hiciese sola. Era una mujer adulta, había pasado por mucho, y unas horas de vuelo en soledad me permitirían pensar mucho en todo lo que había sucedido y planear lo que haría en cuanto llegase a mi casa. Lo que me dejó abatida, aparte de cuando me dijo lo mucho que estaba sufriendo Izan por mi culpa, fue que me dijera que mi casera le había alquilado el piso a otra chica.

Como se suponía que yo no iba a volver, que me había ido con mi esposo para pasar el resto de mis días en Agra, Bhadrak fue a mi piso a por mis cosas y la casera dio por hecho que ya no quería seguir con el alquiler. Me culpé por no haber dicho antes que todo era un ardid para poder volver con la cabeza bien alta, para que mi madre dejara de sufrir por mi culpa. Hubiese sido imposible aunque quisiera, pues Rajiv me controlaba tanto que no podía hacer nada sin su aprobación.

De todos modos, sabía que podría instalarme en casa de mi hermano hasta que encontrara otro piso, y eso me tranquilizó. Ahora, lo verdaderamente inquietante era cómo recuperar al hombre que amaba. Le pregunté a mi hermano si sería buena idea que le llamara, pero este me aconsejó que lo hiciera cuando estuviera en España. Izan estaba tan dolido conmigo que no era para hablarlo por teléfono, debía esperar a estar allí y hablar con él en persona, y así lo decidí.

Mi hermano Devaduth, al enterarse de todo, se ofreció a acompañarme junto con su mujer. Como no tenían hijos, pues Chameli no había conseguido quedarse embarazada en los años que llevaban casados, no tenían ningún impedimento para poder viajar, y ambos necesitaban cambiar de aires porque les entristecía mucho no haber podido ser padres.

En ese momento se me olvidó que quería viajar sola y me alegró saber que seguiría disfrutando de él unos días más. Como Devaduth tenía su propia empresa, decidió cogerse unas vacaciones para ir a España conmigo y así conocer a su sobrina Helena, ya que solo la había visto en fotos y se moría de ganas de tenerla en sus brazos. Mis padres se quedaron más tranquilos al saber

que ellos me acompañarían y empezamos a planear el viaje de vuelta.

Una semana después, los cuatro estábamos viajando a España.

Aunque mi hermano y mi cuñada estuvieron dándome conversación todo el viaje, yo no podía quitarme de la cabeza a Izan. Pensé que quizás debería haberle mandado un mensaje en el que le explicara un poco lo que había hecho, que entendiera que había sido para que pudiéramos estar juntos, pero imaginaba cómo se debía de sentir y me aterraba recibir una respuesta que me dejara peor. Lo mejor sería hacer lo que me había aconsejado Bhadrak, esperar a llegar a España y hablar con él en persona. Pero eso, me aterraba todavía más.

Bhadrak, Laura y mi sobrinita Helena vinieron a esperarnos al aeropuerto.

Al vernos, nos fundimos en tiernos abrazos que hicieron que mis ojos se llenaran de lágrimas.

—Perdóname, hermano, perdóname —suplicaba sin poder parar de llorar.

—Tranquila, pequeña, ya pasó todo.

Y así era. Rajiv, en los días que estuve en Agra sin él, no se atrevió a decir nada ni de mí ni de mi familia. La gente le apuntaba con el dedo cuando le veían, le acusaban de adulterio, y no solo por el hecho de que se hubiese acostado con otra mujer, raro era el hombre en Agra que no lo hacía, sino porque lo había hecho en mi propia casa, a escasos metros de mí, y eso sí era una falta de respeto en toda regla. Me contaba la gente que me cruzaba por la

calle que caminaba con la cabeza agachada, intentando que nadie le reconociese, y mi padre, si alguna vez se lo cruzó, no dudó en recordarle las fotos que tenía y que haría públicas si él volvía a decir algo de nosotros.

Llegamos al piso de mi hermano, donde Laura había preparado dos habitaciones de invitados, una para Devaduth y su mujer, y otra para mí, y les contamos cómo había ido el viaje. Mi hermano mayor, no podía quitar los ojos ni de Helena ni de Carmen, con cierta pena porque ellos no habían podido tener su propio bebé. Le miré con empatía y me vino a la mente Izan, como no,

al pensar que quizás él podría hacer que mi cuñada se quedara embarazada.

Aunque era de noche y bastante tarde ya, no pude evitar preguntarle a Bhadrak por Izan y me dijo que hacía días que no sabía nada de él, que se había dado cuenta de que su contacto le hacía daño por el recuerdo que le provocaba y había dejado de llamarle. Me preguntó si quería que le llamara delante de mí para ir haciéndole a la idea de que yo estaba allí dispuesta a recuperar su amor, pero no me pareció buena idea, pues lo más probable es que estuviese durmiendo.

—Mejor mañana, hermano. De todos modos un día más o menos no me va a solucionar nada.

Al día siguiente, me levanté con la energía renovada. Era viernes, había empezado el verano y hacía un sol espléndido. Me planteé llamar a Mercedes para explicarle lo que había pasado, pero no me sentía con fuerzas.

—Date unos días, Lali —me aconsejó Bhadrak—. Disfruta de la presencia de Devaduth y Chameli y la semana que viene ya empiezas a preocuparte de cómo recuperar tu vida.

—¿Sabes algo de Anahí? Debí escribirle en cuanto tuve ocasión pero es que me siento tan avergonzada por todo... Tengo la sensación de que a ella también la decepcioné el día del aeropuerto, ¡ojalá no os hubiese visto!

—De no ser así habríamos seguido buscándote y habría sido el cuento de nunca acabar.

—No porque cuando yo hubiese llegado a Agra nuestros padres te habrían dicho que yo estaba allí y... —Lo mirara por donde lo mirara, el resultado final era el mismo, así que daba igual lo que hubiese pasado. Sin embargo, las caras de asombro y decepción de todos los que estuvieron allí presentes me atormentaban cada noche y no conseguía quitarlas de la cabeza.

—¿Quieres que llame a Izan? —me propuso Bhadrak de nuevo.

—No, eso es algo que debo hacer yo.

Esa mañana nos fuimos a dar una vuelta con las bebés. Laura tenía que ir a

la redacción, así que Bhadrak se quedó de anfitrión y estuvo enseñándole a Devaduth y a su esposa la ciudad de las artes y las ciencias. Yo no me quitaba a Izan de la cabeza, pero cada vez que mi hermano se ofrecía a llamarle le decía que no. Estaba demorándome demasiado, pero necesitaba pensar y tener muy claro lo que le diría cuando le viese, y no quería que nadie me ayudase en ello.

Al final acabó el día y seguía con el mismo debate en mi cabeza. Las ideas se amontonaban y en el fondo sabía que si no le había llamado ya era porque una de ellas sobresalía del resto, la que mayor temor me provocaba, la que me angustiaba cada vez que lo pensaba: la idea de que pudiera estar embarazada de Rajiv.

Por la noche, estaba viendo un programa de televisión con mi familia cuando mi móvil sonó. Nerviosa, me levanté para cogerlo, sorprendida porque hacía semanas que nadie me llamaba (había estado apagado en Valencia e inoperativo en Agra). Me puse contenta al ver que se trataba de Anahí, aunque me preocupó que me llamara a esas horas.

—¿Estás en Valencia y no me dices nada? —me reprochó en cuanto descolgué.

—Perdóname Anahí, llegué ayer por la noche y estoy intentando superar el yet lag y aclarar las ideas —me disculpé.

—Imagino que tienes mucho que aclarar, pero tienes a un hombre hecho polvo y considero que es lo primero que tienes que solucionar.

—Lo sé. Quiero llamar a Izan y quedar con él, pero no me atrevo.

—¿Dónde vive tu hermano?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque quiero ir a verte, tenemos que hablar.

Le di la dirección, pensando que me diría que al día siguiente vendría a verme, y me dejó sorprendida cuando me dijo que no tardaría nada en llegar.

Miré el reloj. Eran más de la una de la mañana, las niñas dormían y los demás estábamos conversando en el salón, con la televisión de fondo con el programa favorito de Laura.

Bhadrak me miró interrogante. Le conté que mi amiga Anahí estaba de camino, pensando que me diría que era un poco tarde para recibir visitas, pero hizo todo lo contrario, se alegró.

—Hiciste buenas amigas aquí, amigas de las que se preocupan. Anahí ha estado en contacto conmigo a menudo.

—Lo sé, y eso que no hice demasiado para merecer tal honor.

—Algo harías, hermanita. Encantas a quienes te conocen con tu dulzura, con tu saber estar, con tu empatía y sinceridad.

—Bueno, al final muy sincera no fui —me lamenté.

—No, pero lo vas a aclarar todo y quien te quiera te comprenderá.

Quince minutos después, Anahí llamaba a la puerta. Iba vestida con un pantalón vaquero negro y una camisa de tirantes finos de gasa verde haciendo que se le transparentase el sujetador. Estaba muy sexy, e imaginé que no venía así de su casa.

—Me has hecho salir de la discoteca, guapi, así que vamos, ponte cualquier cosa de ropa y píntate un poco —Así fue como me recibió, después de fundirnos en un fuerte abrazo.

—¿Que me haga qué? —pregunté sin entender qué pretendía.

—Que te arregles para venirte conmigo a la discoteca.

—Anahí, yo no... —Pero no había terminado la frase cuando Laura me interrumpió.

—Lali, arreando que es gerundio. Ve a mi habitación y coge lo que quieras de

ropa.

—Pero yo no...

—Ains, si es que ya sabía yo que me tendría que levantar –protestó mi cuñada, poniéndose en pie.

Anahí me cogió del brazo y siguió, conmigo agarrada, a Laura hasta su habitación.

—Anahí, ¿te sirve esto? –preguntó, sacando un pantalón vaquero azul gastado y una camiseta de seda roja.

—Servirá –contestó mi amiga, riéndose.

—Chicas, en serio, no estoy de humor para ir a ningún lado –opiné.

—Me da igual, debes explicaciones a todo el mundo, y no te vas a escapar de darlas.

—¿A qué te refieres? Anahí, yo no te he pedido que vinieras, podrías haber venido mañana y hablaríamos con calma.

—No me refiero a mí, vístete –me ordenó.

Miré a Laura en busca de ayuda pero ella movió la cabeza hacia donde había dejado la ropa y yo, viéndome acorralada por ellas, empecé a vestirme.

Mi cuñada me prestó unas sandalias con cuña rojas a juego con la camiseta y entre las dos se encargaron de maquillarme. Una vez lista, Anahí le dijo a Bhadrak que no se preocupara por mí esa noche, que dormiría en su casa, y me agarró de la mano como si me fuera a escapar, para salir de la casa de mi hermano.

—Y ahora vas a empezar a contarme por qué te fuiste con Rajiv y cuál era ese plan que ingeniaste. No creas que no sigo enfadada –dijo, una vez nos subimos en su coche.

Le resumí a mi amiga todo lo que había pasado, desde el día en el que Rajiv

me secuestró hasta mi viaje de vuelta a España. Trataba de justificar lo que había hecho, pero me sentía tan culpable que mis palabras estaban impregnadas de tanto dolor que ni yo misma conseguía sentirme bien.

—¿Quién te ha dicho que estaba aquí, Bhadrak? —pregunté, cuando terminé mi relato.

—No, ha sido Izan.

—¿Cu... cuándo? —No podía creer que Izan supiera que estaba allí, solo había una persona que se lo podía haber dicho, y eso que le había dicho que yo me encargaría.

—Hace un rato, justo lo que he tardado en llamarte.

—¿Izan está en la discoteca? Anahí, si es así, preferiría no ir. Por favor...

—rogué.

—De eso nada, tú no te me escapas. Izan está hecho polvo y vas a contárselo todo ahora mismo. Ya basta de que ambos sufráis cuando en realidad estáis locos el uno por el otro.

—Estoy convencida de que él ya me ha olvidado. Ni siquiera contestó al mensaje que le mandé.

—Ya, ese mensaje —susurró.

—¿Lo sabes?

—Sí. Izan y Bhadrak leyeron los mensajes que les mandaste delante de mí, el mismo día que te fuiste con Rajiv.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Mal. ¿Qué querías? ¡Le acababas de decir que tu sitio estaba en Agra con tu marido!

—Tienes razón, no debió de entender nada. Lo he hecho tan mal...

—Todo tiene solución en esta vida menos la muerte, Lali. Por eso vas ahora a hablar con él. Si necesitas que esté contigo lo haré.

—No lo sé, Anahí, esto es algo que debería hacer yo sola. Pero me da tanto miedo su reacción.

Llegamos a la discoteca, mi amiga aparcó el coche y nos dirigimos a la entrada. Mi corazón dio un vuelco cuando lo vi, fumando y riéndose de lo que una mujer, al parecer muy enfadada con él, le estaba diciendo. La mujer parecía estar insultándole, estaba roja, encolerizada, y él reía a carcajadas

delante de ella. Me pregunté quién sería, pero antes de poder cuestionarme algo más, Izan me vio y su risa se cortó en el acto. Vi cómo me miraba y me estremecí al sentir sus fríos ojos clavados en mí. Dio media vuelta y entró en la discoteca, seguido por la mujer que seguía gesticulando con las manos.

Me sentí fuera de lugar, desde luego ese no era el mejor sitio para que hablásemos, y reprimí a Anahí porque me había llevado allí engañada y contra mi voluntad.

—Cielo, no pienso separarme de ti a no ser que me lo pidas, ¿vale? Igual que has sido fuerte para librarte del hombre que detestabas tienes que serlo para recuperar al hombre que amas –dijo mi amiga, antes de que ambas entrásemos en la discoteca.

Anahí enseñó su cuño y pagó mi entrada, y ambas, caminamos cogidas de la mano, hasta donde estaban sus amigas, Dani e Izan. Él, al verme llegar, caminó hacia una barra y vi cómo se pedía algo. Saludé a Claudia, quien se sorprendió muchísimo al verme, a Fani y al resto, y antes de que mi compañera de trabajo me preguntara por mi vida, Anahí me separó un poco del grupo y me habló.

—Vamos, ve con él –me instó.

—No puedo, no me atrevo.

—Ya estás aquí, ¿no? Vamos, ¿quieres que te acompañe?

—No, mejor pídemelo algo de beber, por favor —le di a Anahí el papel de la consumición que entraba con la entrada y se dirigió hacia la misma barra en la que estaba Izan.

Él la miró con cierto desprecio, como si le molestara que me hubiese llevado allí, y giró la cabeza ignorándola. Anahí le cogió del brazo e hizo que se girara hacia ella. Me pregunté qué estarían hablando, con el corazón latiendo fuerte bajo mi pecho. De nuevo vi a la mujer que había estado gritándole en la entrada, quien al parecer ahora también gritaba a mi amiga.

Izan se bebió su copa de un trago y llamó con la mano a la camarera. En pocos minutos, volvía a tener otro vaso frente a él, mostrándose indiferente ante las dos mujeres que discutían.

Unos minutos después, Anahí volvía al grupo con un cubata de ron con coca-cola para mí y otro para ella.

—Creo que hoy no es el mejor día para que habléis, está demasiado borracho y encima está Sheila aquí.

—¿Esa mujer es la madre de Amanda? —pregunté, señalando disimuladamente a la mujer que seguía en la barra con Izan.

—Sí.

—Oh, por todos los dioses. Anahí, llévame a casa, por favor.

—De eso nada, ya estamos aquí y vamos a divertirnos —anunció mi amiga, poniéndose a bailar delante de mí para que yo hiciese lo mismo.

No podía moverme, estaba falcada al suelo como si me hubiesen pegado a él, nerviosa, preocupada y con una agonía en mi interior que dolía demasiado.

Izan miraba asqueado a la madre de su hija y se pedía un vaso de whisky tras otro. Debía de estar realmente mal, y si yo quería aguantar allí debía hacer lo mismo, beber como nunca antes lo había hecho.

Me bebí el cubata casi de un trago y la poca costumbre de ingerir alcohol hizo que me marease.

—Vamos, chica, demuéstrale a ese hombre lo que vales —me invitó Claudia a bailar, pero yo, aunque notaba que el alcohol me había desinhibido un poco, seguía pegada al suelo.

Me coloqué de espaldas a Izan; si no le veía, creería que no estaba allí, y no dolería tanto tenerle tan cerca y no poderle tocar. Anahí me trajo otro cubata y cuando lo tenía por la mitad empezó a darme todo igual. Era verdad que el alcohol quitaba las penas, y si no lo hacía, por lo menos conseguía que te olvidaras de ellas durante un rato.

De pronto, sentí unos brazos que me agarraban de la cintura desde atrás y pensar que fuera Izan provocó un escalofrío por todo mi cuerpo.

—Con que un plan, ¿eh? —susurró en mi oído, tan cerca que pude escucharlo a pesar del volumen de la música.

Me giré de golpe y le miré a los ojos. Seguían fríos, como el día que le conocí, y eso me provocaba un profundo dolor en el corazón.

—Izan, perdóname. Todo lo hice para recuperar el honor de mi familia.

—¿Y qué me dices de mi honor? Oh, perdona, que el honor de un occidental no tiene importancia, ¿no es así?

—Yo, no...

Izan dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta de la discoteca, sin decirle nada a nadie. Pensé que habría salido a fumar, y aunque mi cabeza me dijo que debía seguirle, mis pies no quisieron moverse del suelo. Me quedé allí, terminándome el cubata mientras esperaba a que volviese, pero pasaron los minutos, y no lo hizo. Dani se acercó y me preguntó por él, pero sabía tanto como su amigo. Lo había visto marcharse de allí pero no lo había visto volver. Su amigo escribió en su móvil y un par de segundos después me dijo que se había ido a su casa.

El mundo me cayó encima. Recuperar a Izan iba a ser más costoso de lo que imaginaba, y eso que había llegado a pensar en lo peor.

37.MUJERES.

Entré en la discoteca huyendo de las mujeres. Sheila me seguía, gritando detrás de mí, cada vez más molesta de que la estuviese ignorando. Volví con el grupo, y al ver que la madre de mi hija había desaparecido me alegré, por lo menos me había quitado un peso de encima. Otra cosa fue cuando me di cuenta de que no había sido una alucinación mía, Lali estaba allí y estaba muy guapa con ese pantalón vaquero ajustado y la camisa roja que resaltaba el moreno de su piel y el negro azabache de su melena. Me encaminé a la barra porque necesitaba beber, estar solo, pero Anahí no tardó en aparecer y me sentí asqueado ante su presencia.

—¿Por qué coño la has traído? ¿Qué pretendes? —le pregunté, mirándola con odio, como si ella tuviera la culpa de todo lo que me había pasado en la vida.

—Pretendo que habléis y aclaréis las cosas, ella todo lo ha hecho por ti — contestó la valenciana.

—¿Por mí? ¿Quieres decir que me dejó en ridículo y que me rompió el corazón al irse con el hombre que supuestamente la había maltratado psicológicamente, por mí?

—Sí, Izan. Ha pasado mucho las últimas semanas, deberías hablar con ella y que te cuente lo que me ha contado a mí.

—¿Cuándo te lo ha contado, en estos cinco minutos que lleváis juntas?

—Izan, hace más de una hora que me fui a por ella, ha tenido tiempo de contármelo todo, aunque no en profundidad, claro.

—Déjame en paz, por favor —me giré para olvidar que estaba junto a mí. El alcohol se encargaría de eso.

Pero si no tenía bastante, Sheila volvió a aparecer y de nuevo se encaró a mí.

—Joder, ¿queréis dejarme en paz?

—Vaya, ¿a ella también la has puesto cachonda y ahora te está diciendo del

mal que tienes que morir? –preguntó Sheila, mirando con odio a Anahí.

—Oye, guapita, que yo soy su amiga –protestó la otra.

—Y yo la madre de su hija –se le encaró, y yo me giré e intenté pasar de ellas. Aun así, podía escuchar lo que se decían porque estaban hablando a gritos.

—Eso ya lo sé, la misma que le acusó injustamente de haberla violado.

¿No te dio vergüenza mentir de esa manera? Eres una mala zorra.

—Me suena tu cara, ya sé quién eres. ¿Dolida porque Izan se lo montó conmigo y a ti siempre te ignoró?

—¿Qué coño sabrás tú? Soy mayor que él, nunca he pretendido nada más que jugar un poco. ¿Te crees que te tengo celos? Solo hay que verte para darse cuenta de que no vales nada.

—¿Que yo qué? Te vas a enterar si...

—Verdulera, olvídate de mí y hazte un favor, madura—Anahí la dejó con la palabra en la boca y volvió con Lali.

Yo, seguía bebiendo mientras Sheila me juzgaba por haberla puesto cachonda para nada, suponiendo cosas que podían haber pasado entre Anahí y yo, sin saber que la verdadera razón por la que estaba bebiendo tanto estaba a escasos metros de nosotros, pero ella no tenía ni idea de quién era.

—Sheila, haz el favor de irte a casa y preocuparte de tu hija. De lo contrario, le haré saber a la abogada que te vas de fiesta cuando deberías de estar con Amanda y haré una rectificación del convenio.

—No serás capaz, sabes que últimamente me estoy preocupando por ella. Hoy es la primera noche que libero desde que empecé a trabajar y necesitaba salir un rato.

—Pues entonces vuelve con tus amigas dondequiera que estén pero déjame en

paz.

—Eres un cabrón sin sentimientos —me acusó.

—Y tú una zorra sin escrúpulos.

Sheila por fin se dio por vencida y se fue de mi vista. Entonces, di la vuelta, miré en dirección al grupo de amigos y me di cuenta de que Lali estaba de espaldas. No pude evitar acercarme, cogerla de la cintura y susurrarle al oído. Me gustaba tanto cómo olía su cabello que me habría pasado con la cabeza metida en él toda la vida, olvidando lo que había pasado entre nosotros. Estábamos juntos y era lo que importaba. Sin embargo, se giró de repente y sus ojos negros se me clavaron en el alma haciéndome tanto daño que cuando quiso darme una explicación no dejé que lo hiciera. Me di la vuelta y caminé hacia mi coche con la intención de irme de allí y no volver a ver a esa mujer el resto de mi vida. Significaba

demasiado para mí y el dolor por lo que me había hecho era tan profundo que ninguna explicación haría que se curase. Si tenía que decirme algo, debería haberlo hecho antes. Ahora, la herida era muy profunda y necesitaba sacarla de mi cabeza, porque solo así algún día podría curarme.

Estaba llegando a mi coche cuando escuché que me llamaban. Giré para ver quién era, aunque la voz gritona de Sheila era inconfundible.

—¡¡Izan!!

—¿Qué quieres ahora?

—¿No pretenderás coger el coche en el estado en el que estás?

—Por supuesto que sí, yo controlo.

—De eso nada. Aunque me encantaría que te parase la policía y te pusiera una buena multa con la consabida retirada del carnet de conducir, no quiero que tengas un accidente. Por muy cabrón que hayas sido esta noche conmigo, eres el padre de mi hija, y no quiero que mueras así que, dame la llave del coche. Yo casi no he bebido.

—¿A ti? Ni lo sueñes. Antes dejo que me lleve un chimpancé, que me fio de ti
—diciendo esto, sentí que me mareaba y tuve que apoyarme en la puerta.

Sheila cogió la llave que estaba a punto de caerse de la mano y me retiró de la puerta. Llegué hasta la puerta del copiloto y me senté, rezando porque esa mujer no quisiera hacer una de las suyas.

—¿Cómo has pensado volver a tu casa? —pregunté, temiendo que quisiera seguir la fiesta en la mía.

—Cogeré un taxi, desagradecido —murmulló ella, como si se contestase a sí misma.

Me llevó a mi casa e hice que aparcara el coche en la calle. Por nada del mundo entraría con Sheila en el garaje. Tenerla dentro de mi finca implicaba cosas a las que no estaba dispuesto.

—Gracias —dije, sacando la cartera de mi bolsillo para darle dinero.

—No hace falta, tengo trabajo, ¿sabes? —protestó.

—Es lo menos que puedo hacer.

Cogió el billete que le tendía y empezó a caminar en busca de un taxi.

—¿Quieres que me espere contigo? —le grité. Pero antes de que pudiera contestarme, vi cómo le hacía el alto a un taxi y el coche paraba donde estaba ella.

Me desperté con una resaca de tres pares de cojones. El whisky normalmente no me producía dolor de cabeza al día siguiente, pero me había pasado bebiendo y era normal que pasara factura. Esa mañana tenía la visita de Beatriz Acuña, a quien le íbamos a practicar una nueva inseminación in vitro, y quería centrarme únicamente en eso, en que saliese bien y mi paciente por fin pudiese ser madre.

Pasé el día con resaca, pero el dolor de cabeza fue menguando a medida que iban pasando las horas.

Si la última semana había conseguido quitarme un poco a Lali de la cabeza, saber que estaba aquí de nuevo y más aún, haberla visto, había aumentado lo que sentía y me debatía entre el rencor y el amor. De momento ganaba lo primero, estaba muy dolido, me sentía ridículo, como si se hubiese reído de mí, y eso no lo podía perdonar. Todavía chirriaban en mi cabeza las palabras en las que me decía que era mentira todo lo que me había contado de su marido. ¡Qué idiota me sentí en ese momento! No solo me hizo daño verla marchar con él, saber que nunca sería mía, sino todo lo que dijo allí. En las noticias quedé como el novio ingenuo que no sabe nada de la mujer con la que está saliendo, y eso no tenía perdón. No, no había explicación que Lali pudiese darme como para perdonar aquello.

Por la noche, cuando Sheila llegó con Amanda, bajé a la calle a por ella como hacíamos al principio. Ella se molestó al ver que no la había dejado que subiera, y buscó ayuda en mi hija, quien estaba extrañada y lo primero que me dijo cuando me vio fue que Sheila le había prometido jugar un rato con sus Nancys.

—Hoy no va a poder ser, cariño —le expliqué.

—¿Por qué no, papi?

La madre me miraba con la cabeza bien alta, dando por hecho que gracias a Amanda se saldría con la suya.

—Sheila, dile por qué no puede ser —la insté.

—Yo no lo sé, Izan. Si no me dejas subir a tu casa será por algo que sepas tú, no yo.

—¡Qué poca vergüenza tienes!

—No lo sabes tú bien —se me encaró y reprochó—. ¡Encima que te traje a tu casa cuando no podías ni mantenerte en pie!

—Ya sabía yo que tú no haces nada sin querer algo a cambio —susurré para que solo ella me pudiese oír.

—Eres un gilipollas –murmuró ella.

—Y tú una mala zorra.

—¡Qué repetitivo eres, me estás empezando a aburrir!

Mi hija, que por suerte para nosotros permanecía ajena a nuestra disputa, volvió a pedir que su madre subiera a casa a jugar un rato con ella.

—No cariño, dale un beso a tu madre y despídete.

—Joo, papiiii.

—Amandaaa –hablé con voz de mando, esa que ella sabía que cuando empleaba era para obedecer y que ya no podía seguir suplicando porque no conseguiría nada.

—Está bieeeen –refunfuñó ella.

Una vez en casa, le pregunté qué había hecho durante el día y cuando me dijo que solo había visto películas de dibujos porque su madre se lo había pasado durmiendo, quise gritarle y decirle de todo.

—Por eso quería jugar ahora con ella, papi –me explicó Amanda.

—Ella debería haber jugado contigo antes, ahora te quiero solo para mí.

—Pero, ¿por qué no podéis vivir juntos como los papás de mis compañeros del cole?

—Amanda, todos los papás de tus compañeros no viven juntos, algunos están separados porque no se llevan bien, y no pasa nada por eso.

—¿Qué es que no se llevan bien?

—Que no son amigos.

—¿Tú no quieres ser amigo de mi *marre*? ¡Ella es muy simpática!

—No cariño, yo no soy amigo de tu mamá. Ella es solo tu madre, pero con respecto a mí... Nosotros no somos nada, ¿lo entiendes?

—Un poco, papi.

—Vale, me conformo con eso —Le di un beso en la frente a mi hija y la abracé, pegándola a mi cuerpo para sentir su calor y aspirar el aroma de su piel que tanto me gustaba—. Y ahora, a la bañera, preciosa.

Pasé el resto del fin de semana jugando con mi hija. Solo con ella conseguía desconectar, sentirme bien, y pensé que era lo mejor. El lunes, volví al trabajo como cada día y al mirar la agenda algo hizo que me pusiera sobre aviso. Tenía una paciente nueva, llamada Chameli Singh, y no pude evitar relacionarla con Lali. ¿Quién sería esa mujer? A la hora del almuerzo, le pregunté a mi padre por ella y tan solo me dijo que había llamado muy temprano pidiendo la cita, y como tenía un hueco libre la

había metido. Esperé ansioso a que llegara esa mujer, con el recuerdo del día en el que Sheila se hizo pasar por Marta Sánchez. ¿Sería capaz Lali de usar la misma estrategia para acercarse a mí? Cuando llegó la hora de su visita, entraron en la consulta la supuesta Chameli, acompañada de un hombre que conocía muy bien y de la mujer que me tenía quitado el sueño.

—Lali, ¿qué coño haces aquí? —pregunté, asqueado.

—No he venido por mí, sino para que ayudes a mi cuñada a ser madre.

—Vaya, veo que la familia va en aumento —y dirigiéndome a su hermano Devaduth añadí—: ¿Vosotros también os habéis venido a vivir a España?

—No, solo hemos venido a pasar unos días, pero Lali nos dijo que nos podrías ayudar y aquí estamos, dispuestos a que nos echés una mano.

—Esto no se hace en unos días —murmuré.

—Lo sabemos. Estamos dispuestos a quedarnos hasta que el tratamiento o lo que sea que decidas hacernos dé resultado. Bhadrak nos ha ofrecido su casa.

Miré a Lali y vi tristeza en sus ojos. Me alegré. Quería que ella sufriera tanto

como lo estaba haciendo yo, no se merecía menos.

—Está bien, la ética profesional me obliga a atenderlos así que, contadme, ¿cuánto tiempo lleváis intentando engendrar?

Antes de que los implicados hablaran, Lali se adelantó.

—Izan, yo solo he venido a acompañarlos. Ellos no te han hecho nada y espero que lo tengas en cuenta para hacer tu trabajo. Si les he traído aquí es porque sé que eres el mejor en tu campo, pero si te molesta que esté, puedo marcharme.

—Te lo agradecería —comenté, mirándola de la forma más borde que fui capaz.

Esperé a que Lali saliera de la consulta, notando las lágrimas que luchaban por salir de sus ojos, y cuando estuvimos solos, me dediqué a la paciente como si no tuviera nada que ver con la mujer que amaba.

—Llevamos ocho años casados, y no hemos podido tener hijos —habló Devaduth.

—¿Has tomado alguna vez algún tratamiento anticonceptivo? —le pregunté a la mujer.

—No, nunca —negó ella, tímidamente.

—Bien, voy a hacerte una citología y una ecografía para ir descartando posibles problemas. ¿Conoces tus días de ovulación?

—Yo, creo que no —La joven se estaba poniendo roja por momentos, y traté de tranquilizarla.

—Ven conmigo, desnúdate de cintura para abajo y súbete ahí.

Llamé a mi enfermera y empecé a reconocerla. Al parecer, todo estaba bien. La citología tendría que esperar a ver el resultado pero algo me decía a mí que su problema era más simple de lo que creían.

Le receté a la mujer un tratamiento fertilizante y le pedí que anotara el día que

le bajara el período, puesto que no recordaba cuándo había sido su última regla. Cuando lo hiciera, quería que me llamara y así le podría decir con exactitud sus días de ovulación.

Salieron de la consulta y yo fui tras ellos para llamar a la siguiente paciente. Lali estaba sentada esperando a su familia, con los ojos rojos y la cabeza agachada. La vi tan débil que a punto estuve de acercarme a ella y abrazarla, pero me contuve.

Debía odiarla, pero no podía. Cuando la veía olvidaba todo el daño y se me partía el corazón una vez más.

Antes de irse, cuando estaba a punto de cerrar la puerta tras la paciente que acababa de entrar, fue ella quien se acercó a mí, haciendo que mi cuerpo temblase. Lo que me pasaba con aquella mujer era algo que jamás había experimentado, las sensaciones que provocaba en mi cuerpo hacían que me enfadara conmigo mismo, pues no lo podía controlar y eso no podía suceder.

—Izan, si en alguno de los mensajes que me mandaste decías la verdad, llámame, por favor. Te debo una explicación y si bien no aspiro a que me perdones o me vuelvas a amar, por lo menos me gustaría que dejaras de sentirte mal contigo porque tú no tuviste culpa de nada. Fui yo la que se portó mal y lo reconozco, pero déjame hablar contigo, te lo suplico.

Se fue, sin darme lugar a réplica, y me quedé allí, viendo cómo caminaba tras su hermano, con esa dulzura que la caracterizaba y que me volvía loco.

El resto del día fue un desastre, y de la semana. Attendía a las pacientes como si estuviese ido, hablaba con ellas y les recetaba los tratamientos como si de un autómatas se tratase. Ni siquiera me enojé cuando una paciente esa semana llegó queriendo abortar al hijo que había engendrado sin querer. Solo pensaba en Lali, en sus palabras, en si debería dejar que

se explicase pero, ¿de qué iba a servir? Lo que tenía que hacer era dejar de pensar en ella, dejar de torturarme con pensamientos que solo me hacían daño, centrarme en Amanda y en cómo era mi vida antes de conocer a Lali.

Por eso, por lo asqueado que me sentía y lo enfadado que estaba con el mundo,

cuando una mañana mi madre me mandó un mensaje en el que me decía que necesitaba hablar conmigo, solo tuve ánimo de contestarle una cosa: «Déjame en paz»

38.LA CONSULTA.

Tras la fatídica noche del viernes, Anahí se sentía culpable por haberme llevado ante Izan. Por más que le dijera que ella no tenía culpa de lo que había pasado entre nosotros, ella se reprochaba haber creído que él pondría de su parte y arreglaríamos las cosas, cuando estaba claro que no estaba por la labor.

Escuchar eso me hacía daño, me hacía recordar que no había querido hablar conmigo, que había huido de mí como de la peste. Y encima estaba allí Sheila.

¿Habrían ido juntos? Se lo pregunté a Anahí y me lo quitó de la cabeza. Ella había quedado en la discoteca con Dani, y este acudió con Izan y algunos amigos más, a quienes al final ni me presentaron, porque yo no tenía ganas de relacionarme con nadie y porque en cuanto Izan se fue, le pedí a mi amiga que nos fuéramos a casa. Sabía que le fastidiaría su noche de fiesta, pero ella me entendió. Era una buena amiga, y como el sentimiento de culpa estaba presente, no pudo hacer otra cosa que llevarme a su casa.

Amanecí con un sabor de boca amargo producido por el alcohol, y eso que había bebido poco, pero como no estaba acostumbrada lo noté en mi aliento y me dio asco. Entré en el cuarto de baño del piso y busqué la pasta de dientes, aunque no tuviera cepillo por lo menos me quitaría el mal sabor de boca.

—Vaya, qué madrugadora eres. Apenas son las doce —dijo mi amiga, apoyándose sobre el marco de la puerta mientras se frotaba los ojos.

—¿Te parece pronto? Es tardísimo, mi hermano debe de estar muy preocupado.

—No lo está, sabe que estás conmigo.

—Pues debería, la noche fue horrorosa y solo tengo ganas de llorar —Y

tras decir eso, mis ojos se enturbiaron y Anahí se acercó a mí para sumergir mi cabeza entre sus brazos.

—Vamos, cielo, tranquilízate. Todo se arreglará.

—No creo, Anahí, ya viste cómo me miró.

—Está loco por ti, tarde o temprano recapacitará y volveréis, ya verás.

—Ojalá Brahma te escuche –susurré.

Anahí me preguntó si me quería quedar a comer con ella y como tenía ganas de desahogarme con mi amiga, le dije que sí. Llamé a Bhadrak y le dije que estaba bien, aunque conociendo a mi hermano, por mi tono de voz estaba segura de que no me habría creído. Aun así, le pareció bien que pasara el día

con mi amiga. Él sabía que no era mi padre, no podía decirme qué debía hacer y qué no, de eso ya se había dado cuenta; pero también que podía aconsejarme cuando lo creyese oportuno, y ese día su consejo fue «Habla con tu amiga, se merece que se lo cuentes todo»

Y así hice. Pasamos el día hablando de mí, explicándole con detalle los días que Rajiv me tuvo atada a la cama, cómo conseguí llegar a mi móvil, cómo ingenié el plan con Akhila, mi viaje a Agra, todo.

Todo, menos la posibilidad de que estuviese embarazada, pero mi amiga, que era muy avispada, no pudo pasarlo por alto.

—Nena, dices que tu marido ha estado abusando de ti sin protección. ¿Y si...? Ya sabes.

—No lo quiero pensar, Anahí. Me atormenta demasiado. En pocos días debe bajarme el período, en ese momento ya lo pensaré, si es que no viene.

Solo la idea de estar embarazada me mortifica, querría morir si lo estuviera.

—Mujer, no es para tanto.

—Sí lo es. Ya me cuesta salir adelante con Carmen. Tener otro bebé ahora sería mi fin, y además sin un padre que nos ayude.

—Bueno, tú sabes que la tía Anahí estaría ahí para ayudarte.

—Gracias, eres una buena amiga. Siento no haber estado a la altura contigo y con Claudia, me costaba tanto abrirme a los demás... Por cierto, ¿tú crees que Mercedes me readmitirá en el taller? Me he quedado sin piso, si además me quedo sin trabajo no sé qué va a ser de mí.

—Seguro que sí. Mercedes lo está pasando muy mal, apenas va por el taller y cuando lo hace no sale de su despacho. Necesita otra mano para sacar la faena. Durante el último mes se le han quejado varios clientes por demora en los pedidos y parece que le dé igual.

—Pero, ¿qué es lo que le pasa? Ya estaba rara la última vez que la vi.

—Su hijo mayor se fue a vivir con su padre y el pequeño dice que cuando sea mayor hará lo mismo.

—¿Con el impresentable de su ex? ¿Por qué motivo? Mercedes parece una buena madre.

—Se ve que ahora el padre está ganando mucho dinero y les consiente todo a los niños. Está tirando por tierra la educación que Mercedes les dio a base de caprichos, de dejarles hacer lo que quieren, de no exigirles nada, y todo para que prefieran estar con él y hacerle daño a ella. Ese tipo no quiere a sus hijos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nunca se ha preocupado por ellos y porque la educación que les está dando no es la correcta. ¿Tú educarías así a tu hija?

—No, por supuesto que no.

—Por lo que cuenta Mercedes, en la casa de su ex no hay normas, comen y cenan comida basura siempre que quieren y no tienen horarios. No es una educación muy normal.

—No, no lo es. Lo siento mucho por ella.

Por la tarde, vino Claudia a vernos y tuve que volver a contarle todo una vez más. Ella también se lo merecía y Anahí me dijo que era una buena terapia para reafirmar lo que me había pasado e ir afrontándolo.

—Hay que hablar mucho, cielo. Cuéntalo las veces que sean necesarias, desahógate.

—Si a ti no te importa escucharlo de nuevo —expresé.

—A mí qué va. Habla, y cuando puedas, intenta hacerlo con Izan. Aunque te diga que no quiere, si tú le amas, insiste.

La miré y sonreí. Anahí era única, mi mejor amiga, incluso más de lo que lo fue en su día Nandita, y aunque mi corazón estaba roto, atisbé un poco de felicidad en mi interior. Tenía el amor de mi hija, de mi hermano, de mi cuñada, de mi sobrina, y el de mis amigas. No podía permitirme no ser feliz con tanta gente a mi alrededor apoyándome.

Quedé con ellas en que el lunes me presentaría en el taller para hablar con Mercedes, a ver si con un poco de suerte no estaba demasiado enfadada conmigo y me aceptaba de nuevo en la plantilla.

El fin de semana lo pasé en familia. Era maravilloso poder sentarme a la mesa con dos de mis hermanos y sus parejas, y aunque eso me provocó un poco de tristeza, pues me hubiese gustado que Izan estuviese a mi lado, pensé que debía disfrutar de la compañía de Devaduth mientras estuviesen en España porque cuando regresaran a Agra, quién sabe cuándo lo volvería a ver.

El domingo por la tarde, como no conseguía quitarme a Izan de la cabeza, se me escapó proponerles a mi cuñada Chameli y a Devaduth que él les podría ayudar a tener hijos. Mi hermano mayor había conocido a Izan en Agra y sabía que era ginecólogo, pero no le contó que trabajaba en una clínica de fertilidad, de la que era propietario su propio padre.

—Sería maravilloso poder tener nuestro hijo —dijo Chameli.

—Sí, lo sería, pero imagino que un doctor tan prestigioso debe de tener la agenda completa, ¿no crees? —habló mi hermano, sin querer hacerse demasiadas ilusiones.

—Si estáis dispuestos a ir, llamaré mañana temprano para ver cuándo os puede atender —expliqué, dando por hecho que hablaría con una secretaria, no con él directamente.

Esperanzados, empezaron a hablar del tiempo que llevaban intentándolo, de las veces que se habían hecho ilusiones y al final no había podido ser, de la envidia que no podían evitar sentir cuando veían los bebés de otros matrimonios. Mi hermano Bhadrak se ofreció a tenerles en su casa hasta que quisieran para que así no tuvieran prisa y pudieran cumplir todo lo que Izan les dijese. Eso, suponiendo que hubiera un hueco en la agenda y pudiera atenderles. Devaduth solo tendría que llamar de vez en cuando a su empresa para que le dijeran cómo iba todo, dar alguna que otra orden y despreocuparse, pues a veces los nervios impedían engendrar un bebé.

La mañana del lunes, cuando creí que el horario de atención de la clínica estaría en activo, llamé para pedir cita. Me sorprendió que me atendiera el mismo Arturo Vilanova. Reconocí su voz, pero no me atreví a decirle quién era yo. Le di los datos de mi cuñada y concreté la cita para ese mismo día. Fue una sorpresa, y cuando se lo dije a Chameli y se le iluminó el rostro, pensé que aunque tuviese que ver a Izan y sentir su mirada escalofriante sobre mí, merecería la pena. Quién sabe, quizás incluso me armaba de valor y me decidía a proponerle que hablásemos. Debía hacer caso a Anahí e insistir, le amaba y lucharía por él como lo había hecho para salir de las garras de mi esposo. Qué digo, lucharía todavía más, pues por el mismo amor luché contra Rajiv, y la lucha todavía no había terminado.

Sus ojos se clavaron en mí como cuchillos afilados, haciendo que me sintiera pequeña a su lado. Me armé de valor y le dije que estaba allí por mi hermano y mi cuñada, pero cuando me ofrecí a salir de la consulta y me dijo que me marchase, sentí que el mundo me pesaba más que nunca. Tenía la sensación de estar dando pasos hacia atrás, en lugar de acercarme a él me alejaba, y por más que intentara caminar hacia adelante, una fuerza oculta me echaba hacia atrás de nuevo, haciendo que cada vez viera más lejos al hombre que amaba.

Esperé fuera de la consulta, sentada porque las piernas me flaqueaban. Solo deseaba que a Chameli le fuera bien, que les ayudara. Lo que tuviese que pasar entre Izan y yo en ese momento no tenía importancia. Aun así, saber dónde estaba y a quién me podía encontrar hacía que agachara la cabeza para no ser reconocida; no era lo mismo hablar con su padre por teléfono, que verlo en persona.

Cuando por fin salieron, me acerqué a Izan, sin ni siquiera pensarlo, y le pedí que hablásemos. No ese día, podía ser cualquier otro, cuando él quisiera.

Si alguna vez me había querido, si alguno de los mensajes que me escribió cuando me estaba buscando eran ciertos, al final tendría que hablarme, o al menos dejar que yo lo hiciera, porque necesitaba contárselo todo. Aunque no me perdonase jamás, por lo menos él dejaría de sentirse tan mal consigo mismo, pues sabía por mi hermano que se sentía ridículo, y eso era lo último que deseé cuando me lo encontré aquel fatídico día en el aeropuerto.

Esa misma mañana, después de dejar a mi hermano en casa de Bhadrak, como sabía que Carmen estaba en buenas manos ya que mis hermanos se habían ofrecido a cuidar de ella hasta que empezara a ir de nuevo a la guardería, pasé por el taller de Mercedes, como les había prometido a mis compañeras. En cuanto subí, mi ex jefa se me abrazó fuertemente y yo hice lo mismo. Noté su empatía, su preocupación, y sentí que allí había encontrado un hogar. No era un trabajo en el que ganara demasiado dinero, pero tenía buenas compañeras, amigas, y me sentía bien tratada y querida.

—Hija mía, ¡lo que has tenido que pasar! —exclamó Mercedes, echando mi pelo hacia atrás con dulzura.

—¿Se lo habéis contado? —les pregunté a las chicas, que se habían levantado de sus respectivas máquinas y estaban de pie a nuestro lado.

—¿Qué querías que hiciésemos? Sabes que no podemos guardar secretos — contestó Anahí, encogiendo los hombros.

—No pasa nada, tampoco es que fuera ningún secreto —aseguré yo.

—Chica, si es que te metes en cada una... —bromeó Claudia.

—Ya, no sé cómo lo hago —y dirigiéndome a Mercedes—: ¿Y usted cómo está?

—¿Otra vez volvemos a las andadas? A mí tutéame que sabes que no me gusta parecer mayor —protestó.

—Bueno, pues ¿cómo estás?

—Se lo habéis contado, ¿verdad? —les preguntó a las chicas.

—Síiii —contestaron al unísono, y las cuatro empezamos a reír.

Mercedes miró su reloj de muñeca y se quitó la bata que solía llevar puesta en el taller para no llenarse de hilos su ropa de calle.

—Hora de comer. ¡Vamos chicas, hoy invito yo! —anunció, moviendo el brazo en dirección a la puerta.

—Oleeee, ¡la jefa se va a estirar! —bromeó Anahí. Mercedes se giró muy seria, y cuando consiguió que su empleada cortara su risa de cuajo, se carcajeó en su cara.

—Hale, te lo mereces —la regañó Claudia.

—Si es que no se puede decir nada, por el amor de dios —protestó Anahí.

Llevaba allí cinco minutos y ya habían empezado a meterse la una con la otra. Me encantaba verlas, porque bajo esa apariencia hostil entre ellas, se querían muchísimo.

Entramos en el bar que había justo debajo del taller, en el que solía tomar café con las chicas, o más bien lo hacíamos en la calle para que ellas pudieran fumar. Una vez acomodadas, pedimos la carta.

Estuvimos comiendo las cuatro, entre risas, y aunque Mercedes y yo ya sabíamos la historia de la otra, Anahí nos instó a que la contásemos de nuevo,

porque hablando nos sentiríamos mejor.

—Qué cansina eres, chica. Ya se lo dijiste ayer, Lali ya lo sabe.

—Da igual, si no se lo digo no lo hace, así que calla o te doy y... —levantó el brazo como si fuera a pegar a su amiga y la otra se encogió suplicando como una dama en apuros que no lo hiciese. Mercedes y yo rompimos a reír, olvidando por un momento nuestros problemas.

Una vez servido el postre, le pregunté a mi jefa si estaría dispuesta a admitirme de nuevo.

—Ah, ¿qué no habías venido con la intención de trabajar? Porque tu máquina te está esperando —contestó, haciendo que la tensión que llevaba días acumulada, desapareciese. Teniendo trabajo, pronto encontraría otro piso y recuperaría mi vida en la ciudad de la que nunca debí salir.

Esa tarde, antes de volver con mis hermanos, fui a hacer una visita a una mujer que me había ayudado mucho siempre y que suponía que también estaría muy preocupada por mí.

—Lali, ¿cómo tú por aquí? ¡Te hacía muy lejos, te vi en las noticias! —

exclamó la señora Hortensia, sorprendida, cuando me vio—. Pasa, pasa, no te quedes ahí. Ay niña, no sabes lo *desaboría* que es la nueva vecina.

—He vuelto para quedarme, pero me temo que tendré que buscar otro piso

—contesté mientras entraba en la casa de mi antigua vecina. Me causó cierta tristeza darme cuenta de que su piso era idéntico al mío pero todo al revés.

Añoraba mi casa por pequeña que fuese, mis primeros días de independencia, cómo me sentía de satisfecha conmigo misma, como si nada malo me pudiera pasar allí.

—Le di el carro de Carmen a tu hermano.

—Lo sé, está en su casa. Bueno, y yo también de momento.

—Pero cuéntame, ¿qué te pasó? Estuvimos todos tan preocupados... Y

luego lo que dijeron en la televisión, ¡no lo podía creer!

Una vez más, me dispuse a contar mi historia, y cada vez que lo hacía, más lejana me parecía. Era como si cada vez que la contara se fuera alejando, convirtiéndose en un mal sueño que un día tuve, algo ajeno a mi vida, y me daba cuenta de que Anahí, por mucho que me lo repitiera, hacía bien porque tenía toda la razón. Contarlo me beneficiaba, y pensaba hacerlo con todo aquel que me lo preguntase. Lo que me apenaba era no poder hacerlo con la persona que más ansiaba, pero tendría que tener paciencia y esperar a que estuviese preparado. No podía forzar las cosas, lo que tuviera que ocurrir, ocurriría quisiera yo o no, y confié en que los dioses me ayudasen.

Esa noche, cuando me dispuse para irme a la cama, sentí la entrepierna mojada. Corrí al cuarto de baño y al darme cuenta de que me acababa de bajar la regla rompí a llorar de felicidad, aliviada porque al menos una cosa me hubiese salido bien. El resto, yo misma trataría de solucionarlo, de una manera u otra.

39.UN MENSAJE

DESAFORTUNADO.

No podía quitarme las palabras de Lali de la cabeza: «Si alguna vez me quisiste, si en alguno de tus mensajes decías la verdad...». Me sentía cada vez más enojado conmigo mismo porque no había tenido el valor suficiente como para encararla y decirle que yo sí la había querido, que la seguía queriendo, cosa que dudaba que hubiese sentido ella. Sin embargo, sus ojos tristes cada vez que la tenía delante impedían que le reprochara cualquier cosa, que la juzgara o le gritara las palabras que mi cabeza luchaba por que salieran de mi boca.

Volví a centrarme en el trabajo, intentando no pensar en lo que me torturaba, y me llenó de felicidad saber que Isabel Acuña por fin se había quedado embarazada. Estaba tan contenta que me lo transmitió a mí, le di un fuerte abrazo y le aseguré que cuidaría de que todo saliese bien. De momento era muy pronto para saber si llevaba un bebé o más, porque acababa de hacerse la

prueba de embarazo y apenas estaba de unas semanas, pero le prometí que haría que viniese a mi consulta más a menudo de lo que sería en una gestación normal, y que si tenía problemas para pagarlo yo mismo me encargaría de decirle a mi padre que no le cobrase algunas consultas. Ella y su marido estaban tan agradecidos que me llegaron a decir que si tenían un hijo le llamarían Izan, y eso, aunque pareciese una tontería, me produjo una satisfacción y orgullo que me alegró el resto del día.

Al día siguiente, recibí la llamada de Devaduth porque yo mismo le pedí que lo hiciera cuando le llegara la menstruación a su mujer.

—Perdona que te llame a tu número personal, pero como nos pediste que te llamáramos cuando a mi mujer le viniera el período, me he tomado la libertad de hacerlo.

—No hay nada que perdonar, Devaduth. A ver, anota los días en los que quiero que tengáis relaciones sexuales.

Devaduth se quedó un poco confundido, aunque estaba al otro lado de la línea telefónica pude darme cuenta; pero lo anotó y no dijo nada. A continuación, le dije que le vería al mes siguiente, si Chameli no se había quedado embarazada este mes.

—Entonces ya puedes darme cita Izan, si en ocho años no lo hemos conseguido...

—Devaduth, por lo que pude darme cuenta, tu mujer no controla los días en los que le baja la regla. Creo que vuestro problema es muy sencillo, pero no quiero crearte ilusiones todavía. Tú haz lo que te he dicho y el mes que viene me cuentas.

—Gracias, Izan. Y... —Noté que dudaba sobre lo que iba a decir a continuación—. Por favor, habla con Lali. Lo vuestro también es muy sencillo de solucionar, solo tenéis que querer, y estoy seguro de que ambos queréis.

—Devaduth, te respeto mucho porque tanto tus padres como tu hermano Bhadrak me tratasteis muy bien en Agra, pero considero que no deberías

meterte donde no te llaman.

—Lo hago porque mi hermana lo es todo para mí, igual que lo es para Bhadrak. No sé si él te contó...

—Devaduth, no sé de qué me hablas, pero déjalo estar, ¿vale?

—Izan, mi hermana no soporta que los demás suframos por su culpa... Por eso hace tres años intentó suicidarse.

—¿Cómo dices? —Eso no me lo esperaba, y de pronto una nueva sensación se instaló en mi estómago. ¿Y si volvía a intentarlo? Cuando alguien tenía pensamientos suicidas, era común que volvieran en momentos de ansiedad o bajón.

—Cuando Lali estaba con Rajiv, él la menospreciaba y exigía dinero a mis padres por ella en concepto de dote. Como nuestros padres llegó un momento en el que se quedaron sin dinero, comprometieron a Bhadrak con una joven hindú para que con el dinero que recibieran de ella, pagar a Rajiv lo que les pedía. Entonces llegó Laura, Bhadrak se enamoró, y Lali quiso quitarse de en medio para que nuestro hermano no tuviera que casarse con Kamna.

¿Entiendes ahora lo que Lali es capaz de llegar a hacer por la familia? En este caso ha sacrificado el amor que siente hacia ti por nuestros padres. Mi madre estaba profundamente deprimida por las calumnias que Rajiv iba diciendo de nosotros y ella fue hasta Agra haciéndose pasar por una esposa fiel para conseguir dejar mal a su esposo y salir libre de culpa.

—Devaduth, no sé qué decir al respecto. Yo... —No sabía qué pensar, estaba demasiado confundido. Por un lado, pensar en la posibilidad de que Lali acabara con su vida me mataba, no podría sobrevivir en un mundo en el que ella no estuviese; por otro, seguía sintiéndome enfadado, humillado, ridículo.

Pero si lo que su hermano me acababa de contar era cierto, necesitaba saber qué había hecho Lali para conseguir que su honor quedara impune y el de su marido por los suelos.

—No hace falta que me digas nada a mí —dijo él, al ver que yo callaba—.

Solo te lo he contado para que entiendas a Lali. Por favor, habla con ella.

Ambos necesitáis hacerlo.

—Lo pensaré —Fue lo único que pude decirle, antes de colgar el teléfono.

Antes de bloquear el móvil, vi que tenía un mensaje de mi madre. A punto estuve de no leerlo, pero la curiosidad me venció. ¿Qué querría esta vez? ¿Es que no entendía lo que quería decir al pedirle que me dejase en paz?

«Izan, tengo algo que darte. ¿Puedo pasar a mediodía por la clínica? Me gustaría invitarte a comer»

Vaya, qué milagro ella invitando. Ignoré su mensaje y seguí pasando consulta, demasiado me había entretenido esa mañana con la llamada de Devaduth.

Media hora después, mi móvil sonaba en mi bolsillo y cuando lo saqué a desgana pensando que sería de nuevo mi madre dando por culo, vi que se trataba de un teléfono público, pues era un número muy largo. Pedí disculpas a la paciente que tenía delante y contesté:

—¿Diga? —pregunté, intranquilo ya que este tipo de llamadas no solían ser para nada bueno.

—¿Izan Vilanova? —Escuché que preguntaba una mujer al otro lado del aparato.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Le llamo del Hospital General, su madre acaba de sufrir un accidente y usted es su número de contacto.

—¿Mi madre? ¿Qué le ha pasado? —pregunté poniéndome en pie para coger la chaqueta y salir de la consulta. Hice una seña a la paciente pidiéndole que esperara y ella asintió con la cabeza, preocupada porque estaba escuchando la conversación.

—La ha atropellado un coche. Está muy grave.

—Está bien, dígame en qué habitación está y voy para allá enseguida.

—Señor, su madre está en la UCI, hasta las tres de la tarde no puede recibir visitas, pero he creído oportuno llamarle ya para que supiera lo que ha pasado.

—Muy bien. Gracias —Colgué y le expliqué a la paciente que tenía que salir pero haría que mi padre terminara de tratarla. Ella me dijo que no me preocupase y que si mi padre quería acompañarme al hospital, lo entendería y volvería otro día—. Mi padre no creo que venga conmigo, no se preocupe.

Busqué a mi padre en su despacho y lo encontré de cara al ordenador.

Debió notarme en la cara que algo había pasado porque lo primero que pronunció fue el nombre de Amanda, creyente de que solo me pondría así si se trataba de mi hija.

—No, Alicia. Me acaban de llamar del hospital, le ha atropellado un coche

—contesté. Mi padre se puso en pie, alarmado ante la noticia—. Necesito que atiendas a la señora Inma Serrano, está en mi consulta.

—De acuerdo hijo, tenme informado.

—Gracias, papá. Y oye, no le digas nada a Esther, cuando vea cómo está el tema yo la llamaré.

—Está bien, hijo. Sé fuerte.

Salí de allí nervioso. Hacía tan poco que mi madre me había mandado un mensaje, que no pude evitar echarme la culpa porque no le había contestado y por lo que había pensado de ella.

Llegué al hospital y me dirigí a la UCI, donde una enfermera me atendió y me dirigió a un cristal desde el que podría ver a mi madre hasta la hora de visita. Me sorprendió verla tan frágil, entubada por todas partes, inconsciente, como si de una niña se tratase. Ella, que siempre había vivido por y para tener

siempre un buen aspecto, que se cuidaba más que nadie, que no soportaba el paso de los años y lo disimulaba a base de botox y operaciones estéticas. Sentí pena por ella.

Salió un médico y me explicó que su estado era muy grave, con pocas posibilidades de que sobreviviera. Al parecer había cruzado la calle escribiendo algo en el móvil, o al menos eso era lo que habían declarado algunos testigos que vieron cómo había pasado todo, y no vio que justo en ese momento pasaba un coche a gran velocidad. El conductor del vehículo se había dado a la fuga, seguramente asustado por lo que acababa de hacer, y me aseguró que darían con él y se llevaría su merecido. Eso era lo que menos me importaba en ese momento, pero asentí y le di las gracias.

El médico me tendió su bolso con sus objetos personales y me dijo que a las tres podría pasar a verla.

—Aunque no lo creas, si le hablas ella te escuchará. Dile lo que sientes, y te aconsejo que te despidas de ella, porque las esperanzas de salvar su vida son escasas. Se ha dado un golpe tan fuerte en la cabeza que tiene demasiadas fracturas muy graves, ha perdido mucha sangre y no creo que podamos hacer mucho por ella.

—Pero, ¿no la pueden operar?

—La operación es de alto riesgo, en casos como el de tu madre no se aconseja, porque las probabilidades de que salga bien son nulas. Si no se regenera el hueso por sí solo, no habrá nada que hacer.

—Pero, si ha de morir igualmente, ¿qué importa asumir el riesgo de la operación? —pregunté cabreado ante la impotencia que sentía al ver que el médico no estaba dispuesto a asumir riesgos.

—Créame señor, sufrimos mucho cuando se nos va un paciente en el quirófano.

—¿Y no lo sufren más si se va sin que hayan hecho nada?

—Señor Vilanova, le aconsejo que vaya asumiendo lo que va a pasar. Sé que es duro pero he de serle sincero.

El médico se fue y yo me quedé apoyado sobre el frío cristal, viendo cómo se iba la vida de mi madre delante de mí y sin que pudiera hacer nada. Una vez un poco más tranquilo, llamé a mi hermana y le expliqué lo que había pasado, sin contarle que la vida de nuestra madre pendía de un hilo. Ella rompió a llorar y me aseguró que vendría inmediatamente.

Media hora después, Esther aparecía por la UCI con los ojos hinchados.

—¿Cómo está? —me preguntó en cuanto llegó a mí.

—Muy mal, hermana. El médico no cree que sobreviva.

—Dios, ¿en qué estaría pensando esta mujer? —La noté enfadada, pero a diferencia de su enojo habitual con ella por su modo de comportarse con nosotros, esta vez su enfado era por haber sido una inconsciente y haberse dejado atropellar.

Entonces, volví a recordar que poco antes de su atropello me había mandado un mensaje, y lo que el médico me había contado de lo que habían dicho los testigos. Saqué su móvil de su bolso con cierto sentimiento de culpa porque tenía la sensación de estar invadiendo su intimidad, y busqué en el whatsapp los mensajes que me había mandado a mí. Ahí estaba el mensaje que me estaba escribiendo cuando la atropellaron y que no me había podido llegar a enviar.

«Izan, me duele mucho el comportamiento que estás teniendo hacia mí estas últimas semanas, apenas te reconozco. Sé que no he sido una buena madre pero siempre he estado tranquila porque como te dije, sabía que al menos tu padre te había educado bien y habías sabido ser un buen hijo. No he entregado el dinero que me diste por una sencilla razón, que sé que te hará enfadar, pero que necesito decirte porque quiero recuperar a mi niño pequeño.

Te mentí en lo referente al motivo por el que quería el dinero, ni me lié con nadie ni había nadie chantajeándome porque la cruda verdad es que no hay nadie que me quiera; solo quería el dinero para mí, porque sabía que me lo

darías, pero quiero devolvértelo porque me hace sufrir tu indiferencia. He llegado al límite y prefiero tenerte en mi vida, aunque yo no suela estar en la tuya. A pesar de todo te». Y ahí terminó el largo mensaje que me estaba escribiendo cuando la atropelló el coche. ¿Te qué? ¿Acaso después de tantos años de indiferencia justo el día de su muerte iba a decirme que me quería? ¿Se podía ser más desdichado?

Entregué el móvil a mi hermana para que lo leyera y vi cómo le caían las lágrimas al hacerlo. Mientras lo hacía, miré dentro del bolso y vi que había un sobre alargado. Lo saqué y comprobé que allí estaban los dos mil euros que unas semanas atrás le había dado a mi madre.

—Al menos cuando te pedía dinero podías tener algún tipo de contacto con ella, yo hace años que no hablaba con nuestra madre —se lamentó Esther.

—No te juzgues, hermana. Ella sabía que no lo había hecho bien. Ahora ya no podemos hacer nada por cambiar las cosas. Ni nosotros, ni ella —traté de consolarla.

A las tres en punto, dieron permiso a las visitas para que entrásemos a ver a nuestros seres queridos, de uno en uno.

—Ve tú primero —dijo Esther.

Me puse la bata que una enfermera me dio para poder acceder a la UCI y me acerqué a la cama en la que yacía mi madre. Le cogí una mano y la observé. Tenía ganas de llorar pero era incapaz de hacerlo. Solo sentía rabia por no haberle contestado esa mañana, por no haberle cogido el teléfono las últimas semanas ante su insistencia por hablar conmigo. Pero como le había dicho a mi hermana, ya nada podía hacer para cambiar las cosas, así que lo único que me quedaba era hablarle, como me había aconsejado el doctor que hiciera.

—Mamá, te perdono —dije, dándome cuenta de que hacía años que no la llamaba así—. A pesar de todo, yo también te quiero. Perdóname tú también a mí, ¿vale?

Le acaricié su larga melena rubia y le di un beso en la frente. Volví a decirle que la quería y salí de allí para que pudiese entrar Esther.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté, cuando salió de la unidad de cuidados intensivos.

—No lo sé, Izan. Tengo que ir a recoger a Pablo y a Jorge del colegio, pero necesito estar aquí por lo que pueda pasar.

—¿No hay nadie que pueda recogerlos? —pregunté, sabiendo que la única persona que teníamos para ayudarnos era nuestro padre, y mi ausencia en la clínica había hecho que él tuviese que pasar consulta a mis pacientes además de a las suyas.

—Puedo pedírselo a una amiga.

—Pues hazlo. Aunque nuestra madre no se entera de nada, nosotros estaremos tranquilos sabiendo que ella nos tuvo a su lado hasta el final.

Hicimos turnos para bajar a la cafetería del hospital a por bocadillos y nos los comimos delante del cristal que nos separaba de nuestra madre. Nuestro padre nos llamó para interesarse por el estado de Alicia y cuando le conté cómo estaba, se produjo el silencio.

—Quedaos con ella, sois los mejores hijos que una madre podría tener —

Me llenaron de orgullo sus palabras, pero la tristeza me invadió al saber que ella nunca sabría que habíamos estado acompañándola hasta el último momento. Al menos, si era verdad que me había escuchado, sabría que le había perdonado, que la quería, y podría morir en paz.

Sobre las siete de la tarde, su máquina empezó a pitar y vimos cómo cerraban las cortinas para que no supiésemos qué estaba pasando allí dentro.

Los dos nos cogimos de la mano, apretándola con todas nuestras fuerzas por el dolor que estábamos sintiendo. Unos largos minutos después, salió el doctor y nos comunicó que nuestra madre había fallecido.

Esther se abrazó a mí y lloró desconsoladamente. Yo, quise ser fuerte, pero por fin las lágrimas salieron de mis ojos y pude desahogarme. Había perdido a la primera mujer que me había hecho sentir rencor hacia el género femenino

justo en el momento en el que pretendía enmendarse, y aunque me sentía totalmente abatido, en el fondo de mi corazón había consuelo. Tal vez no estuviera todo perdido, tal vez debía olvidar y perdonar, tal vez no debiera juzgar a las mujeres antes de saber.

Ante tantas dudas, había algo que tenía muy claro: sin mi madre podría vivir, hacía años que lo estaba haciendo pero, sin Lali no podría.

40.TE AMO MÁS QUE A MI VIDA.

Estaba en la máquina cosiendo el último jersey del día cuando el móvil de Anahí sonó, y tras descolgar con un saludo dicharachero como ella solía hacer, se quedó petrificada en el suelo. Noté cómo intentaba hablar pero las palabras no salían de su boca.

—Esther, lo siento tanto... ¿A qué hora se puede ir al tanatorio?

Me levanté de golpe de la máquina y me acerqué hasta ella, con todo mi cuerpo temblando y a punto de llorar ante la posibilidad de que a Izan le hubiese pasado algo. No podría vivir sin él. Aunque no lo tuviese en mi vida, saber que estaba en este mundo era motivo suficiente para levantarme cada mañana, y si él desapareciera no sabía qué sería de mi vida.

Cuando colgó, sentí un nudo en la garganta al ver cómo le caían las lágrimas a Anahí.

—¿Qué... qué ha pasado? —logré preguntar.

—La madre de Esther e Izan ha muerto.

Sentí un gran alivio al saber que Izan estaba bien, dentro de lo que cabe claro, porque acababa de perder a su madre e imaginé que debía de estar hecho polvo; y al mismo tiempo sentí culpa, una persona había fallecido y yo me aliviaba de que no hubiese sido el hombre al que amaba.

—Oh, cuánto lo siento.

Ambas estábamos de pie, preocupadas, y Claudia, que acababa de llegar del

cuarto de baño, al vernos no se dio cuenta de nuestro estado de ánimo y bromeó con que dejáramos de cuchichear y volviésemos a terminar nuestro trabajo.

—Acaba de fallecer la madre de Izan —le explicó Anahí.

—Joder, ¿qué ha pasado? —Ni siquiera yo me había molestado en preguntar, era tan grave tan solo saber que el hombre que amaba había perdido a su madre que el modo en el que hubiera pasado era lo menos importante en ese momento para mí.

—Esta mañana la ha atropellado un coche. Los médicos no han podido hacer nada para salvarla —explicó mi compañera.

—¿Cuándo podemos ir al tanatorio? —pregunté, ya que había escuchado cómo ella se lo preguntaba a Esther.

—Dentro de una hora más o menos ya estarán allí. Mañana será la incineración.

Como eran más de las siete y no nos habíamos ido de allí, Mercedes salió de su despacho y nos preguntó qué hacíamos todavía en el taller. Le contamos lo ocurrido y le pedimos permiso para que al día siguiente pudiésemos ir a la incineración de la madre de su amiga. Como ya imaginábamos, Mercedes no puso objeción alguna y nos despedimos de ella hasta el día siguiente.

—¿Qué hacemos hasta la hora? ¿Te apetece tomar algo? —me preguntó Anahí.

—Sí, pero antes debo llamar a mi hermano para que no se preocupe por mí.

—Lali, eres una mujer adulta, tu hermano entenderá que...

—Anahí, están cuidando de mi hija hasta que le encuentre otra guardería porque a la que iba la rechazaron tras el escándalo de la televisión, y después de lo que me pasó, entiende que mi hermano ahora se preocupe mucho más de lo que lo hacía antes —le reproché a mi amiga. Estaba tan nerviosa y preocupada por Izan que no podía evitar que saliera un malgenio poco habitual en mí.

Bhadrak se quedó de piedra cuando le conté lo que había sucedido. Me dijo que esa misma mañana Devaduth había hablado con Izan y no había pasado nada. Era increíble la rapidez con la que sucedían las cosas en la vida. Uno podía pasar de ser inmensamente feliz a una tristeza absoluta en cuestión de un segundo, porque el destino era indescifrable y habían cosas que pasaban tan rápido que apenas te daba tiempo a reaccionar. Imaginé que Izan estaría en shock, y por un momento temí que me rechazara cuando fuera a darle el pésame, pero no me importó. Necesitaba estar con él en un momento así, y recé a Brahma porque él tuviera consideración conmigo.

Me tomé una tila con Anahí, hablando de la madre de Esther, recordando lo que su amiga le había contado tantas veces de ella, los años que llevaban sin hablarse, lo mal que debía de estar pasándolo porque se había ido sin poder despedirse, o eso era lo que suponíamos.

Una hora después, las dos entrábamos en el tanatorio de Valencia cogidas de la mano. A la primera que vimos fue a Esther, quien se abrazó a su amiga y yo me separé un poco para darles espacio. Entonces fue cuando le vi apoyado sobre el cristal desde el que se podía ver el ataúd de su madre. Me acerqué hasta él, temblando, y le cogí de un brazo para que se diera cuenta de que estaba allí.

—Izan.

Se giró hacia mí y ver sus ojos hinchados hizo que se me partiera el corazón. Las lágrimas ante su tristeza salieron de mis ojos y olvidé el temor a que me dijera cualquier comentario desafortunado cuando me vi arropada por sus brazos, porque me agarró fuerte como si mi cuerpo formara parte del suyo.

Permanecimos abrazados durante mucho rato. Me sentía en casa, protegida, amada, no quería salir de allí. Solo interrumpimos ese momento ante la llegada de un familiar que se acercó a darle el pésame a Izan. Yo no le había dicho nada aún, pero sentí que no hacía falta. Mi presencia allí y ese abrazo había significado más que todas las palabras de consuelo que le pudiera decir, y me sentí agradecida hacia él. No sabía si me había perdonado, si esto significaba algo más entre nosotros, pero tampoco quería pensar en ello. Izan me cogió la mano y saber que necesitaba mi compañía me hizo sentir más viva

que nunca.

Cuando su familiar se fue, le miré a los ojos y le pedí perdón.

—Sssshhh, no digas nada ahora, ya hablaremos —susurró.

—Gracias Izan. Siento mucho lo de tu madre.

—Lo sé. No te preocupes por mí, ¿vale? Estoy bien.

—¿Estás seguro?

—Sí. Mi madre descansa en paz, con su conciencia tranquila, y con eso es con lo que me quedo.

Volví a abrazarle porque no había nada más que me apeteciera en el mundo. Sentir sus brazos rodeando mi cuerpo, oler su suave perfume, sentir su incipiente barba rascándome el cuello. Todo en él me hacía sentir bien, lo amaba más que a mi vida y tenía que demostrárselo en cuanto pudiera.

No paró de llegar gente durante más de dos horas, y en todo ese tiempo Izan no soltó mi mano. A algunos familiares me los presentó, otros le dieron un abrazo y se fueron de allí sin más, y yo sentí que a él toda esa gente le daba igual; me tenía a mí y con eso se conformaba.

Cuando su padre se nos acercó, me miró de una manera tan cariñosa que a pesar del momento que estábamos viviendo, sentí tal regocijo que creí que no se podía ser más feliz. Pero sí se podía. Sería completamente feliz cuando escuchara de la boca de Izan que me había perdonado por lo que le hice, y cuando me dejara decirle cuánto le amaba.

Me sorprendió ver entrar a mi hermano en la sala del tanatorio en la que nos hallábamos. Se dirigió a nosotros, junto con Laura, y el abrazo que se dieron, más fuerte que muchos de los que le había dado a miembros de su

familia, me dio a entender que formábamos parte de su vida, y que esa parte era importante.

—Laura, ¿y las nenas?

—Se han quedado con Chameli y Devaduth. Están bien, no te preocupes —
respondió mi cuñada.

Después de ese tierno abrazo, mi hermano le dio el pésame a Izan y le preguntó quién era su hermana. Cuando la localizó, él y su mujer se acercaron para hablar con ella. Nos quedamos solos de nuevo Izan y yo, y a pesar de que ninguno hablaba, sabíamos que estaban ocurriendo muchas cosas entre nosotros en ese momento.

—Lali, no me apetece pasar la noche solo. ¿Te importaría venir a mi casa a dormir? —me preguntó, preocupado por cuál podría ser mi reacción.

—No Izan, estaré contigo siempre que me necesites. Pero si no te importa, no he visto a Carmen en todo el día, me gustaría pasar por casa de mi hermano a darle un beso y a coger ropa limpia para mañana.

—Claro que no me importa, así de paso la veré yo también —Me alegró tanto su respuesta que no pude evitar auparme un poco para llegar a su altura y darle un beso en los labios. No me importó si en ese momento estaba fuera de lugar o no, necesitaba hacerlo y actué por impulso. Izan, me miró y sonrió. De nuevo cogió mi mano y me llevó con él hasta donde se hallaban nuestros hermanos.

—Esther, yo me voy a marchar ya. Voy a llevar a Lali a casa de su hermano a por ropa para que pueda pasar la noche conmigo.

Temí que Bhadrak reaccionara mal ante su comentario, pero al contrario, sonrió y asintió con la cabeza, dándome a entender que se alegraba de que hubiésemos arreglado nuestros problemas. Yo no tenía muy claro si era así o no, pero lo que más deseaba en el mundo era estar con él. Lo que tuviera que pasar más adelante ya se vería, pero esa noche me requería y yo no pensaba decirle que no a nada nunca más.

De camino a la casa de Bhadrak, Izan me contó los últimos contactos que había tenido con su madre, el dinero que le pidió y que trataba de devolverle, y que por primera vez en su vida había reconocido que había hecho mal. Le daba pena pensar que su madre no era consciente de que él había leído el mensaje que no le llegó a mandar, el que le provocó la muerte, pero él,

momentos antes de que se le acabara la vida, le había concedido el perdón y le había dicho que la quería, y esperaba que le hubiese escuchado y se hubiese ido al otro mundo tranquila.

En su casa, yo le conté por todo lo que había pasado desde que Rajiv me secuestró. Sé que trataba de buscar su perdón en cada palabra que salía de mi boca, pero no me excusé ante lo que hice. Le conté los motivos, cómo me había sentido y lo que tuve que hacer para que Rajiv no sospechase de mí, las veces que me entregué a él, el miedo que pasé al pensar que me podía quedar en estado, todo. Él me miraba con cariño sin decir nada, notaba cómo se mordía los labios en ocasiones, aguantando las ganas de decir algo, y cómo sus ojos iban dejando de ser tan fríos y me iban reconfortando poco a poco.

—Izan, yo... La noche de tu cumpleaños...

—No Lali, olvida esa noche, ¿vale? Siento mucho lo que te pasó después por culpa de eso y...

—No Izan, no te sientas culpable por nada, por favor. El único culpable de lo que me pasó fue Rajiv, y ya está pagándolo viéndose deshonrado por su propia culpa. Pero yo sí necesito decirte algo respecto a ese día.

—Está bien, dime.

—No quise acostarme contigo porque nunca he disfrutado del sexo, porque para mí es algo doloroso y me asusté al pensar que fuera igual contigo.

—Entonces, ¿lo de que te sentías adúltera no era cierto?

—En parte también era así, pero no fue solo por eso. Lo más importante fue que me daba mucho miedo que al acostarme contigo toda la magia que había entre nosotros desapareciese al sentir ese dolor que me provoca tener relaciones sexuales.

—Ay, mi dulce hindú, qué equivocada estabas. Yo te habría hecho ver las estrellas, te habría dado el mayor placer que hubieras sentido en tu vida. No habrías sentido dolor sino todo lo contrario, mi bella.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Porque cuando una persona está enamorada, solo quiere dar placer a la otra, y me hubiese dedicado en cuerpo y alma a concedértelo.

—Izan, lo siento tanto... Y lo de tu madre, me da tanta pena por ti.

—Amor, mi madre nunca estuvo en mi vida. Sé que puedo vivir sin ella, porque es lo que he hecho siempre. No te voy a decir que no me sienta mal por su muerte, pero lo que ha pasado me ha hecho darme cuenta de que sin ti no podría vivir.

—Ay Izan, yo sin ti tampoco. Te amo más que a mi vida, te amo más que a nada.

—Y yo a ti, mi amor. En cuanto dejes de estar con la regla, voy a hacer que la magia que un día creíste haber entre nosotros, no sea nada en comparación con lo que te haré sentir.

Una semana después de la muerte de Alicia, parecía que todo hubiese vuelto a la normalidad. Había encontrado una guardería para Carmen, volvía a trabajar en el taller de Mercedes, Izan venía a recogerme todos los días y me llevaba a casa de mi hermano después de que juntos tomásemos algo en cualquier cafetería, Amanda estaba feliz porque tenía una madre que se preocupaba por ella y veía a su padre contento con la que podría ser según ella

“otra marre”, y yo me sentía francamente bien porque Izan me había perdonado y en cierto modo había recuperado mi vida en Valencia. Solo me faltaba encontrar un piso en el que vivir, porque seguía pensando que no quería estar a expensas de mi hermano.

Llegado el fin de semana, Amanda se fue con su madre y yo me ofrecí a hacer compañía a mi novio en su casa. Ya no me asustaba quedarme a solas con él, y cuando me propuso que dejara a Carmen con mis hermanos porque le apetecía llevarme al cine le dije que sí encantada. Sabía que era una buena madre, lo daba todo por mi hija, y que de vez en cuando la dejara con un familiar que la quería como si fuera su propia hija, no me hacía peor madre.

Empezaba a asumirlo, a darme cuenta de que había que disfrutar la vida, que aunque creyese en la reencarnación, no por eso debía desaprovechar la vida que los dioses me estaban dando en ese momento, y di gracias porque había conseguido lo que casi ninguna mujer hindú conseguía en mi país, podía estar con el hombre al que amaba.

Me di cuenta de que todavía no le había contado a Izan que habíamos firmado el divorcio y que era una mujer libre. Me centré tanto en hablarle de sentimientos que ese último momento en el que mi padre tuvo la fuerza necesaria para encararse a Rajiv y conseguirlo, se me había pasado por alto.

Esa noche sería perfecta para decírselo, cuando estuviésemos a solas en su cama.

Había dormido con él la noche de la muerte de su madre, sentir sus brazos me hizo dormir con una tranquilidad que jamás había sentido, su calor me reconfortaba tanto que no me hubiese movido de allí jamás. En resumen, había sido maravilloso, y me morías de ganas de repetirlo.

Después del cine, llegamos a su casa y me eché encima de él para devorar su boca como hacía días que deseaba hacer. Después del beso que le di en el tanatorio, tampoco habíamos vuelto a besarnos, y aunque sabía que íbamos

hacia adelante, sentía que habíamos retrocedido desde la última vez que estuvimos juntos y eso me estaba matando. Él, correspondió a mi beso con tanta fuerza que sentí que sus labios me desgarraban. Sentí la rabia por todo lo que había pasado entre nosotros en aquel beso, la nostalgia, la pasión y el amor que me profesaba. Fue increíble, nunca nos habíamos besado así, y sin separar mis labios de los suyos, me di cuenta de que me tenía cogida en volandas, y que poco a poco me estaba llevando a su habitación.

—Lali, te voy a hacer ver las estrellas. ¿Me dejas? —susurró en mi oído, haciendo que todo mi cuerpo se estremeciera.

—Soy tuya Izan. Haz conmigo lo que quieras.

Y así lo hizo. Me hizo el amor con tanta dulzura y pasión, que mi cuerpo no dejó de gozar en todo momento. Cada milímetro de mi cuerpo que sus manos

tocaban, vibraba ante su contacto, sentirle dentro de mí no solo no me dolió sino que me provocó el mayor placer que había sentido en mi vida. Sus movimientos, su forma de tratarme, todo era tan diferente a lo que yo había vivido con mi ex marido, que me dio pena que por mis creencias y mis miedos hubiésemos dejado pasar tanto tiempo. Tenía muy claro que a partir de ese día recuperaríamos lo que habíamos perdido, ahora sabía que cuando había amor todo estaba permitido, que el sexo era maravilloso y que con Izan nunca nada malo me pasaría, pues la forma en la que me trataba me hacía sentir bella, especial, amada, y eso era todo lo que le podía pedir a la vida.

—Espero que ahora no te sientas una mujer adúltera –bromeó Izan, tumbados desnudos sobre su cama, después de darnos una relajante ducha.

—No podría aunque mis creencias siguieran formando parte de mí.

—¿Y eso?

—Porque soy una mujer libre, Izan. Mi padre hizo que Rajiv firmara el divorcio que tú llevaste hasta Agra.

—Lali, no sabes lo feliz que me hace saber eso. Ay, mi dulce hindú, ¿te guardas algún secreto más bajo la manga?

—Ninguno, a no ser que no decirte que tenías razón en cuanto al sexo lo consideres como uno.

—Entonces, ¿has visto las estrellas?

—He visto las estrellas y todas las constelaciones, mi amor.

—Te amo, mi dulce hindú.

—Y yo a ti más, mi ginecólogo sexy.

—¿Eing? –Izan enarcó una ceja y como me reí de él, empezó a hacerme cosquillas de tal forma que empecé a darle patadas para defenderme.

—Basta, basta –grité.

Izan se colocó encima de mí, me miró a los ojos clavando esas pupilas azules que ya no me hacían sentir frío, y lo hizo con tanta ternura que mi corazón empezó a palpar fuertemente, como siempre que me sentía tan extremadamente feliz a su lado.

—Mira cómo me pones —dijo, haciendo que notara cómo había crecido su miembro en su entrepierna.

—Mira cómo me pones tú a mí —Cogí su mano y la coloqué sobre mi corazón, para que sintiese lo que yo estaba soportando solo por estar con él—.

¿Todavía crees que tú me amas más a mí que yo a ti? Izan, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. No sabía lo que era el amor hasta que te conocí.

—Créeme, Lali, yo tampoco lo sabía.

Nos fundimos en un amoroso beso que desencadenó en caricias y acabamos haciendo el amor de nuevo, y si la primera vez pude ver las estrellas, la segunda creí que moriría de tanto placer.

EPÍLOGO:

El timbre sonó y me miré en el espejo para comprobar que tenía una imagen decente antes de abrir. Estaba nerviosa. Hacía casi cuatro años que no veía a mis padres y quería que me vieran guapa, radiante más bien, pues la nueva maternidad me había sentado de maravilla y era más feliz de lo que lo había sido nunca.

Abrí la puerta y esperé apoyada en el marco, con mi hijo Isaac en brazos, a que subieran. Sabía que también venían mis hermanos, y me moría de ganas de conocer a Harshita, la hija de Chameli y Devaduth, que ya tenía tres años. Al parecer, el único problema que tenían era que mi cuñada no sabía los días de ovulación porque no acostumbraba a controlar sus menstruaciones, y en ocho años no dió la casualidad de que tuvieran relaciones sexuales justo en esos días. Cuando Izan se dio cuenta de que Chameli no era consciente de eso, sospechó que su problema era así de sencillo, les dijo los días en los que debían hacer el amor, y el primer mes engendraron a mi sobrina.

También venían mi hermana Vanita con su esposo Ajay, mi hermano Raman con su mujer Kamini, y Tej, con su mujer Sahana. Era un viaje demasiado costoso para toda la familia, pero no venían a España desde la boda de Bhadrak y mi hermano se empeñó en pagarles a todos el viaje, ya que estaba ganando una fortuna con la última novela que había escrito desde que se dio a conocer entre sus lectoras.

A la primera que abracé en cuanto vi que salió del ascensor fue a mi madre.

Aunque en los últimos años me había convertido en la mano derecha de Mercedes y me trataba como a una hija, echaba muchísimo de menos a mi verdadera madre y solo me consolaba saber que desde que estuve en Agra y Rajiv dejó de hablar mal de nosotros, mi madre había vuelto a la vida. Hablaba a menudo por teléfono con ella, pero no era lo mismo. Necesitaba sentir su piel, su olor a madre, ese que nos reconforta tanto cuando estamos entre sus brazos porque pensamos que ahí nada malo nos puede pasar.

Estábamos de celebración, mi hijo Isaac cumplía su primer añito e iba a ser un cumpleaños por todo lo alto. Ya que nuestra boda tuvo que ser sencilla, solo entre los hermanos y el padre de Izan, porque habíamos decidido ser padres y yo todavía me debía a mis costumbres y necesitaba estar casada para sentir que estaba haciendo bien las cosas; Bhadrak se empeñó en que en compensación, el

primer cumpleaños de Isaac sería especial.

Cuando supe que estaba embarazada de Izan creí que no se podía ser más feliz. Llevábamos más de un año juntos, nos amábamos sobre todas las cosas, y saber que además de las hijas que ambos teníamos y que convivían como hermanas, pues desde que me quedé sin piso y volví con Izan, empezó a convencerme de que viviera con él argumentando que si deseábamos pasar todo el tiempo juntos, era absurdo que viviéramos separados y yo tuviera que pagar un alquiler; era lo más bonito que nos podía pasar. Fruto de un amor puro, cuando supimos que tendríamos un hijo varón empezamos a buscar nombres. A mí en realidad me daba igual cómo sonaran, lo que me importaba era el significado que tuviera, y al final nos decantamos por Isaac, porque quería decir hijo de la alegría, y qué mejor forma de definir lo que él era para nosotros. La felicidad al completo, una familia que se convertiría en numerosa

con su llegada y que cada día nos regalaba una dicha que jamás creí que sería posible.

Cuando salió Chameli con la pequeña en brazos, porque el ascensor iba lleno y la había cogido para que no la ahogaran entre todos, se me saltaron las lágrimas de la emoción. Harshita (alegría), era una niña preciosa, con unos enormes ojos negros, el pelo castaño oscuro y los rasgos tan marcados como los de su padre. De entre todos los hermanos, Devaduth era el que más se parecía a Bhadrak, y ambos llamaban la atención por sus rasgos marcados, sus labios grandes y carnosos, y la gran cantidad de pelo negro que poblaba sus cabezas.

No pude parar de llorar mientras abrazaba a toda mi familia, que subieron en dos turnos porque no cabían en el ascensor. En mi piso, Izan los recibió con los brazos abiertos y emocionado; recordaba su estancia en Agra y estaba impaciente por devolverles la hospitalidad con la que fue tratado.

Me metí en la cocina a organizar, pues aunque Izan había insistido en que contratásemos a alguien para prepararlo todo, yo no quise porque me apetecía ser una buena anfitriona y poder decir que me había esforzado y había preparado delicias para toda mi familia y amigos.

A continuación llegaron Arturo, con su mujer Almudena y su hija Ruth. A la joven la conocí cuando mi relación con Izan se convirtió en algo serio, algo que no ocultábamos, que no me daba miedo y que vivía como cualquier pareja.

Nos caímos muy bien enseguida y nos hicimos buenas amigas. Ella, tenía la misma edad que yo, pero su vida era muy diferente a la mía. En aquel momento estaba terminando de estudiar la carrera y los sábados iba a ayudar

en la clínica cuidando a los niños en la ludoteca que había para que las madres pudieran dejar a sus hijos e ir a la consulta tranquilas. Cuando terminó la carrera, se dedicó a buscar trabajo y a opositar y así llevaba haciendo los últimos años, trabajando en lo que le salía, sin llegar a ser ningún trabajo ni serio ni estable, y estudiando para opositar en la administración pública. Tenía novio desde hacía dos años, pero ni hablaban de casarse, ni mucho menos de tener hijos. Como os decía, su vida era muy diferente a la mía.

La que sí tuvo un hijo fue Anahí. Por más que trataba hacernos entender que pasaba de Dani, el chico poco a poco se fue ganando su corazón hasta que mi amiga reconoció que estaba perdidamente enamorada de él. Cuando supo que iba a tener un hijo, me pidió ayuda para escoger el nombre. Sabía que yo miraba mucho los significados y ella, una joven alocada que vivía el día como si no hubiese un mañana, quería ponerle un nombre a su hijo que significara el cambio que había sido él en su vida. Así, entre las dos, después de buscar y buscar en google, encontramos Axel, que significa “el que trae la paz”. Nos reímos mucho porque Claudia se metía mucho con ella diciéndole que había vivido un infierno y nos lo había hecho vivir a nosotras.

—Menos mal que por lo menos el niño llevará paz a tu vida, porque chica, anda queeeee...

—Pues claro, a ver si te animas tú también, que se te pasará el arroz si esperas mucho —la picaba Anahí.

—¿Qué dices? Soy más joven que tú, estoy en la flor de la vida. ¿Habrase visto? —protestaba la rumana.

Claudia, se había casado hacía un año con un empresario adinerado y desde entonces solo iba al taller por las mañanas; no le hacía falta más, ni siquiera hubiera necesitado ir esas horas, pero ella iba porque le gustaba estar entretenida, decía que la casa se le caía encima si estaba todo el día allí, y en el taller, al menos conversaba con nosotras y se le hacía ameno el día. Luego ya tenía las tardes para dedicarse a lo que le apeteciera.

Poco a poco fue llegando la gente y se fueron acoplando por el comedor.

—Chica, deberíamos haber ido a comer a un bar —opinó Claudia, entrando en la cocina con Axel en brazos. Adoraba a su sobrinito, como las dos llamábamos al hijo de Anahí—. Se te va a quedar todo perdido.

—No importa, ya me ayudará Izan a recoger. Además, mis hermanos se van a ir a un hotel porque aquí no cabemos todos, pero mis padres se quedan en casa, ellos me ayudarán también, no te preocupes.

Esther entró en la cocina con Isaac en brazos y me dijo que estaba

reclamando mi presencia.

—Ven aquí con la mamá –le susurré a mi pequeño, cogiéndolo—. ¿Mucho jaleo, mi vida? Es por ti, tesoro. Toda esta gente está aquí porque te quieren muchísimo.

Salí de la cocina y fui a la habitación de Carmen. Allí estaban jugando las tres niñas, y les pedí que cuidasen de Isaac.

—Jo mamáa, nos lo va a romper *toro* – protestó Carmen—. ¿No lo *pueren* cuidar los primos Pablo y Jorge que son mayores?

—Cielo, solo será un momento, ¿vale? Hazlo por tu hermano.

—Lali, no te preocupes, yo lo cuidaré –se ofreció Amanda.

—Gracias, cariño –dije, dándole un beso en la cabeza a mi hijastra.

Amanda era una niña encantadora. Se había amoldado a su vida con una facilidad que nos llenaba de gozo a Izan y a mí. Tenía muy claro que su madre era Sheila, seguía llevándosela los mismos días que se negoció en su día, y ella se iba contenta porque sabía que su madre la quería. Pero del mismo modo, sabía que su padre me quería a mí, que yo era su mujer, y me consideraba más madre que Sheila, porque era la que pasaba el mayor tiempo de su vida con ella. Desde el día que conoció a Carmen la aceptó como una amiga y cuando me fui a vivir con ella, la acogió como una hermana y hasta la fecha había cuidado de ella y se llevaban de maravilla. No voy a decir que alguna vez no discutieran, como todos los hermanos, pero primaba más el amor que había entre ellas y como os decía, sentía que habíamos formado una bonita familia.

—¿Dónde te habías metido? –me preguntó Izan, cogiéndome de la cintura cuando me vio salir de la habitación de las niñas.

—Isaac se ha puesto a llorar porque quería estar conmigo, hay demasiado jaleo para él. Por eso lo he dejado con las nenas hasta que termine de preparar el postre.

—¿Ya lo tienes todo hecho?

—Sí, las frivolidades están terminando de hacerse en el horno, la ensaladilla está en la nevera, el arroz a fuego lento...

—Cariño, tranquilízate —Izan cogió mis manos, que no paraban de gesticular mientras hablaba, y las paró, dejándolas juntas entre las suyas—.

Todos entendemos que somos muchos y se comerá lo que sea, si hay que sacar bandejas de fiambre se sacarán. Lo importante es que estemos todos juntos,

¿no te parece?

—Claro que sí, cariño, pero es que deseo que salga todo bien.

—Para mí solo haber conseguido que tengas aquí a tus padres y a todos tus hermanos ya es un triunfo. Estaré agradecido a Bhadrak toda la vida por esto.

—Y yo, pero él también necesitaba que vivieran. Solo Devaduth conocía a Helena y ninguno, ni siquiera nuestros padres conocían a Kyra. Bhadrak ha usado el cumpleaños de Isaac aprovechando que le van muy bien las cosas y podía hacerlo, pero él también se moría de ganas de ver a la familia.

—Normal, cariño, son muchos años ya sin veros.

Volvimos al comedor, yo entré cinco minutos para conversar con unos y con otros, y volví a la cocina a apagar la vitro en la que se estaba terminando de hacer el arroz y sacar las frivolidades del horno.

—Cuéntame, ¿cómo va la nueva? —preguntó Anahí, cogiendo una patata de un plato. Mi amiga hacía unos meses que nos había dejado porque por fin había conseguido entrar de profesora en un instituto privado. Durante el mes de septiembre estuvo yendo al taller al mismo tiempo que Soraya, la chica que había contratado Mercedes para que la sustituyera, y mis compañeras y yo no podíamos evitar reírnos de sus excentricidades. El primer día que entró en el taller, con taconazos, pantalón de pitillo ajustado y camisa de seda, las tres nos quedamos mirando como si hubiésemos visto entrar a un extraterrestre.

Mercedes salió de su despacho y cuando la vio así vestida le sacó una bata

para que se la pusiese encima, advirtiéndole de que la costura generaba pelusa e hilos por todas partes y aconsejándole que al día siguiente volviera con ropa cómoda. Aun así, su vestimenta aunque mejoró, no llegaba a ser la apropiada para trabajar en un taller. Anahí tuvo que enseñarla, y nos preguntábamos por qué Mercedes habría cogido a alguien que no sabía ni enhebrar una aguja.

Unos días después, nos enteramos de que era la hija de su actual pareja, que sus padres estaban desesperados con ella porque no pegaba palo al agua, y que le habían pedido el favor de darle trabajo para que supiera lo que era ganarse un duro. Era increíble lo bien que se llevaba Mercedes con la ex mujer de su novio, y desde que su hijo mayor volvió a vivir con ellas, tras darse cuenta de que con su padre no era todo oro lo que relucía, y el pequeño, al ver la decisión del mayor, ni se planteó irse; mi jefa rebosaba de alegría, como siempre había sido ella, contaba chistes a todas horas y había vuelto a la vida.

Estar con Fernando, además, había hecho que sus ojos volvieran a brillar y su felicidad se completara.

Soraya, sin embargo, era otro cantar.

—Averigua qué significa su nombre —me instó un día Anahí.

Lo busqué en google, tampoco es que fuera muy difícil averiguarlo, y

cuando vimos que significaba “princesa”, mis compañeras le adjudicaron el mote y a partir de ahí Soraya dejó de existir. Que si princesa coge esos jerseys, princesa cuidado con la aguja no te vayas a pinchar, princesa córtate esas uñas si no quieres enganchartelas con la lana. Claudia se metía con ella a todas horas, pero cuando Anahí por fin nos dejó, añorábamos ese tira y afloja entre ellas, y aunque la princesa parecía buena chica porque aguantaba todo lo que mi compañera le decía sin quejarse, no era lo mismo. Al principio lo pasamos muy mal, nos habíamos acostumbrado al café diario, a contárnoslo todo y reírnos de lo que pasaba en el mundo, y la ausencia de una de nosotras se notaba mucho. El segundo mes, entre que nosotras ya nos habíamos acostumbrado a que Anahí no estuviera y que ella, una vez se organizó en el instituto empezó a venir un día a la semana a tomar café con nosotras, las cosas siguieron su ritmo y ese malestar quedó en el pasado.

—Ayer llegó con las uñas hechas con gel, le sobrepasaban medio centímetro de los dedos, ¡imagínate para coser así! Mercedes la tuvo que poner a cortar porque en la máquina se enganchara con todo.

—Ay madre, la princesa no aprende, ¿eh?

—Lo cierto es que la rematadora está empezando a dársele bien, pero no deja en casa ese aire de modelo que tiene y así no se puede trabajar en un taller.

—¿La has invitado al cumpleaños?

—Claro, además de mi compañera es la hijastra de Mercedes, tenía que invitarla. Y en fin, en el fondo es buena chica si no fuera tan...

—Princesa.

—Exacto.

En cuestión de una hora, toda mi familia estaba en casa, amigas, jefa, toda la gente a la que quería, quienes me querían, quienes estaban ahí cuando me hacían falta. No le podía pedir más a la vida.

Una vez conseguimos sentarnos todos, uniendo varias mesas que nos habían dejado en el bar de debajo de casa, mi marido se dispuso a hacer un brindis.

—Hola familia. No sé por dónde empezar... —Ví cómo se le ponían los ojos vidriosos y le agarré una mano—. No sabéis lo feliz que me hace teneros a todos juntos. Nuestra boda fue sencilla. Tan solo Bhadrak, Esther, mi padre y sus parejas pudieron acompañarnos, porque para nosotros lo importante no era hacer una gran fiesta sino sellar en un papel el amor que nos teníamos. Sin embargo, sentimos mucho vuestra ausencia. Ahora, teneros aquí reunidos para celebrar el cumpleaños de mi hijo, el niño que terminó de afirmar el amor que

sentimos Lali y yo el uno por el otro, es lo mejor que nos podía pasar, la mejor forma de celebrarlo. No sé cuándo volveremos a estar juntos, pero para mí este momento quedará grabado en mi corazón y lo tendré ahí durante el resto de mi vida. Os quiero a todos.

Terminó de hablar y todos brindamos. Todos menos él, que tuvo que coger una

servilleta de papel para secarse las lágrimas que le caían de los ojos. Yo, emocionada, no pude evitar llorar también. Entonces, Anahí puso la guinda a la fiesta, y como si ese día estuviésemos celebrando la boda a la cual no pudieron asistir, empezó a gritar «Que se beeesen, que se beeeesen», y toda mi familia y amigos la acompañó aplaudiendo al ritmo en el que lo decían.

Así, ante vítores y aplausos, Izan y yo nos fundimos en un beso profundo, un beso con tanto amor que hizo llorar a todos, un beso que daba a entender lo felices que nos sentíamos, y que ese amor sería eterno.

Cuando abrí los ojos, vi que entre todos, y tan en silencio que no me había dado ni cuenta, habían retirado la mesa del comedor a un lado de la pared y habían juntado las sillas dejando bastante espacio. Entonces, Bhadrak me guiñó un ojo al tiempo que le veía apretar el play en mi equipo, y empezó a sonar la música, nuestra música.

Me separé de Izan, moví el dedo índice invitando a las chicas para que se uniesen a mí, y empecé a bailar la canción Chori chori Hum Gori, moviendo la caderas y los brazos a izquierda y derecha al compás de la música. Las chicas me seguían como podían, riéndose entre ellas, y yo disfrutaba viéndolas felices.

Izan abrió mucho los ojos sorprendido al verme bailar de aquella manera y sonrió, y al ver su emoción mientras me miraba me vine arriba y lo invité con movimientos de cabeza a que se uniera al baile conmigo. Giró la cabeza a ambos lados sin dejar de sonreír, sabía que se moriría de vergüenza bailando delante de su familia y amigos, pero antes de que pudiera rechistar, Bhadrak se colocó a su lado y empezó a bailar, indicándole a mi marido que hiciera lo mismo. Y así lo hizo.

Verle bailar música hindú fue lo más sexy que había visto en la vida, un rubio enorme de ojos azules moviendo la cabeza y el cuerpo... Mmmm, cuánto había cambiado y qué feliz me hacía haberme occidentalizado, como un día le prometí a mi jefa que haría y poco a poco, y no sin esfuerzo, por fin conseguí.

Así, nos fuimos acercando y cuando llegamos al centro del comedor, nos quedamos solos Izan y yo, pues el grupo ahora se dedicaba a ver el amor que nos teníamos; pero la proximidad, las ganas de fundirnos el uno con el otro y

la felicidad que sentíamos en ese momento, hizo que acabásemos besándonos de nuevo sin escuchar la canción y sin importarnos quién estuviera allí viéndonos. Ya no me daba vergüenza besar en público, y menos a mi marido, a quien amaba sobre todas las cosas y a quien estaba segura de que amaría siempre, por más vidas que viviese.

Sobre el autor:

Nací el 10 de Abril de 1975. Desde pequeña me gustó escribir. Cuando me preguntaban qué quería ser de mayor siempre decía escritora, y aunque estuve unos años queriendo ser abogada e incluso me llegué a plantear ser policía, cuando terminé el instituto me decanté por lo que siempre me había llenado más y estudié Filología Hispánica. Polifacética, durante nueve años toqué el oboe en una banda de música de falla (fiesta típica valenciana), pero cuando la carrera empezó a exigir tuve que dejarla para poder afrontar los exámenes.

De padres separados, desde pequeña tuve que hacerme cargo de las tareas domésticas porque era la mayor de dos hermanas y mi madre trabajaba mucho.

Mi padre siempre fue mi ídolo, él cantaba, tocaba la guitarra, escribía poemas... En fin, que era un bohemio que por más que quiso a mi madre, no supo ser un buen marido y padre de familia y murió con 48 años de cáncer porque prefirió vivir la vida a su manera. Le echo de menos cada día y me entristece que no haya podido conocer a sus nietos, pero afortunadamente mi madre había conocido a mi padrastro, quien con sus dos hijos, formó una familia y siempre ha sido el mejor padre que nadie pudiera tener.

Me quedé embarazada con 23 años cuando todavía estaba estudiando y me casé con el padre de mi hijo, pero a los tres años me separé porque éramos totalmente incompatibles. Siempre me he considerado una persona fuerte, así que sabía que saldría adelante sola con mi hijo. Trabajé duro para conseguirlo.

A los cuatro años conocí al amor de mi vida y me enamoré de su bondad, además de que siempre me pareció guapísimo. Ahora tenemos una hija preciosa y la custodia compartida con el padre de mi hijo. Se llevan diez años y medio y se hace duro, pero con amor todo se puede y por fin puedo dedicarme a lo que realmente me gusta, que es la escritura. Mi marido trabaja

duro cada día para que yo pueda cumplir mi sueño de escribir y si mi madre hizo de mí la persona de la cual él se enamoró, él ha hecho que sea la persona que hoy en día soy.

Tras años en que el continuo estrés me hiciera estar bloqueada, ahora estoy volcada de lleno en la escritura y no pienso parar mientras que la inspiración no me abandone.

Hace dos años perdí a mi madre, mi pilar y mi mejor amiga, y lo he llevado muy mal porque su ausencia duele muchísimo, pero siempre pienso en lo que ella querría, en la fuerza que siempre me transmitió, y allá donde esté, quiero que se sienta orgullosa de mí, así que me esfuerzo cada día por intentar demostrar que valió la pena los sacrificios que tuvo que hacer por salir adelante conmigo y con mi hermana.

Un saludo

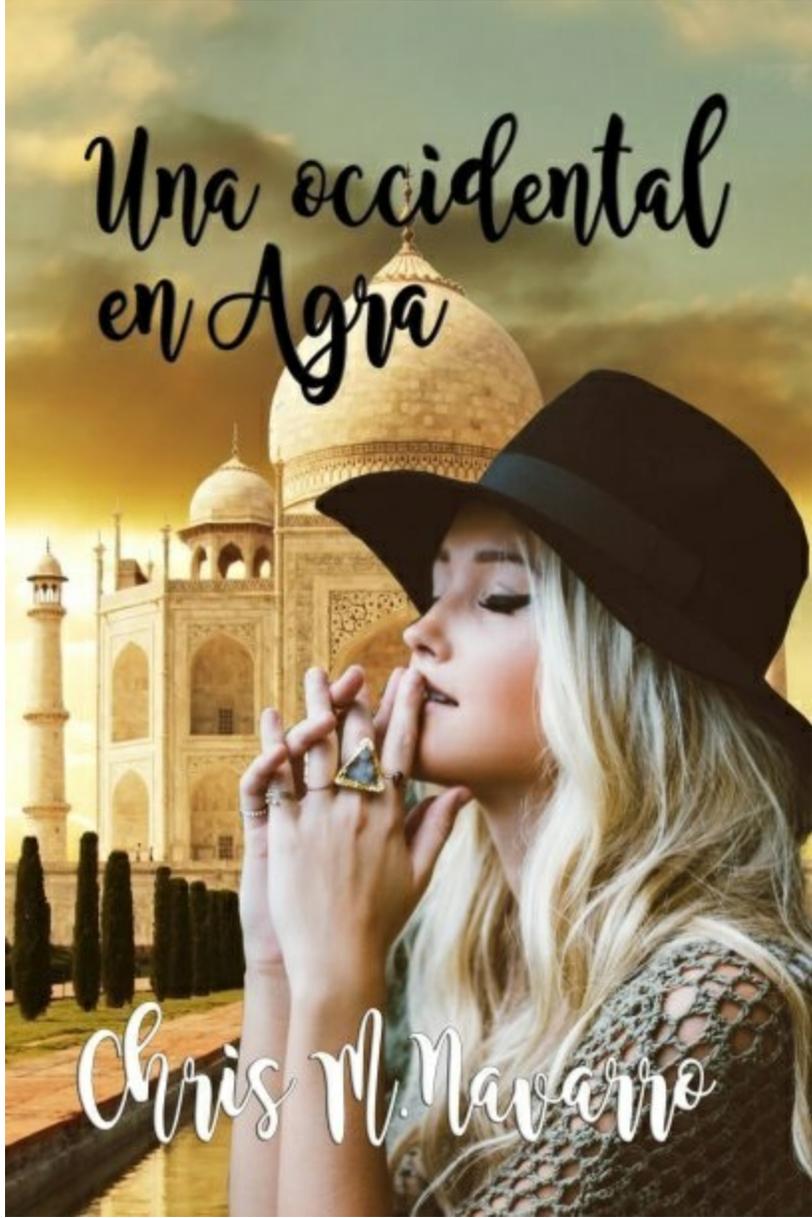
Sígueme en:

Twitter: <https://twitter.com/crispauhel>

Facebook: <https://www.facebook.com/cristina.merencianonavarro.7>

Smashwords: <https://www.smashwords.com/profile/view/Chrishelpau> Mi blog: <http://leemeybailaconmigo.blogspot.com.es/>

Instagram: <https://www.instagram.com/chris.m.navarro/?hl=es> **Otras novelas de Chris M. Navarro:**

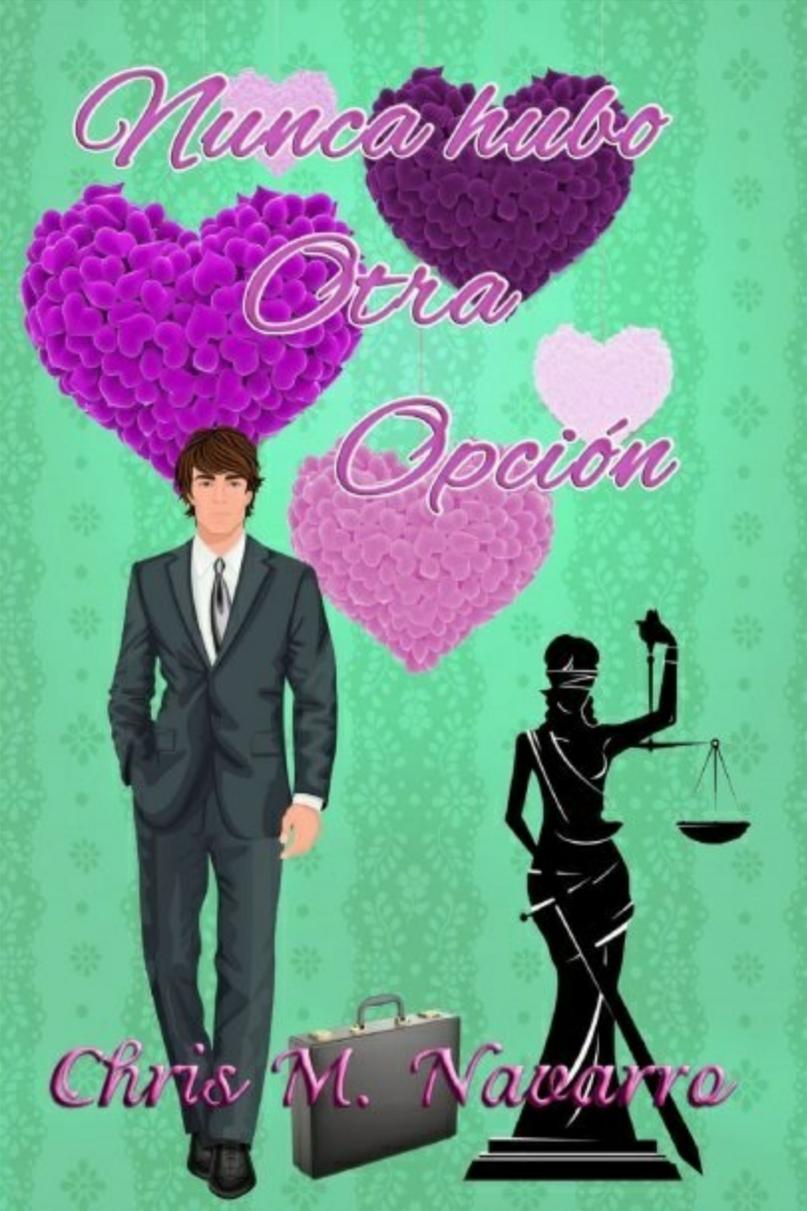


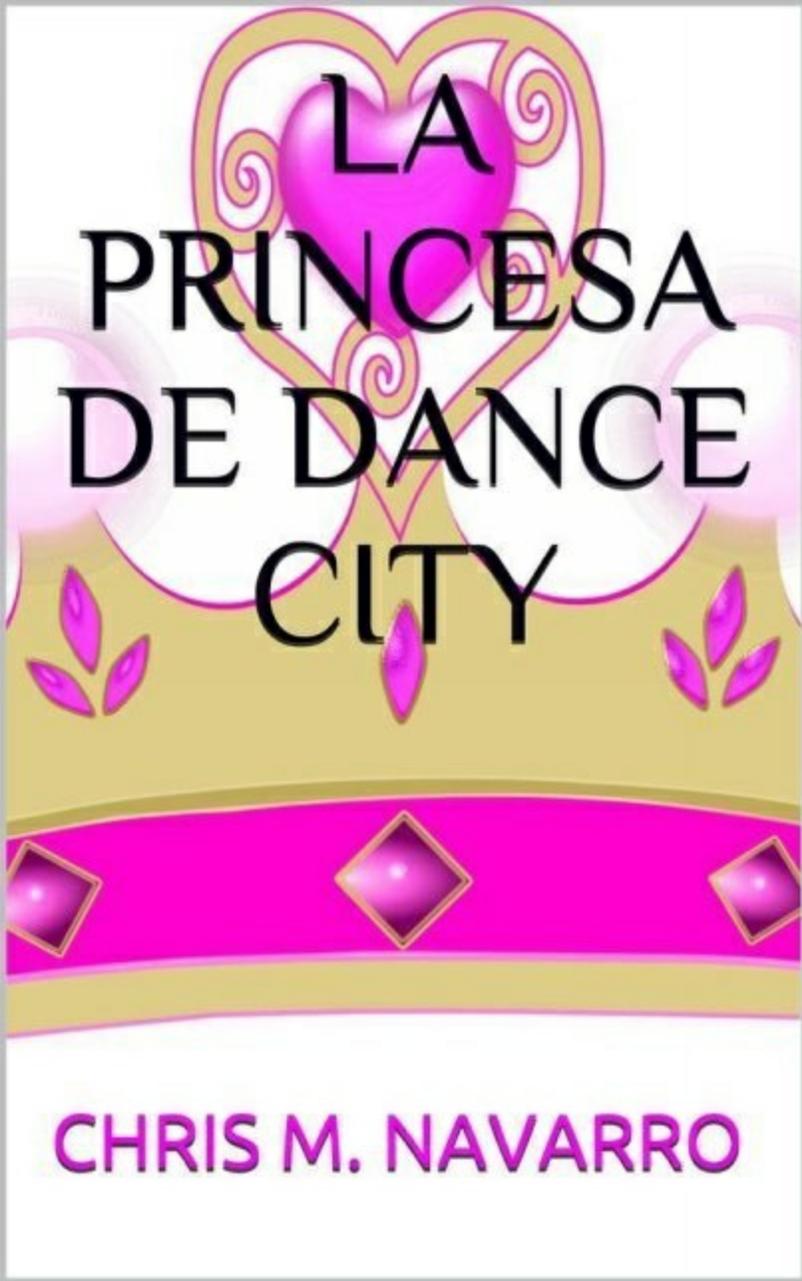


*Quiero
bailar
contigo*

Chris M. Navarro

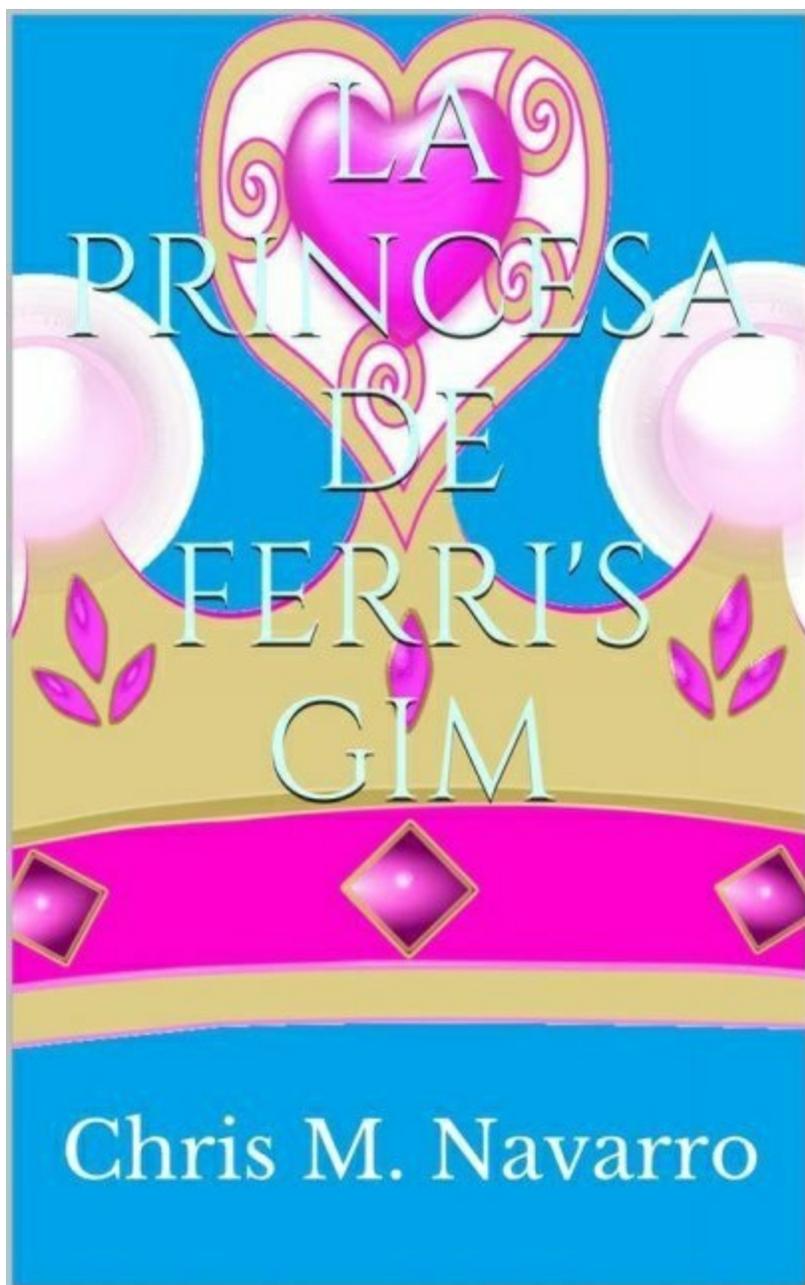






**LA
PRINCESA
DE DANCE
CITY**

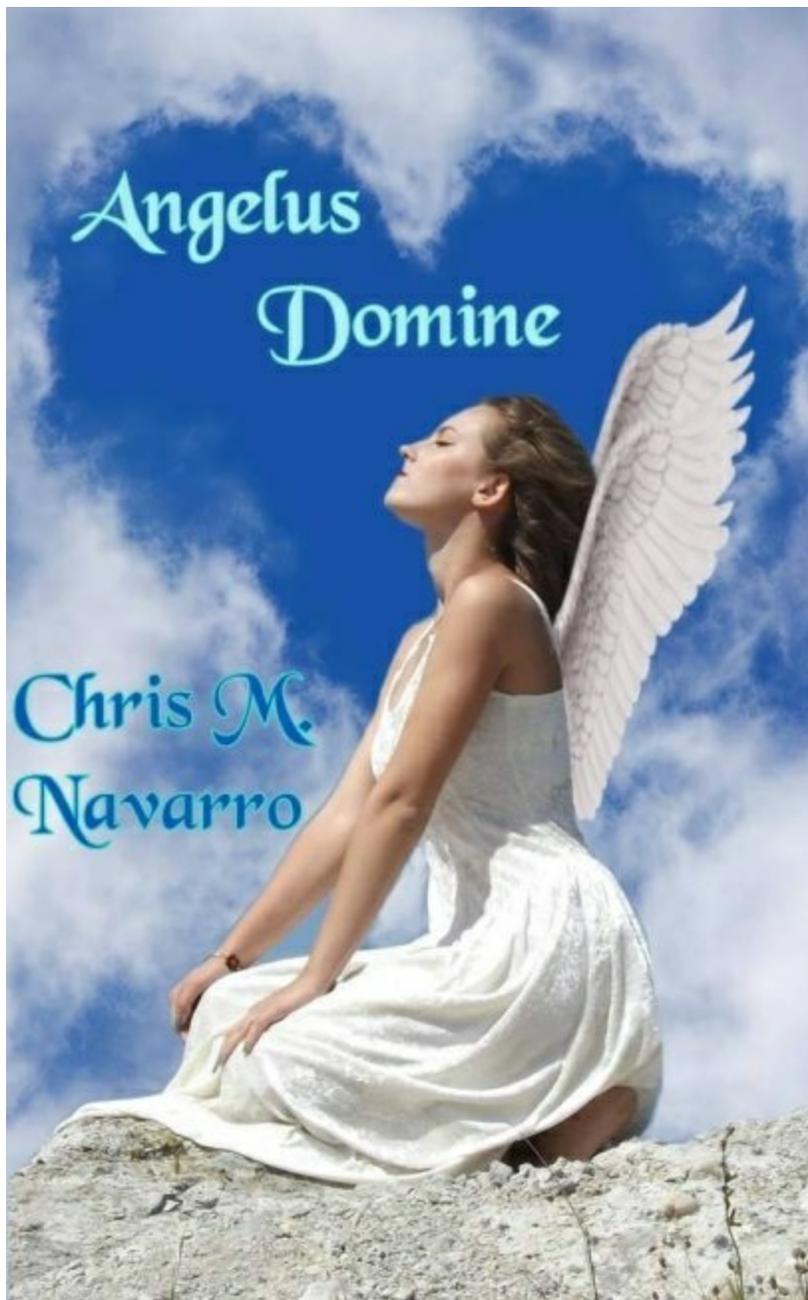
CHRIS M. NAVARRO

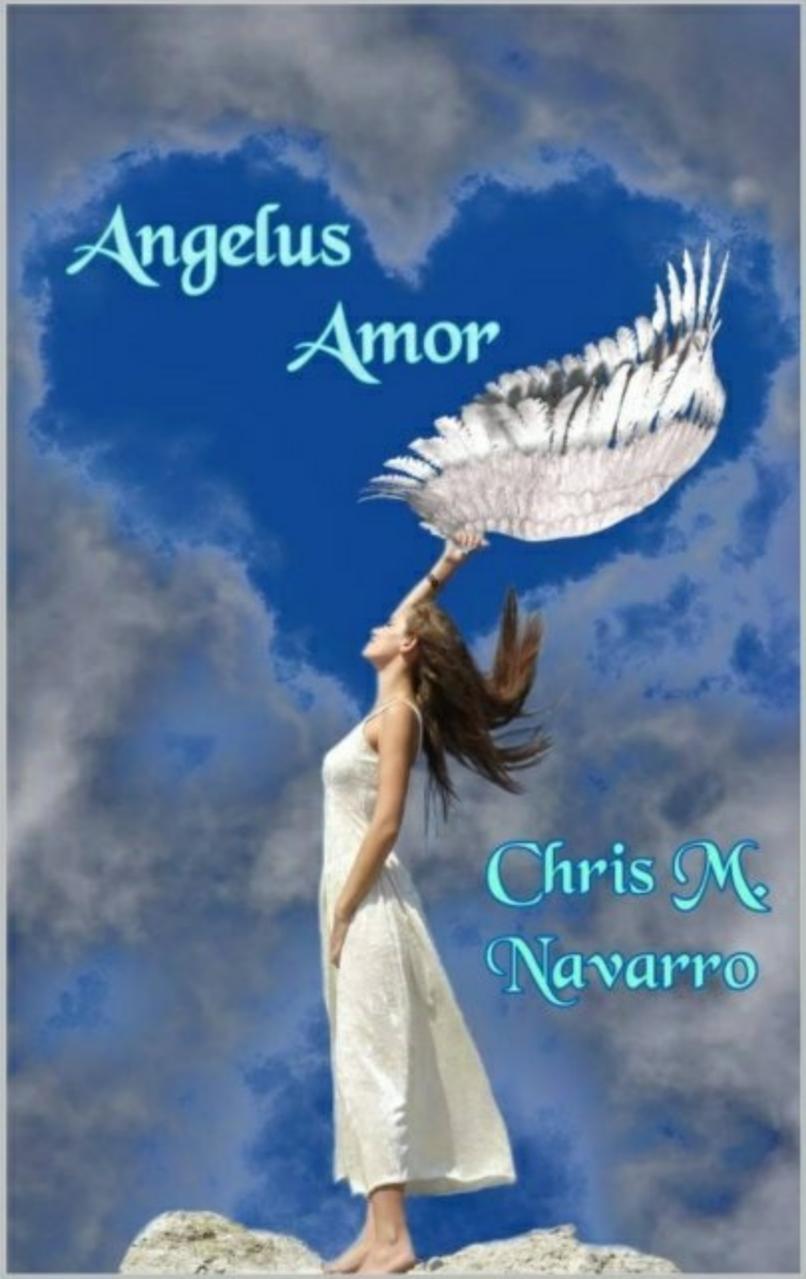


Chris M. Navarro

Angelus
Domine

Chris M.
Navarro





Angelus
Amor

Chris M.
Navarro



No
me
mires
así

Chris M. Navarro



No hay
problema,
Crishel
Romancó

CHRIS M.
NAVARRO

**TENSIÓN
SEXUAL
ENTRE
TÚ Y YO**



Chris M. Navarro

Document Outline

- [1.UNA VIDA EN UN PAÍS LEJANO.](#)
- [2.MADRES IMPOSIBLES.](#)
- [3.UNA LLAMADA INESPERADA.](#)
- [4.EL PERDÓN.](#)
- [5.DESVELANDO SECRETOS.](#)
- [6.SI HAY QUE IR A MALAS, ASÍ SERÁ.](#)
- [7.TREGUA.](#)
- [8.AMIGOS.](#)
- [9.INJURIAS.](#)
- [10.QUERÍA VERTE.](#)
- [11.CAMBIO DE ESTILO MOMENTÁNEO.](#)
- [12.SENSACIONES.](#)
- [13.SENSACIONES II](#)
- [14.HÁBLAME DE TI.](#)
- [15.PRIMER SÁBADO JUNTOS.](#)
- [16.HERMANOS.](#)
- [17.UNA PACIENTE TOCAPELOTAS.](#)
- [18.CAMBIO IDEOLÓGICO.](#)
- [19.EL CONVENIO.](#)
- [20.MIEDOS.](#)
- [21.VIENTO EN POPA.](#)
- [22.COGIENDO CONFIANZA.](#)
- [23.DESAPARECIDA.](#)
- [24.BHADRAK.](#)
- [25.BUSCANDO SOLUCIONES.](#)
- [26.DE NUEVO EN AGRA.](#)
- [27.¿DÓNDE ESTÁ LALI?](#)
- [28.OSCURIDAD.](#)
- [29.UNA BAZA BAJO LA MANGA.](#)
- [30.SORPRESAS.](#)
- [31.EL ENCUENTRO.](#)
- [32.VIAJE A AGRA.](#)
- [33.RUTINA.](#)

- [34.MARIDO INFIEL.](#)
- [35.OTRA VEZ YO.](#)
- [36.DE NUEVO EN ESPAÑA.](#)
- [37.MUJERES.](#)
- [38.LA CONSULTA.](#)
- [39.UN MENSAJE DESAFORTUNADO.](#)
- [40.TE AMO MÁS QUE A MI VIDA.](#)
- [EPÍLOGO](#)